C. MARTÍNEZ UBERO

DE UN PRECIOSO *rojo* FERRARI



DE UN PRECIOSO FERRARI



C. MARTÍNEZ UBERO

Primera edición digital: mayo 2024
Título Original: De un precioso rojo Ferrari
© C. Martínez Ubero, 2024
©Editorial Romantic Ediciones, 2023
www.romantic-ediciones.com
Diseño de portada: Romantic Ediciones
ISBN: 978-84-19545-91-6

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.



Dedicado a tod@s los soñador@s que me permiten entrar en sus corazones.
Agradezco la paciencia que tienen conmigo todos los que me quieren, gracias por seguir intentándolo

PRÓLOGO:
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPITULO 11
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13

PRÓLOGO:

¿Alguien puede apagar ese maldito pitido? Va a reventarme la cabeza. Intento hablar, pero es como si mi garganta no pudiese articular palabra, me pesan los párpados y siento que la gente que parece estar a mi alrededor comienza a moverse ajetreadamente. ¿Pero, qué demonios estará pasando? ¿Por qué mi cuerpo no me responde? Los gritos de una mujer hacen que intente despertarme, la reconozco, es mi madre. Pero la somnolencia puede más que mi voluntad de hacerlo.

Pienso en mis días de niña, junto a los brazos de mi abuela, su maravilloso olor a jazmines, que me evocan tan buenos recueros. Pero la insistencia de una voz zarandeándome, hace que vuelva a la realidad.

¡Livi, despierte! ¿Me puede escuchar? ¡Por favor, si es así apriete mi mano, venga inténtelo!

¡Livi, cariño! ¡Estamos todos aquí, mi vida, ya pasó todo, ya estás con nosotros, intenta hacernos una señal!

¡Pero ¿qué narices habrá pasado?! No consigo recordar nada. Tras la insistencia de las voces que me reclaman intento mover los dedos de mi mano, aunque solo sea para que me dejen en paz.

Se ve que he tenido que conseguirlo, porque siento como me abrazan y de nuevo el alboroto lo llena todo.

Yo solo quiero seguir durmiendo, y de nuevo, me dejo llevar por la paz que siento en ese momento, así que en mi mente busco mis preciosos recuerdos y no escucho nada más.

CAPÍTULO 1

Voy mirando el paisaje y ni yo misma me lo creo ¡Por fin unas vacaciones de verdad! ¿Después de cuánto?, ¿cinco o seis años? Sola me pregunto y me contesto igual que una loca. ¡Pero es que no me lo puedo creer! Desde que me gradué en administración de empresa para trabajar en la compañía de cosméticos de nuestra familia, y sin contar la pequeña "parada técnica" que tuve que hacer a la "fuerza", no había tenido ni un solo día de descanso. Pero esta vez ni me lo pensé, era el setenta y cinco cumpleaños de mi abuela. Y no es que ella fuese santa de mi devoción desde que me enteré de que, gracias a su insistencia, era dueña y poseedora de un nombre del que nunca me había sentido demasiado satisfecha, todas mis amigas con los suyos bien rimbombantes y yo con mi "cruz" a cuesta. Mi designación, por si os lo estabais preguntando, es el de Olivia, y no es que fuese feo, que no lo era, sino que realmente desde la de "*Havilland"*, la *Newton John* o la de "*Popeye"*, no recordaba muchas más. Y todo porque así se llamaba su madre, aunque había de reconocer que, según ella, además del nombre había heredado sus ojos verdes y el color caoba de mi pelo, que, dicho sea de paso, no me disgustaba en absoluto, así que podía llegar a perdonarla. En verdad el nombre era lo de menos, a excepción de mi abuela, todos me llamaban Livi, que parecía mucho más sofisticado. Pero fuera bromas, de verdad, lo que ocurría era que yo la adoraba, era el ser más divino que había conocido y sobre todas las cosas esta era la excusa perfecta para abandonar Madrid, balances, saldos, cuentas y olvidarme de todo durante una quincena y desde luego, en ningún sitio mejor para hacerlo que en la maravillosa primavera de Sevilla, concretamente en el precioso pueblecito de Pilas. Ese era su lugar de nacimiento, y dónde desde hacía una buena temporada, era el sitio que había elegido para vivir y poder cuidar de un pariente suyo que ya estaba muy mayor.

Por fin, desde la misma carretera podía ver la finca con su maravillosa plantación de flores. Me llamó la atención como desde

lejos se distinguían las filas de claveles de todos los colores que estaban fuera de los invernaderos, igual que si de una postal se tratase. El corazón me latía con fuerza solo con pensar en volver a estar a su lado y abrazarla, pero de nuevo sonó mi móvil, era la incansable de mi madre, ya le había contestado cuando aterricé, ¡ya era suficiente! estaba de vacaciones así que simplemente la ignoré, en tan solo unas horas que llevaba fuera de casa tenía tres perdidas de ella y dos de mi padre. ¡Ya les había contestado a todos sus mensajes, ¿qué más querían?! ¡Por favor que tenía veintiocho años, y estaba a solo unos kilómetros de casa, no me iba a perder (otra vez)!

Pagué el taxi y entré en la casa que, como siempre, tenía totalmente abierta, parecía que ella estuviese exenta de robos o cualquier cosa mala que pudiese suceder en el mundo.

¡Abuela, ¿dónde estás?! —Busqué por toda la casa, ya empezaba a ponerme nerviosa, cuando escuché unas patitas corriendo hacia mí— ¡Lulú, mi muñeca ¿me has echado de menos?! —La preciosa perrita *shih tzu*, blanca y negra de mi abuela me había reconocido y venía hacia mí en una carrera, me dejé caer al suelo para recibirla y ella se subió a mis brazos de un salto, sin dejar de acariciarla y besarla, le pregunté—: Y la abuela, ¿dónde la has dejado? ¿No me lo dices? ¡Ehh!

El día que el perro te conteste te vas a llevar el susto de tu vida.

¡Abuela!, ¿dónde estabas? —Corrí hacia ella y nos abrazamos, a la vez que nos llenábamos de besos.

Déjame que te vea. ¡Santo Cielos, estás preciosa! Prométeme que será la última vez que pases tanto tiempo sin venir a verme.

¿Yo? ¿Y qué me dices de ti? Sabes que estoy agobiadísima intentando hacer que alguien me tome en serio en la empresa, cosa que como te puedes imaginar, hoy por hoy con papá y Javi tratándome como a una princesita indefensa, eso es casi misión imposible y ahora, cuando más falta me hacías, tú vas y me abandonas. Explícame, ¿no sabía qué te hubieses vuelto una ermitaña tan extrema? ¡Nueve, han sido nueve meses enteros, jamás hemos pasado tanto tiempo separadas!

¡Que exagerada! Sabes que no tuve más remedio, el pobre del tío Luis, está muy mayor y no podía dejarlo más tiempo solo, además, no hemos perdido el contacto gracias a ese invento del diablo que es internet y reconócelo, tú también tuviste parte de culpa, por haberte ido en navidades con tus “queridos” amigos.

¡No me lo recuerdes, menudo desastre! Pero cuéntame, ¿y el tío, ya está mejor?

Un poco, de hecho, pasado mañana, si todo sigue bien, le dan el alta y tendremos que pasar a recogerlo a la residencia, ya verás, sigue teniendo una memoria increíble, aunque su cabeza no acierte en espacio y tiempo. Pero déjame, quiero volver a verte bien —se separó un poco de mi cuerpo y me miró con dulzura—. Cariño, estoy orgullosísima de ti, no te creas que por no estar allí no sigo tus progresos, en tu vida y en el trabajo, e

incluso sé de esos últimos clientes con los que has firmado unos contratos millonarios.

Tuve la mejor maestra —cogió mi mano y me llevó hasta la silla de la mesita de la cocina.

Ven, siéntate y ponme al día de todo, no quiero que te dejes ningún detalle.

¡Ja! ¡Cómo si mamá no te contase con pelos y señales todas mis penas y glorias! Ella sonrió, a la vez que puso el agua para uno de sus maravillosos tés.

Pero deseo escuchar tu versión, quiero saber cómo estás de verdad. ¿Has vuelto a saber algo sobre aquel monstruo después del juicio? Dime, ¿te has recuperado ya de…

Ese tema mejor ni lo tocamos, ¿de acuerdo? Ella me abrazó y volvió a hablarme con dulzura:

Está bien, está bien, perdóname, te lo ruego. Entonces quiero que me cuentes qué ha sucedido con ese asombroso, genial, guapísimo y no sé cuántos adjetivos más de novio con el que sin dudarlo ibas a pasar toda tu vida.

¡Qué, además, como todos, era un capullo integral y lo mandé a hacer puñetas!

¿Es por eso por lo que vuelvo a ver tus ojos tristes?

No abuela, la tristeza es ya parte del pasado, todo está enterrado y olvidado, ¿de acuerdo? Ahora solo quiero pasarlo bien.

Olivia, ya no eres ninguna niña, creo que es hora de que te replantees tu vida y busques a un buen compañero.

Me eché a reír al escucharla.

¡Atención todos: "*Noé me va a hablar de agua"*! Pero si tú no has sido capaz de aguantar a ningún hombre en tu vida. El pobre del abuelo ha intentado volver contigo más de un millón de veces y todas lo has echado de tu lado como si nada.

Ese no es el tema. Tu abuelo y yo somos casos aparte, nos llevamos mucho mejor cuando estamos separados que juntos, eso no quiere decir que no nos queremos, pero es verdad que no nos soportamos.

Sin poder dejar de reírme con sus ocurrencias le contesté:

Pues como bien sabes, soy incapaz de encontrar ese "gran" amor, pero la verdad tampoco me importa en absoluto, ni yo misma me puedo creer lo bien que me encuentro ahora mismo.

No sabes cuánto me alegro de escucharte decir eso. Además, tienes razón, encontrar esa historia que te cambia la vida no es tan fácil y seguramente la mía no haya sido maravillosa, pero sí conozco una que triunfó por encima de todos los obstáculos que les pusieron en su camino, quizás ahora que tenemos algo de tiempo pueda contártela, te sorprenderá saber que no sucedió lejos de aquí, ni de nosotros.

Seguro que no fue la de mis padres, te lo puedo jurar, no he visto una pareja más aburrida y monótona en el mundo, cada uno tiene su mundo y solo los juntan a la hora de comer.

Pues también tuvieron su momento, te lo puedo asegurar —dijo, haciéndome ojitos— Pero Olivia, el amor hay que mantenerlo, no es más que un fuego y si dejas de ponerle la suficiente leña quizás no se muera, pero no calienta lo suficiente y lo malo en ese tipo de relaciones, es que te acostumbras a pasar frio.

Supongo que tienes razón, pero yo necesito estar caliente siempre, por eso me duran tan poco. En cuanto aquello deja de estar a punto de ebullición, dejan de interesarme.

Ella dio una carcajada y a la vez que cogió la tetera y salía de la

cocina, me dijo:

Olivia, trae las tazas aquí al porche.

Me levanté algo enfurruñada, no había modo de quitarle la manía.

¡Abuela no me sigas llamando así! Sabes que no me gusta en absoluto. Livi es más corto, no es tan difícil de recordar.

Cariño, pero ese es tú nombre y fue el de una mujer increíble.

No va a ver modo, ¿verdad? —Cogí las tazas, un paquete de galletas y la seguí hasta aquella agradable terraza—. A ver, ¿qué pudo hacer tan genial tú madre para ser tan especial?

Tú lo sabes mejor que nadie, pero si necesitas que te lo recuerde lo haré. Para empezar, gracias a ella tenemos nuestra empresa de cosmética, y no hablamos en estos tiempos sino en los años 40, dónde las mujeres lo tenían realmente difícil.

Abuela, a excepción de esta última frase, que, por cierto, siempre me repites, nunca hablas de ella, mi padre me contó que apenas la conociste.

Solo estuve con ella unos días, pero no me hizo falta más, a pesar de ser solo una niña, sentí que era mi madre la primera vez que la tuve frete a mí.

Ya te digo que me contaron algo, pero nunca han sido muy claros conmigo, sabes cómo es mi padre, todo lo envuelve con un aro de misterio del que no me creo ni la mitad.

Él y sus cosas ¿crees que a estas alturas de mi vida me va a importar contar lo que ocurrió hace setenta años con ella? ¡Bien orgullosa que estoy!

Entonces dime: ¿es verdad que la conociste con casi seis años?

Sí cariño, desde prácticamente mi nacimiento me criaron los Rivera, hasta que ella volvió creí que eran mi familia, pero por lo visto mi verdadera madre me dejó en sus manos siendo un bebé —me detuvo antes que yo la interrumpiera—, no sé por qué, no me preguntes, nunca llegué a saberlo, pero a la semana de conocernos, Jaime, el que hasta ese momento creí mi padre y ella, se marcharon juntos dejándome de nuevo, pero esta vez con mi tío. Esa era precisamente esa historia de amor que triunfó por encima de todo.

Hice un aspaviento con manos y cara, sin entender que estaba contándome.

¡Espera, espera! Déjame que reorganice mis pensamientos. ¿El que tú creías tú padre, que resultó no serlo, se fugó con tú verdadera madre abandonándote de nuevo, encima me pones su nombre y además te sientes orgullosa de ella? ¿Pero, cómo pudiste perdonarle algo así? Te juro que no comprendo nada, entonces ¿qué fue de ti? Si esa no era tú familia, ¿qué ocurrió, te adoptó otra?

¡Calma hija! Me has aturrullado con tanta pregunta, no sé por dónde empezar. Vamos a ver, me adoptó el marido de mi madre —al ver mi cara de asombro me dijo.

¡Uff! Olivia acabas de llegar, la historia es algo confusa ya tendré tiempo para contarte todos los detalles más detenidamente, tenemos una semana entera hasta que lleguen tus padres y tu hermano, y también la siguiente para poder disfrutar juntas. Ahora sube, refréscate y cámbiate, quiero que bajemos al pueblo a cenar, me gustaría mucho presumir de nieta delante de todos.

Era obvio que la conversación le estaba molestando y no quería seguir por ese camino, pero me había picado la curiosidad, y mi profesión de escritora frustrada, empezaba a bullir en mi cerebro,

cada vez más me inquietaba aquella historia. Le hice caso, terminé mi té, que ya estaba frio, y me levanté del sillón.

Cómo quieras, pero queda una conversación pendiente, no has hecho nada más que enredar todavía más la historia.

Y tal como ella dijo, paseamos por su pueblo, visitamos la Iglesia Parroquial de *Santa María la Mayor* Del siglo XVIII, el retablo mayor estaba presidido por una imagen gótica del siglo XV de Santa María la Mayor. Mi abuela no había sido una persona muy religiosa, pero de un tiempo a esta parte parecía encontrar paz en todo lo místico, me sorprendió mucho verla rezar con tanta fe. Luego me mostró todas las calles por dónde ella jugaba de pequeña, fuimos a tomar algo y al pasar delante de un enorme caserón en la plaza principal se quedó mirándolo. De nuevo mi teléfono volvió a sonar lo miré y lo apagué.

¿Tú madre?

La miré y sonreí.

Mi padre.

Deberías cogerlo.

Ya les he mandado un mensaje diciendo que había llegado bien. La cogí del brazo y continué caminando.

Estoy de vacaciones y lo saben, así que vamos a olvidarnos un poquito de ellos ¿de acuerdo?

Ella acarició mi mano y volvió la cara hacia una enorme y señorial casona que presidía la plaza.

Mira cariño, esta es la casa de los Rivera.

¿Esta era tú casa? ¿Aquí es donde tú vivías?

Sí, eso pensaba yo, mi casa. Pero casi siempre estaba cerrada, la utilizaban solo en ocasiones. Nosotros vivíamos cerca de la del tío Luis, todos aquellos terrenos eran parte de su enorme finca —guardó silencio y suspiró—. En verdad mi historia fue más bien agridulce. Mi supuesta abuela era una mujer distante, jamás la sentí como algo mío, pero Jaime, su hijo, me rompió el alma, en el poco tiempo que estuve con él llegué a quererlo muchísimo y siempre pensé que ese cariño era reciproco.

Abuela, ¿supiste alguna vez quién era tú padre?

Con toda seguridad no. Cuando apareció Jaime en mi vida pensé que era él, se portó de una manera muy especial, era muy cariñoso conmigo y luego, cuando ellos dos se marcharon, Albert, el marido de mi madre, se portó genial, me adoptó dándome su apellido y me llevó a vivir con él, me trató igual que a una hija durante toda su vida.

¿No crees qué cabe la posibilidad que realmente Jaime fuese tu padre?

Mi corazón siempre pensó que sí, pero su madre se encargó de dejarme bien claro que yo no era más que una recogida —la abracé con fuerza, aquella historia no podía quedar

ahí, tenía que haber algo más, pero ella sentía dolor con solo recordarlo. Le di un enorme beso y queriendo poner un tono de alegría en mi voz, le dije:

¡Vamos a comer algo, me muero de hambre!

Hasta llegar al restaurante, hicimos, sin exagerar, más de diez paradas, saludando a unos y a otros, la veía feliz, Pilas no es un pueblo demasiado grande y muchos se conocen aún. La velada transcurría en un ambiente relajado mientras cenábamos, hasta que tuve que abrir de nuevo mi bocaza.

Abuela, ¿quieres contarme algo más sobre tu madre? Me he quedado muy intrigada, si no quieres hacerlo lo comprendo, sé que no te hace mucha gracia.

No es que no me guste, ya te dije que no me importaba, y aunque así fuese eres muy persistente y no lo vas a dejar hasta que no conozcas toda la historia, así que prepárate, porque para que lo comprendas, tendría que remontarme hasta el principio: hace algo más de ochenta años, cuando la madre de mi madre, creo que se llamaba Lola, quedó embarazada de uno de los señoritos de la comarca, que, sí, también resultó ser el padre de Jaime.

¡Abuela! —Le dije algo escandalizada. Sonrió y continuó su historia:

—Ella era viuda. De su matrimonio había nacido su hija mayor, tu bisabuela, pero al quedarse sola, tuvo sus amoríos con el conquistador de turno, quedando, obviamente, embarazada de mi tío Luis. Desafortunadamente ella murió cuando el pequeño solo tenía tres años. Su padre, a pesar de que nunca lo reconoció, tampoco lo abandonó, al contrario, le cedió los terrenos y la casa donde ahora vivimos. En aquellos tiempos estaba bien que los hombres tuviesen hijos fuera del matrimonio, pero que lo aceptasen en sociedad no estaba tan “bien visto”, así que no tuvo más remedio que dejarlo en manos de la abuela del pequeño, que fue quien se hizo cargo de ellos a la muerte de su madre. A pesar de todo, era una buena persona e intentó que a los niños no les faltase de nada, incluso permitió que su hijo legítimo Jaime, tratase a su hermano como tal. Cosa, que por lo que tengo entendido le costó más de un disgusto con su mujer. Por aquel entonces, las mujeres de nuestra familia ya se buscaban la vida fabricando jabones y cremas para todos los remedios, eran muy conocidas en toda la región y déjame decirte que algunas de esas fórmulas las seguimos utilizando hoy nosotras —abrí los ojos con sorpresa, sabía que las recetas originales eran antiguas, pero desconocía su procedencia—

. Pero la guerra estaba siendo cruel para todos y los tiempos muy duros. Por aquel entonces mi madre tendría alrededor de unos diecisiete años y su hermano sobre unos catorce…

Pilas, 1937.

¡Luisito, no te separes de mí! Abuela ha dicho que no podemos volver tarde, vamos a coger las plantas de romero y volvamos.

Él tenía sus ojos fijos y expectantes en el camino de polvo que venía desde la enorme plantación de olivos de los Rivera.

¡Olivia, espera un poco más, Jaime me dijo que vendría por mí en su caballo para llevarme a la casa grande!

¡Sabes que eso no puede ser, su madre no le dará permiso a tu hermano para que haga eso, acuérdate la que os lio la última vez!

Los ojos del muchacho se abrieron haciendo caso omiso a su hermana, los cascos de un caballo resonaban en aquella templada tarde de finales de verano.

¡Es él, Olivia! ¡Es Jaime! —La joven atusó su preciosa melena caoba y estiró el delantal que cubría su falda. Su corazón comenzó a latir con fuerzas al ver acercarse hasta ella al hombre que había estado en su corazón desde que tenía uso de razón. Alto, gallardo, aquel moreno con una sonrisa impresionante, de unos veintiún años se acercaba hasta ellos montado en su caballo. Se detuvo delante al llegar a su altura y los saludó con un gesto de su cabeza— ¡Jaime ¿verdad que hoy sí me llevarás a tú casa?!

Lo siento Luis, mi madre no se fue al final a Sevilla, tendrá que ser en otra ocasión

—sus ojos buscaron a Olivia— Hace muchos días que no te veía, ¿dónde te has metido?

La joven comenzó a andar a la vez que él la seguía montado en su caballo.

Pues en mi casa, ayudando a la abuela ¿dónde iba a estar sino? Tú eres el que no ha aparecido por aquí.

Es que estamos preparando la marcha, pasado mañana nos vamos, mi madre no quiere seguir aquí mientras todo este desastre siga adelante y nos vamos a la casa que tenemos en la Provenza en Francia.

Olivia se detuvo a la vez que lo hizo su corazón.

¿Entonces, es verdad? ¿Te vas?

Sí y había pensado que mañana podríamos ir a merendar al *corredor* para despedirnos, llevaré una cesta con todo lo que pueda coger para comer, además el rio todavía trae bastante agua.

Eso está lejos, tardaríamos una hora por lo menos en llegar, sin olvidar lo peligroso que

puede ser.

—Los caminos están despejados, las tropas están bien lejos de aquí.

¡Di que sí, hermana, por favor di que sí!

No creo que a la abuela le guste esa idea.

Mira que no te vas a ver a otra —le dijo él sin dejar de sonreírle—. Si no quieres andar tanto puedo pedirle el coche a mi padre.

La muchacha cogió de la mano a su hermano con fuerza y sin mirar a Jaime continuó andando.

¡No es solo tú padre, también es el de Luisito y os vais a ir sin importaros lo que le pueda pasar, dejándolo en medio de todo este caos!

El muchacho bajó del caballo y la siguió andando sin soltar las riendas.

¡Venga Olivia, si te prometo hablar con él ¿vendrías mañana?! Su hermano la miró con ojitos de gatito desvalido.

Por favor, si tú no vienes la abuela no me va a dejar ir y te prometo que no quiero irme con ellos tan lejos, yo prefiero quedarme aquí, con vosotras.

El muchacho sonrió de esa forma tan especial, en la que ella no podía negarle nada, pidiendo su aprobación, entonces Olivia le respondió:

Bueno, pero tienes que prometerme que por lo menos lo intentarás, dime que hablarás con tu familia —el joven hizo la señal de la cruz sobre su pecho a modo de promesa, entonces ella cambio su tono de voz y le contestó—: Si mi abuela nos deja,

¿nos vemos mañana a las cuatro en la entrada del camino de mi casa?

Perfecto.

El muchacho volvió a montar a caballo bajo la atenta mirada de admiración de su hermano y una dulce sonrisa de ella, que, aunque intentaba disimularla, con solo mirarlo le nacía sola.

Ambos llegaron a su casa y en su cocina de carbón se encontraba su abuela atareada entre sus aceites y jabones.

¿Has traído el romero, Olivia?

Sí abuela, también he encontrado unos espárragos para hacer una crema para la cena.

Bien hecho, apenas nos queda nada de comida, con esta maldita guerra ya nadie compra nuestras cremas.

¿Y para quienes son todas estas?

Los Rivera se van a Francia y Doña Francisca me ha encargado varias para llevárselas. Por lo menos podremos sobrevivir una temporada con lo que nos pague.

Abuela, hemos visto a Jaime y le he pedido que hable con su padre para que se lleven a Luis.

La mujer apoyó sus manos sobre el poyete, agachó su cabeza y

dio un largo suspiro.

Yo también he hablado con él.

¿Y qué te ha dicho?

Al principio se negó, pero no he sido muy sutil, y me ha prometido hablarlo con su mujer —las lágrimas comenzaron a rodar por la preciosa cara de Olivia, su abuela abrió sus brazos para recibirla y ella buscó su calor—. Ya, mi niña ya. Yo tampoco quiero que se vaya, pero es lo mejor para él, todo esto está durando demasiado y con su familia no le faltará de nada.

Lo sé, pero también pienso en nosotras, ¿cómo vamos a sobrevivir en medio de esta locura? Tú misma lo has dicho, ya nadie puede comprar nuestros jabones, ni cremas, la poca gente que queda en el pueblo no tienen ni para comer.

Hija, no te preocupes más —miró a su pequeña, era tan joven y había tenido que pasar por tantas penalidades, acarició su cara y le dijo—: Olivia, tú eres la mujer más fuerte que conozco, nosotras solas saldremos adelante.

Abuela, tengo tanto miedo.

Y yo cariño, pero todo va a salir bien, esto tiene que acabar pronto, ya lo verás.

El día siguiente llegó, los muchachos tuvieron el ansiado permiso que los dejaba ir a su excursión. La anciana sabía el aprecio que el niño sentía por su hermano y el cariño que Olivia le procesaba al muchacho, aunque esto último no era para nada de su agrado. Sabía cuánto sufriría ella, los Rivera se opondrían siempre a esa relación.

A las cuatro en punto, Jaime aparecía por la carretera de tierra, envuelto en una nube de polvo que producía su flamante *Chevrolet master de luxe sedan* que su padre había comprado un par de años antes de que las vidas de todos se viesen interrumpidas por la más cruel sin razón, como es la de cualquier enfrentamiento armado y la de una locura que no benefició a nadie. Luis empezó a dar saltos de alegría y ella, algo nerviosa, intentó alisar su pelo. El joven se asomó a la ventanilla del piloto.

¡Jaime, ¿me dejarás conducirlo?!

El muchacho dio una carcajada al escucharlo.

Anda móntate atrás, si no creo que llegues ni a los pedales —el chico hizo caso a su hermano, pero ella permaneció quieta, mientras él la miraba embelesado—. Olivia, estás preciosa —la joven bajó su mirada algo avergonzada, él sonrió al ver lo que ella sentía cada vez que le hablaba, entonces continuó—: Sube o se nos hará muy tarde.

No, no pienso hacerlo hasta que me digas si has hablado con tu padre sobre lo que te dije ayer de llevaros a Luisito.

Jaime asintió con la cabeza.

Sí, he hablado con él.

¿Y bien?

Pues sorprendentemente habló con mi madre y ella ha aceptado.

Entonces, ¿sí? ¿Él irá con vosotros?

El joven volvió a asentir con su cabeza sin dejar de sonreír. Los dos subieron al coche dispuestos a pasar una tarde inolvidable.

Una vez a orillas del Río, la tarde estaba siendo muy calurosa, Luis se empeñó en bañarse y Olivia y Jaime prefirieron estar un momento a solas.

Jaime, ¿cuándo os vais?

Mañana, por eso quería pasar este rato contigo. Olivia, hablé con mis padres para que tú también nos acompañases, pero mi madre se negó por completo. Estoy pensando en quedarme aquí contigo.

¡Estás loco! Si te has librado hasta ahora de ir al campo de batalla ha sido gracias a que tu padre te tiene prácticamente secuestrado en la casa, ¿crees que tardarían en reclutarte en cuanto ellos se marchasen? Además, Jaime, es normal que tu madre no quiera tenerme cerca, y de verdad no me importa, no sabes lo agradecida que les estaré siempre por llevarse de aquí a nuestro hermano.

Jaime tiró una piedra al agua con rabia.

No, no es normal. No sé porque tiene que comportarse de esa forma, no le costaría ningún trabajo que tú nos acompañases.

Jaime, debe ser un trago muy desagradable para ella verme, todos dicen que me parezco a mi madre, no me imagino que hubiese hecho yo si me hubiese enterado de que mi marido había tenido un hijo con otra, así que no te enfades, bastante bien está haciendo sin dejar de atender a Luis desde que nació. Además, aunque hubiese accedido yo no me iría nunca dejando sola a mi abuela.

Lo comprendo, pero me da tanto miedo dejarte aquí.

Mi abuela dice que soy la mujer más fuerte que ha conocido, así que no temas.

¿Mujer? —Ella le pegó en su hombro, él comenzó a reír y se echó sobre su cuerpo para evitar que siguiese pegándole, dejándola atrapada debajo de él— Sí, mujer. Y además la más bonita que haya visto en mi vida.

¿De verdad piensas eso de mí?

Sí, lo pienso, te lo llevo repitiendo desde mucho antes que lograra robarte aquel primer beso —El muchacho acercó sus labios a los de ella, con solo un roce hizo que sus corazones se detuviesen durante unos segundos, y que de pronto se volviesen a acelerar, tanto como sus cuerpos lo hicieron. Sus manos eran deseo, a la vez que sus cuerpos temblaban con sentir las caricias de uno en el otro y así sin apenas darse cuenta, llevados por sus ganas, bajo un miedo profundo a lo desconocido y con un deseo sin freno de amor, ellos fueron un solo ser.

Cuando acabaron, ambos se sentían más avergonzados que satisfechos por lo que acababan de hacer, apenas se atrevían a mirarse a los ojos, intentaron recomponer sus ropas, esperando que Luis no se

hubiese dado cuenta de lo que acaba de ocurrir.

Olivia.

Por favor, Jaime, no me hables, ¿qué pensarás de mí? me siento fatal.

Perdóname, me dejé llevar, tampoco pensé que esto iba a suceder, no sé cómo ha sido —la muchacha se levantó para llamar a su hermano, pero se dio cuenta que su falda estaba manchada con la prueba de lo que acababan de hacer, ella se echó a llorar al ver la sangre manchando su ropa, Jaime se levantó y la abrazó con fuerza—. Te prometo que cuando vuelva te buscaré Olivia, repararé mi error, te lo juro cariño…

*****

¡Abuela! Quizás ella quedase embarazada y tal como tú creías, sí era Jaime tú padre.

Cariño, eso sucedió años antes que yo naciese, lo que te quería contar era su historia de amor, se amaron desde niños, aunque sus caminos los separase la horrible guerra, pero sé que fue el único hombre que ella amó en su vida, mi tío Luis siempre lo contaba así.

Nos dimos cuenta de que el restaurante había quedado vacío, nuestra conversación nos había tenido absortas por completo y solo dos camareros, por educación, quedaban pendientes para poder echar el cierre. Educadamente nos disculpamos y pusimos marcha de nuevo hacia su casa.

Nada más entrar, al dejar las llaves, vi en el mueble del recibidor una carta sin abrir, miré y me llamó la atención su remitente, era de un tal Jorge Rivera

¿Y esta carta?

Ella se asomó, le echó un vistazo.

Es de los Rivera.

Ya, eso puedo leerlo yo también. ¿Y por qué no la abres?

Porque seguramente será más de lo mismo, llevan años intentando recuperar las tierras que el viejo señor Rivera regaló al tío Luis y ahora que está tan mayor vuelven a intentar recuperarlas.

De todos modos, deberías ver que quieren, quizás sea algo importante.

Ábrela si quieres, ya verás como no me equivoco.

La curiosidad era superior a mí, así que teniendo su permiso me dispuse a leerla:

Estimada Sra. Candaus.

En varias ocasiones he intentado ponerme en contacto con usted, habiendo sido imposible, por eso me atrevo a intentarlo por carta.

El motivo para molestarla es porque en unas reformas que se están efectuando en mi casa, han aparecido unas fotografías que creo podrán interesarle. Si es así, puede pasarse a la hora que le parezca bien por las oficinas de mi empresa.

Quedo a la espera de su

¡Abuela, eres una listilla!, no es nada parecido a lo que tú pensabas, es algo sobre unas fotografías que dicen quizás te puedan interesar.

Mi abuela me dio un beso en la frente y me contestó:

Paparruchas, seguro que no es más que una estratagema para hacerme caer en alguna de sus trampas.

¿Te importaría que fuese yo? Me gustaría mucho saber de qué se trata.

Haz lo que quieras, eres agotadora, yo me voy a acostar. Hasta mañana querida.

Hasta mañana abuela —sonreí al escucharla y la vi marcharse. Una vez sola busqué en el sobre la dirección, la tenía impresa en el membrete de la empresa de aceite de los Rivera. ¡Yo iba a ir! Allí había poco que hacer y me intrigaba mucho saber cómo había terminado la historia, estaba segura de que mi abuela no me había contado todo lo que sabía.

A la mañana siguiente me desperté, más bien tarde, desperecé cada músculo de mi cuerpo, no podía creerme que no tuviese que salir corriendo con la hora pegada hacia el trabajo, podía haberme ido a cualquier lugar del mundo, pero aquello era como el mejor *resort* de lujo. La paz envolvía el ambiente, no se escuchaban nada más que los pájaros, olía a naturaleza y… ¡a café! Su olor me levantó, adiós paz, adiós tranquilidad, necesitaba café en barriles de 50 litros.

¡Buenos días! —Mi abuela estaba en la cocina acompañada de una señora morena de unos cuarenta años, muy “resultona”. Las dos tomaban unas tazas de café, hablando sobre las compras que había que hacer para la fiesta de cumpleaños de mi abuela. Le di un beso, eché un ojo a la enorme lista que estaban haciendo y me dirigí directa hacia la cafetera—¿Qué pretendes, invitar a todo el pueblo?

Buenos días a ti también, y sí pienso invitar a cuantos conozca de aquí y de todos los

alrededores, ¿o acaso no crees que llegar a mi edad y en mi estado no es todo un mérito?

La mujer que la acompañaba se echó a reír.

Diga usted que sí, se va a estar hablando de la fiesta hasta la del año que viene. La miré sonriendo, mi abuela se dio cuenta que no nos había presentado.

Olivia cariño, ella es Carmina, además de mis pies y mis manos.

Encantada pies y manos de mi abuela, pero por favor, aunque mi abuela se empeñe en decirme así, llámame Livi.

Ella me saludó con un gesto de su cara y continuó haciéndonos ver una leve falsa modestia.

Su abuela es una exagerada, ella se vale más que bien sola para todo, yo no hago nada más que organizarle un poco lo que me deja.

Y te creo, si vieses cuanto la echamos de menos en la empresa —de nuevo nos interrumpieron dos mujeres que al parecer se ocupaban de la limpieza de la casa, Carmina comenzó a darles instrucciones de por dónde debían empezar. Me acerqué a mi abuela—. Y yo que te veía con tu delantal limpiando toda la casita —ella me miró con su cara de guasa.

No, había pensado que mejor tú te ocupases de todo esto.

Le hice burlas al escucharla, desde luego ninguna de las dos nos hubiésemos llevado el premio a la mejor ama de casa del mundo, muy al contrario, y desde luego muy diferente a mi madre.

Dime, ¿de dónde has sacado a tú ayudante?

Su abuela trabajó toda la vida en la casa donde me crie y ahora lo hace su madre.

Conozco a su familia desde siempre.

En ese momento estaba dando un sorbo a mi café y abrí los ojos hasta dolerme al escucharla.

¡Entonces ellas sabrán algo más sobre la historia de tu madre!

Olivia cariño, déjalo ya, menuda perra has pillado con esa historia.

Pues te guste o no, voy a ir esta mañana a visitar a Rivera, tengo mucha curiosidad por saber que fotos quiere que vea, mira si descubrimos algo más de lo que ocurrió.

Nena, vamos a dejar las cosas como están, te vas a meter en remover viejas heridas que no van a favorecer a nadie.

Quedé en silencio, aquella pequeña prohibición no hizo más que picarme un poco más, ¿qué mal podía hacer unas fotografías a nadie?

Me arreglé y sin que se diese cuenta cogí la carta y bajé de nuevo hasta el invernadero dónde ya estaba ella dando órdenes a diestro y siniestro.

Abuela, ¿puedo coger tú coche para ir a dar una vuelta? Sin mirarme apenas, me contestó:

Se lo ha llevado Carmina para ir a comprar, pero de todos modos lo vamos a necesitar

constantemente con todo el jaleo de la fiesta. En el garaje hay otro, era el de tu tío, no sé si andará, pero si lo hace es todo tuyo para que te puedas mover con libertad — buscó con la mirada a uno de los hombres que allí trabajaban—. ¡Juan, por favor ¿podía echarle un vistazo al coche de Luis?!

Sí señora.

¿El coche del tío Luis? ¿Pero cuántos años puede tener?

¿Quieres dar tu ansiado paseo, sí o no?

Es verdad que había llegado allí un poco en plan marimandona, así que hice un gesto de afirmación y seguí a Juan sin volver a protestar.

No sé si las puertas de aquel garaje se habían vuelto a abrir desde que dejaron allí metido aquella vieja cafetera, pero cuando las descorrieron y levantaron la lona que lo cubría, entre una nube de polvo descubrí un *Toyota 2000 GT,* en un rojo… "tomate". Era bonito, pero debía tener más de cincuenta años, algunas de mis más elitistas amigas dirían que era un *vintage* auténtico.

Este coche está en perfecto estado, a D. Luis le encantaba y una vez en semana me hacía darle un repaso al motor, lo que ocurre es que desde que él cayó enfermo no lo hemos tocado, quizás la batería le dé algún problema, se la recargaré en un momento con las pinzas y más tarde bajaré a comprar una nueva.

¿Entonces, usted cree que andará? Bajó el capó de golpe y me dijo:

Creo que sí, lo que no sé es si frenará, hasta ahí no he llegado nunca.

¡Qué graciosillo me resultó ser el tal Juan! Puso las llaves sobre mi mano y me dejó plantada delante de aquel trasto.

Y así, sin GPS, ni navegador, ni siquiera una mala dirección asistida, me propuse encontrar la empresa de aceite de los Rivera. Aunque aplacé mis planes iniciales y llevé ante de nada el coche a que le diesen un lavado de arriba abajo.

Ya con él limpio y algo más convencida de que la vieja cafetera iba pareciéndose a una máquina que andaba, me puse en marcha hacia mi primer objetivo. No me costó en absoluto, pregunté a un par de personas y no hubo problema, la empresa era muy conocida en toda la región.

Al bajar del coche me quedé impresionada, el edificio era de una arquitectura muy moderna, nada que ver con el entorno dónde se encontraba. Llegué hasta una no menos impresionante recepción y una alucinante recepcionista con una blanquísima sonrisa bien maquillada, que se apresuró a atenderme:

Buenos días, ¿en qué puedo ayudarla?

Buenos días, mi nombre es Olivia Arranz, me gustaría ver al señor Jorge Rivera.

¿Tiene usted cita concertada?

No, pero si le dice que vengo de parte de Julia Candaus quizás pueda recibirme.

Un segundo por favor —la muchacha llamó por el teléfono interno, enseguida me contestó—: Señorita, por favor suba a la cuarta planta, allí la recibirán.

Gracias.

Aquellas oficinas eran impresionantes, todo con una pulcritud digna de las mejores empresas alemanas. Llegué hasta mi nuevo destino y de nuevo un mostrador me cortó el paso.

Señorita Arranz bienvenida, por favor pase al despacho del fondo, en cuanto llegue el Señor Rivera le atenderá.

Gracias.

Entré en un enorme despacho, todo decorado de diseño, en unos tonos neutros. Solo una enorme fotografías en blanco y negro del pueblo en los años veinte, con apenas una veintena de calles y algunas otras fotos antiguas de personas en las labores del campo, o en los molinos, adornaban esas enormes paredes, dándole un toque más cercano. Ni en un millón de años hubiese imaginado un lugar así en medio del campo, es verdad que aquella era una preciosa pero pequeñita población, pero ese estilo de decoración era más de unas oficinas urbanas que de un sitio tan acogedor. De pronto una voz de hombre me sobresaltó:

Esa foto en particular no era la que estaba deseando mostrarle, esta es de *Francisco Medina*, tomada en 1928 —me di la vuelta al escucharlo— ¡Dios mío eres preciosa…! ¿Pero de verdad eres Olivia?

Me sorprendió que me hablase de ese modo sin conocerme, pero digna poseedora de la agudeza que me caracterizaba le respondí:

Sí, soy Olivia, y debo decirle que no es la peor de las maneras en las que me han recibido.

Pero él repitió algo perplejo:

¿Olivia, Olivia Martín?

Sonreí y me acerqué a él con la mano extendida para saludarlo.

Obviamente no, sino tendría unos noventa y ocho años y no creo que me encontrara tan preciosa, esa era mi bisabuela. A mi puede llamarme Livi, todos me conocen por mi sobrenombre.

Aquel elegante moreno, de unos treinta años aproximadamente, vestido con una impecable chaqueta sport gris oscura y unos pantalones negros, que le sentaban como un guante, se acercó a mí

con una impresionante sonrisa.

Por favor discúlpeme, creerá que soy idiota, esta no es forma de presentarse.

Bueno, suelo causar ese tipo de reacciones en los hombres, así que queda usted perdonado — sin dejar de sonreír cogió mi mano y la apretó en forma de saludo, pero sorprendentemente para mí no me soltó, se quedó inmóvil mirándome fijamente a los ojos.

Es que es exacta.

Ahora será usted quien tendrá que perdonarme, ¿sobre qué o quién me está hablando?

Sobre las fotos que encontré en mi casa, es usted exacta a Olivia Martín.

Vale, si es capaz de devolverme mi mano lo escucho con toda atención.

Carraspeó su garganta y me soltó, indicándome educadamente que tomara asiento frente a él.

Perdóneme de nuevo, pero me ha dejado confuso —sonreí y tomé asiento. El miró las viejas fotografías que estaban colgadas en la pared para explicarme algo de su historia—. A excepción de la foto del pueblo que estaba usted mirando, todas las demás las tomó mi bisabuelo, le encantaba la fotografía y en casa hay muchísimas de ese tipo de temática. Pero hace poco he comenzado con unas reformas en las cuadras de mi finca, para mi sorpresa allí he encontrado su viejo laboratorio fotográfico, que hasta ese momento estaba tapiado. En una de las cajas hay algunas de su abuela cuando era pequeña, pero entre todas había unas que me llamaron mucho la atención, por detrás tenían puesto el nombre de su bisabuela, puedo asegurarle que era exacta a usted. Me gustaría mucho poder enseñárselas.

Por mí no hay problema, estoy deseando verlas. Solo dígame el lugar y la hora y allí estaré.

¿Le parece bien esta tarde? ¿Podría venir a mi casa sobre las seis?

¿A su casa?

Sí, lamentablemente el paso de los años ha dejado su huella en ellas, y no me gustaría exponer mis pequeñas joyas en absoluto, creo que son verdaderas obras de arte, por eso las tengo allí, no me gustaría sacarlas hasta que un experto no me diga cómo hacerlo.

Bueno siendo así, dígame su dirección.

De su cartera sacó una tarjeta y me la dio, la cogí, pero antes de soltarla continuó:

Es una cita. Recuerde, a las seis en mi casa.

Sonreí al escucharlo, di un pequeño tirón de la tarjeta para atraerla a mí y a la vez que me levantaba le contesté:

No señor, no es una cita con usted, sino con el pasado, ¿conoce algo de la historia de Olivia y Jaime?

Hizo un mohín con su cara y me respondió:

Algo me contó mi abuelo.

Y en ese algo, ¿crees que cabe la posibilidad que nosotros seamos parientes?

No, de eso no me dijo nada, pero no me gustaría tener una prima tan bonita, preferiría que fuese algo más accesible —sonreí al escucharlo y salí por la puerta a la vez que él me acompañaba— Recuerde, a las seis una cita con el destino.

No lo dude, no faltaré.

Volví a mi coche, aunque me costó bastante arrancar la vieja cafetera de mi tío, no me importó, me sentía tan bien que ni eso pudo borrar la sonrisa de mis labios. ¡Qué hombre más guapo! Se me había removido todo por dentro, dicen que se necesita exactamente ocho con dos segundos para saber si algo te gusta o no, pues bien, a mí me sobraron tres para saber cuánto me gustaba él.

¡Abuela, ¿dónde estás?!

¡Arriba, en mi dormitorio!

Subí los escalones de dos en dos, al llegar a su habitación me tiré directamente en la cama a su lado llena de euforia.

¡Moreno, alto, ojos negros, elegantísimo! ¡Me muero, abuela me muero! ¡Es guapísimo, simpatiquísimo, educadísimo!

Olivia.

El tono de voz de resignación de mi abuela me hizo levantar la cabeza y mirarla.

Ya sé, ya sé, no me conviene, como dirían en las telenovelas: “son nuestros enemigos”.

No digas tonterías hija, aquí no hay amigos ni enemigos, no sé cómo será él, pero puedo asegurarte una cosa, conozco a parte de su familia y no te van a gustar nada, son todo lo contrario de lo que tu buscarías.

De pronto toda la alegría que llevaba se esfumó, me quedé mirándola.

¿Y tú qué haces acostada a esta hora?

Estaba cansada y decidí recostarme un rato.

¿A la una de la tarde?

Alguna licencia tiene que darme mi edad, ¿no te parece?

Abuela, no me estás ocultando nada ¿verdad? Te encuentras bien, si no fuese así me lo dirías.

No digas tontería, claro que estoy bien. Venga levántate, la comida ya estará casi lista —me empujó cariñosamente, para que la dejase salir, pero su aspecto no era el de esa mañana, parecía cansada y triste.

La comida estaba siendo tranquila, no quise sacar el tema de la reunión, toda la euforia se había transformado en un momento totalmente apático. Mi abuela me miró mientras yo le daba una vuelta completa a los guisantes que tenía en el plato.

¿Qué te ocurre Olivia?

Esa no es la pregunta, sino ¿qué te ocurre a ti?

Hija me levanté muy pronto hoy, solo quise descansar un poco, te prometo que no es

nada. Venga, cuéntame, ¿te enseñó el morenazo perfecto las famosas fotos o era todo mentira, como te dije?

Dejé el tenedor y di un suspiro.

No las tenía en la oficina, hemos quedado esta tarde para verlas.

¿Ves?

No abuela, estás equivocada. Ha comenzado unas reformas y ha encontrado en una de las cuadras que habían tapiado, el laboratorio fotográfico de su bisabuelo dice que hay alguna foto tuya.

Seguramente, recuerdo a Jaime con su enorme cámara de un lado a otro.

Me dijo que también había encontrado unas de tu madre.

¿Tiene fotos de mi madre?

Sí, dijo que me parezco mucho a ella.

Apenas la recuerdo, pero sí me acuerdo del color llamativo de su pelo y de sus ojos, es verdad que eran como los tuyos.

Entonces ven conmigo esta tarde, no creo que me deje traerme alguna fotografía, dice que son sus joyas y me gustaría mucho que vieses esas fotos.

Cariño, son muchos los recuerdos, buenos y malos, pero no quiero volver a revivirlos y sé que solo con entrar en aquella casa todos se amontonaran en mi mente. Solo te voy a hacer una advertencia: Es como una maldición lo que los hombres de esa familia sienten por las mujeres de la nuestra y por desgracia la cosa es recíproca, y digo maldición porque ni en una sola de las ocasiones ha salido bien —cambió el tono de su voz a broma al ver lo sería que me había puesto—. ¡Siempre he dado gracias a Dios porque a su abuelo no le fuesen las niñas de seis años, sino habría venido también por mí! —no me esperaba ese final y di una carcajada que resonó en la habitación. Ella cogió mi mano y la apretó—. Así es cómo me gusta verte, riendo, siempre riendo.

Abuela, te quiero mucho.

Y yo a ti mi vida. Ponte guapísima, ve y deja a ese hombre con la boca abierta.

De eso puedes estar bien segura.

Y ahora, si tengo tu permiso, no te parece mal y me prometes que no llamarás al servicio de urgencias, me gustaría echarme una siestecita.

Asentí, a la vez que ella me dio un beso en la frente.

Decidí también acostarme un ratito, pero lo hice en la hamaca que había en el porche, con la suave compañía de nuestra perrita, tenía tantas cosas en las que pensar que sin darme cuenta me quedé dormida acariciándola.

Me despertó sobre las cuatro y media el sonido de mi móvil, miré su pantalla y vi que era mi madre de nuevo. De nada servía seguir ignorando sus llamadas y algo aturdida le contesté:

- Dime mamá.

- ¡¿Dime mamá?! ¡¿Eso es todo lo que tienes que decirme?! ¡Te he llamado un millón de vece ¿tú ves normal que no se te haya

pasado por la imaginación llamarme o mandarme un mensaje informándome que ibas a hacer sola un viaje de casi quinientos kilómetros?! He estado a puto del infarto, no sabía dónde estabas, no sabía si te encontrabas bien o no. Desde luego cada vez te comprendo menos. ¡Está bien que te hayas ido de casa, cosa que dicha sea de paso no entiendo, vivimos en una casa gigantesca, si querías espacio aquí podías tener todo el que querías…!

Mamá.

¡Ni mamá ni leches, me he tenido que enterar por tu secretaria que te habías ido a casa de la abuela, en vez de venir con nosotros como habíamos quedado!

Mamá.

¡Y eso no es todo, ¿sabes cuántas veces ha llamado Carlos?! ¿Se puede saber que ha pasado con él? ¡Hasta hace una semana era el hombre de tu vida y hoy no he sabido que decirle sobre lo que te estaba ocurriendo!

¡Por favor, mamá, quieres calmarte de una vez! Solamente he adelantado unos días mis vacaciones, tenía que poner mi cabeza en orden, las negociaciones con los alemanes han sido agotadoras. Sí, me he ido de casa. Simplemente porque tengo veintiocho años, te recuerdo que antes de lo que pasó, ya llevaba años viviendo sola, sin ir más lejos tú a mi edad ya habías tenido a Javi y lo de Carlos —tomé aire para poder continuar hablando—, mamá ese hombre es un controlador y un manipulador, le dije que no había nada entre nosotros, he bloqueado su número y por eso os ha estado molestando a vosotros y por ese mismo motivo no te había dicho que estaba aquí, para que no pudieses decírselo.

Olivia cariño, sabes que él no es así. No todos los hombres son iguales. ¡Ya está bien mamá, no quiero hablar más del tema!

Guardó silencio durante un instante y luego prosiguió:

¿Entonces qué hago? Si vuelve a llamar le sigo diciendo que no sé dónde estás.

- Sí mamá, por favor necesito unos días de descanso, no podía soportar más tener que informar sobre cada uno de mis movimientos, entre él, mi hermano y papá me estaban volviendo loca.

Escuché como mi madre suspiraba, guardó un segundo de silencio y continuó:

- De acuerdo, tómate esos días de descanso que necesitas y tranquilízate, tenemos que poner muchas cosas en claro en cuanto nos veamos. Cambiando de tema, ¿y mi suegra? ¿está ahí contigo? Dime la verdad, ¿cómo la has encontrado?
- Se ha costado a dormir la siesta. Ella dice que no está mal, pero si te soy sincera, me parece que algo le pasa, la veo un poco decaída.
- Cuídala, nosotros llegaremos, seguramente, el jueves, ya hablaré con las dos cuando estemos allí. Tu abuela está muy mayor para vivir sola y tan lejos de la familia.

¡Uff y me quejaba de los otros tres! Ella era aún más dominante que todos ellos juntos.

- Está bien mamá, por favor perdóname por haberte asustado, pero te juro que me estaba ahogando. Sólo quiero olvidarme de todo durante unos días y pasármelo bien.
- Al que no le va a hacer ninguna gracia es a tú padre, sabes las ilusiones que se había hecho con Carlos.
- Pues que pruebe a salir con él una temporadita, ya verás cómo se le pasan. Por fin la escuché reírse.
- Cuídate, cariño.
- De acuerdo mamá, dale mucho besos a todos.

Colgué el teléfono y me quedé con la mirada perdida, balanceándome en la hamaca, en aquel inigualable paisaje de olivos, ahora no tenía ganas de pensar en ninguno de los problemas que había dejado atrás. Simplemente me recreé recordando la cara del moreno de esa mañana, era en lo único que quería tener en la cabeza en esos momentos.

Me arreglé a conciencia, me puse una buena falda de tubo negra y

una blusa de raso rosa, a juego con mis maravillosos *Manolo Blahnik y* eso sí, una mano completa de pintura de primera, que la ocasión lo merecía. Tal y como le dije a mi madre, durante unos días solo quería pasarlo bien. Bajé al salón y vi a mi abuela leyendo un libro.

¿Qué? ¿Cómo se me ve?

Levantó la cabeza de su lectura y sonrió al verme.

Estás guapísima. Si ese tipo tenía en la cabeza engañarte para quedarse con las tierras, creo que se le va a olvidar al verte.

Mira que eres cabezona, ¿de verdad crees que solo es por eso?

Vamos a hacer una apuesta.

Perfecto. Si no saca el tema, mañana tú y yo nos acercamos al médico a que te hagan una revisión.

Y si lo saca, esta será la última vez que lo veas.

Abuela, eso es chantaje puro y duro.

Me da miedo que te hagan daño. Me acerqué y le di un beso.

No te preocupes por favor, nadie me va a hacer daño, a esta alturas ya estoy curada de espanto. Te lo puedo asegurar.

En cuanto tengas ocasión debemos tener una de nuestras charlas.

Esa misma frase es recíproca, ¿de acuerdo?

Ella sonrió y me dio un beso. Antes de mancharme me di la vuelta y le pregunté:

¿Sabes si Juan le ha cambiado la batería al coche?

Seguro que no, salió para Málaga y hasta mañana noche no vuelve, lo siento, no me acordé y no he mandado a nadie para comprarla.

Bueno, a ese coche le pasa igual que a mí, nos cuesta arrancar, pero cuando lo hacemos, lo hacemos a lo grande.

Ella sonrió y me despidió lanzándome un beso desde su sillón.

CAPÍTULO 2

Parecía mentira, estaba tan nerviosa como una niña pequeña, no sabía qué me iba a encontrar, iba bien sobre avisada por parte de mi abuela. Había preguntado por la dirección de la finca y se encontraba bastante cerca, así que llegué a tiro fijo. No había terminado de aparcar el coche cuando vi abrirse la puerta principal y a Jorge parado en ella. ¡Dios de mi vida, ¿se podía ser más guapo?! Vestido con pantalón y chaqueta negra y una camisa blanca que le quedaban de muerte, se veía impresionante allí de pie. Me miré un segundo en el espejo de mi retrovisor y me arreglé un poco la pintura de labios. Estaba excitada, el juego me encantaba y ese reto para mí no era nada más que eso, un juego. Así que tomé aire y salí del coche.

¡Hola ¿cómo estás?! —Mientras me acercaba iba pensando como saludarlo, si manteniendo las formas, con dos besos o simplemente dándole la mano, al llegar a su lado quise que fuese él quién eligiese— ¿Te parece bien que te tutee?

Por supuesto. Si te soy sincero, ahora estoy mucho mejor, estaba bastante nervioso, pensé que quizás no te atrevieses a venir.

Nos paramos frente a frente y como bobos simplemente nos dimos las manos a modo de saludo. Sonreí al escucharlo y le contesté:

¿Por qué no iba a atreverme? ¿No me digas qué es verdad todo sobre las historias que cuenta mi abuela de tu familia? — Se hizo a un lado dejándome pasar al interior de la casa.

No sé qué te habrán contado, pero seguro que todas son verdad —sonreí al escucharlo y me detuve delante de él.

¿Siempre te pones tan guapo para estar en casa?

Solo cuando sé que merece la pena hacerlo —me miró a los ojos y continuó—: Tú sí que estás bonita, creí que lo que sentí esta mañana al verte no se podía superar y lo has hecho con creces.

Seguíamos sin movernos, solo mirándonos el uno al otro. Tuve que hablar o no habría forma de detenerme y me lanzaría sobre él. Aparté la mirada, intentando disimular eché una ojeada a su casa. Estaba decorada de un modo muy clásico, para nada iba con lo que había visto esa mañana.

Después de ver tu oficina, pensé que tu casa tendría otro estilo.

Esta es la casa de mi familia, no la mía y la oficina es cosa de mi hermano. Yo vivo en *Names*, en la finca que tenemos en Francia, me ocupo de sus plantaciones.

Volví a mirarlo, sin poder apartar los ojos de sus labios.

Muy interesante.

¿Y tú, vives aquí? —Me preguntó.

No, yo vivo en Madrid, soy la directora comercial de la empresa de cosmética de mi familia.

Ahora era él quien no apartaba sus ojos de mi boca, entonces me respondió:

Muy, muy interesante.

Seguíamos sin movernos del sitio, Jorge parecía estar disfrutando el momento, mientras yo estaba empezando a ponerme realmente nerviosa y por nada del mundo quería que él lo notase.

¿Y esas fotos? ¿Me las vas a enseñar o vamos a pasar aquí toda la tarde?

Sé de un sitio mucho mejor donde podríamos pasarla, de echo pensé que primero podríamos tomar algo y conocernos un poco mejor.

¡Uff, este era de los míos, le iba el juego duro tanto como a mí! Pero aquello estaba subiendo de temperatura por segundos, y el nivel de calor me gustaba marcarlo siempre a mí. Así que mejor poníamos espacio por medio, tenía que ser yo quien llevase la batuta para poder tener el control, y si la cosa seguía de ese modo se me iba a ir de las manos. Me retiré de su lado.

Venga, ya en serio. ¿Tienes esas fotos o me has hecho venir solo para perder el tiempo?

Para mí no era perder el tiempo, pero si lo prefieres, ven, vamos a los establos, las tengo allí —me ofreció su mano. Me quedé mirándola y levanté los ojos.

¿De verdad es necesario? —Él seguía con su mano extendida.

Llevas tacones y el camino es de tierra —apreté mi mano a la suya, a la vez que sentía como mi corazón se aceleraba por segundos.

De acuerdo, tú mandas.

No me des demasiada confianza, no tienes ni idea lo que me gusta mandar.

Pues entonces vamos a tener un problema, para nada soporto ser una sumisa.

Entonces hagamos un trato, mientras estemos juntos, ¿igual por igual?

Eso está mucho mejor.

La sonrisa que se implantó en sus labios era para gravarla, aunque mejor me la hubiese comido entera, se podía sentir que para nada era el tipo de hombre dominante con las mujeres, al contrario, me pareció dulce, ese asomo de nervios y su manera de mirarme era algo que lo hacía encantador.

Camino a las cuadras, seguíamos sin soltarnos de las manos, es verdad que el terreno no era el mejor para mis preciosos zapatos, pero “por peores senderos había caminado y con tacones muchos más

altos”.

Esta parte de la finca me encanta, llevo tiempo pensando en construirme aquí una casa algo más pequeña, por eso había empezado con las obras para echar abajo las cuadras que ya no se utilizan. Mira estas vistas ¿a que merecen la pena?

Sí, el sitio es precioso —las hileras de olivos se perdían delante de nuestros ojos en aquel atardecer de primavera—. ¿Por qué quieres construirte aquí una casa? Mi abuela me dijo que el caserón de la plaza también es vuestro, aquel sitio es inmejorable.

Esa casa es el juguete de mi madre. Ahora se le ha metido en la cabeza hacer un museo. No me parece mal, por lo menos está entretenida en el proyecto, mientras mi hermano enreda en todo lo que le da la gana. Yo prefiero no meterme en nada de lo que ellos hagan o dejen de hacer.

Si no te importan demasiado los negocios de la familia, cuéntame, ¿qué haces trabajado aquí ahora?

No me malinterpretes, claro que me importan, pero estoy centrado solo en una parte de ellos, el problema ha llegado cuando mi hermano tuvo un accidente hace un par de meses, ya está mucho mejor, pero ha necesitado rehabilitación y mi madre lo ha acompañado a una clínica en Navarra. Así que yo ando a caballo entre Francia y España, intentando no volverme loco entre las dos empresas. ¿Y a ti, dime qué te ha traído hasta el paraíso?

El viernes por la noche celebramos el setenta y cinco cumpleaños de mi abuela, y toda la familia viene para celebrarlo con ella.

Me enteré de que su tío Luis estaba enfermo y que ella había venido para acompañarlo.

Me detuve y lo miré.

“Su y vuestro”. Luis era hermano de Olivia y Jaime, por lo tanto, es tan pariente tuyo como mío. Lo que no sé es porque no lo habéis acogido —llegamos hasta la puerta en obras de una de las cuadras, él se apoyó en el portón para poder abrirla sin dejar de mirarme.

Según tengo entendido, la “vida alegre” de Luis hizo que la familia lo alejara de

ellos.

No te entiendo.

¿No te han contado que tuvo una relación con uno de los hijos de un marqués de la zona? Imagina la que se liaría en aquel tiempo, supongo que para evitar el escándalo lo mandaron fuera y por lo que tengo entendido Olivia se fue con él.

¿Cuándo sucedió eso? Quiero decir ¿sabes en qué año pasó? Se quedó pensando.

No lo sé, fue cuando ya había acabado la guerra en España, mi familia había vuelto de Francia, porque ya había comenzado allí la otra guerra.

¿Te das cuenta? Eso fue después del nacimiento de mi abuela. No lo entiendo

¿ves lógico que su madre se fuese lejos, dejando a su hija en manos de otra familia?

No lo sé. Por entonces mi abuelo ya había nacido, él tiene ahora setenta y seis años, es mayor que la tuya un año. Pero pienso que, si Olivia se quedó embarazada, lo intentaría ocultar, esto era un pueblo pequeño, quizás lo hizo para poder salir adelante.

¿Tú sabes si Jaime ya volvió casado de Francia?

Sí, se casó en el 39 con la hija del conde de Marsell, mi honorable bisabuela Antonia Marsell.

Si él era recién casado, no veo lógico que tuviesen una relación. Quizás mi abuela tenía razón, ella dice que la madre de Jaime le dejó bien claro que solo era una recogida, que él no era su padre. ¿Y qué dices, que tu bisabuelo se casó con la hija de un conde? —Asintió con la cabeza—. Miren ustedes por donde, si resulta que estamos hablando con un verdadero príncipe azul.

Se acercó tanto a mí que casi podía sentir el calor de sus labios.

Pues espabílate, porque ando buscando a mi princesa.

Tragué saliva, creí que en ese momento me besaría, pero terminó de descorrer el portón y entró en la cuadra. Aquello estaba todo lleno de polvo y destrozado.

¿Dónde está el laboratorio de fotos? Esto es solo una vieja caballeriza.

Detrás de esta pared. Supongo que cuando ellos se fugaron, su mujer quiso borrar cualquier rastro de él.

Sigo sin ver claro toda esta historia. No veo nada normal que se marcharan y ya otra vez juntos volviesen a dejar a su hija sola.

También abandonaron a su hijo. No sabemos cómo eran las circunstancias realmente.

Me seguía negando a pensar que una madre pudiese ser tan egoísta, pero él tenía razón, no sabía cómo acontecieron sus vidas.

Descorrió unas tablas que separaban otro habitáculo. Allí había unas viejas cámaras de fotografías, y unas cajas metálicas sobre unas estanterías.

Las fotos no se han conservado mal del todo, gracias a que las cajas estaban bien cerradas y al estar en la pared del fondo no les ha llegado la humedad ni la luz. Mira, estas son las que quería enseñarte —me acerqué hasta donde estaba él. Las fotos eran en blanco y negro y con tan poca luz me costaba verlas bien, él encendió una linterna y se acercó a mí para que pudiese verlas —. Estas son de tu abuela, tienen puesto su nombre y la fecha por detrás, ¿ves?

Me conmoví al verla, casi se me saltan las lágrimas, era una niña preciosa. Allí, tan puesta, muy seria, como sin querer moverse para no estropear la foto.

Me gustaría mucho que mi abuela pudiese verlas —él se dirigió de nuevo hacia la estantería y cogió otra caja con más fotos.

Puedo mandar hacerte unas copias si quieres. Mira, estas son las que quería enseñarte, te presento a mi amor platónico: Olivia Martín. Dime ahora sino es normal que me impresionara tanto al verte.

Al mirar la foto me quedé sobrecogida, es verdad que el parecido era increíble.

Levanté los ojos y lo miré.

Jamás pensé que me parecería tanto, mi abuela siempre dice que tengo su color de ojos y de pelo, pero no creí que el parecido fuese tan grande.

Mirarte es como ver a un fantasma materializarse, por eso no puedo apartar los ojos de ti, eres como algo inalcanzable.

Pues si quieres puedes tocar, te aseguro que soy totalmente de carne y hueso y dependiendo de quién, bastante alcanzable.

Pasó su mano por mi cintura y me atrajo a él, cosa que me cortó la respiración, entonces apartó un mechón de cabello de mi cara y con una maravillosa sonrisa continuó hablando:

¿Te has dado cuenta de que estas fotos fueron tomadas aquí?

Es verdad, ellos estuvieron en este mismo lugar juntos, igual que hoy estamos tú y yo.

Me gustaría pensar que hicieron el amor aquí mismo, sería una maravillosa fantasía volver a hacerlo en este sitio, sería como revivir toda su historia de nuevo.

Lo separé de mi cuerpo con ambas manos, poniendo espacio entre ambos y sin poder dejar de sonreír, era aún más descarado que yo.

Creo que lo que de verdad ocurre es que eres un poco carota. No hace apenas unas horas que nos conocemos y no has hecho otra cosa que insinuárteme. No es algo muy normal ¿no te parece?

No lo sé, pero no me parece que la situación te sea demasiado incómoda —me agarró aún con más fuerza, pegándome a su cuerpo— ¿Sabes lo que de verdad creo? es que llevo tanto tiempo enamorado de esas fotos, que he sentido el deseo de tenerte entre mis brazos un segundo después de verte esta mañana.

Las numerosas señales de alerta de mi abuela empezaron a resonar en mi cabeza, aunque a pesar de eso no me moví un milímetro.

¿Sabes? mi abuela dice, que la atracción que existe entre los miembros de nuestras familias es una maldición y lo peor es que en ninguna de las ocasiones salió bien.

Eso no es verdad, Olivia y Jaime se marcharon juntos.

Quizás, pero con su acto hicieron sufrir a todos los que los querían. Mi abuela creció con su padrastro, un hombre al que ni siquiera conocía, gracias que el tío Luis siempre estuvo con ella. Y él abandonó a su mujer y a su hijo. Así que por la paz lo mejor es que pongamos tierra de por medio y que cada uno siga su camino.

¿Sin ni siquiera intentarlo?

Yo no me arriesgaría.

Esa decisión solo me lo complica un poco, contra más difíciles son los retos, más me gustan.

Sonreí y me separé de él.

Tengo que irme, es muy tarde. He quedado con mi abuela.

Pensé que cenaríamos juntos.

En otra ocasión será.

¿Mañana? —Me quedé mirándolo, intentando regañarlo y él prosiguió— Lo digo, porque si de verdad quieres una copia de las fotos, podrías venir a cenar, esta casa es muy grande para un hombre solo.

Pobrecito, seguro que eso es un problema.

Te lo plantearé de otro modo; somos personas de negocios, esto es un trato: las fotos a cambio de unas horas tuyas conmigo.

Está bien, tú ganas.

¡Bien! Entonces ¿mañana a la misma hora?

No, tendrá que ser un poco más tarde, mañana voy a Sevilla con mi abuela, quizás le den el alta a Luis y le prometí que la acompañaría.

Está bien, pero esta vez sí es una cita conmigo.

No me parece mal.

Me acompañó hasta el coche, al verlo se quedó muy sorprendido.

¡Menudo clásico! ¡¿Pero de dónde lo has sacado?, esta pieza es de museo! Se emocionó hablando y mirando el coche. En verdad me desilusioné un poco al ver lo pronto que había tirado la toalla con respecto a lo de conquistarme, pero estaba bien que él me dejara decidir… ¿o no? Cómo fuese, afortunadamente había ganado la apuesta con mi abuela, hasta ese momento no había sacado el tema sobre la compra de los terrenos y parecía que aquel encuentro había sido más por el gusto de conocernos que por querer ponerme una trampa.

Él seguía hablando, mientras yo no dejaba de mirarlo, era uno de los hombres más interesantes que había conocido, esa expresión tan pícara en su cara y su preciosa sonrisa perpetua llevó a límites insospechados mi imaginación. ¿Cómo sería el sabor de sus labios? ¿Cómo serían sus caricias y el calor de sus manos sobre mi cuerpo? Mi meta era a muy corto plazo, así que tenía que aligerar todo lo posible los acontecimientos. Él abrió galantemente la puerta de mi coche, aunque sin dejar de mirar hacia su interior embelesado por el buen estado en el que se encontraba. Me iba y se había dado por rendido y sin que él lo esperase me acerqué a él y le di un beso en los labios. En la sorpresa se quedó inmóvil, aproveché el momento y subí al coche, pero él no dejó que llegase a cerrar la puerta.

¿Y esto? ¿No querías poner distancia entre nosotros?

Sí, pero no podía aguantarme más y decididamente tú no te ibas a lanzar. Me has decepcionado, pensé que te había gustado mucho más —metió la cabeza dentro del coche y sin tener escapatoria me plantó un besazo espectacular.

Acabas de abrir la veda —me eché a reír—. Recuerda, mañana a las ocho.

Seguro que no se me olvida.

Se me van a hacer interminables las horas hasta volver a verte.

¡Madre mía, el camino de vuelta lo hice sin darme cuenta! Me reía recordando la situación tan extraña que acababa de vivir. Me gustaba, eso estaba claro y yo a él parecía que también, ¿pero era conveniente? Estaba todo el jaleo de las familias de por medio, la situación era algo surrealista, pero eso era lo que menos me preocupaba, me gustaba demasiado y eso podía ser un problema para el límite que me había marcado

con los hombres (no dejaría que ninguno se volviese a acercar a mí lo suficiente como para llegar a ser algo más que una aventura). Él decía que nunca actuaba del modo en que lo había hecho ese día, realmente yo no sabía si era verdad o no, puesto que era la primera vez que lo veía. Pero ¿y yo? ¿Por qué me seguía comportado de ese modo? Odiaba recordar los días tan horribles que había pasado hacía ya casi dos años, y aunque les aseguraba a todos, una y otra vez, que aquello ya era *agua pasada*, con solo sentir que alguien pensara que le pertenecía, o que un hombre se acercaba a mí más de lo debido, buscaba cualquier excusa para quitarme del medio, tal y como acababa de ocurrirme con el pobre de Carlos. Si soy sincera debo reconocer que esa nueva postura que había tomado frente a la vida no estaba mal del todo. Realmente me gustaba el juego de la seducción y sobre todo sus preliminares, todo era divertido para mí hasta que conseguía mi objetivo. Mi madre, muy metida en su papel de sobre protectora que había tomado, me decía que esa era un arma de doble filo, que cualquier día se volvería hacia mí y que me podría hacer sufrir tanto como yo hacía. Pero no era esta la ocasión, no tendría que preocuparme, si todo salía bien mi incipiente historia no duraría más que esas dos semanas, lo suficiente para pasarlo bien y punto.

¡Abuela, ya estoy aquí!

Ella estaba en la cocina junto a Carmina, se asomó extrañada al verme llegar.

Pensé que cenarías con Rivera esta noche.

No era el momento, él tenía demasiadas ganas y no se puede dar todos los caprichos el mismo día.

Olivia.

Me abracé a ella, juntando mi cara con la suya, me sentía realmente feliz.

Olivia, Olivia —le dije poniendo esa voz tan seria de disgusto con la que dijo mi nombre—. Deja de poner esa cara, si lo conocieses en persona no me regañarías de ese modo. Es guapísimo y ese debe estar acostumbrado a tener lo que desea con solo chasquear los dedos.

Entramos abrazadas en la cocina, Carmina me miró.

¿De qué guapísimo hablas?

De Jorge Rivera. He conocido hombres guapos, pero él se lleva el premio al mejor. ¿Lo conoces?

Claro que lo conozco, mi madre trabaja en su casa, igual que lo hizo antes mi abuela y es verdad Doña Julia, ese hombre es impresionante y le aseguro que tiene un carácter muy diferente al resto de su familia.

Una luz se encendió en mi cabeza.

Carmina, si conoces la familia Rivera desde hace tanto tiempo, quizás sepas algo sobre la historia que tuvieron Olivia y Jaime.

Olivia —la voz de reproche de mi abuela era evidente.

Abuela, Livi, recuerdas, Li…vi, no me llames más Olivia por favor, nadie me llama así. Y no me regañes, he visto las fotos que él quería enseñarte, es increíble mi parecido con tu madre, he visto el sitio donde estuvieron juntos, y mi curiosidad no ha hecho más que crecer, ahora es como si yo fuese parte de esa historia. Dime Carmina,

¿sabes algo?

Miró a mi abuela pidiéndole permiso. Ella suspiró dándose por vencida.

Solo sé lo que la gente del pueblo contaba, más que una historia real, una leyenda de enamorados, mi abuela Carmen trabajó siempre en la casa grande, según mi madre, ella tuvo mucha culpa que toda su historia se extendiese…:

*****

1940 Pilas, Sevilla.

La guerra había sido terrible, sobre todo para dos mujeres solas. Olivia y su abuela habían mal sobrevivido en aquella trágica locura, las lágrimas derramadas también habían sido muchas, e igual que en una terrible tormenta todo quedó arrasado, dejando horribles heridas en la tierra y en el corazón.

Las dos mujeres volvían de recoger del campo las flores para dar aromas a sus cremas y jabones. Al llegar a la entrada del camino que

llevaba hasta su casa, pudieron vislumbrar que su puerta estaba abierta. Eran ya tantas las veces que les habían desvalijado lo poco que tenían, que estaban dispuestas a luchar por casi nada.

Abuela, tú quédate aquí, han vuelto a entrar en la casa. La anciana cogió una piedra del suelo y se la dio a su nieta.

De eso nada. Toma, coge esa piedra yo con el bastón me basto. ¡Cómo pille a esos ladrones dentro, esta vez me la van a pagar todas juntas!

Entraron despacito, intentando no hacer ruido y justo enfrente rebuscando en una estantería, descubrieron a un hombre. Al grito de las dos el joven se asustó.

¡Soy yo, soy yo!

El grito de pánico se transformó en uno de alegría.

¡No es posible Jaime, ¿eres tú?! ¡¿De verdad eres tú?!

¡Olivia! ¡Dios mío, estás increíble! ¡No me lo puedo creer, tenía tanto miedo de no encontraros! —Los dos se abrazaron con fuerza.

La anciana llegó hasta el joven y le tocó la cara.

¿Estáis todos bien? Dímelo, y ¿Luisito, está bien?

Los jóvenes seguían abrazados y el muchacho sonrió a la abuela.

Sí señora, todos están bien. Esperad a ver a Luis, se ha convertido en todo un señorito, si vieseis cómo ha cambiado, ha aprendido a hablar francés y todo.

La muchacha volvió a abrazarse a su cuerpo con fuerza.

Sabía que volverías, presentía que todo había salido bien.

¿Y vosotras, contadme, ha sido muy duro?

Olivia enterró la cabeza en su pecho y casi en un susurro de voz le contestó:

Ha sido horrible, Jaime, no puedes ni imaginártelo.

Hubiese dado cualquier cosa por haberte librado de este sufrimiento, no se lo perdonaré jamás a mi madre, no le perdonaré tantas cosas que me ha obligado a hacer. Olivia desgraciadamente tengo que contarte algo muy importante.

Por favor no quiero una mala noticia más, no deseo nada más que revivir este momento durante el resto de mi vida, pensé que nunca volvería a verte.

La abuela se dio cuenta que ellos necesitaban un momento a solas y salió de la pequeña estancia. Mientras, ellos quedaron en silencio, disfrutando de ese momento, como si no existiese nada más en este mundo.

Nena cariño, quiero que sepas que eres la única mujer a la que he amado y a la que amaré siempre —ella se separó de su cuerpo y lo miró sospechando que nada bueno tenía que revelarle, guardó silencio esperando que él le contara—. Olivia, me he casado.

¡Por Dios Jaime ¿qué estás diciendo?!

Qué jamás perdonaré a mi madre por lo que me ha obligado a hacer.

¿Tú madre te ha obligado a casarte? ¿Me vas a decir que a ti? ¿A un hombre con casi veinticinco años alguien ha podido obligarlo a casarse?

Se separó de ella algo avergonzado.

Olivia, aunque quiera engañarme, tienes razón, el único culpable soy yo. Es verdad que mi madre hizo todo lo posible para metérmela por los ojos, pero yo no tuve la fuerza suficiente para resistirme. Todo sucedió tan rápido, y de pronto un día me dijo que estaba embarazada y…y no tuve más remedio que casarme con ella.

¿Y qué querías, no haber cumplido tampoco con ella?

Te juro que no es tan fácil, fue ella la que una y otra vez lo intentó. Tú estabas tan lejos, ni siquiera sabía si volvería a verte. Lo único que puedo decirte es que no la quiero.

Jaime, vete. No encuentro ninguna lógica a tus palabras. Quizás es verdad que no la quieras a ella, pero lo que tengo bien claro es que a quien no quieres es a mí.

Nena por favor déjame…

¿Quieres hacer el favor de irte? O te juro que no dudaré en volver a coger la piedra que traía, iba dirigida a un ladrón y no creo que haya mucha diferencia.

El muchacho salió por la puerta, sabiendo que era mucho mejor que ella asimilara la noticia que acababa de darle, la cual rompía por completo tantos planes que ellos hicieron juntos.

Tras unos minutos la abuela volvió a entrar en la casa, el muchacho le había contado lo acontecido en su vida. Miró lo desconsoladamente que lloraba su nieta y se abrazó a ella.

—Ya está mi vida, ya está — separó un poco la cara de la muchacha y limpió sus lágrimas— Ni una más mi niña, bastantes hemos derramado ya durante estos años. Tú sabías de sobra que su madre jamás permitiría vuestra unión, eso lo teníamos las dos bien claro ¿no te lo había repetido un millón de veces?

—Sí abuela, pero también él me repitió otro millón a mí que me quería y que no le haría caso a su madre.

—No seas boba, su familia puso tierra de por medio porque sabía que esa era la única forma de alejaros, esta asquerosa guerra fue la mejor de las escusas para ellos. Él es un hombre joven y cualquier tentación le haría caer y romper su promesa —la muchacha entre sollozos intentó proseguir:

—Dice que su madre le engañó, que todo fue una trampa y él cayó en ella.

—Y no me extrañaría que así fuese, pero no intentes convencerte de nada. Él vuelve con esposa y por lo que pude escuchar está embarazada, ahí no hay trampas que valga. Tienes que resignarte a

seguir tú camino y punto.

Y así lo hizo, por mucho que le dolió no tuvo más remedio que seguir adelante. Los días fueron pasando, al principió podía ver a Jaime esperándola en los caminos subido a su caballo, o a la salida de Misa…pero tras su indiferencia, él se fue dando por rendido y poco a poco dejó de encontrárselo.

¡Abuela el señor García de la tienda de ultramarinos me ha pedido que volvamos a llevarle nuestros jabones perfumados, dice que mucha gente de las que le compra a sus "perrilleros" por los pueblos se los están pidiendo y…! Abuela ¿y todas estas cremas?

Me las ha mandado a pedir Jaime, vuelve con su familia y por lo visto su madre se las ha encargado.

Tenía que haber ido esta mañana a llevárselas, por lo visto sale mañana de viaje. Pero este horrible dolor de cabeza no me ha dejado moverme de casa en toda la mañana.

No importa, te prepararé uno de mis mágicos tés para que te encuentres mejor y luego llevaré las cremas a la casa grande.

Olivia, quizás lo encuentres allí ¿qué harás si lo vuelves a ver?

Nada, ¿qué voy a hacer? Creo que le ha quedado bien claro, que no soy "*plato de segunda mesa"* para nadie. Siendo como fuese, tú tenías razón, ya tiene una familia y yo no formaré nunca parte de ella.

Bien hija, eso es lo que quería escucharte decir. Coge el capazo y llévaselas, sino está él para pagártelas déjaselas a Carmen seguro que le dará el dinero y más tarde ella nos lo traerá.

Y totalmente convencida con lo que sentía se dirigió hacia la casa grande. Entró, el panorama era totalmente desolador, aquella casa, en su momento llena de lujos y esplendor, se veía totalmente desvalijada, arrasada por la guerra y por las personas. Olivia entró afligida, tantas veces cómo había soñado hacer su vida allí con él y en ese momento su corazón estaba igual de arrasado que aquella casa.

Carmen ¿dónde estás? —Nadie contestó a su pregunta y decidió pasar a la cocina—

¿Carmen, dónde te has metido? — Se detuvo, y miró hacia el exterior, desde el enorme ventanal de la cocina se veía la fila de altivos olivos que bajaban desde la ladera como si nada les hubiese afectado, aun habiendo sido testigos de la más cruel de las injusticias. De pronto unas manos rodearon su cuerpo, ella no se movió, sabía que era Jaime. En vez de huir de él, de ese momento, a pesar de

que sabía cuánto daño le haría, apoyó la cabeza en su torso y cerró los ojos imaginando que todo aquello no hubiese sucedido de verdad, y se estremeció cuando escuchó su voz musitándole en su oído.

Te quiero Olivia, jamás querré a nadie tanto como te amo a ti.

Ella seguía sin moverse para que ese momento no desapareciese como el humo.

Entonces ¿por qué? ¿Por qué nos has hecho esto Jaime? Sabías que yo te esperaría, aunque se hundiese el mundo yo seguiría aquí.

Él se puso frente a ella y acarició sus labios.

Fui un estúpido, merezco todos los castigos que quieras imponerme, pero déjame quererte otra vez, déjame sentir tu cuerpo, me muero por tener tus besos.

Jaime, por favor déjame, piensa en tu…mujer, en tu hijo.

No puedo pensar en nadie, nada más que en ti, en la suavidad de tu piel. Incluso cuando estuve con ella, era en ti en quién pensaba y era tu carne la que añoraba tener entre mis manos.

Olivia cerró los ojos al sentir sus dedos, él acercó sus labios a los de ella y la besó. La besó de una forma suave, lenta, saboreándola. Alzó sus brazos y lo rodeó. Lo amaba tanto, que no le importó nada más. Jaime atrapó su delgado cuerpo y la subió en el poyete de la cocina, sus manos se deslizaron por los muslos de Olivia, acariciando cada centímetro de su piel.

Jaime, así no.

Tienes razón, ven a mi cama, quiero sentir tu cuerpo sin prisas, sin acordarnos de nada y de nadie, este momento será solo nuestro por el resto de nuestra vida.

Era imposible negar lo que ambos sentían y deseaban de una manera tan ansiosa. De nuevo sus cuerpos fueron el uno del otro, sin reproches, sin pensar en nada más que en amarse durante toda esa noche.

*****

¡¡AHH!! ¡No me lo puedo creer! ¿Entonces ellos volvieron a estar juntos?

Eso fue lo que me contó mi madre, pero ya te digo que más lo cuentan como una leyenda que como algo real.

No, seguro que ocurrió algo parecido ¿lo escuchaste abuela?

No significa nada Olivia, él se fue al día siguiente, mi madre pudo estar con alguien después.

La miré con ojos desafiantes, estaba segura de que ella sabía muy bien cuál era la verdad de la historia, pero por algún extraño motivo

no quería admitirlo ni darme la razón.

Me parece que eres una mentirosilla, pero allá tú. No sé porque no quieres admitir la verdad, pero sabes que terminaré averiguándola y no tendrás más remedio que reconocer que todas mis sospechas eran ciertas.

Y qué más da Olivia, de verdad estás empezando a cansarme con el tema. Te juro que no me importa si Jaime fue mi padre o no, ellos decidieron vivir su historia, y me abandonaron. Para mí, mi única familia fue Albert, mi tío Luis y por supuesto vosotros. Te dije que dejases de remover el pasado, pero sigues con la misma canción.

¿Es que no lo entiendes? Lo mismo que el tío Luis sigue vivo, quizás alguno de ellos también lo estén, solo tenemos que investigar un poco y seguramente daremos con sus rastros. De verdad, creo que toda la apatía que el tema te está dando, es por que necesitas esa explicación que nunca te dieron. Me niego a pensar que te abandonaran, así sin más.

Pues asúmelo, eso fue todo. Vamos a la mesa, hoy ha sido un día agotador y quiero acostarme pronto.

¡Joder, no pensé que toda esa historia le afectaría tanto a mi abuela después de todo el tiempo que había transcurrido! Pero no podía dejarlo sin más, yo sí necesitaba saber que había pasado entre ellos.

La cena fue tranquila, no quise volver a comentarle nada, pero ya casi en los postres fue ella la que sacó el tema de mi morenazo nuevo amigo.

Olivia venías muy eufórica de tu cita, pero no me has contado si Jorge ha sacado el tema de la compra de los terrenos.

No abuela, realmente apenas hemos hablado de nada, me quedé tan impresionada con las fotos, que no comentamos mucho más. Bueno, me contó que su hermano, el que lleva la empresa aquí en Sevilla, había tenido un accidente y que por eso él estaba ahora aquí, me dijo que vivía en Francia, llevando las fincas de la familia.

No es que me alegre de la desgracia de nadie, pero de su hermano sí que tendrías que cuidarte si llegases a conocerlo, tiene todas las malas artes de su bisabuela y de su abuelo, incluso corren rumores que el accidente no fue tal, sino que en una discusión con uno de sus trabajadores lo empujaron desde lo alto del molino de aceite.

¡¿Qué me dices?!

Sí, por lo poco que Carmina me contó, no hay una falda que pase delante de él que no caiga y algo tuvo que ver la mujer de uno de los muchachos que trabajan para ese tipo.

Me quedo muerta, ese debe creerse que vive todavía en los años donde los señoritos eran los dueños de media Andalucía y de toda su gente.

Por eso te dije que también tuvieses cuidado con el hermano, *la fruta nunca cae lejos del árbol* —mis pensamientos se fueron al encuentro que tuve aquella tarde, es verdad que para mí no era nada más que ganas de pasar el rato, pero por el comportamiento de Jorge, mi abuela no iba desencaminada del todo, su voz volvió a llamar mi atención— ¿Crees que me equivoco? ¿Él fue diferente contigo?

No abuela, jugó el papel de D. Juan a la perfección. Lo que no sabe es que para nada me apetece ser Dña. Inés, yo me veo mejor en su papel, pero en la versión femenina, que

los tiempos ya han cambiado.

Mi abuela me miró con reproche en sus ojos.

Estás jugando con fuego otra vez y sabes lo peligroso que puede ser eso ¿verdad?

Ya te dije que no te preocupes por mí, no pienso implicarme en una relación sería, ni con él, ni con nadie. Ya verás como así no me quemo. De hecho, hemos quedado de nuevo para mañana, me invitó a cenar para darme una copia de las fotos, estoy segura de que en estos momentos está tramando algo para que las cosas vayan a su ritmo y ten por seguro que eso no se lo voy a permitir.

Cariño, ya ha pasado algún tiempo desde lo de ese hombre, si lo de no querer tener relaciones formales es por culpa de él lo comprendo, pero ya es hora de que te replantees tu vida y dejes a un lado todos esos miedos.

¡Ya abuela! Sabes que no me gusta hablar de él.

Quizás si lo hicieses sacarías fuera todo lo que te reconcome y serías capaz de pensar en los hombres como algo más que meros juguetes.

¡No digas tonterías! Es verdad que los momentos pasados nadie debería vivirlos, pero lo tengo más que asumido, no he sido la única mujer acosada por un hombre, lo que ocurre es que no quiero comprometerme y punto.

¿Acosada? Escúchate, todavía no te atreves a pronunciar la palabra “maltratada”, nunca me perdonaré por no haberme dado cuenta de lo que te estaba pasando…

Me retiré de la mesa con rabia, me puse de pie y miré desafiante a mi abuela.

¡Ya, ya es suficiente! Te pedí que no volviésemos a hablarlo.

Está bien cariño, no volveré a comentarte nada, pero reconoce que es algo que no tienes superado, por favor, creo que deberías volver a tus terapias.

Me voy a la cama abuela, para mí también ha sido un día agotador.

No me apeteció besarla, subí al dormitorio, fui hacia el baño y me desnudé como si la ropa me quemase. No podía dejar que aquellos días tan horribles se apoderaran de nuevo de mí, de mi voluntad y de mi miedo. Entré en la ducha rasgándome la piel con cada uno de los flotes que me daba, hasta que el llanto dejó a un lado mi rabia y mi frustración, cambiándolos por un cansancio que se adueñó por completo de todo mi ser, nadie volvería a tratarme del modo que lo hizo aquel hombre, porque yo no iba a permitir que nadie más entrase en mi vida para poder hacerlo.

Olivia cariño ¿estás dormida?

No abuela, pasa.

¿Te encuentras mejor? Cerré los ojos y suspiré.

Sí abuela, por favor perdóname, soy idiota.

Ella llegó hasta mí y se sentó en el filo de mi cama. Cuando sentí

sus caricias en mi pelo, me nació una sonrisa y me volví hacia ella.

La idiota soy yo, perdóname tú a mí. Sé que hay temas prohibidos para ti y yo no te he respetado.

Abuela, lo he estado pensando, y quizás tengas razón. Supongo que en su momento no debí dejar de ir a terapia, pero ahora todo es diferente. Estoy bien, de verdad créeme, sé cuidarme sola, pero parece que os resistís a verlo, y realmente estoy muy agobiada con tanto control por parte de todos.

Cariño, solo lo hacemos porque te queremos.

Y lo sé, pero por favor darme mi espacio y mi tiempo. No creo que os esté pidiendo demasiado.

Tienes razón cariño, muchas veces nuestras ganas de ayudar a los demás lo único que hace es meternos en sus asuntos y empeorar las cosas. Te prometo que no volveré a sacar el tema hasta que tú no lo hagas, las heridas tienen su tiempo para curarse.

¿Me lo dices o me lo cuentas?

Ella intentó regalarme una sonrisa, aunque el dolor era evidente en sus ojos y me besó en la frente. Carraspeó su garganta poniendo un tono de falsa mandona en su voz.

¡Y que sea la última vez que te vas a dormir y no me das un beso!

¿Aunque tenga ochenta años?

Aunque tengas cien. Buenas noches, cariño.

CAPÍTULO 3

—¡¡No por favor, déjame!! ¡Haré lo que me pidas, te lo juro, por favor, no!

Me desperté sudando, jadeando, me faltaba el aire, la oscuridad de la habitación me aterró aún más. De pronto la puerta de mi habitación se abrió, no podía dejar de llorar igual que lo haría una niña pequeña. Vi a mi abuela que entró y corrió hacia mí con sus brazos abiertos.

Ya cariño, ya está. Ha sido solo una pesadilla, ya ha pasado todo —me agarré a ella como si fuese mi único modo de salvación, no podía hablar, me ahogaba entre sollozos—. Mi niña, ya está cariño, estás a salvo conmigo, jamás nadie volverá a hacerte daño. Toma, bebe un poco de agua —cogió el vaso que estaba sobre mi mesita. Yo temblaba de tal modo que era incapaz de agarrarlo y ella misma lo sostuvo para que pudiese beber.

¡Abu…abuela, ha sido horrible! ¡Parecía tan real, de verdad creí que estaba aquí de nuevo! Yo…yo…

Ya está mi vida, ya está. Él está muy lejos de ti, ya no podrá hacerte daño nunca más, está pagando por todo lo que hizo.

Jamás podrá pagarlo abuela, fue tan cruel, no puede ni imaginar las cosas tan horribles que me hizo, él…

Sí lo sé cariño, estuve en el juicio, tuve que estar allí para saber todo lo que ocurrió, aunque mi alma se rompiese tanto como lo estaba la tuya. Ahora intenta dormir un poco más.

No te vayas abuela, quédate conmigo, por favor.

Sí mi cielo —ella entró en mi cama, nos tapamos y me abrazó con fuerza, igual que hacía cuando era un bebé— Duérmete cariño mío, estás a salvo, jamás dejaré que vuelvan a hacerte daño, te lo juro.

Y de nuevo entre sollozos, pero a salvo en sus brazos, pude quedarme dormida.

Me desperté algo aturdida, no recordaba donde estaba hasta que me acordé de la pesadilla que había tenido durante la noche. Levanté la cabeza buscando a mi abuela, pero ella ya no estaba.

¿Se puede?

Miré hacia la puerta y la vi cargando con una bandeja de desayuno.

Eres mi ángel de la guarda, pasa.

Me incorporé, apoyando mi espalda en el respaldar de la cama.

¿Cómo te encuentras?

Intenté que no notase mi verdadero estado de ánimo y como si no recordase nada de lo que había pasado esa noche le contesté:

¡Bien, estoy bien!

Sí, ya me imagino —me dio un beso en la frente y dejó la bandeja en mi regazo—. Venga desayuna, quisiera ir esta mañana a la residencia, ojalá el tío Luis pueda estar con nosotros el día de mi cumpleaños, quiero hablar con su médico para ver si debe tener algunos cuidados especiales.

No te preocupes, me arreglo enseguida y nos vamos.

¡Perfecto, te espero abajo!

Sonreí hasta que la vi salir por la puerta, tiré el trozo de tostada que tenía en mi mano en la bandeja, suspiré y cerré los ojos. Me sentía cansada, no la palabra era harta. Harta de sentir miedo y de no poder borrar de mi cabeza aquellos momentos vividos. No era tanto el dolor que él había hecho sobre mi cuerpo (que no fue poco), como el que había hecho en mi alma. Ni toda su vida en la cárcel pagando por aquellos días, podría compensarme por el daño tan horrible que había dejado en mí. Pero me regañé a mí misma, igual que hacía cada vez que estos bajones se apoderaban de mí ser. Me deshice de las sábanas que me cubrían y me miré al espejo. ¡Menudas ojeras! Nada, esto con un par de buenas manos de maquillajes nadie se dará cuenta.

¡Abuela ya estoy lista!

Cariño coge algo de abrigo, el día se ha levantado revuelto.

¿Tanto cómo nosotras? Ella sonrió al escucharme.

No, un poco menos. Ahora fui yo la que sonrió.

¿Quieres que vayamos en el coche del tío Luis?

Mira por dónde, tanto como protestaste y al final te va a gustar.

Es que alguien me dijo que era todo un clásico.

Y es verdad, pero mejor vamos en el mío, Juan no ha comprado aún la batería y no quiero poner al tío Luis a empujar el coche sino arrancase.

Me reí con ganas al imaginarme la escena y la acompañé hasta su coche. Uno de los muchachos de la plantación estaba esperando para llevarnos.

Luis se encontraba en una residencia de Sevilla, después de la neumonía que había sufrido le recomendaron a mi abuela que lo

mejor para su recuperación era tenerlo observado las veinticuatro horas del día bajo la atenta mirada de profesionales. Nada más entrar la enfermera nos indicó que él estaba en el jardín, síntoma que ya estaba mucho mejor.

¡Luis ¿cómo te encuentras?!

Aquel elegante hombre, vestido con un batín y un pañuelo de seda envolviendo su garganta, levantó la mirada y nos sonrió.

Julia cariño, estás preciosa.

Por favor, tío, no digas mentiras. Tengo una sorpresa para ti, mira quién ha venido.

¡Olivia! ¡Sabía que volverías por mí! Estaba seguro de que no me abandonarías— evidentemente me estaba confundiendo con mi bisabuela, su cabeza le jugaba una mala pasada, pero sus ojos se volvieron alegres, besó mis manos con ansias— Siéntate, siéntate a mi lado, cuéntame dónde has estado durante todo este tiempo— No quise confundirlo más de lo que ya estaba y le hice caso. Mi abuela sonrió al ver cómo me acariciaba insistentemente, no dando crédito a lo que estaba viendo.

¿Nena te quedas con él mientras yo entro a hablar con los médicos?

¡Qué remedio, aunque quisiera no me dejaría ir!

Mi abuela se marchó, mientras mi tío seguía dándome besos y acariciándome.

Olivia yo cuidé de tu pequeña tal y como tú me pediste, pero Albert me dijo que ya no volverías nunca, sabía que me engañaba, por eso nunca he dejado de esperarte.

Seguro que no fue la mejor de mis ideas, pero como una bombillita que se encendiera en mi cabeza, se me ocurrió seguirle la corriente:

Luis, ¿recuerdas el día que volvimos a vernos cuando regresaste de Francia? ¿Te acuerdas lo contenta que estaba la abuela? No podía creerse en el hombre tan atractivo en el que te habías convertido.

Él sonrió y su cabeza voló hasta ese día…

Pilas 1942

¿Hay alguien en casa? ¿Abuela, Olivia dónde estáis?

La joven se asomó desde el quicio de la puerta y dio un grito de alegría al ver a su hermano después de tanto tiempo.

¡No me lo puedo creer! ¡Abuela ven, mira al *señoritingo* que tenemos aquí!

¿Pero qué escándalo es este? Acabo de dormir a la pequeña y la vas a despertar.

No protestes. Dime ¿lo reconoces?

¡Dios mío Luisito, ¿de verdad eres tú?!

¡Abuela, qué alegría volver a verte!

¡Es increíble, pero mírate, pareces uno de esos galanes de cine!

Todos se abrazaron, sin poder dejar de llorar envueltos entre risas y besos. La abuela quería saber cómo había sido la vida en Francia, y según le contó él fue maravillosa hasta que de nuevo la guerra lo violentó todo de nuevo. Les contó que huyeron antes de que los alemanes invadieran el pueblo donde vivían, y desde allí se dirigieron a Barcelona, a la masía de la familia de la esposa de Jaime.

El muchacho al darse cuenta de la imprudencia que acababa de decir se dirigió a su hermana.

Olivia, perdóname, he sido un idiota contándote de este modo lo del matrimonio de Jaime, no me di cuenta del daño que te haría cuando supieses que se había casado.

Ella sin soltar su mano le respondió:

No importa Luis, yo ya lo sabía.

Al tiempo que su abuela no perdió el momento para volver a échaselo en cara a su nieta.

Sí, vino a decírselo en persona y además le dejó un regalito.

¿Qué regalo te dejó? —Ella miró hacia el fondo de la habitación y con la mirada le mostró a su hermano una pequeña cunita.

Las explicaciones fueron pocas, sobraban las palabras. Luis había sido testigo de cuánto se amaban los dos, e incluso se imaginaba que volvería ocurrir en cuanto ellos se viesen de nuevo por las veces que había hablado con su hermano de Olivia, pero le sorprendió que a pesar de eso él no le dijese que ella estaba embarazada— Jaime no me dijo nada.

Es que no sabe nada.

Vino para dejar encargadas las obras de las casas y a organizar las labores del campo para cuando volvieseis, pero hasta hoy no he vuelto a tener ninguna noticia de él. Dime Luis ¿está bien?

Sí Olivia. Es verdad que vino para preparar las cosas para nuestra vuelta, pero ahora no nos ha acompañado. Se ha quedado en Barcelona con su mujer, también tuvieron un niño, pero está muy débil de salud y los médicos le han recomendado que no viajen aquí para poder tenerlo vigilado…—El muchacho siguió contándoles todas sus

penas y glorias, hasta que llegó la hora de marcharse a su nuevo hogar, porque Luis continuó viviendo en la casa grande, su padre estaba enfermo y le pidió a su mujer que lo dejase a su lado en sus últimos días.

Y así los días fueron pasando, El problema fue cuando la madre de

Jaime se enteró que había nacido una niña fuera del matrimonio de su hijo y decidió ir a conocer a su nieta, afortunadamente para Olivia no estaba en casa cuando ella llegó.

La anciana acunaba a la pequeña entre sus brazos, levantó la cabeza al sentir que alguien entraba y vio delante de ella aquella altiva mujer, vestida y peinada elegantemente. Le llamó la atención el abrigo con cuello de zorro, que, con solo su valor, ellas hubiesen superado toda el hambre de aquellos terribles años de guerra.

Buenos días, ¿se puede pasar?

Claro, está usted en su casa.

Y te equivocas poco, bien sabes que es verdad.

Ella sonrió al escucharla y bajó los ojos hacia la pequeña.

Tengamos paz, mejor vamos a dejar el tema. ¿Dígame, Francisca a qué ha venido usted?

Lo sabes de sobra. A cerciorarme si son reales los rumores que corren por todo el pueblo, que de nuevo han puesto el nombre de mi familia en boca de todos.

Quizás sea porque a su familia le gusta estar de ese modo. Sino no volverían a caer una y otra vez.

Matilde no me haga usted hablar, no me gustaría perder la poca paciencia que me queda. Dígame ¿es verdad o no?

No sé a qué se refiere, realmente todavía no me ha preguntado nada.

¡Sabe de sobra que me refiero a la niña, ¿es verdad qué es de mi hijo o no?!

¿Cómo puede dudarlo siquiera? Bien sabe que mi nieta y su hijo se querían con locura, pero no, eso no era suficiente para usted. ¿No es así?

Usted misma se ha contestado, pero, aunque no lo crea, hoy he venido a reparar esa falta.

¿Cómo? ¿Acaso hará usted que su ilustre hijo deje a su mujer y se case con mi nieta?

¡No diga tonterías! —La mujer tomó asiento frente a la anciana y sin mirar a la niña continuó—: He venido a proponerle una cosa.

La escucho, dígame.

Mi nuera tuvo un parto horrible, tuvieron que abrirle el vientre para que pudiese nacer su hijo. Los médicos han dicho que no podrá engendrar de nuevo, y el pequeño…— guardó silencio durante un segundo, pareciendo dejar asomar un poco de humanidad en su rostro. Pero enseguida levantó su cara y volvió a su conversación—: El niño está muy enfermo, nació muy pequeño y no reacciona a los cuidados de los médicos.

Las mujeres hablaban sin darse cuenta de que, desde la puerta, Olivia seguía atentamente las explicaciones que aquella mujer daba a su abuela. Pero no pudo aguantar más, y su impaciencia le hizo interrumpir la charla.

¿Y qué pretende usted con sus palabras?

Ambas miraron hacia la puerta y la madre de Jaime le respondió:

Pues muy fácil. Pretendo darle a tu hija algo que tú nunca podrás darle. Ella la interrumpió:

¿Cariño, amor? ¿Quizás usted pueda darle eso y yo no?

Algo que es mucho más importante. Una buena vida alejada de toda esta miseria, una educación, un puesto en sociedad. Si mi nieto muere, nadie tiene porque saber que ella es una bastarda, se criara en mi casa como una Rivera, con todos sus derechos.

Usted misma se contradice, mi niña será siempre para usted esa bastarda, y si su nieto lograse salir adelante, ella no sería para su familia nada más que una recogida. No gracias, ya intentaré yo que a mi hija no le falte de nada.

¿Y cómo lo vas a hacer? ¿Vendiendo tus jabones? Sabes que todo esto apenas os da para comer a las dos. Mira la vida que tiene ahora tu hermano, ella podría vivir igual de bien. Piénsalo, porque mi hijo no va a ser como el estúpido de su padre que os va a dar otro pedazo de tierra, para que podáis seguir adelante, y si este no era nada más que un mero intento de volver a vivir a nuestra costa, quitároslo de la cabeza.

Haga usted el favor de salir de esta casa y por favor olvídese usted y su familia que existimos, ni hemos querido nada de ustedes ni querremos nada.

Piénsalo, Olivia, este ofrecimiento durará poco. Si mi nieto sobrevive no me harás ninguna falta.

Y aunque no lo haga, tampoco. Seguro que ya buscará usted el modo de hacer que su maravilloso apellido sobreviva a cualquier incidencia que la vida pueda ponerle. Buenos días, señora.

La mujer se puso en pie, se recolocó bien su abrigo y salió con la mirada altiva, aunque en el mismo quicio se detuvo y sin mirarlas le contestó:

Sabes que sea como sea, yo siempre logro lo que quiero.

El único problema, es que esta vez usted no quiere a mi hija.

Guardaron silencio hasta que la vieron llegar a la entrada del camino, donde su leal chofer Fernando, la esperaba con la puerta del coche abierta.

Olivia fue hasta su abuela, cogió a la pequeña y como si la pobre mujer le hubiese replicado algo la regañó:

¡Ni se te ocurra abuela! ¡Qué ni siquiera pase por tu mente la idea de decirme que me lo piense!

La mujer levantó ambas manos y negó con la cabeza. Sabía de sobra del carácter de su nieta y que había momentos en los que era mejor ni hablarle.

Los días comenzaron a pasar de nuevo, la vida avanzaba, Olivia no había vuelto a tener noticias de ningún miembro de los Rivera.

Jaime continuaba viviendo en Barcelona intentando cuidar de su pequeño. Y del que apenas recibían alguna visita era de Luis. Había hecho un círculo de amistades de muy buena posición social, pero de moral algo relajada para los años que les había tocado vivir, y su vida tomaba un camino que, para las mentes de aquellos años, no eran tan "decente" como debiese.

Hasta que una fatídica noche, ya casi de madrugada las mujeres escucharon como llamaban insistentemente a su puerta. Olivia se levantó, cubriéndose con una toquilla y alarmada por la hora a la que estaba aconteciendo todo.

¡Ya va, ya va! ¿Se puede saber quién llama a esta hora?

Olivia abra la puerta, soy Fernando traigo a su hermano.

Fernando era el criado de los Rivera, o su perro fiel, como era mejor conocido por todos los del pueblo. La joven abrió la puerta y la imagen que se encontró fue dantesca. Luis todo ensangrentado apenas se sostenía en pie, le había propinado una paliza y una puñalada casi mortal.

¡Dios mío, ¿se puede saber que ha pasado?!

Fernando a duras penas podía con él, pero ella enseguida lo ayudó y entraron en la casa.

Vamos a llevarlo a mi cama, no puede ni moverse.

La abuela al ver a su nieto dio un grito que despertó a la pequeña.

¡Dios Santo, Fernando ¿quién le ha hecho esto a mi pequeño?!

Acostaron a Luis y el hombre le contestó a la anciana, mientras Olivia corría a por agua para lavarle las heridas a su hermano.

Su nieto estaba en la casa de campo, de los Martín-Echevarría, por lo visto unos encapuchados entraron y se liaron a palos a diestro y siniestro sin mirar a quién pegaban, se dice que por lo visto allí solo se juntaban hombres y…

¿Qué está usted queriendo decir? ¡Que mi nieto es uno… de esos!

Yo no sé nada. Pero la señora me ha ordenado que no vuelva a aparecer por la casa y lo mejor para todos es que se vaya del pueblo durante una temporada, por lo visto ha muerto alguien en la pelea y algunos testigos dicen que Luis le clavó un cuchillo.

¿Lo has escuchado Olivia? ¿Tú entiendes algo? La joven levantó la cabeza y se dirigió al chófer.

Dígale a su señora, que ya veremos lo que hacemos mañana. Ahora, sino va a hacer nada por ayudar, porque no busca un médico y luego se marcha.

El hombre asintió con la cabeza y haciendo un pequeño saludo levantando el ala de su gorra se despidió.

Al cabo de una hora tocaron de nuevo a la puerta, era el médico del pueblo.

Doctor Martín, por favor pase. Mi hermano no ha respondido desde que Fernando lo trajo.

El médico pasó a ver a su paciente y durante un rato lo examinó. Al salir se dirigió a Olivia:

¿Has pensado en hacerte enfermera? Ya durante la guerra fuiste de mucha ayuda, pero veo que has mejorado tu técnica, además ¿Qué ungüento le has aplicado en la herida?

Solo la cataplasma de ajo y aloe que me enseñó la abuela.

Has hecho bien, es el mejor "curandero" que existe. Pero te voy a dejar esta medicina para evitar infecciones, tiene un par de heridas que no me gustan nada.

¿Habéis pensado ya que vais a hacer?

No le entiendo Doctor, ¿qué quiere decir?

La guardia civil está buscando a los hombres que se encontraban en la casa de campo, lo acusan de escándalo público y lo peor es que uno de los asaltantes a muerto y el culpable más débil que han encontrado creo que todos sabemos quién es.

No puede ser, usted sabe que mi hermano es incapaz de hacer daño a nadie, pero además si hizo algo fue en su defensa, mire como lo han dejado a él.

Lo sé, pero yo no me arriesgaría a dejarlo que fuese a la cárcel, aunque solo sea hasta que se aclararen las cosas, en el estado que está y sabiendo cómo pueden tratar a los hombres con su fama, yo me lo llevaría lo más lejos de aquí y lo antes posible.

De acuerdo, yo…ya veré lo que hacemos.

Después de darles las pertinentes advertencias, el Doctor volvió a marcharse dejando a las dos mujeres solas. Ellas se miraron sin saber qué decisión tomar.

¿Qué hacemos Olivia? Si se lo llevan preso lo mataran en la cárcel. La muchacha cogió su vestido y se lo colocó.

Abuela voy a casa de los Rivera, voy a recoger su ropa y ya veré como me las apaño para llevármelo lejos de aquí.

Ya casi al alba la joven pegaba en la puerta de la casa del campo donde vivía ahora la familia mientras arreglaban la casa señorial en el centro del pueblo. Su fiel criada abrió la puerta.

¡Pero niña ¿qué haces aquí?! ¡Si todavía no se han levantado ni los gallos!

Déjala que pase Carmen —la mujer se retiró haciendo caso a su señora, que la esperaba en el último escalón de la escalera—. No hacéis nada más que emborronar nuestro apellido, desde ya te digo que no quiero que tu hermano aparezca por esta casa nunca más.

Eso pretendo, he venido por su ropa, pero necesito algo de dinero para poder llevármelo lejos.

Sabía que tarde o temprano vendrías a mendigarnos, no iba a ser de otro modo, lo

llevas en la sangre, eres igual que tú madre —Olivia se mordió la lengua para no contestarle, no era el momento, su hermano la necesitaba más que nunca—. Además, no pretenderás que me acusen de ayudar a un asesino.

Sabe de sobra que él no es ningún asesino, pero quédese tranquila, su apellido seguirá impoluto, me lo llevaré de aquí hasta que todo esto se aclare.

La mujer guardó silencio durante unos segundos y volvió a responderle:

De acuerdo, te daré lo que necesitas, pero con una condición.

Dígame.

Tú te iras con él.

No lo haría de otro modo, está muy mal y no lo voy a dejar solo.

Me parece bien, pero tu hija se quedará con nosotros.

¡Está usted loca, no sabe lo que está diciendo!

Claro que lo sé, e incluso fíjate, te lo voy a poner más fácil. Tú abuela puede venir con ella a vivir aquí para cuidarla. Tú te quedas tranquila con tu hermano hasta que todo esto pase y la pequeña y tu abuela quedaran totalmente a mi cargo. No creo que sea un mal plan, pero si no te parece bien, no me costará ningún trabajo llamar al cuartelillo y decir que habéis ayudado a un asesino, todos iréis a la cárcel y entonces si será verdad que nunca volverás a ver a tu pequeña.

Es usted una hija de…

Ahórrate los halagos. ¿Lo tomas o lo dejas?

¡Pero que le quede claro que en cuanto todo se aclare volveré y me llevaré a mi hija!

Quizás no haya problema, mi nieto parece que ha empezado a mejorar. Si todo está bien te la vuelves a llevar, sino ya llegaremos a un acuerdo en su momento —Volvió la cabeza hacia su criada que permanecía en un rincón del hall escuchándolas en silencio—. Dile a Fernando que prepare el coche, él mismo os llevará a Sevilla para que cojáis un tren hasta Madrid, te enviaré su ropa, algo de dinero y la dirección de una casa donde quizás puedas trabajar sirviendo en ella. Pero no quiero que os pongáis en contacto con nosotros en mucho tiempo, no deseo que nadie vuelva a relacionar nuestro nombre con vosotros.

De acuerdo, pero sabe Dios que me enteraré si maltrata de algún modo a mi abuela o a mi hija, y le juro que, si les pasa algo a alguna de las dos, yo misma volveré para sacarle los ojos con mis propias manos.

La joven salió de la casa ahogada en lágrimas, sabía que era la única decisión que podía tomar en ese momento.

*****

No podía creer lo que acababa de escuchar, volví la cabeza y vi a mi abuela de pie, detrás de nosotros.

¿Lo has escuchado abuela? ¿Lo has oído? Ella se marchó para salvar la vida de su hermano. ¿El tío no te lo había contado nunca?

Sí Olivia, sabía esa parte de la historia y lo que ocurrió después, por eso la admiraba tanto. Es la parte en la que tuvo la oportunidad de llevarme con ellos y no lo hicieron, la que no he llegado a entender nunca. Vámonos querida, me han dado el

permiso para que el tío pueda venir estos días a casa, si todo va bien quizás pueda quedarse con nosotros mientras se encuentre mejor.

CAPÍTULO 4

El camino de vuelta lo hicimos en silencio, solo la risa y los escuetos comentarios del tío Luis al reconocer los caminos que llevaban hasta su casa, rompió aquella incómoda situación.

Una vez instalado en su habitación y después de comer, decidí bajar al pueblo para ir a una peluquería que me aconsejó mi abuela, quería estar guapa para la cena de esa noche y a pesar de sus recomendaciones para que no asistiese hice caso omiso, ya era bastante mayorcita para tomar mis propias decisiones. Conocer la historia de la familia no hacia otra cosa que querer saber más y más lo que realmente ocurrió con todos ellos, pero tendría que esperar para que mi abuela decidiese contarme de nuevo el resto de la historia.

Durante toda la tarde tuve la cabeza perdida recordando lo que nuestro tío me contó. No podía creer que mi abuela supiese con certeza que Jaime era su padre, y a pesar de eso lo hubiese negado una y otra vez. Supongo que su orgullo era superior a saberse hija de un hombre que no la reclamó como tal. Pero era todo tan complicado para mí en esos momentos, que intenté olvidarlo y pasármelo bien aquella tarde.

Busqué el vestido plisado verde, me encantaba, aunque al final decidí ponérmelo con mi cárdigan negro, no se veía tan sexi, pero la tarde estaba empeorando por momentos. Me miré en el espejo, dándome el visto bueno a mí misma. Esto, con unos tacones altos y un buen cinturón marcando curvas, no habría quien se me resistiese aquella noche.

Al bajar vi a mi abuela de la mano de mi tío, él la contaba una historia como si fuese una niña pequeña y ella no dejaba de mirarlo con una sonrisa pintada en la cara. Me acerqué y les di un beso.

Me voy ya ¿me ves bien?

Estás genial.

Mi tío levantó la cara, cayendo en su enajenación durante un momento de nuevo.

Yo cuidaré de tu pequeña, no te preocupes, vuelve pronto.

Quise ponerle un momento de humor o de nuevo nos hundiríamos todos en los recuerdos.

¡Eso Luis, que esta niña me ha salido muy revoltosa y no sé qué voy a hacer con ella!

Él sonrió dándome un beso en la mano. Pero para mi abuela, yo iba directa al

"matadero", sin vendarme los ojos ni nada.

Recuerda Olivia, no comprometas nada, esa gente va buscando quedarse de nuevo con esta tierra. Con el nuevo plan de urbanismo no sabes el valor que tienen ahora.

¡Sí señora! Aunque me emborrachen y me torturen, prometo no vender nada que no sea mío.

¡Olivia! —de nuevo la voz de mi abuela sonó a resignación y no tuvo más remedio que dejar escapar una sonrisa, sabía que era imposible poder conmigo cuando se me metía algo en la cabeza.

Entré en el coche, de nuevo me costó trabajo arrancarlo, si Juan no le ponía mañana la batería nueva, yo misma lo llevaría a arreglar. Me estaba gustando, por difícil que pareciese me sentía identificada con él, por mucho tiempo o daño que le hubiesen hecho, se veía altivo y con fuerzas para afrontar muchas batallas más. Así que barajé la idea de llevarlo a mi taller para una buena puesta a punto, seguro que si hablaba con al informático de mi empresa tendría más de una idea para ponerle algunos de sus juguetitos y modernizarlo. ¡Y en un rojo brillante! ¡Esa era una buena idea! Lo pintaría *de un precioso rojo Ferrari,* era el color indicado, porque de ese modo me sentía en ese momento. Con un coche así sería la envidia de todas mis amigas y desde luego no iba a pasar desapercibida delante de nadie. Así que mi próximo capricho sería intentar conseguirlo, porque el objetivo actual de ese momento era mi guapísimo morenazo, y ese sí que estaba a puntito de conseguirlo.

Lo mismo que ocurrió el día anterior en su casa, antes de detener el motor, Jorge se las había apañado para estar al lado del coche abriéndome la puerta.

Bienvenida preciosa, estaba impaciente por volver a verte.

Es usted un encanto señor Rivera —le dije mientras cogía su mano que me ofrecía cortésmente, al salir se acercó a mí y me dio un beso en la mejilla— además de un caballero muy comedido— sentí como sonrió al escucharme.

Llevo todo el día preguntándome porque estaba tan impaciente por verte, y ahora mismo acabo de darme cuenta, me gustas todo tú por completo, incluso me gusta que seas tan impaciente.

No es impaciencia, es relatividad —al ver sus ojos mirarme continué—: Según Einstein la relatividad depende del tiempo. Si tuviésemos ochenta años para estar juntos, tendría que hacer un cálculo estimado y hasta después de cuatro o cinco semanas no daría un primer paso, pero tenemos algo menos de dos semanas, comprenderás que cualquier tiempo perdido en protocolos no podremos recuperarlo.

Y además eres muy inteligente. Pero veo una laguna en tu explicación, ¿Por qué solo tenemos dos semanas? ¿No crees que una relación entre tú y yo pudiese tener futuro?

La verdad es que no —se detuvo y me miró con disgusto—. No me malinterpretes, yo vuelvo a Madrid y tú en cuanto tu hermano se recupere te vas a Francia. La verdad, no creo en las relaciones a distancia y como yo no pienso dejar mi trabajo y supongo que tú pensarás lo mismo, por mucho que nos gustemos…tenemos algo menos de dos semanas.

¿Dos semanas? Bien, es suficiente tiempo. Ya veremos si alguno de los dos cambia de opinión, por lo pronto quiero empezar a convencerte desde ya de pasar una noche que te haga empezar a replantearte las ideas.

De acuerdo, pero te aviso que vengo bastante convencida, no vas a tener que esforzarte demasiado— me abrazó por la cintura y me invitó a pasar a su casa.

Al entrar vi a una señora terminando de poner la mesa, exquisitamente decorada con velas y flores.

Buenas noches, señorita.

Carmen me gustaría presentarte a Olivia Arranz, es la nieta de Julia Candaus. La mujer se acercó hasta mí con una sonrisa.

¡Ah Candaus! Mi hija está trabajando en su casa.

Sí, Carmela ¿no es así?

Esa misma.

Es una gran mujer, mi abuela está encantada con ella, de hecho, me la presentó como sus “pies y sus manos” —la mujer sonrió al escucharme hablar de su hija.

Sí, es “un rabillo ardiendo”.

Jorge nos interrumpió:

Como su madre, te lo puedo asegurar Olivia. Después de la mía, creo que Carmen es la mujer que más se ha preocupado por mí en toda la vida — ella le brindó una sonrisa de agradecimiento.

Ha sido fácil cuidarte. ¡Bueno, ya está bien de piropos! Voy a terminar de preparar la cena, hoy tengo que marcharme pronto.

De acuerdo, no te preocupes yo recogeré todo esto cuando acabemos.

No te molestes Jorge, ya me ocuparé mañana, gracias de todos modos. Ella volvió a la cocina y nosotros pasamos al salón.

Jorge ¿pudiste hacer las copias de las fotos?

Sí, las tengo aquí —me pasó unas copias de las que habíamos estado viendo el día anterior. Al verlas caí en una duda: ¿Sabría Jorge la verdad sobre el parentesco que le unía a mi abuela? No sabía si preguntárselo o no, pero por el momento decidí dejar el tema, preferí relajarme y disfrutar de aquella velada que se presentaba bastante interesante.

Estas fotos no las vi ayer, ¿quién es este niño que está junto a mi abuela?

Es mi abuelo.

Que pequeño se ve. Creí que era mayor que ella.

Jorge escanciaba vino en un par de copas, levantó la cabeza y miró las fotos que yo tenía en mi mano.

Y lo era, pero estuvo enfermo durante mucho tiempo, su salud siempre se resintió, a lo mejor por eso concentró tanto mal genio, algunos dicen que murió de un cabreo impresionante con mi padre cuando le dijo que se casaba con una mujer que para nada era de la altura social que ellos suponían tener.

Me reí al escucharlo, mientras, él se sentaba a mi lado y me pasó una de las copas.

Pues por lo que he escuchado tu hermano también se las gasta buenas.

Por Dios Olivia deja el tema de la familia, no quiero ni pensar que llegarán de un momento a otro. Él fue el principal culpable de que en cuanto tuve la oportunidad me fuese lo más lejos de la familia que pude. Te juro que para nada es mi tema favorito.

De acuerdo lo dejo, pero tú tendrás que dejar de llamarme así, ¿por qué no me dices Livi como todos mis amigos?

Él apartó un mechó de cabello de mi cuello y comenzó a besarme en cada trozo de piel que iba descubriendo.

Porque no pretendo ser tu amigo, en ningún momento lo he pretendido, y para que te quede claro desde ya, quiero ser mucho más que eso.

Sonreí al sentirlo.

Entonces me das la razón con referente a la relatividad.

Desde que te he visto salir del coche, no he pretendido nada más en esta vida que darte la razón en todo lo que digas o hagas —busqué su mirada, a la vez que mordía mi labio inferior para impedirme reír al escucharlo. Su mirada se desplazó hasta mis labios— ¡Dios ¿dónde has estado metida durante todo este tiempo?! —Buscó mi boca y me besó con suavidad. Una suavidad que se volvió ansiosa, a la vez que su mano buscó mi muslo, tuve que cerrar mis piernas al sentirlo y…y si no llega a ser por la carraspeante tos de Carmen, estoy segura de que no hubiésemos llegado a cenar.

Os dejo la cena en la mesa. Si no me necesitáis me marcho ya.

Ahora fuimos nosotros los que como dos niños que los pillan en plena travesura, cogimos posiciones erguidas y apenas sin mirarla Jorge le respondió:

De acuerdo Carmen, gracias por todo.

Esperamos que la mujer saliese por la puerta y en vista que mi

acompañante estaba

dispuesto a “entrar a matar” de nuevo, lo interrumpí:

Quizás deberíamos cenar, es una pena que toda esa comida se estropee. Me dio un beso en los labios y se puso de pie.

Tienes razón, como empecemos de nuevo va a ser imposible parar.

La cena fue muy agradable y mucho más la compañía. El postre lo tomamos sentados en el sofá, me sentía idiotizada, no podía dejar de mirarlo, ni de sonreír. Ni a mis quince años me había sentido de aquella manera, era como si lo conociese de toda la vida, me hablaba de cosas intransigentes, pero me encantaba, era como conocer por segundos cada historia de su vida. Además, todo se alió para parecer perfecto, comenzó una romántica lluvia que adornaba aún más el momento, encendió la chimenea cuando sintió que comencé a tener algo de frio, y sentados frente a ella, acompañados con un maravilloso vino y sus maravillosos labios me embelesaban con el simple hecho de sentirlo a mi lado, pero en medio de aquel momento, acompañados por la dulce melodía de un piano y acompasado con sus caricias, empezó entonces con una animada conversación, pero con un final que no tenía que haber mencionado.

Olivia este fin de semana había quedado con unos amigos para bajar a *Sierra Nevada*, ¿por qué no te animas y vienes con nosotros?

El viernes es el cumpleaños de mi abuela, te recuerdo que ese era el único motivo por el que he venido, no el de conocerlo a usted caballero y olvidarme de todo lo demás.

Pues es una verdadera pena, pensé que era el destino quien te había traído hasta aquí para que pudiésemos conocernos.

Bueno, quizás también haya tenido algo que ver, ¿sabes? yo no tenía que venir hasta el jueves, pero algo me dijo que cogiese de una vez mis vacaciones y me lanzara a la aventura, aunque debo reconocerte que sería estupendo poder haber hecho esa escapada juntos.

¿Y si nos vamos el sábado por la mañana?

No lo sé, mis padres y mi hermano, junto con un buen grupo de invitados pasaran aquí el fin de semana.

Pero a ellos podrás verlos durante toda tu vida. Recuerda, la relatividad. Será muy divertido, vienen un par de primos míos y dos amigas, aunque nada en plan de parejitas. Dime que te gusta esquiar.

Realmente me atrae la idea.

Venga, anímate, allí mismo podrás alquilar el equipo para ese fin de semana, sino tienes aquí.

No lo sé, realmente es algo muy tentador. ¿Qué te parece si tú me acompañas a la fiesta

de mi abuela? Si ella te da su visto bueno quizás me lo replantee.

¡Trato hecho! ¿Quieres un poco de champagne para brindar por la posibilidad?

Está bien, esa es la mejor bebida para sellar un pacto.

Él se levantó, fue hacia la cubitera donde tenía enfriando una botella de *Moët & Chandon Rosé* y en ese justo momento todo se derrumbó.

Hablando de tu abuela, Olivia ¿te ha comentado algo sobre la oferta que le ha hecho mi familia sobre las tierras de tu tío Luis? — ¡Mierda, mierda, mierda! ¡Mi abuela acababa de ganar su apuesta! Esa maldita mujer tenía razón y todo aquello no había sido nada más que una estratagema para llevarme a su terreno por la compra de las tierras. Cuando él se dio la vuelta con las dos copas de champagne en sus manos, yo ya había cogido mi bolso y me dirigía hacia la puerta— ¿Se puede saber dónde vas?

Acabas de hacerme perder una apuesta, de verdad que creí que te gustaba, pero no eres nada más que otro de los hombres que se han acercado a mí solamente para conseguir algo.

Pero, pero, no te entiendo. Te juro que solo era un tema de conversación, yo…Olivia por favor, espera —totalmente perplejo me seguía, la lluvia había comenzado a caer con fuerza, y yo no quería otra cosa más que salir de allí a toda prisa— ¡Olivia por favor, espera! —pero de nuevo el estúpido coche de mi tío no me respondió, Jorge había salido detrás de mí, e intentaba abrir la puerta, mientras el agua lo empapaba entero.

¿Ese era el único motivo, no es así? La dichosa compras de las tierras. ¡Es que soy una idiota y siempre seré una idiota!

¡Gracias a Dios! Por fin al coche le dio por arrancar y lo dejé de pie, empapándose y mirando cómo me marchaba.

Qué pronto has llegado Olivia —no dije nada y de mala manera tiré el bolso al lado del sofá donde estaba sentada mi abuela. — ¡Uff y de que mal humor! ¿Qué ocurre cariño? ¿No me digas que gané la apuesta?

Sí señora, ¿contenta? No soy más que una imbécil, y lo peor de todo es que ese hombre me gustaba de verdad. Estaba tan ciega que no quería creerte, pero la realidad me acaba de dar de nuevo un bofetón en toda la cara.

Ven, siéntate aquí a mi lado y cuéntame. ¿Qué ha sucedido?

El muy… ¡Es que todavía no me lo puedo creer! Una cena maravillosa, él es alucinante abuela, todo, absolutamente todo era perfecto y así como el que no quiere la cosa me preguntó si sabía algo de lo que pensabas hacer con referente a la venta de los terrenos.

Bueno, tampoco es que te sacase el contrato de la venta ni nada parecido.

No, pero te juro que era lo que menos esperaba de él, creí que de verdad le gustaba, incluso lo invité a tu fiesta para que pudieses conocerlo y te quitases esa mala imagen que tienes de ellos y más, hasta me invitó a acompañarlo el fin de semana a ir con unos amigos a Granada ¡ya te digo, todo era perfecto! Pero de nuevo tú tenías razón.

Cariño creo que este arrebato que te está dando es solo culpa mía, te he avisado tanto que no has dejado ni que el muchacho se explique.

¡¿Cómo iba a dejarlo?! Lo dejé allí plantado, con un “par de narices”. De verdad abuela, no pienso dejar que ni un solo hombre más se acerque a mí

jamás.

¡Uy! Nena, jamás es demasiado tiempo. Vamos a plantearnos un reto algo más tangible, algo así como esta noche y mañana ¿de acuerdo?

¡No te rías de mí! He dicho jamás y ya verás cómo lo voy a cumplir — en ese momento sonó mi móvil que estaba en el bolso. Mi abuela lo miró y me preguntó:

¿No lo vas a coger?

¿Y si es él? Míralo tú —mi abuela dio un soplido y abrió el bolso, miró el teléfono y confirmó mi sospecha.

Sí, es él.

Pues entonces apágalo, no quiero saber nada.

Con paso firme y decidido me dirigí a mi dormitorio, estaba convencida que los hombres no eran para mí y nunca volvería a mantener una relación con ninguno.

Que noche más horrible, entre las terribles pesadillas que no me abandonaban nunca y mi nueva decepción, desde luego no dormí ni cuatro horas seguidas. Pero la mañana llegó pronto, el mal tiempo del día anterior había desaparecido y con él parecía haberse ido mi mal humor, aunque no mi apatía.

¡Buenos días nena, vamos arriba! Hoy tenemos un millón de cosas que hacer.

Ven “abueli”, acuéstate un segundo aquí conmigo.

Olivia cariño, tengo muchas cosas que hacer.

Porfiiiiii —ella me hizo caso y se recostó a mi lado.

No has dormido nada ¿verdad?

Bueno, un poquito.

Pues con la mala cara que tienes yo diría que ha sido un poquito muy pequeño.

Pero eso lo arreglo con una buena capa de maquillaje, sabes que yo soy experta en eso.

Eso me temo, que te hayas vuelto una experta en tapar tus sentimientos. Me tapé la cabeza con la sábana, intentando hacerme invisible.

Por favor, es muy temprano, no empieces otra vez —ella me destapó la cara.

Olivia, en el tiempo que tardé en acostarme, Jorge te llamó tres veces más y te mandó varios mensajes disculpándose, parecía muy sincero. A lo mejor tenías razón y ese muchacho merece la pena conocerlo.

De un “plumazo” eché las sábanas hacia atrás destapándonos a las dos.

Venga, ¿no dices que hay muchas cosas que hacer? Vamos arriba, hoy estoy a tu entera disposición y no quiero volver a hablar de nada que solo use pantalones en mucho tiempo ¿de acuerdo?

La mañana fue de locos, recibiendo a los del catering, preparando

mesas, escogiendo flores…pero no me importó en absoluto, quería tener la cabeza ocupada en un millón de cosas para no pensar en el desengaño que me acababa de llevar. Estaba ocupada revisando con Carmina la lista de cosas pendientes cuando vi llegar un coche.

¡Abuela, ya están aquí, corre, ven! —Hice un saludo con la mano al ver salir a mi madre del coche, a pesar de la lata que me daba, sabía que todo lo hacía porque me quería — ¡Mamá, estamos aquí! —Mi abuela y yo fuimos a su encuentro, vi salir del coche a mi padre y a mi hermano— ¡Hi, chicos ¿cómo andáis?!

Mi madre llegó a mi altura, abrazándome y besándome como si hiciese un millón de años que no me veía.

Livi cariño, ¿te ocurre algo? No tienes buen aspecto.

¡Típico saludo de mi madre!

Gracias, mamá, yo también te quiero.

No, en serio cariño, algo te sucede.

Mi padre llegó hasta nosotras y después de darme un beso en la frente, se dirigió a mi madre:

Por favor Sofí, dale un respiro a Livi, no empieces con tus manías. Yo te veo guapísima, cariño.

Gracias, papá, te he echado de menos —se dirigió hacia mi abuela con los brazos abiertos

¡Mamá, qué bien te veo!

Mientras ellos se abrazaban, mi hermano comenzó a sacar las maletas del coche.

¡Bien, esto mejora por momentos! ¿Aquí no hay nadie que eche una mano? Lo miré, con una postura chulesca me esperaba con las dos manos abiertas.

¡Perdone usted, pero hemos dado el día libre a “los esclavos de la plantación”!

¡Haz el favor de coger un par de maletas, no creo que se te caigan los anillos por hacer algún esfuerzo alguna vez!

¡Oh, bien! ¡Ya habló doña perfecta! —Mi abuela era la única capaz de besar y abrazar a mi hermano sin perecer en el intento, se acercó a él, aun sabiendo el “coraje” que le daba, lo llenó de besos mientras mi hermano intentaba resistirse sin ningún éxito.

Al final conseguimos llevar el equipaje hasta el interior de la casa, no sin antes darnos un par de empujones igual que dos niños pequeños. Desde el porche de la cocina se veía toda la parte posterior de la casa, dónde ya habían colocado las carpas para la fiesta, mi madre quedó impresionada al ver lo bonito que estaba quedando todo. Mi padre salió abrazado a mi abuela detrás de ella

para verlo al escuchar las exclamaciones de alabanza de mi madre.

Ponme al día de todo, cuéntame cómo estás tú, el tío Luis y dime cuando vas a volver, me haces mucha falta.

Antes que mi abuela pudiese contestar, mi madre los interrumpió:

Cariño, pero cuéntale a tu madre antes de nada lo de los Harper.

Tienes razón Sofí. Mamá, he invitado a unos clientes que estaban pasando unos días aquí en Sevilla, para que pasen a tomarse algo con nosotros ¿te importa?

¿Cómo me iba a importar? Sabes que me gusta estar rodeada de mucha gente. Mi madre intervino de nuevo:

Además, Livi, están aquí con su hijo y es un tipo guapísimo, me lo presentó su madre y enseguida pensé que haríais una pareja maravillosa.

No me dio tiempo a contestar cuando mi abuela me interrumpió:

Sofí, Olivia ya es demasiado mayor para tener que llevar casamenteras a su lado, además creo que su corazón está en este momento rebosante —antes que siguiese hablando y metiendo la pata la interrumpí:

¡Abuela por Dios, no digas tonterías! Está rebosante de decepción, quizás mi madre tenga razón y deba dejar que alguien elija por mí, soy la persona con peor ojo para los hombres de todo el mundo, estoy pensando en "cambiarme de acera", a ver si así tengo mejor suerte.

Mi hermano llegó hasta nosotros, y como era normal en él, arremetió contra mí:

Livi, tú te pasas de "acera" y te pilla un camión. No creo haberte conocido una sola pareja que cualquiera de la familia no te dijera que era una mala elección. ¿Y el de ahora quién es? ¿Lo conocemos?

Di un suspiro queriendo dejar el tema, pero mi abuela no estaba por la labor, no sé de dónde le habían nacido ahora las ganas de hablar de él, si hasta hacía un día me avisaba que no tuviese nada con Jorge.

Pues no nos es desconocido del todo, es el pequeño de los Rivera.

A mi padre se le abrió los ojos como si le hubiesen hablado de un fantasma y mi madre, como siempre, seguía en su mundo, sin enterarse apenas de nada —entonces se volvió hacia mi abuela y le preguntó:

Julia, ¿ese no era de tu familia, o algo así?

Sí querida, es el nieto de mi supuesto hermanastro —se volvió hacia mí y me preguntó:

Livi cariño, ¿eso no es incesto o algo parecido? Para esas relaciones creo que necesitas la dispensa del Papa.

¡Uff, es que me sacaba de quicio!

¡Mamá por favor, déjate de tonterías! Yo no voy a tener nada con él, son cosas de la abuela, que no dice más que tonterías.

Mi padre me miró y con una seriedad que no era propia en él

prosiguió con la conversación:

Espero que eso sea verdad Livi, a esa gente contra más lejos la tengamos de nosotros mucho mejor.

Y sin saber por qué, como si me sintiese amenazada, salí en su defensa.

¡No tienes por qué opinar de ese modo de ellos, ni siquiera lo conocéis! —y ese fue el pie que mi hermano necesitó para intervenir de nuevo:

¡No siguas papá, ahí lo tienes, está totalmente colgada por ese tío!

Eran desesperantes y antes de meter más la pata, di un enorme suspiro y entré en la casa buscando las llaves del coche para poder alejarme de allí, mi cabeza estaba lo suficientemente revuelta para que siguiesen sacudiéndola aún más.

De nuevo me costó arrancar el coche, así que no me lo pensé más y decidí llevarlo al taller para ver si podían cambiarme la batería. Mientras conducía recordé lo que mi hermano dijo. Y era verdad, estaba totalmente colgada por Jorge, y era verdad también lo que dijo mi abuela, ni siquiera había dejado que se explicara con lo que él pensaba con respecto a las tierras, quizás ni siquiera estaba a favor de comprarlas, al fin y al cabo, los negocios de Andalucía los llevaba su hermano. ¡Y hablando de hermanos! mientras esperaba en la puerta del garaje, fumando un cigarro, vi detenerse en el semáforo de enfrente un impresionante *Mercedes-Benz GLE Coupe* negro. Casi más que aquel impresionante carro, me llamó la atención el hombre que iba sentado en la parte posterior junto a una señora por su parecido con Jorge, sino llega a ser por esa “barbita” hubiese jurado que era él, pero de todos modos me asomé un poco para verlo mejor, pareció que mi mirada llamó su atención, me sonrió de un modo muy sensual a forma de saludo, no supe que hacer y simplemente sonreí también. ¡Pues estaba bastante “potable” el hermanito “malvado”!

Con mi impresionante paja mental, decidí ir a tomarme un helado dando un largo paseo, ya más calmada hice algunas compras de última hora y por fin comencé a pensar de una forma calmada sobre mi vida. Definitivamente si quería dejar que todos me tratasen como una loca, tendría que empezar a portarme como la mujer sensata de negocios que era cuando estaba en mi despacho, al parecer en cuanto

salía por la puerta

todo mi ser se “despendolaba” y me volvía una insensata de los pies a la cabeza. Así que de nuevo tomé rumbo hacia la casa, no sin antes mirar un millar de veces el teléfono. Jorge no me había vuelto a llamar, era normal, debí parecerle una idiota, salí de allí como una niña pequeña y no contesté a ninguno de los mensajes que me había mandado.

Pero por el momento era mejor dejarlo así, como yo misma le reconocí: lo nuestro no podía tener ningún futuro, y ni yo misma estaba segura de estar preparada para volver a confiar en alguien lo suficiente como para tener de nuevo una pareja.

CAPÍTULO 5

Con mis nervios más calmados y la firme decisión de no parecer nunca más una histérica delante de mi familia, decidí volver a casa. Vi a mi madre y a mi abuela, que junto a Carmela se habían hecho cargo de los últimos preparativos. Nada más entrar, mi abuela abrió los brazos con dulzura, igual que cuando era una niña pequeña y de ese modo me acogía protegiéndome de todo.

Ven aquí cariño, somos unos pesados lo sé, no nos damos cuenta de que eres adulta y que no podemos estar siempre metiéndonos en tus cosas.

Mi madre estaba realmente enfadada conmigo y después de contemplar la escena, nada emocionada nos regañó:

Sí, encima dale "mimitos". Te has marchado sin importarte que nos pudiésemos estar muriéndonos de preocupación. ¡Tú padre y tú hermano han ido a dar una vuelta por si te encontraban, y señorita, no se crea que no me he dado cuenta de que huele usted a tabaco! Olivia, me prometiste que lo habías dejado.

¡Mamá, vamos a dejar el tema, soy bastante mayorcita para poder fumarme un cigarrillo cuando me apetezca y, sabes de sobra que ellos lo único que han hecho es quitarse del medio para no tener que trabajar! Aquí la única que se angustia de un modo irritante por todo eres tú.

Antes que mi madre me contestase mi abuela intervino de nuevo poniendo paz y dejando el tema. Así que el resto del día lo pasamos organizando y trabajando, yo me dediqué a seguir a Carmela de un lado a otro con las compras para evitar tener más enfrentamientos.

Ya estaba todo preparado para el largo viernes que nos esperaba, cenamos durante una hora en paz, (gracias a Dios) y pronto todos dijeron de acostarse.

La noche era templada, yo estaba tan cansada que no podía dormir, aproveché que ya se habían acostado y salí al porche, me recosté en la hamaca, es verdad que había dejado de fumar, pero siempre que las pesadillas volvían, reaparecían las ganas de disipar mis pensamientos con el humo de aquellos cigarros.

Escuché el ruido de unos pasos y pensando que era la "histérica" de mi madre

escondí el cigarro.

¿No puedes dormir?

¡Abuela, qué susto, creí que era mamá! —Ella se acercó hasta mí.

Anda, déjame un sitio y pásame el cigarro.

Me hice a un lado y creyendo que lo iba a tirar se lo pasé, y, muy al contrario, ella lo cogió y le dio una buena calada.

¡Mmm! ¿Por qué las mejores cosas de la vida serán malas?

¡Oye, no te había visto nunca fumar!

Hija, yo viví los setenta, lo más suave que circulaba por entonces era el tabaco.

Me reí al escucharla y me acurruqué un poco buscando su calor. Las dos mirábamos hacia el cielo disfrutado de ese cigarro a medias, cuando me preguntó:

¿Has hablado con Jorge?

No, no me ha llamado, creo que lo asusté anoche.

Y antes de tu estampida ¿cómo fue la noche? No me has contado nada.

Fue maravillosa. Me gusta abuela, ese hombre me gusta muchísimo. Pero creo que lo mejor que pude hacer fue salir de allí, no sé qué hubiese ocurrido si me hubiese quedado más tiempo, me hace perder el control por completo.

¿Y no sería que saliste corriendo, por miedo a que aquello de verdad pudiese llegar a más, igual que hiciste con Carlos?

Carlos era diferente, me gustaba, pero sabía que de ahí no pasaría, era como si no me importase estar con él, porque estaba segura de que las cosas nunca irían a más. Pero Jorge es tan, tan… no sé cómo explicarte.

¿Crees que tú le gustas a él del mismo modo?

No sé si estaría fingiendo o no, pero es cierto que había química, podía sentirlo te lo juro, había algo realmente especial naciendo entre los dos, nunca sentí algo así, ni siquiera cuando empecé con…con quién tú sabes.

Es tan bonito sentir algo así.

Sí, sí lo es y más en un sitio tan bonito como este. ¿Crees que Olivia miraría alguna vez estas estrellas con Jaime desde aquí?

Seguramente, ellos se quisieron por encima de todos.

Me dijiste que sabías lo que había ocurrido con ella cuando se fue a Madrid.

Ellos no llegaron en aquel viaje a Madrid.

¿No? ¿Entonces dónde fueron?...

Pilas, Sevilla 1943

Olivia ayudada por Fernando consiguió subir a su hermano al tren a duras a penas, el muchacho estaba tan mal herido que apenas podía sostenerse en pie y ella lo que tenía era el corazón destrozado, dejaba atrás a su pequeña, que era lo único que le quedaba de él, y a su adorada abuela. Todavía quedaba casi una hora para que el tren

partiese cuando vio que había jaleo en la estación. Por los rumores que llegaron de la gente se enteró que la policía buscaba a un prófugo. Se imaginó que “alguien” habría dado el chivatazo que Luis estaba en ese tren.

Luis cariño, despierta tenemos que salir de aquí, la policía está registrando el tren.

El muchacho lo intentó, pero necesitó la ayuda de su hermana para poder incorporarse, ella cogió el hatillo de ropa en una mano y lo sujetó a él con todas sus fuerzas. Anduvieron unos metros, que le parecieron eternos, hasta llegar a la puerta. Por los megáfonos pudieron escuchar como anunciaban la salida de un tren, miró hacia el otro lado de la vía y armándose de valor la cruzó mientras el tren ya se ponía en marcha.

Luis vamos, tenemos que intentarlo.

No puedo Olivia, apenas puedo ver, me faltan las fuerzas.

Pero el coraje de la muchacha era mucho y haciendo un esfuerzo sobre humano consiguió que su hermano se agarrara y finalmente pudieron coger el tren que los llevaría a un camino muy diferente al que aquella horrible mujer había trazado para ellos.

¿Dónde vamos Olivia?

Si te soy sincera no tengo la menor idea, solo vi que este tren se movía.

A duras penas el muchacho podía hablar por el esfuerzo y el dolor de la herida que se estaba haciendo insoportable y que volvía a sangrar de nuevo. El pasajero, varios años mayor que ellos, que estaba sentado justo enfrente los miraba con inquietud, sabiendo que algo grave le ocurría al muchacho.

Hermana, tenemos que ir a Barcelona, allí está Jaime, él nos ayudará.

¡Olvídate, por lo pronto no quiero saber nada de ningún miembro de esa familia!

Pero es nuestra única salida, seguro que él podrá demostrar que yo no hice nada — Olivia negaba repetitivamente con la cabeza, el muchacho respiró con dificultad e intento continuar su conversación con ella—. Si no quieres pedirle ayuda, tengo unos amigos que viven allí y que quizás puedan ayudarnos. Olivia, tenemos que irnos lo más lejos posible, estoy seguro de que esa bruja habrá dado aviso de nuestro destino y aunque no nos hayan encontrado en el tren nos estarán esperando en la dirección que te ha dado de esa casa en Madrid.

El revisor llegó hasta ellos.

Buenos días, por favor sus pasajes.

Señor, no nos dio tiempo comprarlos, se nos escapaba el tren. Pero puedo pagarlos, por favor necesito dos.

¿Dónde se dirigen?

¿Hacia dónde va este tren?

La última parada principal es en Córdoba.

Está bien, deme dos, desde allí cogeremos el que necesitamos. El revisor se dio cuenta del estado de Luis.

¿Se encuentra usted bien?

Sí, sí señor. Solo ha sido el esfuerzo para poder coger el tren a la carrera, ando algo resfriado —el hombre que estaba sentado frente a ellos le dio su pasaje al revisor y siguió en silencio hasta que éste se marchó. En cuanto lo hizo se dirigió a Luis.

¿Qué te ocurre muchacho?

Olivia se alteró y alzando un poco la voz por los nervios le contestó de muy mala manera al hombre que se interesaba de aquella forma por ellos:

¡Ya le ha dicho mi hermano que no pasa nada!

¿Nada? No pretendo ser un entrometido, pero este hombre está muy mal —le levantó un poco su chaqueta y volvió a dirigirse hacia Olivia— Por favor déjeme ayudarle, está perdiendo mucha sangre— Olivia impidió que le quitase la ropa a su hermano para ver la herida, pero el hombre la miró a los ojos y le dijo—: Soy médico y si no me deja revisarlo este hombre morirá —ella apartó su mano, él procedió a revisar la herida. La cosa pintaba mucho peor de lo que pensaba, los puntos se habían abierto—. Cierre la cortina de la puerta, y venga a ayudarme. Tenemos que actuar rápido, el revisor se ha dado cuenta y en cuanto lleguemos a la primera estación dará parte a las autoridades, tendrán que intentar bajar del tren en cuanto pueda —el médico cogió su maletín y procedió a coser de nuevo la herida. Cuando acabó ya estaban llegando a la primera estación donde hacían parada. Olivia quiso agradecer toda la atención que aquel buen hombre les había brindado sin hacer ninguna pregunta.

Señor gracias por todo, le juro que no somos ningunos delincuentes.

Yo soy médico señorita, no juez.

Esperaron a que el tren comenzara a disminuir la marcha, entonces con la ayuda de su improvisado compañero de viaje, ambos se dispusieron a saltar.

Gracias por todo, Doctor…, no sé su nombre.

Soy Albert Candaus. Espero que todo os salga bien.

Olivia asintió, dejándole ver una sonrisa de agradecimiento. Luis y ella saltaron, afortunadamente todo era tierra y los daños que se produjeron fueron leves. Anduvieron unos kilómetros, pero la salud del muchacho no era para nada la idónea para esas caminatas.

¿Estás bien Luis?

La medicina que me dio el Doctor me ha calmado mucho el dolor, pero si te soy sincero no, no me siento bien. Dios mío Olivia, ¿qué vamos a hacer ahora? —Al ver el estado de su hermano, la muchacha intentó calmarlo, acarició su cara y dejó que el viese una sonrisa en su rostro.

Vamos a esperar a que te repongas un poco, buscaremos algún lugar donde puedas descansar y cuando todo se calme cogeremos el tren para Barcelona.

Bien, porque te aseguro que no es ningún capricho querer detenerme.

Olivia consiguió la ayuda de unos campesinos que vivían cerca, eso sí, gracias a una buena compensación, así que después de una semana consiguió los pasajes hasta Córdoba y de allí hacia su destino final, Barcelona.

Bueno ya estamos aquí, ¿qué hacemos ahora Luis?

Sigo pensando que lo mejor es que fuésemos hasta la masía de la familia de Jaime

—ella lo miró sentenciándolo— Ya, ya lo sé, esa opción queda descartada, a pesar de ser la más lógica. Vamos, la casa de mi amigo Jordi no queda lejos, seguro que él nos ayudará.

Efectivamente, su amigo los recibió en su casa, algo más cariñoso de lo que a Olivia le hubiese gustado que tratasen a su hermano, a pesar de eso no dijo nada, no era el momento de ponerse melindrosa. Le explicaron la situación y aunque al principio se sintió reacio a acogerlos, por los problemas que pudiesen acaecerles, los momentos de amistad vividos con Luis lo convenció. La situación no pintaba del todo bien, Jorge era el dueño de uno de los cabarets más concurridos de Barcelona y ese fue el único trabajo que podía ofrecerle a los dos hermanos:

Luis me niego, yo no voy a trabajar en un sitio como ese y olvídate, tú tampoco.

Escúchame, Olivia, yo trabajaría de camarero y tú cantas como los ángeles, seguro que en cuanto te hagan una prueba te cogerán, será mucho mejor que trabajar sirviendo en la casa de cualquier señorito. Vamos a intentar ganar dinero con rapidez, necesitamos contratar un abogado que nos ayude a volver a casa lo antes posible, piensa en tu niña y en la abuela.

¡Pero eres idiota Luis! Tú sabes tan bien como yo, sino más, me temo. En qué consistiría ese tipo de trabajo.

Hermana, él nos cuidará, de verdad, no es una mala persona. No nos obligará hacer nada que no queramos, te lo prometo.

Eso me temo Luis, que ese hombre solo quiera cuidarte él y más de lo que me gustaría.

El muchacho sonrió, era inútil negar a su hermana lo que de un modo tan evidente se podía ver a una legua.

Y así fue, en cuanto escucharon cantar a Olivia, la pusieron en el coro de una de las vedettes de moda, sin duda su cuerpo y su cara influyeron mucho en terminar de convencer al director de sala, que en cuanto la vio sintió por ella algo más que simple curiosidad por verla actuar.

Los días fueron pasando y tras ellos los meses, solo de vez en cuando podían hablar con su abuela por teléfono a través del tendero del pueblo, para saber cómo iban las cosas. Por desgracia, en sus vidas apenas había cambiado nada, la madre de Jaime se ocupó de que así fuese para mantenerlos bien alejados.

Dos años más tarde

¡Olivia, la "Bella Rosarito" está enferma, ¡esta noche sales tú en su lugar!

¡Espera Martín! Aún no me sé las canciones nuevas, la hemos ensayado muy pocas veces.

Preciosa, no te hacen falta más ensayos, te las sabes mucho mejor que ella, lo sabes de sobra.

Olivia sonrió, conocía de sobra que el director de sala había perdido la cabeza por ella desde el primer día que entró por la puerta, aunque supo mantener las distancias, su corazón había sido de un solo hombre desde el principio.

Aquella noche su actuación fue un éxito de nuevo, pero el puesto de la primera vedette era inamovible por la relación que esta mantenía con uno de los socios del cabaret. De todos modos, ese puesto no era un objetivo para ella, a pesar del tiempo que llevaba trabajando allí, seguía sintiéndose avergonzada cada vez que salía al escenario. Al volver al camerino para cambiarse, se miró en el espejo y observó su cara en el espejo totalmente maquillada, recordó a su abuela y pensó en lo que ella opinaría de todo lo que le estaba ocurriendo. Tuvo que apretar sus puños, aquella mujer no era ella, esa vida no era la suya. Los golpes de una de las chicas tocando en la puerta fue lo único que impidió que rompiese a llorar.

Olivia, aquí hay un caballero que quiere saludarte.

Por favor, Mariana, dile a ese hombre que no recibo visitas.

Es que dice que te conoce de hace tiempo.

El corazón de Olivia latió tan fuerte que creyó escucharlo en los oídos. Pensó que Jaime la había visto y había ido a llevarla lejos de ese mundo.

Dile que pase, por favor —su cara se tornó en desilusión, cuando vio entrar en la habitación a un hombre de unos cincuenta años, bien arreglado, con aspecto afable— Discúlpeme señor, yo no recibo "admiradores".

Aunque desde esta noche puede usted contar conmigo como su más ferviente admirador, no es ese el motivo de mi visita. Míreme bien, ¿de verdad no me recuerda usted? Yo la he reconocido en cuanto ha salido al escenario, aunque desde luego está usted mucho más bonita que la última vez que la vi.

Me va usted a disculpar, pero no sé quién es.

Nos conocimos hace dos años en el tren que nos llevaba a Córdoba. Dígame ¿su hermano, salió con bien de aquella aventura?

¡Oh, es usted el Doctor que nos ayudó! Discúlpeme, en aquel momento no estuve muy pendiente de nada —Olivia le dio su mano a modo de saludo y muy galantemente el Doctor la apretó—. Mi hermano está bien, y solo gracias a usted desde luego.

Me informé al llegar a Córdoba sobre ustedes y la cosa no pareció pintar para nada bien.

Todo fue una trampa, por favor créame, mi hermano me aseguró que él no fue quién mató a ese hombre. Hay una persona que no nos quiere bien en el pueblo y se ha encargado de que la verdad no se esclarezca para mantenernos alejados de allí.

Permítame una duda que he tenido en la cabeza durante todo este tiempo. Olivia, no pude dejar de preguntarme sobre el mejunje que llevaba su hermano en la herida, estoy seguro de que no era un medicamento, pero gracias a eso no tenía una infección enorme como hubiese sido el caso, en su momento no quise alarmarla, pero la tenía totalmente abierta.

Y menos mal que no lo hizo, ya estaba bien asustada, quizás si hubiese sabido eso, habría tirado la toalla y buscado ayuda, aunque eso significara tener que entregarnos.

De nuevo hablaron todo el tiempo que pudieron hasta la hora de la siguiente actuación de Olivia. Albert la miraba embelesado, él era viudo, después de la muerte de su esposa se había centrado en su trabajo, especializándose en dermatología. Desde que apretó la mano de Olivia pensó que jamás había tocado una piel tan suave.

¿Puedo hacerle una pregunta? Aunque le parezca atrevido, lo que de verdad no pude olvidar era el aroma que usted desprendía el día que nos conocimos, era muy parecido al perfume que lleva ahora y aunque sea muy personal, perdone mi pregunta

¿qué loción usa usted para su piel? Jamás toqué una piel más suave.

Ella sonrió al escucharlo.

Lo siento Doctor, es una fórmula secreta que mi abuela me enseñó, esa y muchas parecidas, de eso vivíamos allí en Servilla y… el perfume, también lo fabrico yo, es verdad que es parecido, pero las flores de aquí no huelen como las de mi tierra y esa es la

diferencia que usted aprecia.

Olivia, yo tengo unos laboratorios en Madrid, estamos trabajando en cremas especializadas para curar cicatrices, quemaduras y cosas parecidas, me gustaría mucho invitarla a trabajar con nosotros, estoy seguro de que con su ayuda podría lograr la fórmula que ayudaría a miles de personas.

Favor por favor Doctor, usted me ayudó en su momento y yo estaré encantada de poder ayudarle en lo que sea, aunque dudo que mis vastos conocimientos de algunas plantas y mejunjes que mi abuela me enseñó puedan llegar a serle útiles.

Eso déjeme valorarlo a mí, creo que podremos hacer grandes cosas juntos.

Lo que ocurre, amigo mío es que apenas tengo modo de poder viajar y desde luego jamás dejaría a mi hermano aquí, no es el mejor ambiente para él.

Es lógico, él puede acompañarla, yo me encargaré de todo.

Lo siento, no quiero que piense usted lo que no es, a pesar de que trabajo en un sitio como este, yo me dedico solo a cantar, sino es mi conocimiento lo que busca, podemos dejar esta conversación aquí.

No pretendo que sea de otro modo, tome el dinero que le voy a dar como un adelanto de su sueldo.

¿Y si cuando pruebe mis cremas, no son lo que usted busca?

Sí lo serán, estoy seguro.

Olivia veía por un segundo una luz al final de esa pesadilla que había sido para ella trabajar en un sitio como aquel, por otro lado, sacar a su hermano de allí merecía la pena intentarlo y aunque la idea no fue demasiada bien acogida por su hermano, su lealtad hacia ella le hizo volver a seguirla de nuevo en su aventura.

Por fin algo empezaban a salir bien las cosas. Las nociones de Olivia junto a los conocimientos del equipo médico del Doctor Albert dieron los frutos deseados en muy poco tiempo. Luis conoció a otro “grupo de amigos” que en seguida le hizo olvidar los momentos vividos años atrás. Lo único que enturbiaba sus nuevas vidas, era la falta de comunicación con su abuela y su pequeña. La mujer había caído enferma y a pesar de tener la complicidad de su viejo amigo, el tendero del pueblo, apenas tenían noticias de ellas…

Madrid 1946

¡Olivia, ha sido todo un éxito, todas las pruebas han sido superadas, tenemos la licencia para poder venderlas!

Me alegro mucho Albert, por fin todo nuestro trabajo se verá recompensado.

Y tal y como te prometí, hoy va a ser el día —el buen Doctor sacó un anillo y se lo ofreció a Olivia—. Querida, me harías el hombre más dichoso del mundo si aceptaras ser

mi esposa.

Albert, sabes cuánto te aprecio y lo agradecida que te estoy, gracias a ti he podido estudiar y este trabajo me ha permitido dejar atrás una vida que no era la mía. Pero ese no es motivo suficiente para contraer matrimonio. No te lo he ocultado nunca, sabes que yo jamás podré amar a otro hombre como lo amé a él.

Querida, tú aprecias y tú cariño es todo lo que yo necesito. Quiero que sepas que aceptaré a tu pequeña como mi hija en cuanto podamos recuperarla. Voy a hacer para vosotras un hogar. Acéptame, no te vas a arrepentir, te lo juro.

*****

¡Abuela ¿fue entonces cuando Olivia se casó con el Doctor Candaus y logró montar nuestra empresa?!

Sí, querida. Mi madre encontró en ese hombre todo lo que no había podido conseguir en su vida. Posición, dinero, bien estar y la posibilidad de poder recuperarme.

¿Entonces qué ocurrió? ¿Qué fue lo que pasó? ¿Por qué no te llevaron de inmediato con ellos? Y… ¿cuándo volvieron a verse Jaime y ella?

Todas esas preguntas, tendrán que esperar, te he contado esta historia para que sepas porque estoy tan orgullosa de ella y de todo lo que logró. Pero cariño estoy agotada, otro día continuaremos, mañana nos espera un día de mucho ajetreo y no podemos estar con ojeras, tenemos que ser las más guapas de la fiesta.

Le di un beso en la mejilla a mi abuela.

Tú siempre serás la más guapa —miré el reloj, ya habían pasado las doces de la noche, me abracé a ella y después de darle repetidos besos le dije—: ¡Felicidades, ya es tú cumpleaños, te quiero muchísimo!

Gracias, cariño, no podrás quererme nunca ni la mitad de lo que te quiero a ti.

Juntas subimos hasta los dormitorios y nos despedimos entre besos y abrazos, ambas estábamos muy conmovidas por la historia que acaba de recordar y por el cariño que nos procesábamos.

Por fin llegó la mañana, bajé a desayunar y a pesar de haberle comprado todos los caprichos que se me habían antojado, tenía interés en darle un regalo que creí sería muy emotivo para ella. Aproveché el día anterior mientras bajé al pueblo para enmarcar una de las fotos que me había dado Jorge. Particularmente en la que aparecía mi abuela junto a sus padres. Aunque con los cambios de amor-odio que sufría en esos días, no sabía si le gustaría o no, realmente me pareció original regalarle un recuerdo tan especial.

Bajé al salón, no estaba yo muy madrugadora durante esa semana y ya estaban todos sentados a la mesa. Rodeé el cuello de mi abuela,

abrazándome a ella con ternura.

¡Felicidades “abueli”! Toma, abre esto.

Cariño, gracias ¿qué es?

Creo que te va a gustar —la miraba con impaciencia, igual que toda mi familia, no sabía cuál iba a ser su reacción.

En cuanto vi una lágrima rodar por sus ojos y una sonrisa en sus labios, supe que había acertado.

Mamá ¿qué es? —preguntó impaciente mi padre.

Mira hijo, son mis padres —Él cogió la foto en sus manos con curiosidad y se dirigió a mí.

Livi ¿de dónde has sacado esta foto?

Es una de las que me dio Jorge. Mirad, he hecho un álbum con las otras, pero esa es la única en la que aparecen los tres, por eso pensé que sería la mejor —le pasé el álbum a mi madre. Mi hermano, que estaba sentado a su lado, se acercó para verlas.

Es increíble lo que te pareces a, ¿quién es, nuestra bisabuela?

¡Obvio, genio!

Todos miraban las fotos, a la par que mi abuela contaba lo poco que recordaba de ellas y de dónde se habían tomado. Mi hermano levantó la cabeza y la miró.

Abuela, si Rivera era tu padre, ¿por qué no has reclamado la parte de la herencia que te corresponde?

No lo sé, realmente nunca me lo he planteado. Él no llegó a reconocerme nunca como su hija, por eso siempre me quedó la duda si realmente lo sería o no y, como gracias a mi padre adoptivo nunca me faltó nada, no me molesté ni en pensarlo. Esta tierra es lo único que quiero conservar, y solo porque fue donde vivió mi familia, una vez que me haya ido podéis hacer lo que querías con ellas, disfrutarlas vosotros o devolvérselas, al parecer es sumamente importante para ellos y si no vais a volver podéis retornárselas.

Pero la fortuna de esa familia es grandísima, tienen tierras y empresas en Barcelona, en Francia, aquí. Y mucho más dinero del que podamos imaginarnos, si quieren esta tierra tanto, tendrán que pagarlas a precio de oro. Y desde luego yo que tú me replantearía en serio lo de disputarles tu parte de la herencia. Quizás en tus tiempos no, pero hoy en día, con los adelantos que hay en los campos de la investigación, las pruebas de ADN son efectivas, aunque seáis de diferentes generaciones. No te haría

falta su reconocimiento como padre, cualquier tribunal que dictamine un vínculo de sangre, te daría la razón.

No me hizo ninguna gracia que mi hermano pensase de ese modo, es verdad que, igual que mi padre eran unos lobos de las finanzas, pero mi abuela tenía razón, a nosotros no nos faltaba de nada y me sentí como un ladrón oportunista, ellos habían trabajado siempre en esa tierra e indudablemente lo que tuviesen hoy en día lo habían ganado y mantenido ellos solos.

No te preocupes Javier, si veo que mi herencia no es suficiente para ti, volveré de entre los muertos para reclamársela.

Me reí al escuchar las ocurrencias de mi abuela, indudablemente reclamar esa herencia no aparecía para nada en sus planes. Ese consuelo me hizo replantearme algo,

¿por qué me sentía tan aliviada? Si lo pensaba fríamente mi hermano tenía razón, pero era como si me doliese que algo pudiese perjudicar a Jorge. Miré el teléfono y de nuevo no había tenido ni un mensaje, ni nada que mi hiciese pensar que yo había significado algo para él.

Mi abuela recogió las fotos, mi padre se levantó a su par y le dijo:

Espera, voy contigo. Tengo algunas cosas que comentarte de la empresa —ambos salieron de la sala, mi hermano se metió el último bocado en la boca y salió detrás de ellos.

CAPÍTULO 6

Miré a mi madre, seguía comiendo sin levantar la cabeza del plato.

¿Qué te pasa mamá? Pareces enfadada.

Anoche te vi.

Pensé un segundo a que se refería, y solo me vino a la cabeza el cigarrillo que me fumé.

¡Por favor, otra vez vas a empezar! ¿Cuándo te vas a dar cuenta que soy bastante mayor para fumarme un cigarro de vez en cuando? No estoy enviciada ni nada parecido.

¡No estoy así por un maldito cigarro! —la miré, sin saber a qué se debía su enfado.

¿Entonces?

Te vi con ella.

Mamá te juro que no te entiendo, anoche no salí de casa ¿a quién te refieres?

¡A ella, a tu abuela! ¡Livi por más que me preocupo por ti, por más que estoy pendiente a todas tus cosas, jamás he sentido que me quieras como a ella!

¿Pero qué dices? De verdad que cada vez estoy más segura que sufres de una paranoia grave.

¡Pues te recuerdo que mis paranoias y yo fuimos quienes te sacaron del infierno que estabas viviendo! ¡Yo fui quién denunció aquel sinvergüenza y yo he sido siempre quien ha estado pendiente a ti! ¿Y cómo me lo pagas? ¡Enfadándote conmigo y teniéndome malas contestaciones! ¿Dónde, dime dónde estaba ella cuando más la necesitabas? ¡Ah, sí, ya recuerdo, en un maravilloso crucero, mientras a ti te molían a palos!

Tuve que aguantar las ganas de llorar al escucharla, en la vida me esperé algo parecido de mi madre.

¿Te estás escuchando mamá?

Claro que me escucho, sé muy bien lo que digo. ¿Sabes una cosa? para nada te creas la historia de esa maravillosa madre. No fue tan Santa, ni tan pura como ella quiere hacer creer a todo el mundo.

¿Y tú qué sabes de ella, ni de todo lo que ocurrió? ¿Por qué te atreves a hablar de ese modo de alguien que no conociste?

Sencillamente porque conozco la historia y sé de qué estoy hablando, el tío Luis hace unos años no estaban tan senil, ni tan…Él se lo contó todo a tu padre. ...

*****

Madrid, Noviembre 1948

Albert, dime ¿has podido hablar con el abogado?

Sí, vengo de estar con él, pero no traigo buenas noticias.

No ha conseguido nada ¿verdad?

El buen doctor hizo un movimiento con su cabeza. Olivia se sentó

en la silla de su laboratorio totalmente desolada, comenzó a darle vueltas a su alianza de casada con la mente totalmente puesta en esa conversación.

No te aflijas cariño, todavía hay esperanzas.

Cuéntame que ha pasado.

La madre de Jaime ha jurado que la niña es fruto del matrimonio de su hijo, pero que está con ella por la enfermedad de su otro nieto. El juez ha pedido la confesión de Jaime, pero lleva viviendo cerca de un año en Francia. Se trasladó allí para volver a poner en activo sus tierras y las empresas que tenían antes de la guerra y la verdad, la orden no la pueden hacer efectiva fuera de España.

¿Y a mi abuela? ¿Han podido verla?

Sigue igual Olivia, ella ya no habla, ni conoce a nadie. Esa horrible mujer la envió de nuevo a su casa, pero por lo menos tuvo la caridad de poner alguien a su cargo. Le he dicho a nuestro abogado que, si no está correctamente atendida, busque a alguien mejor para ese servicio.

Tengo que verla Albert, ella ha sido todo para nosotros.

Cariño, Francisca sigue manteniendo la denuncia sobre tu hermano de asesinato y sobre ti de encubridora, sabiendo el poder que esa mujer tiene con las autoridades del pueblo, en cuanto entrases te detendrían.

Es muy injusto, no puedo pasar más tiempo sin ver a mi niña, me estoy perdiendo toda su infancia por…por…

¿Por mi culpa hermana? ¿Esa era la frase que no te salía?

Luis, no. Tú no tienes la culpa de nada. Ella es la única culpable de todo —aquellas paredes se le venían encima, se levantó y se dirigió hacia la puerta—. Perdonarme, tengo que tomar un poco de aire, voy a salir a dar un paseo.

Cariño, yo voy contigo.

No Albert, por favor déjame ir sola, necesito pensar y tranquilizarme un poco.

Olivia anduvo durante casi una hora por las calles de Madrid, un sitio que hace unos años le pareció su liberación, ahora significaba poco más que una cárcel. Sin poder salir de la protección de su marido, un hombre que la quería con locura, pero al que ella no había podido ofrecerle nada más que agradecimiento. Se detuvo delante del escaparate de una tienda de juguetes mirando una delicada muñeca. A su lado dos hombres hablaban mientras esperaban a alguien que se encontraba dentro. Al salir este tercero, chocó con Olivia, la caja que llevaba en sus manos le impidió verla.

¡Oh, perdone, por favor discúlpeme!

Sin hablar ella hizo un movimiento de su cabeza, queriendo decirle que no tenía importancia. Pero al levantar su mirada, se quedó inmóvil.

¡Dios mío, ¿eres tú?! —No podía ser, se trataba de él. Jaime estaba justo frente a ella, él no pudo disimular una enorme sonrisa—. ¡Olivia, no me lo puedo creer!

Uno de los hombres que lo esperaba llamó su atención:

Jaime discúlpeme, vamos muy tarde a la reunión.

Un momento. Por favor tenga el paquete y llévelo al coche, necesito hablar con esta señorita un momento.

Los dos hombres se dirigieron hacia el coche que estaba aparcado al otro lado de la carretera.

Señora, Jaime estás hablando con la Señora de Candaus.

¿Señora? ¿Qué quieres decir? ¡Por Dios Olivia, ¿dónde has estado todo este tiempo?! Le mandé mil recados a mi madre para que me diese norte de tu paradero, pero nadie sabía nada de ti —Jaime intentó tocarla, pero ella se apartó llena de rabia:

¡¿A tu madre?! ¿De verdad esperarías que ella te dijese algo sobre mí? ¿Y de la niña? Supongo que de ella sí habréis hablado. Dime, ¿que habéis hecho con nuestra hija, ¿cuántas mentiras habéis sido capaz de contar para evitar que yo pueda recuperarla? ¿No te da nada tener a una madre alejada de su hija del modo en el que lo estáis haciendo?

Las palabras aturdieron a Jaime.

¡Espera, ¿nuestra, de qué estás hablando?! ¡Ella me dijo que tú dejaste a su cuidado a la pequeña cuando ocurrió lo de Luis, porque no podías llevarla con vosotros y su padre no quería hacerse cargo de ella! ¡Te juro que jamás me dijo que la niña era nuestra! —los hombres del coche hicieron sonar el claxon insistentemente, impacientándose por la espera. Él les hizo, bastante alterado, una señal con las manos para que siguiesen esperando. Al volver su cara para mirarla, vio como las lágrimas

salían a borbotones de los preciosos ojos de Olivia, la muchacha tragó saliva e intentando calmarse le respondió:

Ve con ellos, ¿qué más da lo que lo te contase? ya nada puedo hacer para recuperarla.

¡No sé cómo están las cosas, pero claro que podemos hacer algo, siempre se puede hacer algo! —El claxon sonó de nuevo— Mira tengo mucha prisa, voy a una reunión importantísima, sino no me movería de aquí hasta aclararlo todo —quedó en silencio durante un momento pensando—: Olivia, creo que sobre las ocho habré terminado, por favor necesitamos hablar. Estoy en el hotel Palace, habitación 414, te espero allí esta noche y aclararemos todo esto. Te lo prometo, yo no sabía nada, tengo que saber lo que ha pasado de tu propia boca.

Olivia no sabía si era verdad o no lo que él le decía, pero necesitaba agarrarse a cualquier esperanza que la pudiese llevar hasta su hija, sin hablar asintió con su cabeza, él acarició su cara y salió corriendo hacia el coche que lo esperaba.

Ella llegó a su casa aturdida, no estaba segura si aquello había sido real o había sido fruto de su imaginación, todo sucedió tan rápido que no llegaba a asimilarlo. Entró en el salón de su casa y se sentó

totalmente incrédula. Su hermano la escuchó llegar y bajó para ver cómo se encontraba:

Olivia, ¿estás algo mejor?

No lo sé Luis, no te vas a creer lo que acaba de sucederme —su hermanos se sentó a su lado y cogió su mano.

¿Qué ha pasado?

Acabo de encontrarme con Jaime en la calle.

¡¿Qué estás diciendo?!

Te lo juro, era él. Salía de una juguetería y me lo encontré de frente. Me ha dicho que vaya a verlo esta noche a su hotel para hablar, por lo visto él no sabe nada de lo que está haciendo su madre y ha dicho que necesitaba saber lo ocurrido para ayudarnos.

¡Eso es fantástico, voy a llamar a Albert para contárselo!

No hermano, espera un momento —bajó su mirada algo avergonzada—, no le digas nada, quiero…yo quiero verlo a solas.

Olivia, no hagas nada de lo que tengas que arrepentirte, el Doctor es un buen hombre, te quiere muchísimo, no se merece…

¡Cállate, Luis! No va a ocurrir nada —ella guardó silencio de nuevo, cerró los ojos recordando viejos momentos vividos—. No te puedes imaginar lo que sentí. Hermano necesito volver a verle. Es como si durante todo este tiempo haya estado muerta y de pronto hubiese despertado a la vida.

Por lo menos déjame acompañarte hasta el hotel, sabes lo conocido que es tú marido en la ciudad y si alguien te viese entrar sola podrían sospechar que vas a encontrarte con otro hombre.

Ella accedió. Sabía de sobra que su hermano tenía razón en todo lo que había dicho, sería terrible una situación como esa para la reputación de su empresa y de ella misma.

Subió a su dormitorio, Olivia se arregló como si no hubiese un mañana. Nerviosa como una niña, le temblaba el pulso y hasta hubo un momento en el que tuvo que sentarse y respirar para poder tranquilizarse. Tenía que poner en claro en su cabeza todo lo que quería contarle. Si era verdad lo que le había dicho, hasta ese día desconocía que la pequeña Julia era su hija, debió ser un impacto para él enterarse del modo en el que lo hizo. Era una mezcla de sentimientos, por un lado, se sentía como cuando lo esperaba aparecer montado a caballo al atardecer por el camino que llevaba hasta su casa y por otro, sentía incrementada la rabia y coraje que había acumulado durante años hacia su familia y sobre todo hacía ella. Olivia no dejó de pensar durante ese tiempo como hubiese sido

su vida juntos, si tan solo él la hubiese esperado tal y como ella lo hizo.

Sobre las siete y media de la tarde, su hermano ya estaba preparado. Él tampoco sabía bien como se sentía, Jaime siempre lo había apoyado en todo y aunque por nada del mundo deseaba volver al pueblo, sabía cuánto le dolía a su hermana su separación de la pequeña, si hacía todo aquello era solo por ella, él no tenía ningún otro motivo. Al verla bajar tan bonita, arreglada con aquellas carísimas ropas sonrió, que diferente eran sus vidas ahora.

Hermana estás impresionante, no te había visto ese vestido antes.

Me he querido poner bien guapa. ¡Que sepa el idiota ese lo que se ha perdido por no saber tener su "cosita" guardada cuando debió! —Luis dio una carcajada al escuchar a su hermana, le invitó a cogerse de su brazo, ambos salieron hasta la calle y juntos se dirigieron hacia el hotel donde, quizás, pudiese comenzar a terminarse su angustia.

Buenas noches, por favor, ¿puede avisar al señor Jaime Rivera? Se hospeda en la habitación 414, nos está esperando.

Un momento caballero —el conserje cogió una nota y la leyó.

Disculpe señora, ¿es usted Olivia Martín?

Sí, soy yo.

El señor Rivera nos ha llamado, ha dejado un recado, dijo que le informara que se retrasaría un poco de su reunión.

Bien, lo esperaremos en la cafetería.

Él dijo que lo esperara en su suite —el conserje le ofreció las llaves de la habitación.

Luis sonrió y en voz baja le dijo a su hermana:

¡Genio y figura! Quería asegurarse que no te escaparías "viva". Cógelas, ya verás la sorpresa que le vamos a dar cuando nos vea a los dos.

Así lo hicieron, subieron a la majestuosa habitación del hotel. Luis se sentó a esperarlo en el saloncito, disfrutando de uno de los mejores whiskies que había probado nunca. En cambio, Olivia andaba de un lado a otro midiendo cada paso del cuarto. No podía estarse quieta, entró en su dormitorio abrió el armario y contempló su ropa. No pudo remediarlo, cogió una de sus chaquetas, la olió y acarició la manga como si su propietario estuviese dentro. En verdad se moría por volver a verlo.

Solo les dio tiempo escuchar el sonido de la llave cuando Jaime entró en la habitación como si de un huracán se tratase.

¡¿Olivia, estás aquí?! —Ella salió del dormitorio a la misma velocidad.

Sí, el conserje nos dijo que subiésemos.

Jaime llegó hasta ella y la abrazó con todas sus fuerzas, ni siquiera se dio cuenta que había alguien más en aquella habitación.

Dios mío, pensé que jamás volvería a tenerte así — por unos segundo ella olvidó todo, las palabras que tan medidas llevaba en su cerebro, el rencor guardado y sobre todo la distancia que desde un primer momento pensó mantener. Si la voz de Luis no hubiese resonado en la habitación haciéndoles volver a la cordura, nada los hubiese retenido de amarse en ese mismo instante.

¡Hermano ¿y a mí no te alegras de verme?!

Aturdido por el momento Jaime buscó la voz que le hablaba y al ver a su hermano, lo abrazó sin soltar a Olivia.

No podéis imaginaros las veces que le he rezado a Dios para que estuvieseis bien— Olivia se hizo a un lado, para dejar a los hermanos reencontrarse de nuevo.

Jaime ¿y padre cómo está?

Lo siento Luis, él murió hace un año, pero siempre te tuvo presente en sus pensamientos —ellos volvieron a abrazarse, entonces Jaime quiso saber que había sido de ellos durante todo ese tiempo—: Por favor tomar asiento, necesito saber todo lo que ha ocurrido en vuestras vidas durante todo este tiempo.

Luis comenzó a contarle lo sucedido aquella fatídica noche en las que sus vidas cambiaron por completo. Olivia guardaba silencio. Jaime intentaba atender a todas las explicaciones que su hermano le daba, pero no podía concentrarse, en su mente solo rondaba la idea de tenerla entre sus brazos de nuevo, pero ella se había sentado lo bastante lejos como para guardar la distancia.

—…Bien Luis, creo que comprendo todo lo que me dices.

Ahora es tú turno Olivia,

¿por qué me ha estado engañando mi madre con respecto a lo de la niña?

¿Por qué iba a ser? Porque tu madre es una bruja, una hija de mala madre que nos

ha hecho la vida imposible siempre que ha podido…

¡Olivia, por favor, hablas de mi madre!

Y me quedo corta. Ha jurado ante un juez que la niña es fruto de tu matrimonio, para que yo no pueda recuperarla. Me hizo que la dejara con ella, porque amenazó con denunciarme si no me iba del pueblo con mi hermano. Te han estado buscando para tomarte declaración, pero mi marido nos dijo esta mañana que tenía a las autoridades a su servicio y en cuanto intentase ir a ver a mi abuela, que está muy enferma, daría orden de arresto.

Jaime no escuchó una sola palabra más, “mi marido” resonó dentro de su cabeza

como una campanada.

¿Tú marido?

Sí, te lo dije esta mañana, me casé hace un año con el Doctor Candaus.

Jaime exhaló aire desde el fondo de sus pulmones, como si su último aliento de vida se le fuese en ese mismo momento.

No, no lo escuché. Me aturdí tanto al verte que apenas comprendí nada de lo que dijiste.

Por favor dadme unos días, no volveré a Francia hasta que no hable con mi madre y todo esto quede solucionado, voy a llamar a mis abogados para que se pongan al día con tu caso Luis, también para que comiencen a tomar contacto con los abogados de tu marido para hacer mi declaración.

Olivia y Luis se pusieron de pie para salir de la habitación, dando así por concluida aquella improvisada reunión. Pero Jaime la cogió del brazo deteniéndola.

Por favor quédate un momento —miró a su hermano y le dijo—: ¿Te importaría dejarnos a solas? Necesito hablar con ella.

Luis miró a su hermana, ella asintió para que le hiciese caso. Los dos hombres se abrazaron a modo de despedida, pero antes de separarse Luis le dijo a su hermano al oído:

Por favor, déjala ir, ella tiene ahora la vida que jamás podría tener contigo. Jaime no dijo nada, simplemente lo miró mientras salía.

Al quedarse a solas, Olivia intentó mantener su orgullo, lo miró y le preguntó:

¿Qué quieres decirme a solas? ¿Tan importante es que él no podía escucharlo?

Jaime no lo pensó, ni le contestó, solo la abrazó con todas sus fuerzas fundiéndose en un beso profundo, lleno de todo ese amor que había estado guardando solo para ella.

Quédate mi vida, quédate conmigo esta noche. No sé cómo he podido seguir viviendo sin ti.

Y de nuevo no existió, ni importó nada más en este mundo que sus besos y sus caricias. Solo estaban vivos cuando eran el uno del otro.

Frente al ascensor, sentado en uno de los sillones del hall, la impaciencia mortificaba a Luis durante aquellas más de dos horas. Cuando vio abrirse la puerta del ascensor y a Olivia aparecer en ella, se levantó y fue a su encuentro.

¡Te has vuelto loca ¿verdad?! ¡Habéis vuelto a estar juntos, no me lo niegues!

Cállate, hermano, bastante avergonzada estoy.

Pues no lo pareces por tu cara de felicidad. ¿Cómo crees que me siento yo? ¿Qué le voy a decir a tu marido cuándo me pregunte dónde hemos estado? ¡Dime, ¿qué le digo?, qué te estuve esperando mientras terminabas de follar!

¡Luis por favor, te va a escuchar todo el mundo!

¡Pues eso debías habértelo pensado antes de acostarte de nuevo con él! ¡Tienes a tu lado al mejor hombre que existe, ha sido capaz de poner el mundo a tus pies y no te ha bastado más que pasar media hora en la compañía del otro para olvidarlo todo!

¡No me importa, te lo juro Luis! ¡No me importa nada de lo que me pueda ofrecer Albert! ¡Jaime me ha prometido que va a arreglarlo todo, que podremos volver y que recuperaré a mi niña y a él!

¿De verdad te estás escuchando? ¿Dejarías tu marido, tú fabrica, todo lo que has conseguido con tanto trabajo y lo más importante, tu propia autoestima por volver a ser la "puta" del señorito del pueblo, exactamente igual que lo fue nuestra madre?

Olivia abofeteó a su hermano en la cara. Arrepintiéndose un segundo después. Luis cogió su sombrero:

Yo me voy, explícale tú a tu marido de donde vuelves a estas horas — Con los ojos llenos de lágrimas, sintiéndose cómplice de una horrible injusticia, salió del hotel directo hacia la calle, dejando a su hermana sola.

Ella sabía que no había hecho bien, pero lo que sentía por él era algo superior, por mucho que se resistiera, su voluntad seguía siendo solo de él.

Ya era casi media noche cuando Olivia llegó a su casa, su esposo estaba esperándola intranquilo, sabía lo mal que se encontraba por las noticias que le habían llegado esa misma mañana. En cuanto escuchó la puerta salió a su encuentro.

Mi vida, estaba tan preocupado por ti. La criada me dijo que te vio salir con tu hermano, pero que no sabía dónde os dirigíais.

Siéntate, Jaime, tenemos que hablar —el buen doctor la miró extrañado y ambos se sentaron frente a frente— Esta mañana salí a despejarme, y te juro, que sin esperarlo me encontré con Jaime, él iba con prisa y no pudimos hablar en ese momento.

Espera, ¿Jaime? ¿El padre de tu hija? ¡Si los abogados dijeron que estaba viviendo en Francia!

Sí, pero por lo visto está en Madrid por viaje de negocios. Pude quedar con él para vernos esta tarde, por eso Luis me acompañó a esa cita.

¡¿Pero cómo no me dijiste nada?! ¡Habría ido con vosotros y le hubiese explicado de primera mano cómo está toda la situación!

Ya lo hicimos nosotros, nos dijo que enseguida se pondría en contacto con tus abogados para aclararlo todo, Luis le dio toda la información que necesitaba.

¡Pero eso es fantástico! Quizás pronto esta pesadilla terminará y podremos traernos a tu pequeña con nosotros.

Albert yo…—Olivia agachó la mirada, se sentía avergonzada. Su hermano tenía razón, lo iba a dejar todo para lanzarse de nuevo al vacío.

Dime cariño, hay algo más ¿verdad? Ella asintió con la cabeza.

No te lo voy a ocultar. Sigo enamorada de él. Con los ojos llenos de amor su esposo le contestó:

Bueno, eso siempre lo he sabido. Pero los dos tenéis ahora vidas muy diferentes y…

Albert, escúchame por favor. Él me ha dicho, que en cuanto pueda solucionar todos los problemas, quiere que volvamos a estar juntos.

¿Y tú qué es lo que quieres? —ella lo miró, respondiendo con sus ojos a la pregunta que su esposo acababa de formularle. Él se levantó sin poder sostenerle la mirada, le dio la espalda— ¡Uff! Olivia, esa respuesta sí que no me la esperaba.

Ella se levantó y lo abrazó con ternura.

Albert, te estoy tan agradecida, no puedes llegar a imaginar cuánto. Pero a él lo amo con todo mi corazón, pese a todo lo que ha hecho —el buen doctor intentó interrumpirla, pero ella no lo dejó—. Por favor no lo digas, yo también estoy segura de que a su lado voy a ser una desgraciada. Aunque no puedo remediarlo, deseo pasar mi vida con él, sé que eso va a conllevar volver a soportar los malos tratos de su familia, pero no me importa pasar por todas las penalidades del mundo otra vez, estoy dispuesta a dejarlo todo sin pensarlo por poder estar con mi niña y con él para siempre.

Él se volvió y la cogió por los hombros.

—Escúchame, Oliva ¡No lo voy a permitir! Te juro que si supiese que esa es tu felicidad me quitaría del medio, yo mismo te dejaría el camino libre para que estuvieses con él. Pero no pienso permitir que eches tu vida a perder, tienes un futuro maravilloso, un talento increíble ¿quieres cambiarlo todo para volver a ser la pobre desgraciada que solo estaba a su servicio?

—No puedo remediarlo, es tanto lo que siento por ese hombre, que estoy dispuesta a jugármelo todo a una carta.

Albert la soltó con desprecio. No podía creer que la mujer por la que hubiese dado su vida lo estaba abandonando para destrozar la suya.

*****

…Así que no siga dándoselas tan de señora. Su madre en cuanto tuvo la primera oportunidad se comportó como una cualquiera, ya estaba casada y se fue acostando con el primero que se le puso a tiro.

Apenas parpadeé durante los momentos en que mi madre me contó todo aquello, aspiré con dificultad por los sollozos que se amontonaban en mi garganta y cuando pude responder le dije:

Mamá, te juro que te desconozco, nunca creí que pensaras de esa forma —me levanté de la mesa dejándola sola. Había querido dañar la imagen de Olivia y lo único que había

hecho era confirmarme cuanto se querían ella y Jaime, pero aun así la incógnita seguía rodando en mi cabeza, ¿por qué no se llevarían a su pequeña con ellos? Estaba segura de que algo o alguien se lo impidieron de nuevo.

Quise hacer un borrado mental de todo lo sucedido, la información se agolpaba en mi mente y cuando pasara todo el jaleo de la fiesta tenía que sentarme y aclararlo. A pesar de haber empezado tal mal, ese día era para disfrutarlo, veía a mi abuela radiante, hacerla feliz era mi prioridad.

La recepción comenzó desde bien temprano, esperábamos a los amigos más cercanos a partir de las doce de la mañana, aunque el grueso de los invitados llegaría a partir de las seis de la tarde. Ella no había escatimado en gastos, incluso mi abuelo nos dio la sorpresa de llamarla y felicitarla, no quiso reconocerlo, pero sé que en el fondo le gustó mucho que lo hiciese, también era increíble ver al tío Luis tan feliz como un niño pequeño, constantemente buscaba mi mano y me besaba, diciéndome cuanto me quería. Supongo que en su enajenación seguía pensando que yo era su hermana Olivia.

La fiesta estaba siendo un éxito, intenté ignorar a mi madre durante un buen rato, pero, aunque no llegó a disculparse, ella sabía que no había estado bien hacer quedar mal a mi abuela, así que sus constantes muestras de atención conmigo hicieron que sin palabras la perdonase. Todo el día estuvo lleno de detalles, incluso después de comer se habían extendido unas alfombras y cojines sobre el césped bajo unos finos toldos de gasa, para que antes de seguir con la celebración, nuestros amigos pudiesen descansar bajo aquel suave sol de primavera.

Noté que el cansancio estaba haciendo mella en mi abuela, así de decidí acompañarla hasta su habitación para que se acostara un rato en la cama.

Olivia cariño, ¿quieres quedarte un poquito aquí conmigo y así también descansas un poco? —sonreí asintiendo, desde muy pequeña nuestras siestas de verano habían sido siempre así, las dos juntas. Me tumbé a su lado, ella me dio un beso en la frente, y con la voz casi dormida me preguntó—: Dime ¿qué está “corriendo” por esa cabecita tuya, que no te está dejando disfrutar plenamente este día?

No quería decirle lo que mi madre me había contado. Simplemente

me acurruqué a su lado.

Nada, no me pasa nada.

¿No será que pensabas que tu nuevo amigo se pasaría por aquí o te llamaría?

¿Ese idiota? Mejor que ni lo intente o lo echaré a patadas.

Olivia.

Ni Olivia, ni leches. ¿Puedes creerte que no se ha molestado en llamar una sola vez más?

Quizás no es tan tonto como el resto de su familia y comprendió lo que querías decir cuando no le cogiste las seis llamadas primeras que te hizo.

Noté el tono de ironía con la que me hablaba y del mismo modo le contesté:

Eres muy graciosa abuela. ¡Pero qué muy graciosa!

Sin darme cuenta, la que se quedó dormida en un segundo fui yo, y a diferencia que, en otras ocasiones, no tuve pesadillas, muy al contrario. Se ve que tener mi último pensamiento en él, hizo que volara hasta aquella noche en su casa, en sus brazos, en sus labios… Me desperté acalorada y hasta avergonzada, miré a mi abuela, que afortunadamente estaba dormida. ¡Dios Santo, espero no haber hablado en sueños! Me levanté con cuidado de no despertarla. Decidí darme una ducha rápida y cambiarme de ropa, elegí lo que pensé sería más apropiado para la tarde, un precioso vestido de coctel con un ceñido cuerpo negro y una amplia falda de capa blanca. También me hice un moño alto, muy a lo *"Audrey Hepburn"* Aunque esté feo que yo lo diga, ¡me quedaba genial!

Bajé al jardín, mis padres, junto a la ayuda inestimable de Carmina, que no dejaba nada al aire, se habían hecho con el control de la fiesta y se comenzaba a servir el café, acompañados de unas tartas de cuñas de chocolate, que eran muy típicas de la zona y estaban haciendo las delicias de todos los invitados.

Me mezclé entre la gente, hasta que vi a mi padre hablando de forma muy cordial con un caballero al que no había visto en la fiesta hasta ese momento, al verme llamó mi atención con un gesto de su cabeza.

Cariño ven, quiero presentarte a Míster Hamilton ¿recuerdas?, os comenté a la abuela y a ti que vendrían estos amigos.

Sí, es verdad. Encantada de conocerlo, soy Livi Candaus.

Aquel apuesto hombre me saludó con una más que blanqueada sonrisa. Tendría unos cincuenta años y un marcado acento americano, pero hablaba perfectamente el castellano.

Enrique, usted me habló maravillas de su hija, pero no me dijo que además era tan hermosa.

Es usted un adulador Míster Hamilton, mi padre no le diría nada, no porque no me guste que me digan piropos, se lo aseguro, sino porque él me conoce bien y sabe que la galantería que más me gusta es que reconozcan mis méritos.

No se equivocaba amigo, como usted dijo "es muy inteligente". Seguro que podremos hacer grandes negocios juntos —miré a mi padre, que lo observaba sonriendo. No era muy dado a reconocer mis éxitos, supongo que lo habría defraudado de lo lindo en el pasado, me agradó mucho saber que pensaba de ese modo sobre mí. El Señor Hamilton miró hacia la entrada del jardín y llamó nuestra atención de nuevo— ¡Oh bien, por fin llega mi esposa y mi hijo! Permítame presentárselos, yo también presumo de amor de padre, mi hijo es hoy por hoy la cabeza visible de todos mis negocios— haciendo una pequeña señal con su cabeza, llamó la atención de su familia, y ellos se acercaron hasta nosotros—. Carla, Jean, esta preciosa señorita es Livi, la hija de Míster Arranz.

Sonreí educadamente mientras saludaba a su familia. Mi madre podría ser muchas cosas, pero en su gusto por los hombres debía aplaudirla, no se equivocaba un ápice. Jean parecía más un actor de cine, que un ciudadano de a pie, concretamente tenía un parecido bestial con *Matt Bomer,* me hubiese encantado que mi amiga Paquita hubiese estado allí, era su fan más indiscutible y seguro que se le habría "arrimado" más que un "velcro".

Ella no, porque no estaba allí, pero el que se pegó a mí durante toda la noche fue el tal Jean, es verdad que de un tiempo a esta parte sentía un rechazo bestial sobre los hombres que yo no elegía para estar con ellos, por eso, pasado un rato, estaba empezando a verlo hasta feo por lo pesado que me estaba resultando, no podía dar un paso sin encontrarlo detrás de mí. Hasta que ya por fin sobre las ocho de la tarde logré darle esquinazo, dejándolo enfrascado en una conversación con mi hermano sobre que futbol era más interesante, el americano o el inglés. Intenté alejarme un poco de la gente buscando algo de calma, estaba sumida en mis propios pensamientos, mientras retocaba mi pelo mirándome en el reflejo de un cristal, cuando escuché la voz que más había añorado sentir durante todo ese día.

No te mires más. No cabe duda, eres la más bonita de toda la fiesta.

Mi corazón dio una voltereta doble, cayendo de rodillas y con los

brazos extendidos al escuchar su voz, e inmediatamente intenté que mi rostro no reflejase la alegría que me produjo que él estuviese allí.

Jorge ¿qué estás haciendo aquí? Él me dio un beso en los labios a modo de saludo,

¡me quedé perpleja! por nada del mundo me esperaba algo así.

Tú me invitaste preciosa. ¿No recuerdas? hicimos un trato: Yo venía a la fiesta y tú me acompañabas a la montaña.

¡Pues me parece que la otra noche dejé bien claro que nada seguía adelante! ¡El trato se rompió en el mismo momento en que me di cuenta de que lo único que te interesaba de mí, eran las tierras de mi tío!

¿Por eso te marchaste de ese modo? ¿Tan insegura eres, qué no puedes pensar que me gustabas a rabiar y estaba tan nervioso que saqué el primer tema que me vino a la cabeza para impedir lanzarme encima de ti?

Yo…yo —menos mal que mi abuela nos interrumpió, porque no sabía por dónde salir.

Por la descripción que me dio mi nieta, usted debe ser el guapísimo, altísimo e inteligentísimo, Don Jorge Rivera.

¡Abuela, por favor! — ¡Qué bochorno! Si pretendía hacerme la interesante en algún momento, ella lo había echado por tierra. Menos mal que Jorge se echó a reír al escucharla y extendió su mano para saludarla.

Sí, creo que su nieta le habló de mí. Muchas felicidades Julia, le he traído un detalle, creo que le gustará —él le mostró una cajita, que ella cogió, agradeciéndoselo con una sonrisa.

¡Queréis dejarlo ya! Jorge, haz el favor de irte, gracias por haber venido y por el regalo, pero no pienso acompañarte a ningún lado, ya puedes largarte.

Querida, no seas tan mal educada con mi invitado, fui yo quien le dijo que se pasase por aquí para poder conocerlo.

¿Tú? ¿Cuándo abuela?

Este muchacho, además de todos los adjetivos anteriores, es también bastante testarudo, anteanoche iba a apagar tu teléfono. Acláreme, Jorge, ¿a su sesta o séptima llamada?

Quizás fuese a la séptima.

Sí es verdad, a la séptima. Pues como te iba diciendo, cogí aquel dichoso teléfono para poder dormir, charlamos durante un rato y aunque no te lo creas, me convenció que él no estaba interesado en nada más que en ti.

Así es señorita y tenga por seguro que si su abuela no me hubiese pedido que le diese este tiempo para que pudieses calmarte, hubiese seguido llamándote o me hubiese presentado aquí al instante.

Me quedé muerta, parecía un plan bastante urdido entre los dos. ¿Qué hacía ahora? Había sabido “camelarse” a mi abuela de lo lindo y la verdad era que durante ese tiempo que me habían dado, yo había pensado mucho sobre lo sucedido y no quería que volviese a marcharse. No pude nada más que sonreírles, dando así por finalizado mi enfado. Jorge me cogió por la cintura y me dio un beso en la mejilla, bajo la mirada de ella que no dejaba de sonreír ante la escena

vivida. Pero quise salvaguardar un poco mi orgullo y poniéndome seria quise ponerle las cosas un poco difícil.

¡No, no te alegres tanto, ahora vas a tener que conocer a mis padres y ese si va a ser un castigo a la altura de lo que hiciste! —Me pegó más aún a su cuerpo y casi rozando mis labios me contestó:

No me importa pasar por cualquier castigo, prueba o sentencia que quieras imponerme. Ninguno será peor que pensar que ya no querías volver a verme.

¡Que idiota eres!

Sonrió y esta vez sí me besó en los labios, solo el carraspeo de mi abuela, intentando poner un poco de cordura al momento nos hizo separar nuestras bocas, eso sí, sin poder dejar de sonreírnos como dos bobos.

Mis padres, afortunadamente, no le complicaron mucho las cosas, saludaron, sin volverse locos, sonrieron, cortésmente, y disimuladamente mi madre me apartó unos minutos para poder hacerme un millón de preguntas sobre él. Todo bien, incluso a ella pareció gustarle, hasta que me di cuentas que el que hablaba, subiendo bastante su tono de voz, era mi hermano.

Perdona mamá, ceo que Javi está metiendo la pata justo en este momento —mi madre siguió mi mirada y juntas nos acercamos a ver que estaba sucediendo.

Veo que ya conoces a mi hermano.

Sí, acaba de presentarse reclamándome algo sobre una herencia. Quise poner un toque de humor, pero la cosa pintaba bastante difícil.

Te dije que tenía que torturarte de alguna manera y seguramente mi hermano es la mejor arma de destrucción masiva que se puede utilizar para eso— antes de que Javi pudiese contestar, mi madre se disculpó cortésmente y casi arrastrándolo se lo llevó poniendo la excusa de presentarle a alguien—. Por favor no le hagas ningún caso, creo que ha bebido más de la cuenta y no dice más que tonterías.

No te preocupes, me siento tan feliz al ver que lo de la otra noche quedó en nada que no me importa lo que diga tu hermano —sonreí al escucharlo, me encantaba como me miraba, sus ojos parecían tan sinceros, se acercó un poco más a mí, estaba loca porque volviese a besarme, pero el mal acento español de Jean nos hizo detenernos de nuevo.

Livi, su padre me ha pedido que le diga, si puede acompañarnos un momento al salón para discutir uno de los puntos del contrato para nuestro próximo acuerdo.

¿Ahora? — lo volví a mirar, pidiéndole una disculpa con los ojos.

Ve. Sé que estás muy ocupada con tus invitados. Pero por favor dime que sí vendrás mañana a Granada, quiero pasar tiempo contigo, me muero por conocerte mejor— guardé silencio durante un momento pensando mi respuesta. Él cogió mi mano, acariciándola con su dedo— ¡Venga, dime que sí!

Me encantó la expresión de su cara y ese detalle tan tierno, parecía un niño rogando por un capricho.

De acuerdo, ¿a qué hora nos vemos?

Su cara cambió, sin poder ocultar su sonrisa.

¿A las ocho está bien?

De acuerdo, hasta las ocho —me dio un beso, sin importarle que Jean o que todos los invitados pudiesen vernos. Hubiese dado cualquier cosa porque ya fuese el día siguiente y poder volver a estar con él.

¡Ahora venga, ve y gana mucho dinero, nos va a hacer falta para poder gastarlo juntos! Yo me marcho, antes que tu hermano vuelva a reclamarme algo más —antes de marcharse, se volvió un momento y me dijo—: Por favor, cuando tu abuela abra mi regalo, ten cerca la foto que te di en la que ella está con sus padres. Os vais a llevar una sorpresa.

No tenías que haber comprado nada, pero gracias.

Ya verás, es tan especial como vosotras.

La noche terminó de la mejor manera, me hubiese gustado mucho que él se hubiese quedado, pero creo, que, aunque lo disimuló, mi hermano lo había incomodado y mucho. Y lo mejor de todo fue sentir que mi abuela estaba feliz, se quedó con nosotros hasta bien tarde y ya cuando todos los invitados se fueron, mis padres y yo nos quedamos un momento a solas antes de irnos a dormir.

Papá, ese contrato con los Hamilton puede ser genial, pero no entendí demasiado bien porqué su hijo vendría a trabajar con nosotros.

Mi padre dio un sorbo a su copa y me contestó:

El acuerdo implica la compra de alguna de nuestras acciones, y a cambio nosotros tendremos la misma cantidad de las de su empresa, antes de la firma del contrato, él estará una temporada con nosotros para hacer una auditoria y ¿qué te parecería ir tú a New York para hacer lo mismo en la suya?

¿Yo? ¿Yo iría una temporada a New York? ¡Oh, papá, sabes que mi sueño es volver allí, desde que hice mi master no he vuelto a pasármelo también!

¡Ya lo sé! ¿Crees que no recuerdo los extractos de tu tarjeta?

¿Cuándo me iría y durante cuánto tiempo?

No lo sé, todo eso depende de ti y de lo que tardases en organizarlo todo. ¿Te importaría acortar tus vacaciones un poco para dejar listo todo el papeleo en la oficina antes de irte?

Me abracé a él con todas mis fuerzas.

¡Claro que no! ¡Oh, papá, te quiero, te quiero, te quiero! ¡Eres el mejor padre del mundo!

Él se echó a reír, a la par que yo no podía dejar de abrazarlo y besarlo.

—Me voy a la cama, no os lo he dicho, pero mañana voy a la montaña a pasar el fin de semana, cuando vuelva me encargaré de

todo.

*****

En cuanto me marché mis padres se quedaron solos. Mi madre le preguntó algo extrañada:

Pensé que Javier sería quién iría a ese viaje.

Lo sé, pero me ha llamado mi abogado, están revisando el caso de ese malnacido y quizás salga con un permiso en breve. No quiero que ella esté por aquí, te juro que, si lo veo cerca de Livi, yo mismo lo mataré con mis propias manos.

*****

Me desperté temprano, preparé mi maleta pequeña, guardé solo alguna de mis cosas personales y poco más, por mucha montaña que fuésemos, era abril y no pensé que haría mucho frío, así que también cogí un precioso camisón que llevé por si "surgía" alguna ocasión adecuada. Me acerqué al dormitorio de mi abuela para darle un beso, cuando entré estaba sentada en su sillón mirando por la ventana.

Buenos días.

Buenos días, cariño, ¿qué haces levantada tan pronto?

Al final decidí ir a ese viaje con Jorge —ella sonrió al escucharme—. Abuela, llevo toda la noche pensando en lo que él te regaló ¿qué era?

Está en esa caja, la que está sobre la mesita— me acerqué y la abrí.

¡Es un broche precioso!

Parece antiguo y muy valioso.

Recordé las palabras de Jorge cuando me dijo "que tuviese cerca la foto de mi abuela"

¿Y la foto que te enmarqué?

Está sobre la cómoda.

Cogí la foto y la miré detenidamente.

¡Abuela, mira, fíjate bien! —Le enseñé la foto.

Pásame las gafas por favor —la miró detenidamente, pero levantó sus ojos y me preguntó—: Cariño ¿qué quieres que mire?

El broche que lleva tu madre en la fotografía, míralo bien.

¡Oh, Dios mío! Es como el que me ha regalado Jorge.

Me dijo que era muy especial, pero nunca pensé que tanto.

Ella apretó la foto sobre su pecho y volvió a mirar por la ventana.

¿Qué te sucede abuela? Ya ha pasado todo, ¿me lo contarás ahora?

Olivia, no me ocurre nada. Pero siento que la vida pasa y no consigo saber que fue de

ellos.

¿De tus padres?

Sí, es mi asignatura pendiente. He hecho y he tenido todo lo que he querido en la vida, pero me ha faltado saber porque fueron tan egoístas conmigo.

Yo he pensado lo mismo, pero cada vez estoy más segura que alguien se lo impidió. La madre de Jaime hizo todo lo que pudo para separarlos y si no pudo lograrlo con ellos lo hizo contigo porque sabía cuánto te querían.

Quizás tengas razón, aún recuerdo con toda claridad los días que pasamos juntas…

*****

Madrid, Abril 1949

Señora Candaus, tiene usted una llamada por la línea dos.
¿Quién es Sofía?
El señor Jaime Rivera.
¡Por favor, pásame la llamada enseguida!

- Olivia ¿puedes hablar?
- Sí, mi vida. Estoy sola en el laboratorio. Dime, ¿has podido arreglar algo?
- Como te dije la última vez que hablamos, hice la declaración que me pidieron, pero aún no he recibido contestación. En esta ocasión te llamaba por el caso de tu hermano. Mi abogado me acaba de decir que el juez quiere tomarle declaración, han citado a varias de las personas que estuvieron allí aquella noche y por lo visto han testificado a favor de él, dicen que alguien lo hirió nada más entrar y que él no pudo hacer nada para defenderse. Mi vida, la pesadilla está llegando a su fin. Te juro que mi madre no se inmiscuirá en nada más.
- No puedo creerlo ¿y la niña, estás con ella?
- Hace tres días que he tenido que volver a Francia, pero está tan bonita como tú. A pesar de todo, mi madre la está cuidando bien. ¿Recibiste las fotos que te envié de ella?
- Sí, está preciosa.

Es que en estos días en la finca aproveché para hacerle todas las fotos que pude.

Cambiando de tema, Olivia, ¿hablaste de todo esto con tu marido?

Sí. Al principio, como es lógico, no se lo tomó demasiado bien, pero poco a poco está aceptando la situación.

Escúchame, tengo que irme, en cuanto os llamen para la declaración de tu hermano avísame al teléfono que te dejé, entonces nos veremos en Sevilla y todo esto habrá terminado por fin.

Me muero por que llegue ese día.

Te amo mi vida. Y yo a ti, mi amor.

Olivia colgó el teléfono feliz, pero en su interior se sentía terriblemente culpable por el daño tan profundo que le estaba produciendo a su esposo con la decisión que había tomado de abandonarlo todo.

CAPÍTULO 7

Y tal como le anunció Jaime, en pocas semanas Olivia y Luis se pusieron en camino para volver a su hogar al volante de su flamante *Buick Roadmaster* y sus mejores joyas. No sin dejar el corazón de su esposo totalmente destrozado y sin saber realmente cómo irían sus vidas a partir de ese momento, pero llena de toda la ilusión del mundo.

Estás muy callado hermano.

¿Qué quieres que diga? Te he repetido, hasta la saciedad, que te estás equivocando y no quieres escucharme, así que he decidido no volver a abrir la boca.

Ya verás cómo no.

¿Cómo puedes decir que no? Si ni siquiera has intentado recuperar las patentes de las fórmulas.

Porqué ni eso nos hace falta, yo las tengo en la cabeza y en este libro donde he ido apuntando todas las mejoras que les vamos a hacer. Tengo pensado crear un enorme invernadero en casa, con el aroma de nuestras flores no habrá modo que nadie iguale nuestras cremas y perfumes. Estoy segura, empezar de nuevo es lo mejor que podemos hacer. No te parece increíble no tener que ocultarte nunca más. Además, son los últimos días de nuestra abuela, le hacemos más falta que nunca, y lo mejor de todo es que yo recuperaré a mi pequeña y a…

A él ¿no es así? Por más rodeos que des, todo esto no es nada más que por él. Sigues estando segura de que será capaz de dejar su mujer, su posición, todo por ti ¿no es así?

Yo acabo de hacerlo ¿por qué no lo haría él?

¡Porque si lo pensara realmente, ya lo hubiese hecho!

No vuelvas con lo mismo. Sabes que me ha dicho que no ha podido porque su hijo vuelve a estar enfermo. Compréndelo, no puede dejar sola a su mujer en ese trance, no saben si el pequeño saldrá adelante.

¿Cómo puedes ser tan tonta? ¿No ves que es una excusa tras otra?

Olivia cerró los ojos al escuchar a su hermano y con la voz resignada intentó detener la conversación.

Luis.

¡Ni Luis, ni nada! ¡No quieres darte cuenta! La historia se va a repetir, él no dejará nunca a su familia por ti, va a ocurrir exactamente lo mismo que con…

No vuelvas a mencionar a mamá, aquello fue diferente. Luis rebajó el tono de su voz y se recostó en el sillón.

Eso es lo que tú quieres creer. Vamos a darle tiempo al tiempo. Pero prométeme que si no me equivoco volveremos a retomar nuestra vida donde acabamos de dejarla.

Ella apoyó la cabeza en el hombro de su hermano que seguía conduciendo.

Te vas a equivocar, estoy segura. Todo va a ser maravilloso a partir de ahora, ya lo verás.

Entrando por la bifurcación del camino que los llevaba hacia su vieja casa, vieron una nube de polvo que envolvía el trote de un caballo. El corazón de Oliva saltó como lo hacía aquel potro.

¡Para Luis, detén el coche, es Jaime! —Jaime descabalgaba a la misma velocidad que ella corrió a su encuentro.

¡Estás aquí mi vida, estás aquí! —El joven la besó con todas sus fuerzas, ellos no podían dejar de sonreír, sus vidas habían vuelto al mismo punto de partida de hacía tantos años.

¿Y mi niña Jaime? ¿Dónde está mi pequeña?

Nos espera en mi casa, no sabía cuándo ibais a llegar. Le dije a Carmen que la tuviese preparada para recibirte. Vamos, sube al caballo, te espera impaciente.

Espera, ya que estamos aquí, quisiera ver a mi abuela.

De acuerdo, tienes razón. Vamos, te acompaño —los dos comenzaron a andar sin poder dejar de abrazarse y besarse. Luis se bajó del coche, apoyado en el capó contemplaba la escena. Jorge lo miró y ante su pasividad le preguntó—: Hermano ¿no me vas a saludar? —El muchacho sonrió y se acercó hasta él, fundiéndose ambos en un abrazo.

Al entrar en la casa, Olivia fue directa hacia el dormitorio de su abuela, pero Luis se quedó en la puerta, mirando su humildad. Había vivido algunos momentos felices allí, pero tantos desgraciados: La muerte de su madre, el hambre, las penalidades, el desprecio... Habían sido tantas las necesidades que habían sufrido entre esas cuatro paredes, que tuvo que cerrar los ojos para poder aguantar las lágrimas al recordarlo.

Jaime lo miró, pensando que se alegraba de estar de nuevo en su casa.

¿No entras a ver a tu abuela?

Jaime ¿por qué?

¿Porqué, qué Luis?

¿Por qué nos has hecho volver?

Creí que era lo que querías, volver a recuperar vuestras vidas.

Nosotros ya teníamos una, y era buena. Y no era como esta, llena de miserias, teníamos una vida plena, en la que no nos faltaba de nada.

A Olivia le faltaba su hija…le faltaba yo.

¡No Jaime, no le faltabas tú! Dime ¿qué puedes ofrecerle? Ella ha estudiado e incluso tiene una carrera, ha conseguido crear una gran empresa de la nada, es una mujer de éxito reconocido, tiene un hombre que la adora, que sería capaz de darlo todo por ella. ¡Jaime, dime ahora mismo que ella podrá vivir contigo, que podrá tener todo por lo que ha luchado en este mismo momento y no volveré a reprocharos nada!

¡Dímelo!

Tengo que ser sincero, en este momento no puedo darle nada. Ya lo hablé con ella y estuvo de acuerdo —Luis hizo la intención de salir de la casa, Pero Jaime lo cogió del brazo—. No es por simple capricho, por favor déjame que te explique: Mi hijo vuelve a estar ingresado en el hospital, no sabes cuántas penalidades lleva pasada mi mujer por culpa de su mala salud, yo no podría hacerle más daño en estos momentos pidiéndole ahora la separación, yo…

No sigas Jaime, era todo lo que necesitaba oír. No, peor que eso, era lo que estaba temiendo escuchar…

*****

¡Abuela, es terrible, te juro que cuanto más conozco de la relación de ellos dos, menos la entiendo!

Tampoco yo te lo podría explicar, no sé mucho más de lo que ocurrió. Supongo que una vez juntos, Jaime se lo pensaría mejor, porque apenas unos días después nos abandonaron a todos y se marcharon. Recuerdo como si fuese ayer mismo cuando ella llegó a la casa, la manera tan desesperada de llorar y de abrazarme. Mi abuela me tenía cogida de la mano, reteniéndome a su lado. Pero yo sabía que era mi madre y no me importó que me abrazase y besase de ese modo. Nadie había hecho nunca nada parecido conmigo.

¡Oh, abuela! —me dio una pena horrible ver el dolor que todos esos recuerdos le seguían produciendo y me abracé a ella.

Mira lo que he conseguido hija, ponerte triste con mis tonterías. Tú que entrabas tan contenta para despedirte —escuchamos el claxon del coche de Jorge—. Ya está ahí ese chico tan guapo, ve, te está esperando, y dale recuerdos de mi parte. Olivia, pásatelo bien, pero por favor, ten mucho cuidado —le di un beso lleno de amor y me despedí de ella.

*****

Buenos días, preciosa.

Me encantaba que me llamase de ese modo. Jorge estaba esperándome de pie, fuera del coche, y volvió a parecerme el hombre más guapo que había visto nunca. Él cogió mi maleta y me besó con dulzura en los labios.

Buenos días, de parte mía y de mi abuela. No sé qué le has hecho, pero la tienes totalmente conquistada.

¿Espero que tanto como a ti?

Creo que a ella un poquito más, incluso —Jorge sonrió y metió mi maleta en el coche.

Vámonos, tengo solo dos días para hacer de este fin de semana el más impresionante que hayas vivido nunca.

Lo vas a tener difícil, uno de mis amigos me llevó en una ocasión a las islas *Fiji*, sin contar aquel que…—me silenció con otro beso.

Lo de menos es el sitio, sino con quién estés y tengo que convencerte que tú eres lo único que he querido tener desde un segundo después de conocerte.

¿Sabes? Cuando quieres eres un encanto.

Siempre, preciosa, a tu lado siempre quiero parecer un encanto.

Solo llevábamos unos metros conduciendo, cuando recordé el regalo que le había dado a mi abuela.

¡Jorge, me pareció impresionante que mandases hacer un broche como el de la madre de mi abuela, a ella le encantó!

No lo mandé hacer, es el original.

¡No me lo puedo creer!

Más increíble te va a parecer como llegó a mis manos. Lo encontré en el suelo del establo, entre unas maderas, en el mismo que Jaime tenía guardadas las fotos. Solo lo mandé a limpiar y a reparar el enganche que estaba roto. Lo reconocí nada más verlo

pero pensé que era algo que debía tener tu abuela. Me impresionó ver que Olivia llevara una joya de tanto valor como aquella.

Cuando ella y Luis volvieron aquí, sus vidas habían cambiado mucho, ya no eran los muertos de hambre que un día fueron. Olivia se casó con un médico e incluso estudió, juntos sacaron adelante el laboratorio de cosméticos que hoy es nuestra empresa. Ella tenía una vida plena, pero lo dejó todo por volver con Jaime.

Es extraordinario todo lo que uno puede hacer por amor. ¿Tú has sentido algo así alguna vez? —cerré los ojos al escucharlo. Sí, me había enamorado de una manera tan profunda que todo el daño que ese mal hombre me hizo, lo exculpaba pensando que yo era la culpable, que él lo hacía porque me quería. Él insistió—: Dime ¿lo has hecho?

Sí Jorge. Me enamoré hasta volverme una persona irracional, y eso no volverá a sucederme nunca.

¿El qué, ser irracional en el amor?

No, volver a enamorarme.

Durante un buen rato guardó silencio, supongo que no acababa de ponérselo nada fácil, pero mejor así, las cosas claras desde el principio.

La voz de Pablo Alborán comenzó a sonar en la radio y él empezó a canturrear la canción. Me quedé mirándolo, lo hacía realmente bien.

¡Guau, cantas de maravilla! Él sonrió.

Que tontería, me defiendo.

Jorge, no quiero que me mal interpretes por lo que te dije antes.

Supongo que no te habrán ido bien las cosas en el amor y por eso estás tan reacia a volver a enamorarte. Es normal cuando se tiene una mala experiencia.

Yo también me sentí así durante algún tiempo, ¿hace mucho que lo dejasteis?

Ya hace mucho más de un año.

¿Ves? Estás todavía en proceso de recuperación. Tú dame tiempo.

Me reí al escucharlo. No se iba a dar por rendido. Bueno, tampoco me vendría mal un poco de ilusión en mi vida.

El viaje duraba unas tres horas y media, pero hasta muy después

de las seis no llegamos a la montaña. Hicimos parada en Sevilla capital (para desayunar), ni una hora de viaje y volvimos a parar para visitar y comer unas “tapitas” en el casino de Osuna, otra hora de viaje y estábamos en lo alto del mirador de Archidona, viendo el paisaje

más increíble del mundo, comimos a pies del pantano de Cubillas, (nunca pensé que tan cerca podían existir unos paisajes tan increíbles) y lo mejor de todo, entre risas y muchos besos, parecía estar tan necesitado de mí como yo comenzaba a estarlo de él. No veía el momento de llegar al apartamento para estar juntos.

Para mi sorpresa, cuando llegamos, aquello estaba lejos de ser un romántico fin de semana, la casa estaba llena a rebosar: Dos primos (que parecían más bien dos “armarios ropero”, tan altos y morenos como él, pero con unos cuerpos “machacados” de gimnasio), dos amigas, dos amigos que habían conocido las susodichas y tres o cuatro agregados más que no llegué a saber bien quienes eran.

¡Hola! ¡Ya estamos aquí!

¡Jorge, llegáis a tiempo, estamos preparando algo para merendar! ¿Os apuntáis verdad?

¡Claro Laura, siempre hay sitio para una de tus maravillosas meriendas! —le dijo Jorge a una pelirroja con una melena rizada impresionante, que se lanzó a sus brazos nada más verlo entrar—. ¡Primos, Laura, Susi, gente que no conozco, ella es Olivia Arranz! ¡Preciosa, ellos son mi gente!

¡Hola! —hice un saludo con la mano abarcando a todos, pero las chicas vinieron hasta mí y me saludaron con un par de besos, mientras los chicos saludaban, “*mu* en plan machote” a Jorge. Di un rápido vistazo a la casa y me pareció que allí no había sitio para tanto personal, pensé que con toda seguridad no iba a ver modo de estrenar mi precioso camisón aquella noche.

¡Olivia, ven a dejar en el dormitorio tu equipaje! —Susi, la otra chica que me presentó, era una rubita muy delgada y con expresión de niña buena. Me indicó, para que, en medio de aquel caos, dejase mis cosas en algún lugar seguro. La seguí y antes que continuase llamándome por mi nombre completo, quise aclararle como me gustaba que me dijesen:

Por favor llamarme Livi, a excepción de mi abuela y de Jorge todos me llaman así.

¡Ahh, perfecto, me gusta mucho más, Olivia suena como a señora mayor ¿verdad?!

Eso me parece a mí, pero Jorge se empeña en seguir llamándome de ese modo.

Pues como a él se le meta algo en la cabeza es difícil hacerle la contra.

A mí me lo vas a decir —dije recordando lo persistente que había sido conmigo desde el principio. Al entrar en el dormitorio terminé de desilusionarme, había un par de literas y mucha ropa por todas partes, nada para el plan romántico

que me había ido imaginando durante todo el viaje.

Pero de todos modos valió la pena, cuando salí ya habían empezado con las cervezas, y de ahí hasta bien pasadas las doce de la noche, que no paramos de comer en ningún momento. Es verdad que no lo tuve en exclusiva para mí, pero sus amigos eran geniales y él tampoco me dejaba sola en ningún momento. Después de una tanda de chistes de su primo Pedro, yo estaba sentada en su regazo, mientras él me abrazaba desde la espalda. Con su mejilla pegada a la mía, me preguntó:

¿Te lo estás pasando bien? Asentí.

Lo estoy pasando genial. Me dio un beso y prosiguió:

Seguro que no era lo que esperabas. Me reí con ganas.

Seguro que no, pero no me importa. Tus amigos son estupendos. Estoy pasando un día maravilloso.

Jorge me besó de nuevo y durante unos momentos nos quedamos mirándonos, como si no hubiese nadie más en aquel salón.

¡Venga, no es momento de arrumacos! ¡Toma Jorge, coge la guitarra y cántanos algo! —Me hice a un lado, mientras su primo Luis se la pasaba.

Dime cielo, ¿qué canción te gusta? Pensé un segundo.

Hay una que me encanta, no sé si sabrás tocarla a guitarra.

Dime.

One call away, ¿sabes cuál es?

Sonrió con esa dulzura que tenía en sus ojos y comenzó con los primeros acordes.

¡Dios, me encantaba esa canción, pero cantada por él me volvió loca! Cuando terminó todos aplaudían con todas sus ganas, mientras yo lo miraba prácticamente embobada.

¡Venga tío, muy bonito, pero ahora canta una rumbita! —Susi interrumpió a Pedro:

¡Empieza por la de *Rozzalen*! La que a mí me gusta.

Sí, la de “Las Hadas existen”.

Aquello ya fue el “despelote”, cantando, bailando. Realmente se alejaba cada vez

más de lo que había pensado que sería, pero lo pasé genial, y de verdad me hacía falta

algo parecido. Después de tantas reuniones, tanto intentar que todos viesen en mí la persona fuerte que realmente en ese momento

no me sentía, me pareció increíble ser yo misma de nuevo.

Sobre las dos de la mañana decidimos acostarnos, ellos habían estado toda la mañana esquiando y después de la tarde tan movidita que tuvimos, todos estábamos agotados.

Para dormir yo solo había traído mi camisón y aunque me lo puse, lo equilibré con una buena sudadera y unos calcetines bien gordos, porque después de un baño y recuperar la calma en la casa, la temperatura había bajado mucho y hacía realmente frio. Las chicas dormíamos en el único dormitorio y los chicos…donde a cada uno le pilló. Me tocó la litera de abajo o por lo menos yo me apropié de ella porque era la que menos cosas tenía encima.

No hacía ni diez minutos que todas las luces se habían apagado y ya estaba empezando a pillar el sueño cuando escuché la voz de Jorge.

¿Estás dormida?

No, ¿qué quieres? — ¡¿No pretendería acostarse conmigo con tanta gente alrededor nuestra?!

Ven conmigo.

Me intrigó que me hiciese levantar, pero así, con aquellas pintas y un frio de congelador, me levanté y lo seguí. Tuvimos que cruzar el salón para pasar, con cuidado de no pisar a ninguno de los que por allí dormían metidos en sus sacos. Cuando vi que abría la puerta de la calle con sumo cuidado, le pregunté sin poder aguantar la risa:

¡¿Pero se puede saber dónde vamos?!

¡Shhh, no hables tan fuerte! Como despertemos a alguno de estos se nos van a chafar todos los planes.

¡Planes ¿qué planes?! Que yo supiese en cuanto entré en el apartamento todos mis planes románticos se habían ido a hacer puñetas.

De todos modos, me cogió de la mano, cruzamos el pasillo y abrió la puerta del apartamento que estaba enfrente.

Totalmente en silencio, con la chimenea encendida, solo las suaves luces de las pistas de nieve entraban por la ventana y una botella de champan puesta a enfriar en una cubitera. Me volví hacia él y sonreí.

Ya me parecía a mí, que el plan que había visto para nada iba contigo —sonrió y acarició mi pelo.

No habría sido suficiente toda la nieve de las pistas para enfriarme mañana sino llego a pasar esta noche contigo.

De la mano me llevó hasta el sofá que estaba enfrente de la chimenea y nos sentamos.

Vamos a brindar por muchos días como éste ¿de acuerdo?

No quiero ser agorera, pero solo me puedo quedar un par de días, tengo que adel…—me silenció con un beso.

No quiero volver a escucharte decir que esto pronto tendrá un final ¿de acuerdo?

Y me dejé llevar por él, por sus besos y sus caricias. En ese mismo salón comenzamos con nuestro momento de amor. Sus manos eran inquietas, acariciaban mis muslos, intentando pedirme así permiso para seguir. Me quité la sudadera y me encantó ver su cara al mirar mi cuerpo a través del precioso camisón de seda y encaje que me envolvía.

Dios santo, eres tan bonita.

¿Por qué no vamos mejor al dormitorio? Espero que allí no haya más gente escondida.

Sonrió con dulzura.

No. En parte ayer me fui tan pronto de la fiesta para intentar alquilar este apartamento. Sabía lo que ocurriría en el otro, siempre que voy algún sitio con ellos pasa algo parecido.

Son un encanto, hacía tiempo que no me reía tanto. Pero esta parte del viaje tampoco me desagrada nada.

Se puso de pie, ofreciéndome su mano para que yo lo hiciese también, me incorporé y lo acompañé al dormitorio. Había pensado en todos los detalles, la cama abierta, flores sobre la mesita, la canción de *Jess Glynne, "Take me home"* sonando muy suavemente. Pretendía que aquella primera noche juntos fuese tan inolvidable como realmente lo fue. Nos acostamos entre besos y abrazos, sentir su cuerpo sobre el mío era algo soberbio, ¿cómo podían nacerme tantos sentimientos en tan poco tiempo de conocerlo? Y ya sentirlo en mí mientras sus ojos seguían cada uno de mis movimientos, me hizo perder por completo el control. No importaba, lo deseaba como nunca había deseado a ningún otro hombre. Sus besos comenzaron desde mi boca, fueron pasando por mi cuello, mis pezones se endurecieron al sentir su lengua. Apenas podía mantener mis

ojos abiertos, pero necesitaba hacerlo, no quería perderme un

detalle de ese momento, hasta que llegó a mi vientre, entonces no pude remediar un quejido de placer. Separé mis piernas dándole permiso para que me hiciese totalmente suya, sin reparos, ni vergüenzas, deseaba tenerlo en mí y que a partir de ese momento ese fuese el único lugar en el mundo donde él quisiese estar. Me estremecía con cada una de sus caricias, me retorcía de placer de una manera brutal, hasta que llegó el momento que necesitamos liberarnos, entonces escuché como su voz me llamaba:

Mi vida, mírame.

Mis ojos se fundieron en los suyos, igual que estaban nuestros cuerpos y nuestras almas mezcladas, expectantes en ese momento de sumo placer.

La noche acabó entre caricias, el cansancio me llevó hasta un profundo sueño que solo sus dulces besos interrumpían de vez en cuando.

Buenos días, preciosa.

Sentí como sus manos y sus labios se paseaban por mi espalda desnuda. De inmediato me di cuenta de que vería mis marcas y me di la vuelta.

Hola, es muy temprano aún ¿no? Miró su reloj.

Son las nueve, pero no quería seguir viendo como duermes. Intentó darme un beso en los labios, pero retrocedí poniendo mi mano sobre mis labios.

¡Espera, debo estar horrible! Déjame que me lave un poco —intenté levantarme, pero me cogió y se tumbó sobre mí. No era más que un juego, pero no me gustó nada que me impidiese el movimiento y a punto de ponerme a gritar le rogué—: ¡Jorge, por favor déjame! —se dio cuenta que la situación me estaba poniendo nerviosa e inmediatamente me liberó bajo una cara de verdadero asombro.

Por favor perdóname, no pretendía hacerte daño, solo quería decirte que estabas preciosa.

Cogí la sabana tapándome el pecho y me levanté para entrar en el baño. Pero antes de pasar lo escuché:

Olivia, ¿de qué son las cicatrices que tienes en la espalda? Me detuve y le contesté intentando quitarles importancia.

Tuve un accidente, pero ya tengo cita para quitármelas, me quedan horrible. Se tumbó boca arriba y cruzando sus brazos detrás de la cabeza, me contestó:

No te creas, te dan un aire de chica dura, como de policía de película.

Sonreí al escucharlo y entré en el baño.

Una vez allí, me quité la sabana, busqué los rastros que aún quedaban en mi cuello y en mi pecho, apenas eran ya perceptibles, pero yo podía verlos a pesar de las operaciones de cirugía a la que me había sometido para quitar de mi piel todas las marcas que aquel desgraciado había dejado en mí. Aunque por mucho que las disimulara, las que había dejado en mi alma no sería capaz de borrarlas nunca. La prueba la había tenido solo hacía unos minutos, cuando pensé que él me inmovilizó para hacerme tanto daño como aquel otro lo hizo.

Entré en la ducha, queriendo arrastrar mis malos pensamientos con el agua, escuché la voz de Jorge que de una forma prudente me hablaba a través del cristal:

Olivia ¿estás bien? Yo no pretendía hacerte nada, solo estaba bromeando.

Sonreí al escucharlo, incluso me dio un poco de lástima, debí de parecerle de nuevo una histérica. Descorrí un poco la mampara y lo miré.

Perdona lo brusca que he sido, es que no quería que te llevases una mala impresión al verme por la mañana, me imaginé que estaría horrible.

¿Cómo puedes decir eso? Si eres lo más bonito que he visto en mi vida. Termina de ducharte, los chicos nos están esperando para bajar a desayunar.

Es una pena que tengamos tanta prisa, porque pensé que quizás podrías ayudarme a enjabonarme.

Y de nuevo esa preciosa sonrisa se pintó en su cara, en el minuto cero ya estaba dentro de la ducha y de nuevo empezamos con nuestros juegos.

Adoraba sus manos sobre mi cuerpo, sus labios me encendían de una manera que no había sentido nunca, el agua que se deslizaba entre nuestros cuerpos era incapaz de apagar el fuego. De nuevo nuestros sexos se encontraron hasta hacernos estremecer, el éxtasis llegó de inmediato entre sollozos de placer.

Sobre las diez bajamos a desayunar a la cafetería dónde había quedado con sus amigos, las chicas me llamaron para que me sentase a su lado.

¿Se puede saber dónde os habéis metido?

Me eché a reír al escucharla, supongo que pensarían que después

de todo el jaleo del día anterior me había asustado y había salido corriendo de allí.

Es que Jorge había alquilado el piso de enfrente y hemos pasado allí la noche. Las dos suspiraron a la vez.

¡Por Dios dime qué has hecho para conquistarlo! Llevo insinuándome desde que tenía diez años y nunca he conseguido nada.

Susi reconócelo, se lo has puesto tantas veces en bandeja que era normal que no tuviese demasiado interés en descubrirte.

¡Sí claro, me vas a decir ahora qué tu no lo has intentado un millón de veces con él! —Lo miré sin poder dejar de sonreír mientras las escuchaba, vi como sus amigotes intentaban sacarle "información", pero él no apartaba sus ojos de mí.

No te lo niego, aunque ambas sabemos de sobra que él siempre ha estado totalmente "colgado" por Sandra, nunca tuvimos la más remota posibilidad.

Vi como Susi dio un codazo a su amiga para que no siguiese hablando e intentando hacer como que aquello no tenía importancia, proseguí con una sonrisa en mis labios.

Venga chicas, fuese quien fuese esa tal Sandra, supongo que ya habrá pasado a la historia ¿no es así? —Ellas se miraron e hicieron un gesto que no me gustó demasiado.

Supongo que sí, pero todos dijeron que por eso él se fue de Sevilla.

No lo entiendo, Jorge me dijo que lo hizo por culpa de su hermano. Sus miradas confirmaron mi duda.

¿Comprendes ahora?

¡Bueno ¿y qué?! ¡Tenía un pasado, como todos, y no me lo había contado! Yo tampoco le conté a él mi historia. Cuando son tan dolorosas supongo que se evita hablar de ellas al cuarto día de conocer a una "posible" pareja.

El "vozarrón" de Pedro interrumpió por completo todos mis pensamientos:

¡Venga, chicas acabad pronto! Quiero subir a las pistas lo antes posible, dentro de nada estarán llenas de domingueros.

Yo tengo que alquilar un mono, no tenía ropa para la nieve en casa de mi abuela, no pensé nunca que a estas alturas habría todavía tanta nieve.

¡De eso nada! —Me interrumpió Laura—. Los alquilados huelen a una mezcla de pis de gato con sudor concentrado. Nosotras hemos traído varios, ahora subimos y te pruebas.

¡Pero os esperamos solo diez minutos, nosotros nos vamos ya! —Todos se levantaron a excepción de Jorge—. ¡No tío, tú te vienes con nosotros, qué eres capaz de desaparecer otra vez! —al pobre le metieron la tostada en la boca y sin que pudiese

defenderse lo cogieron entre aquellos dos gigantones—. ¡Recordar, en diez minutos nos vamos!

– ¡Sí claro, claro, esperadnos diez minutos! —y sin ninguna prisa las tres seguimos tomándonos el desayuno.

Después de un rato de charla y risas, subimos de nuevo al apartamento. Las chicas me dejaron uno de sus monos para esquiar, luego fuimos a alquilar las botas, los esquíes y a comprar un *forfaits para mí*. Total, una hora larga y como era normal cuando llegamos a la fila de los telesillas ellos ya no estaban allí. Lo peor fue que Pedro había tenido razón, aquello se había llenado de "domingueros" que hacían que nos quedasen un buen rato para subir. Noté como alguien me tocaba en el hombro. Cerré los ojos pensando que Jorge había vuelto para acompañarme y me di la vuelta de inmediato, pero me sorprendí mucho al ver quien era.

– Jean ¿eres tú? —lo pregunté porque enfundado con un casco, las gafas de esquiar y el "pluma" apenas lo reconocía.

– Hola Livi.

– ¿Qué estás haciendo aquí?

– ¿Recuerdas? Mi familia y yo estamos visitando Andalucía.

Llevada, en parte por mi paranoia persecutoria, sentí alivio al escucharlo decir que no estaba allí por mí.

– Es verdad —miré a mis dos nuevas amigas y tuve que aguántame la risa al ver sus caras—. Disculpa Jean, te voy a presentar, ellas son Susi y Laura —las chicas seguían atónitas ante casi los dos metros del muchacho y unos rasgos prácticamente perfectos, totalmente hipnotizadas lo saludaron. Parecía algo tímido, las saludó educadamente dándoles la mano y enseguida volvió a la conversación que habíamos iniciado.

– Livi, mi familia se ha quedado en Granada, he venido hasta aquí yo solo ¿quieres subir conmigo en el telesilla? Me gustaría comentarte algo —las dos me miraron asintiendo, pero a mí no había terminado de convencerme la noche de la fiesta, me había resultado pesado. Al ver sus ojos fijos en mí, me dio algo de pena, recapacité un momento, entonces supuse que aquella noche intentó congraciarse conmigo porque había poca gente de nuestra edad y ahora de nuevo estaba solo, así que accedí. Una vez en el telesilla, Jean comenzó de nuevo con la conversación—: Me ha dicho mi padre que seguramente serás tú quien venga a nuestra empresa de New York.

– Sí, tengo muchísimas ganas de volver. Hace cinco años estuve estudiando y me lo pasé genial, esa ciudad es uno de mis lugares preferidos en la tierra.

– Entonces tendremos tiempo para conocernos bien, vamos a pasar mucho juntos.

– Supongo que sí. Pero Jean, no quiero que me mal intérpretes, desde el principio quiero que te queden las cosas bien claras. Me pareces un tipo gen…

– Para, para. Livi, si vamos a pasar tiempo juntos creo que es necesario que lo sepas desde primera hora —lo miré, intrigada por su interrupción—. Yo soy gay y aunque me pareces una mujer preciosa quiero que sepas que para nada eres lo que busco.

Como una idiota di un suspiro de alivio y un segundo después comencé a verlo como un posible buen amigo. Incluso empezamos a hacer planes de los sitios a los que podríamos ir juntos cuando estuviese en su ciudad.

Al bajarme del telesilla era una mujer totalmente diferente a la que se había subido apenas unos minutos antes. Jean me caía estupendamente, incluso le invité a pasar el día con nosotros, aunque un momento después de decírselo me había arrepentido. Sabía que por las chicas no habría problema, ellas estaban totalmente encantadas con su presencia, pero no sabía cómo le sentaría a Jorge. Algo que estaba a punto de descubrir.

– ¡Olivia ¿dónde te habías metido?! — Le hice un saludo con mi mano y en cero coma uno estaba a mi lado— Ya te echaba de menos —me dio un beso y como una boba no podía dejar de sonreír nada más verlo.

– Yo también te he echado de menos.

– En lo que queda de día ni cinco minutos más separados ¿de acuerdo?

– Seguro —por un momento al verlo me había olvidado de mi acompañante, pero una tosecilla incómoda me hizo recordar que estaba ahí— Perdóname Jean, quiero presentarte a Jorge —ambos se dieron la mano educadamente—. Jean es el hijo de un socio de mi padre.

– Creo que te vi la noche de la fiesta.

– Sí, yo también lo vi, estuve allí con mi familia.

– Hoy está pasando el día aquí, como está solo le he invitado a quedarse con nosotros. Espero que no te moleste.

– Pues si eres amigo de Olivia, bien venido. Ven, te voy a presentar a los otros chicos.

¡Me encantó, simplemente me encantó! Nada de escenita de celos, nada de preguntas incómodas, iba conmigo y no hubo nada más que objetar al respecto.

Y como todos los momentos que habíamos pasado juntos, el día también fue maravilloso, Jean me pareció genial, sus amigos únicos y

él…él era el mejor hombre que había conocido en mi vida.

CAPÍTULO 8

Me apenó muchísimo que aquel fin de semana terminase tan pronto, hacía tiempo que no lo pasaba tan bien y tan relajada, pero Jorge tenía una importante reunión, inamovible el lunes a primera hora, así que después de comer nos despedimos de Jean y “casi” en caravana junto con sus amigos nos pusimos en camino.

– Dime que te lo has pasado bien.

– Ha sido estupendo. Hacía tanto tiempo que no me reía tan a gusto. Además, quisiera darte las gracias.

– ¿Por qué?

– En principio por todo y en especial por haber sido tan maravilloso con Jean. Cuando aparecí con él, sin haberte avisado, pensé que me montarías una escenita de celos.

– Bueno, tú te has comportado con mis amigos de una manera maravillosa, yo no podía ser de otro modo con un conocido tuyo. ¿Por qué tampoco tenía motivo para haber estado celoso, verdad?

– ¡Verdad! Jean y yo vamos a trabajar juntos en un nuevo proyecto y era verdad que nos encontramos allí por simple casualidad.

– Además, ¿cómo me iba a dar un ataque de celos? si me miraba más a mí que a ti.

Di una enorme carcajada al escucharlo. Es verdad que yo también me había dado cuenta de que desde un primer momento a Jean se le pusieron los ojos redonditos al verlo, pero es que no era para menos.

Al llegar a la bifurcación hacía mi casa, nuestros amigos se despidieron a golpe de claxon, Susi casi sacó el cuerpo por la ventanilla.

– ¡Livi, te llamo mañana para ir a tomar un café!

Desde mi sitio le hice una señal de afirmación con mi dedo pulgar. Me habían caído de maravilla.

– Parece que le has gustado a todos.

– Bueno, tengo ese don —se acercó a mí y me besó.

– Me gustaría que pudiésemos pasar esta noche juntos también.

– Y a mí, pero he venido para estar unos días con mi abuela y no estaría bien que la dejase sola otra vez o durmiésemos allí juntos —él agachó la cabeza.

– ¡Uff y en mi casa tampoco estoy solo! Mi madre y mi hermano llegaron el otro día.

– ¿Quieres decir qué entonces te marcharás pronto?

– Él todavía no está recuperado del todo, pero sí, en cuanto pueda hacerse cargo de la oficina tendré que volver a irme. Eso no significa que no podamos seguir viéndonos.

—No creo que sea posible en una buena temporada, intenté decírtelo, pero no me dejaste, me voy a New York a hacer un trabajo con Jean. Nuestras familias han iniciado unos negocios juntos y pasaré un tiempo allí, por eso tendré que adelantar mi partida.

– No quiero seguir hablando de eso, lo he pasado tan bien que ya nos preocuparemos de eso en otro momento. Olivia, mi hermano y mi madre estarán mañana en Sevilla, tiene que volver a rehabilitación ¿qué te parece si nos vemos a las seis en mi casa?

Lo miré a los ojos y realmente no me hubiese gustado tener que volver a separarme de él nunca más, así que le contesté desde mi corazón:

– No sé si podré aguantar tanto tiempo, pero creo que no nos queda otra.

– Te juro que, si no estuviese en medio de unas negociaciones tan importantes, no te dejaría sola hasta el último minuto que pudiésemos estar juntos.

– De acuerdo, entonces hasta mañana a las seis —se acercó a mí y con sus labios rozando los míos, me dijo:

– Dame un beso que me dure tu sabor hasta mañana.

¡Dios, si es que me ponía a mil por hora! ¡Qué calentones me estaba llevando durante aquel fin de semana! De nuevo nos enredamos entre besos y caricias. Si no abro la puerta y salgo de allí rápidamente, nos liamos allí en medio.

– ¡Abuela, estoy en casa! —su perrita fue la primera que vino a recibirme y enseguida escuché su voz:

– ¡Olivia, estoy en el porche!

– ¿Dónde está la más bonita de todas las abuelas? Dime ¿cómo te encuentras? —

Llegué hasta ella y la abracé con todas mis fuerzas.

– Aquí estoy *zalamera*, me encuentro estupendamente y ahora mucho mejor. Cuéntame tú, aunque no hace falta nada más que mirarte para ver la felicidad en tus ojos.

– Abuela, lo he pasado genial, sus amigos son maravillosos y él no puedes hacerte ni una idea —me senté frente a ella y bebí un poco de su taza de té—. ¡Ahh! ¿Sabes a quién me encontré en la sierra? —ella hizo un gesto con su cara invitándome a continuar— A Jean, el hijo del nuevo socio de mi padre en la campaña de champús.

– Es un joven muy atractivo y educado.

– Pero ni la mitad que mi chico, abuela. Aunque debo reconocer que ahora que lo conozco me cae mucho mejor, hemos hecho algunos planes para el tiempo que voy a pasar con él en New York, quizás hasta vaya a vivir a su casa. ¿Te contó mi padre que voy a pasar allí una temporada?

– Sí, ya me explicó lo de la venta de las acciones.

– Hablando de padres ¿y los míos, ya se marcharon?

– Sí, cogieron el vuelo de las dos. Por cierto, les dijiste que te ibas a la montaña, pero no con quién, cuando tú hermano se enteró que ibas con Jorge puso el grito en el cielo.

– Estoy hasta las narices de mi hermano, si vieses las ganas que tengo de desaparecer una temporada.

– ¿Entonces te parece bien irte fuera?

– ¡Claro que sí! Es verdad que voy a tener que dejar muchas cosas cerradas, porque no sé cuánto tiempo me llevará la auditoria, pero me encanta la idea de irme de aquí durante una temporada.

—Por lo que entiendo que lo de tu nuevo “novio” no va a seguir adelante.

– ¡Uff, abuela! Sabes que no quisiera tener ninguna relación seria aún, pero es que Jorge no es alguien cualquiera —la miré y sonreí—. Abu, ese hombre me hace cosquillas en el corazón.

– Me alegro cariño. Me gusta verte tan ilusionada.

– Pero estoy como en una cuerda floja, por un lado, mi corazón dice una cosa y mi cabeza otra. Por eso creo que este tiempo lejos de todo me va a venir bien, voy a poder poner mi mente en claro y sopesar que necesito en este momento.

– Bien dicho hija. Sé que tomarás la decisión adecuada.

– Ahora dame un enorme beso, voy a darme un baño y a meterme en la cama.

– De acuerdo, ve y descansa. Se ve que este fin de semana has dormido más bien poco.

La miré sin poder dejar de reírme.

– ¡Abuela!

A la mañana siguiente, sobre las diez, recibí un mensaje de Laura diciéndome que me esperaban para desayunar. Me arreglé y al pasar frente al dormitorio del tío Luis, vi a mi abuela junto a Carmina dentro.

– Buenos días, ¿le sucede algo al tío?

– No lo sé, parece que hoy tiene unas décimas de fiebre, voy a llamar al médico para que lo reconozca.

– ¿Entonces, te hago falta? —ella se volvió y me miró.

– No, pero ¿a dónde vas?

– He quedado con unas amigas para desayunar en el pueblo.

– Ve con ellas cariño, si hay algún problema yo te llamo.

– De acuerdo —me acerqué para darle un beso, el tío Luis abrió los ojos al escucharme y cogió mi mano.

– Olivia, estás aquí.

– Sí tío, pero ya me voy —me acerqué y le di un beso, pero él me retuvo:

– Sabía que me habían mentido, nunca los creí.

– Vale tío —levanté la cara y miré a mi abuela—. El día que deje de hablarme en clave se lo agradeceré.

– Venga, vete ya. Tus amigas te están esperando.

No sé qué me hacía sentir peor, el pobre del tío que era incapaz de contarme lo que estaba en su mente o mi abuela que sabiéndolo no quería hacerlo.

Pero quería seguir pasándolo bien, así que me monté en el coche y fui hacia la plaza del pueblo. ¡Allá ellos y sus intrigas!

– ¡Livi, estamos aquí!

Les hice una señal de saludo y me acerqué hacia la cafetería donde ellas estaban sentadas.

Nos saludamos con un par de besos.

– ¿Vosotras qué, no trabajáis?

Las dos se echaron a reír. Susi fue quién me aclaró la situación.

– Sí, no seas mal pensada. Pero ambas trabajamos en el molino de mi padre y hemos cogido la mañana libre. Pronto será la boda de una amiga y vamos a Sevilla para comprar algunas cosas que nos faltan ¿te apuntas?

– Sí, claro. Hasta las seis no tengo nada que hacer —Laura me dio un codazo cariñoso.

– ¿Se puede saber qué es eso tan importante que tienes que hacer a esa hora? Levanté los ojos y aún sin querer reírme no podía ocultar mi felicidad.

– Pues, he quedado con Jorge.

– ¡Ahh míralo, el príncipe azul de nuevo en acción! —y entre risas y bromas desayunamos y nos pusimos en marcha para una mañana completita de compras. Yo también me animé

y buscaba algo bonito para poder ponerme aquella tarde.

Y allí paralela a la calle *Sierpes*, dónde pensé que era lo máximo, estaba la calle *Cuna***,** conocida por los sevillanos como la calle "las bodas". Si buscas un vestido de ensueño, no te tienes que marear mucho, pues las mejores firmas están allí concentradas. Así que salíamos y entrábamos de una a otra probándonos verdaderas joyas de arte, pero realmente lo mejor fue pasar una mañana tan relajada. Decidimos hacer un descanso y comer algo acompañado de una cervecita bien fría. Estábamos las tres embobadas viendo los súper taconazos de Susi, cuando una voz femenina nos interrumpió:

– ¡No me lo puedo creer ¿qué estáis haciendo aquí un lunes por la mañana?!

Una rubia despampanante, vestida como recién salida de *Vogue*, se había acercado hasta nosotras. Pero las chicas no se alegraron demasiado al verla.

– Sandra ¿qué haces aquí?

– ¡Oye, yo pregunté primero! ¡Y qué, ¿no os alegra verme?! —las chicas se levantaron y se saludaron con un par de besos.

– Hemos venido a comprar algunas cosas que nos faltaban para la boda de Macarena. ¿Y tú? Las últimas noticias que tuvimos de ti, era que andabas por Londres.

– Sí, pero también me han invitado y decidí venir un poco antes para contactar con mis amigos. A ti no te conozco ¿verdad? —dijo dirigiéndose a mí.

– Perdona Sandra, mira ella es Livi.

¡Sandra! ¡Esa debía ser la famosa Sandra de la que las chicas me habían hablado!

– ¡Oh, encantada! —hizo ese escueto saludo y pasó "olímpicamente" de mí—. Chicas, he estado esta mañana en la empresa de Jorge, pero me han dicho que no estaba aquí, ¿sabéis vosotras por donde puede andar?

Quise tener un poco de protagonismo y yo misma le contesté:

– Hoy tenía una importante reunión en Málaga —acababa de conseguir captar totalmente su atención.

– Vaya, veo que estás muy bien informada, ¿se puede saber quién eres tú?

– Soy una amiga.

– ¿Solo…solo una amiga?

– Sí, solo una amiga. Pero ayer pasamos el día todos juntos en Granada y me lo dijo.

– Bien, pues siendo así me pasaré mañana por su oficina. Bueno chicas, os dejo, tengo

que terminar de hacer algunas compras, nos vemos pronto. ¿Livi era tu nombre?

– Sí, es el diminutivo de Olivia.

– Quizás volvamos a vernos.

– Quizás.

Las dos guardaron silencio hasta que la vieron alejarse. Fue Laura la primera que habló:

– ¿Por qué no le has dicho que eres su chica?

– No lo he visto adecuado. Os voy a ser sincera, no sé si lo nuestro tendrá futuro. Él viviendo a caballo entre Barcelona, la Provenza y Sevilla y mi vida no es muy diferente, también la paso siempre viajando. No veo justo interponerme entre ellos si es verdad que estaban tan enamorados.

– Créeme Livi, no le haces ningún favor a Jorge, poniéndole el camino fácil con Sandra. Esa mujer es tóxica para él, siempre que aparece en su vida se la complica y si lo haces por la distancia, eso no es ningún problema para él, pilota su propia avioneta. Muchas veces está en Francia por la mañana y viene a cenar con nosotros aquí a Sevilla.

Después de comer decidimos volver, yo había quedado con él a las seis y no quería retrasarme un segundo, me moría por volver a verlo. Pero en varias ocasiones yo misma me abofeteé mentalmente pensando en lo que las chicas me habían dicho con la tal Sandra y el peligro que podía suponer si decidiésemos salir adelante con nuestra relación.

Llegué a casa, nada más entrar vi a mi abuela y al tío, que parecía encontrarse mejor, sentados, mientras ella leía un libro. Les di un beso, y subí directa a arreglarme a mi habitación. Cuando bajé de vuelta ellos seguían en el mismo sitio. Mi abuela me miró sorprendida:

– ¡Pero ¿se puede saber dónde vas de nuevo?!

– He quedado con Jorge, me voy que ya voy a llegar tarde— ya salía corriendo cuando la escuché hablarme de nuevo:

– De acuerdo cariño, tu presencia está siendo de lo más confortante y agradable. Me detuve en seco.

– ¡Oh abuela, perdóname por favor!

– Sé que la compañía de dos ancianos no es la mejor de las situaciones, pero nena, apenas hemos cruzado palabra en todos estos días.

– Tienes toda la razón del mundo. Mira, te prometo que mañana no quedaré con nadie,

voy a dedicarte el día entero para ti. Iremos y haremos solo lo que tú quieras.

¿Trato hecho?

– Dudo que sea así, pero trato hecho.

Y de nuevo salí como las balas de allí. Estaba loca por volver a verlo.

Cuando llegué a su casa, me extrañó no verlo esperándome, así que decidí llamar a la puerta, pero un poco antes de llegar vi a Carmen cruzando hacia las caballerizas.

– Carmen, perdone. ¿No está Jorge?

Hizo una señal de negación con su cabeza, mientras yo me acercaba hasta donde ella estaba.

– No. Pero habló conmigo hace un rato, me ha dicho que la ha llamado en varias ocasiones, aunque no ha podido hablar con usted — ¡qué raro! Busqué mi teléfono y me di cuenta de que me había quedado sin batería, lo tenía totalmente apagado— se lo mostré a Carmen, ella con una sonrisa en los labios continuó—: Me dijo que se había retrasado un poco la reunión, que por favor lo esperaras, porque no tardaría en llegar. ¿Quiere esperarlo en la casa?

– Muchas gracias, pero mejor me gustaría acompañarla, ¿le importa?

– No, qué va. Iba a darle de comer a los caballos, venga conmigo.

Estuvimos juntas durante un rato, pero vi las caballerizas altas que estaban abandonadas, las que sirvieron de estudio fotográfico para Jaime y decidí echarles un vistazo. Aquellas antiguas cámaras debían valer hoy en día un dineral y todos aquellos aparatos fotográficos, era increíble.

– Decididamente, es aquí donde quiero construir mi casa, que tus ojos sea lo primero que vea al despertarme y tus labios lo último en besar cada noche —me volví al escuchar su voz y queriendo hacerme la interesante le contesté:

– Bueno, quizás pudiésemos llegar a un acuerdo, si también decidieras que yo fuese lo primero que besaras cada mañana podría replantearme esa oferta.

Vino hacia mí con pasos lentos, haciendo un gracioso gesto con su boca, como si se estuviese pensando mi propuesta.

Esa sonrisa en su cara era lo único que necesitaba para ser feliz en ese momento, me rodeó con sus brazos y me contestó:

– Preciosidad, eso quiere decir, que quizás, te estás pensado la posibilidad que lo nuestro no acabe esta semana.

– No lo sé, ¿tú que crees?

– Que, si tengo que convencerte a base de besos, estoy dispuesto a empezar desde este mismo momento.

De ese modo era fácil convencerme, y en cuanto sentí sus labios, mis ideas comenzaron a aclararse. Me hizo dar unos pasos hacia atrás y sin separar nuestros labios, le pregunté:

– ¿Se puede saber qué haces?

– ¿Lo has hecho alguna vez sobre unas alpacas de paja?

No podía dejar de reírme e intentando no hacerlo le respondí:

– No, ¿pero eso no pinchará mucho?

– ¿Qué tal si lo probamos? No me digas que no has tenido nunca la fantasía del mozo de cuadra y la señorita.

– Eres un fantasma.

– Pues este fantasma te va a llevar hasta el cielo.

Nos tumbamos sobre las alpacas, era tan excitante, tenía algo de morbo, allí a pleno día, en aquel sitio y, a decir verdad, sí había tenido alguna que otra vez, sino esa, una fantasía parecida.

Agradecí no haberme puesto los vaqueros y sí la falda de vuelo que me había comprado aquella mañana, la cual facilitaba al máximo su trabajo debajo de ella, el sonido de la cremallera de su pantalón descendiendo me encendió por completo, levanté mis caderas totalmente preparada para recibirlo, pero sus labios paseándose por mi pecho me desconcentraba por completo, quería sentirlo en mí de una forma desesperada. Él se detuvo y me miró:

– ¿Tienes prisa?

– Mucha, no veía la hora de volver a estar contigo —lo respiré queriendo guardar su olor dentro de mí—. No quiero perderme un solo segundo de ti.

—Entonces, ¿no me lo pongo esta vez? —dijo enseñándome el preservativo que había sacado de su bolsillo.

– Ni se te ocurra no hacerlo —empujó sus caderas, al sentirlo en mí tuve que cerrar los ojos, mientras un lamento de placer se escapó de mi garganta, casi en un susurro le respondí—: Cómo no te lo pongas no seguimos, te lo juro— sonrió y después de unos segundos volvimos a enredar nuestros cuerpos entre besos y caricias, hasta que el placer nos hizo sentir de nuevo que éramos el uno del otro.

Cuando acabamos nos recompusimos como pudimos, era ya cerca

de las ocho, menos mal que a Carmen no le había dado por aparecer o si lo hizo se retiró discretamente.

– ¿Vamos a bajar a cenar? Hay un restaurante al que me gustaría llevarte.

– Me da igual, estando contigo no me importa donde vayamos —me dio un beso y abrazados nos dirigimos hacia el coche.

Apenas llegábamos a la puerta de su casa, cuando vimos llegar el *Mercedes* negro, donde la vez anterior vi a su familia. De su interior bajó un hombre alto, muy apuesto, tan moreno como Jorge y apoyado sobre un bastón, por la otra puerta una señora, de unos sesenta años, muy bien vestida, con una agradable expresión en su cara. Me sorprendió Jorge, cuando lo escuché decir en voz baja:

– ¡Mierda! —Pero al parecer no era para menos. A su hermano le faltó tiempo para meterse con él.

– ¡Vaya hermanito, que bien acompañado te veo!

El hizo un gesto de disgusto, intentando ignorarlo no le contestó. Su madre vino hacia nosotros.

– ¡Jorge, me alegro de veros aquí! —él se apresuró a darle un beso.

– Hola, mamá. Mirad, os voy a presentar, ella es Olivia Arranz.

– Encantada señora, puede llamarme Livi si lo prefiere.

– Y este es mi “querido” hermano Bruno —dijo en un tono algo sarcástico. Su hermano lo miró sin contestarle, e inmediatamente se dirigió a mí:

– Señorita Arranz, es usted toda una belleza, no sé qué hace al lado de un tipo como éste —al ver la cara de Jorge y antes de que le contestase, lo hice yo:

– Muchas gracias por su piropo, y para serle sincera “ando” con este tipo porque es el mejor que he encontrado hasta que lo he conocido a usted.

Bruno me contestó:

– Bonita y además con muy buen gusto —su madre sonrió al escucharnos.

– ¿Os quedareis a cenar? —dijo ella. Pero Jorge se apresuró a contestarle:

– No mamá, tenemos una mesa reservada, ya vamos tarde.

– ¿Y mañana?

– Es usted muy amable, pero mañana es imposible, he venido a pasar unos días con mi abuela y es lo que menos he hecho, así que no me ha quedado otra que prometerle que mañana seré de ella en exclusiva.

– ¿Qué le parece, si le damos ese tiempo que necesita a su abuela y lo dejamos para cenar el jueves?

Me vi arrinconada, pero con una semana casi de por medio, ya

habría tiempo para asistir o no. Dependería como iban surgiendo las cosas.

– Bueno, no sé si seguiré todavía aquí para entonces, pero si lo estoy cuente conmigo.

Jorge me cogió de la mano y al pasar por el lado de su hermano, este lo detuvo.

– Deberías mirarte en un espejo antes de salir, hermanito —seguí su mirada y me di cuenta de que tenía un par de pajas enredadas en su pelo, las cuales me apresuré a quitar.

– Te iría mejor si solo te metieses en tus asuntos —le contestó Jorge.

Por lo poco que había visto y por lo que me habían hablado de él, Bruno no era, digamos, un tipo fácil de tratar por lo menos parecía disfrutar y mucho, haciéndole la "puñeta" a su hermano.

Ya más tarde, durante la cena, Jorge estaba distante conmigo, dejé el tenedor, crucé los brazos y en silencio me quedé mirándolo:

Al sentirse observado, levantó los ojos del plato y sin apenas expresión me preguntó:

– ¿Qué?

– No sé, dímelo tú. La tarde había empezado de la mejor de las maneras y fíjate ahora, llevo más de una hora como una tonta. Te he hablado de todo lo que se me ha pasado por la mente y tú no me has hecho caso en nada. ¡Pero fíjate, si sigues totalmente ausente!

Él intentó sonreír, pero no le nacía.

– Perdóname, es que no me ha hecho ni pizca de gracia como te ha mirado mi hermano.

– ¡Dios, Jorge! ¿Cómo me ha mirado? Si no hemos estado hablando ni cinco minutos. ¡Desde ya te digo que odio las escenas de celos!

– No son celos Olivia. Para él las mujeres no son más que presas y que tú estés conmigo te convierte en su próximo objetivo. ¡Lo odio cuando se comporta así! ¡No sé quién narices se cree que es para actuar de ese modo!

– Él no será más que un estúpido, pero mírate, hace contigo lo que quiere. ¿No te das cuentas como te afecta su presencia? Ahora mismo eres una persona totalmente diferente a quien estaba conmigo hace tan solo unas horas. Es verdad que se ha portado como un patán, pero tú en vez de estar por encima de todo eso, te comportas como un niño. No quiero pensar cómo será cuando tengas que enfrentarte a él con problemas reales —de nuevo guardó silencio, entretenido con la comida que había en su plato—. Vamos a ser claros, todo esto es por Sandra ¿no es cierto?

Levantó la mirada y quedó fijo en mí.

– ¿Qué sabes tú de Sandra?

– Poco, quizás si me aclarases lo que pasó entre ella y tú hermano, podría entender tu aptitud.

– Todo eso es agua pasada, ya no hay nada que contar.

– Pero es obvio que lo hubo, estoy segura de que todo el resentimiento con él se debe a lo que ocurrió con esa mujer. Y, a decir verdad, tampoco me pareció que ella fuese para tanto.

– ¿Por qué dices eso? Ni que la conocieses.

– Pues sí, esta misma mañana he tenido el "placer".

Había captado por completo su atención.

– ¿Sandra está aquí?

– Sí, esta mañana fui con las chicas de compras a Sevilla y la encontramos allí por casualidad. Por cierto, preguntó por ti, parecía muy interesada en localizarte.

– Eso es una estupidez, hace más de dos años que no nos vemos.

– Pues ella parece venir muy dispuesta a retomar vuestra amistad donde la dejasteis, incluso se había pasado por tu oficina para verte.

– Vamos a dejar el tema y terminemos la velada en paz.

– Jorge, yo creo que la velada terminó hace mucho rato, yo me voy a ir —él cogió mi mano antes que me levantase y me miró.

– Espera un momento por favor. Tienes toda la razón, me estoy comportado como un idiota y mereces una explicación.

– No es necesario, en realidad la idiota he sido yo. Tú no tienes por qué contarme nada. Es tu vida y tu pasado, no soy nadie para meterme en ella.

– Pero yo sí quiero que seas alguien en mi vida —guardó silencio durante un momento, volví a relajarme y acaricié su mano invitándole a que continuara—. Olivia, esa mujer fue mi novia durante casi cinco años, aunque llevábamos juntos desde niños. Ya teníamos todo preparado para casarnos, cuando unos días antes la encontré en la cama con mi hermano. Te juro que me dolió más la traición de él que la de ella. Bruno siempre pareció vivir en rivalidad conmigo, pero hubiese puesto la mano en el fuego por su lealtad. Jamás pensé que sería capaz de engañarme del modo en que lo hizo. Quedé totalmente destrozado, mientras que para él aquello no fue nada más que parte de un juego, según él solo quería demostrarme lo poco que me quería Sandra. Por eso hoy, cuando os vi bromeando, me vinieron a la cabeza, todos aquellos amargos momentos que viví.

– Por ese motivo decidiste dedicarte a tus negocios fuera de aquí ¿no es así?

– Sí, así es. Perdí toda la confianza que tenía en él y decidí quitarme del medio.

– Creo que hiciste bien, si lo que él quería era protagonismo, se lo distes todo y te quitaste de problemas, yo hubiese hecho lo mismo. De hecho, es lo que estoy a punto de hacer con mi hermano. En la empresa parece querer llevar siempre la última palabra, así que en cuanto mi padre me dijo lo de pasar algo de tiempo en New York, pensé que era lo mejor que podía ocurrirme, estoy harta de luchar con él y sé que en cuanto tenga que tomar alguna decisión importantes se dará cuenta que puedo hacer ese trabajo tan bien como él. A veces en la vida hay que tomar la decisión de dejar que las cosas sucedan para que los demás sepan valorarnos. Es algo parecido a lo que ha ocurrido ahora con vosotros, ha

tenido que sucederle ese accidente a tu hermano, para que se diese cuenta de la falta que le haces.

– Pero no es justo.

– ¿Y qué? ¿Te parece justo vivir en una lucha continua? Mi abuela siempre dice: *"Llegué al mundo sin nada y eso es lo único que me llevaré el día que me vaya"*. Yo también he pasado muchos malos ratos y lo único que he aprendido es, que las cosas buenas son lo único que necesito en mi vida. Por eso cuando quiero algo lucho por ello, no espero que la fortuna se detenga a pensar si me lo quiere dar o no.

Cambió su expresión y apretó con dulzura mi mano.

– Por eso viniste directa a por mí.

– Sí. Me gustaste y no lo pensé dos veces ¿te molestó que yo diese el primer paso?

– No. Creo que ese beso ha sido el mejor de todos los que he recibido.

– Me alegro, porque me gustaría poder seguir dándote muchos más.

– Durante el resto de nuestra vida.

Hice un gesto con la boca y lo pensé un segundo.

– Vamos a dejarlo por lo pronto en el resto de la semana.

– Olivia, le has dicho a mi madre que vendrás a cenar si estás aquí el jueves. ¿De verdad te irás tan pronto?

– Si voy a hacer ese viaje tengo que dejar muchas cosas atadas en la oficina antes de irme.

– No lo hagas por favor. No sé cuánto tiempo pasará hasta que volvamos a vernos. Mira, el sábado estoy invitado a una boda, irán mis primos, las chicas y muchos amigos. Sé que lo vamos a pasar estupendamente. Ven conmigo.

– ¿Cómo voy a ir a una celebración donde no estoy invitada?

– No hay problema con eso. Yo soy uno de los testigos del novio y en la invitación aclararon que fuese acompañado. Quédate, no te arrepentirás.

– Déjame ver lo que puedo hacer ¿de acuerdo?

– Ojalá sea que sí. Ahora dime, ¿vamos a pasar esta noche juntos?

– ¡Jorge!

– Ya lo sé, tu abuela. Pero preciosa, quiero estar contigo. Mañana quieres pasarlo también con ella y lo comprendo, pero eso significa que no te veré en todo el día.

– ¡Vamos a ver, aquí hay Olivia para todos! A mi abuela le prometí estar mañana todo el día con ella, ¿qué tal si lo arreglas en tu trabajo y el miércoles es entero para ti?

– Puedo cambiar un par de reuniones y sí, sería estupendo que pudiésemos pasar ese día los dos juntos. Ya verás cómo termino convenciéndote para que vengas conmigo a la boda.

Di una risotada al escucharlo. Había conseguido sacarlo "del lado oscuro" y devolverlo a "la luz".

A pesar de las ganas de estar juntos, decidimos dejarlo todo

para el próximo día.

Habíamos venido en mi coche, así que lo acompañé hasta su casa.

Lo detuve en la entrada para que él se bajase.

– No quiero ni pensar que no te veré mañana.

– Jorge, hazte cuenta que esto se acaba en unos días.

– Olivia, creo que me estoy enamorando de ti.

– Cariño, por favor…

– Déjame que termine. Sé que parece imposible, sé que es muy pronto y mi cabeza me dice que es absurdo, pero nena, mi corazón se equivoca muy pocas veces y esto que siento por ti no es imposible que sea un malentendido. Dudo que jamás pueda querer a nadie como te estoy queriendo a ti, incluso me dan taquicardias cada vez que pienso que te irás y no volveré a verte —Suspiré desviando la mirada. Para nada entraban en mis planes que él se enamorara de mí y mucho menos que yo también estuviese sintiendo algo parecido. Cogió mi cara y levantó mi barbilla—. No te pido que tú sientas lo mismo, es verdad que es demasiado pronto, pero no puedo evitarlo.

No podía hablar, en realidad no sabía que decirle, pero era evidente cuanto me gustaba, aunque no quisiese reconocerlo. Así que lo besé, lo besé desde el fondo de mi corazón, queriendo hacerle saber cuánto lo amaba, aunque fuese incapaz de decírselo.

Él apartó sus labios de los míos sin poder dejar de sonreír —Sí, tú también me quieres —asentí con la cabeza, era imposible negarlo.

—Pero no te hagas ilusiones, nos separan un montón de kilómetros y de circunstancias, por mucho que quieras ignorarlo.

– Quédate hasta el domingo y verás cómo te demuestro que no hay distancia que no podamos superar juntos.

– Venga, vete ya.

– ¿Y si subimos a las cuadras y repetimos lo de esta tarde? Se me escapó una carcajada al escucharlo.

– ¡Calla! Si todavía tengo pajitas clavadas por todo el cuerpo. Con su mano atrapó mi cara y me besó.

– Me encanta verte reír de ese modo.

– A tu lado es fácil.

– ¿Te parece bien que te recoja el miércoles a las nueve y empezamos el día desayunando juntos?

– De acuerdo, me parece genial.

– Pásalo bien mañana.

– Seguro que sí —después de besarme de nuevo, salió del coche. No podía dejar de mirarlo,

era el hombre más maravilloso que había conocido nunca. Se volvió diciéndome adiós con la mano, yo le respondí lanzándole un beso. Arranqué el coche y me fui de allí sintiéndome totalmente feliz.

Llegué a casa de mi abuela, pero ya estaba todo a oscuras, me asomé a su dormitorio y le di un beso. Sin abrir los ojos la escuché preguntarme:

– ¿Todo bien?

– Mejor que mejor abuela. Cogió mi mano y la besó.

– Así debe ser siempre cariño.

La abracé y salí de su habitación. ¡Dios mío, parecía imposible que las cosas marchasen de un modo tan perfecto!

En cuanto me llegó el olor a café recién hecho, bajé hasta la cocina sin importarme la hora que era.

– ¡Buenos días!

– ¡¿Qué Santo se ha caído del cielo?! Son solo las ocho.

Le di un beso a la vez que le cogía un trocito de la magdalena que se estaba comiendo.

– Tenemos que aprovechar este día, te dije, ¡y lo he cumplido!, que no quedaría con nadie para poder estar contigo.

– ¡Bien! ¿Te apetece que vayamos de compras a Sevilla? Tengo que comprarme un vestido para una boda a la que me han invitado este sábado.

– ¿A ti también? Parece que a esa boda irá todo el mundo.

– Es normal. Se casa la hija del alcalde y esto quieras o no, sigue siendo un pueblo.

¿Tú también vendrás?

– Yo no la conozco, pero Jorge me ha dicho que lo acompañe, él es uno de los testigos.

– ¿Y qué piensas hacer?

– En un principio había pensado en volver el jueves a casa, para poder organizar lo del viaje, aunque él está empeñado en que lo acompañe.

– Vamos a hacer una cosa, hoy nos vamos a comprar las dos unos vestidos preciosos, sino te lo pones para la boda, seguro que te surge alguna ocasión para estrenarlo en New York. Pero sea como sea, quiero que disfrutemos este día juntas.

– A sus órdenes capitana. Trato hecho.

El día, maravilloso. Como había ido con mis amigas de compras, fui a tiro fijo por un vestido de cóctel rosa, de tul y satén *Beteau*, con

un escote A-Line y unos cristales *swarovski* rosas que me volvieron loca el día anterior en cuanto lo vi. Mi abuela se compró un traje chaqueta azul de raso con la falda larga, que le quedaba genial y risas, Dios mío, muchas risas juntas, la había echado tanto de menos, que me parecía imposible volver a sentirme tan bien, sin miedos ni agobios. Solo me faltaba el pequeño detalle de tenerlo a él a mi lado. Aun así, estuvo todo el día presente, me mandó algún que otro mensaje, y alguno subidito de "tono" que me hizo reír más aún. Ya por la tarde nos tomábamos un delicioso café en el "*Torch Coffe*", en el mismísimo *Paseo de las Delicias*, cuando recibí una llamada suya:

¡Hola!

Hola preciosa. Perdona que te moleste, pero me moría por escuchar tu voz.

Mi abuela me preguntó entre dientes:

– ¿Es Jorge? —tapé el auricular del teléfono y le contesté:

– Sí, es él.

– Dale recuerdos —sonreí y asentí con la cabeza.

Estamos de compras, mi abuela te manda recuerdos. Dale un beso de mi parte.

Vale, te prometo dárselo en cuanto cuelgue. Dime ¿qué quieres? Nada, solo era para saber qué hacías. Te echo de menos.

Yo también te estoy extrañando. ¿Sabes? Me he comprado un vestido precioso, por si al final me animo a ir contigo a la boda.

Claro que vendrás. Estoy seguro de que vas a eclipsar a la mismísima novia.

Me reí con ganas al escucharlo, entonces mi abuela me dijo:

– Dile que venga a cenar a casa esta noche.

– Pero, te prometí que hoy sería sola para ti.

– De ese modo sigues estando conmigo, y estoy segura de que incluso más que si no lo vieses.

Musitándole le dije:

– Gracias.

Jorge, dice mi abuela que vengas a cenar a casa. ¿Tú que dices?

Idiota, pues que sí. Me muero por verte. De acuerdo ¿a qué hora os viene bien?

Las ocho, ocho y media. Cuando tú quieras.

De acuerdo, nos vemos luego. Un beso para las dos. Otro para ti.

Fui hacia mi abuela y la abracé.

– Eres la mejor, ¿lo sabes verdad?

– Claro que lo sé, pero si no lo hago no hubieseis dejado los dichosos mensajitos en toda la tarde.

– Me siento como una niña, jamás había sentido algo así.

– ¿Cuándo he escuchado algo parecido? Ah sí, cuando saliste con el irlandés, ¡ah!

también cuando empezaste con Carlos, con Raúl…

– ¡Abuela! Te lo digo en serio, esta vez es distinto. Sonrió al escúchame.

– De acuerdo, te creo. No demasiado, pero te creo.

Fuimos a comprar algo “especial” para la cena, ella no quería reconocerlo, pero estaba segura de que tenía tantas ganas como yo de volver a verlo, y de allí volvimos a casa para prepararlo todo para recibirlo.

Escuché el motor del coche y salí corriendo hacia la puerta. No pude remediarlo, quería hacerme la interesante y esperar que él llegara hasta mí, pero al verlo bajar con una sonrisa que iluminaba su cara y lleno de naturalidad, corrí a su encuentro. Me abrazó y nos besamos con fuerza.

– ¿Cómo es posible que cada vez que te vea me parezcas más bonita? —me acurruqué en su pecho, queriendo escuchar su corazón, me estaba volviendo loca por ese hombre.

– Vamos, mi abuela nos está esperando en el porche. Hace una tarde maravillosa y creo que allí estaremos muy bien.

Entrábamos por el salón cuando nos cruzamos con Carmina que llevaba hacia la cocina la bandeja de la cena que acababa de tomar el

tío Luis.

– ¡Jorge, que alegría verte por aquí! Ya hacía tiempo que te había perdido la pista.

– Sí, ando muy ocupado de un lado a otro.

– Pasen por favor, la señora acaba de terminar de darle la cena a D. Luis.

Los dos entramos abrazados hasta el porche, dónde el tío Luis le contaba algo a mi abuela que a ella le hizo reír.

– Buenas noches.

– ¡Jorge, bienvenido de nuevo a mi casa!

Él se acercó y le dio un beso a mi abuela. Volvió su cabeza hacía el tío y lo saludó cariñosamente poniendo su mano sobre el hombro de él.

– D. Luis, que bien lo veo.

Por un momento los ojos del tío se abrieron de una forma exagerada mirándonos a los dos:

– ¡Olivia, Jaime! ¡Dios mío cuanto tiempo os he esperado! Siempre lo supe hermano, siempre supe que tu madre me mintió.

Jorge mi miró sin saber que contestar. Me acerqué a su oído e intenté explicarle un poco en la enajenación en la que el tío se encontraba.

– No le hagas mucho caso, cree que somos sus hermanos —Jorge, se agachó y lo abrazó. Luis comenzó a llorar como si fuese un niño pequeño.

– Jaime ¿dónde estabais? Yo sabía que jamás me abandonaríais, he cuidado de Julia como me dijiste, la niña está preciosa.

Jorge miró a mi abuela y con una sonrisa en los labios le contestó:

– Sí Luis, lo has hecho muy bien. Tengo que darte las gracias por todo.

– Jaime, aquella noche…

Pilas 1949

—… ¡Escúchame, hermano, te prometo por lo más Sagrado que en cuanto pueda arreglarlo, reconoceré a la pequeña e intentaré anular mi matrimonio! ¡Pero sabes lo difícil que hoy por hoy es todo eso!

– ¡Es que no quiero seguir escuchándote! Voy a hablar con Albert, de un modo u otro voy a solucionar esta situación, no pienses que Olivia va a ser tu juguete de nuevo.

El joven salió a toda prisa de la casa, sin pasar a ver a su abuela siquiera. La muchacha abandonaba la habitación embargada por la emoción. Cuando se tranquilizó, con la mirada buscó a Luis.

– Jaime, ¿y mi hermano?

– Ha salido a tomar un poco de aire. Olivia se abrazó a él.

– Soy tan feliz mi vida, no me puedo creer que esto esté sucediendo de verdad. Vamos ahora a ver a nuestra hija, gracias a Dios mi abuela está bien atendida y me muero por ver a la pequeña.

Él la besó lleno de amor y acarició su cara.

– Sabes que haría cualquier cosa por ti ¿verdad?

– Sí. Sé que tu cariño es sincero.

– Y que, si no te ofrezco ahora mismo nada más, es porque no puedo.

– Lo sé Jaime. De ti solo necesito que me sigas queriendo. Tengo dos manos y un cerebro, no necesitó que nadie se haga cargo de mi familia. Solo te voy a pedir una cosa. Quiero adecentar esta casa para que a nuestra hija no le falte de nada y necesito que se quede un poco más con vosotros mientras hago algunas reformas.

– No tienes ni que mencionarlo, ella puede estar en casa el tiempo que quieras y tú puedes quedarte también.

Olivia dio una enorme carcajada.

– ¿Qué es lo que quieres hacer? ¿Matar a tu madre de un infarto cuando me vea viviendo en tu casa? No mi vida, no es necesario. Mi hermano y yo estaremos bien aquí mientras reformamos todo esto— Olivia se abrazó de nuevo a su cuerpo, no podía creer que sus deseos pudiesen estar cumpliéndose. Pero él hizo un gesto con su boca sin que ella se diese cuenta. No estaba muy convencido de que su hermano estuviese muy de acuerdo con sus planes.

Ya en la casa grande, Olivia entró acompañada de Jaime, aquel enorme salón volvía a resplandecer como en sus mejores tiempos.

– Carmen, por favor puedes traer a Julia —dijo él al ver a su fiel criada.

La pequeña tenía ya unos seis años. Esperaba de pie, en la parte superior de la escalera, al ver a Jaime le nació una enorme sonrisa, quiso bajar a su encuentro, pero la ilustre señora Rivera cogió su mano reteniendo su emoción, la pequeña la miró y solo cuando vio que con un gesto le daba permiso para hacerlo, comenzaron a bajar lentamente. Olivia se contuvo, no quería asustarla abrazándola y besándola como una loca, pero se embelesó viendo lo bonita que

estaba, parecía toda una señorita con esa postura erguida y distinguida, ataviada con aquel carísimo vestido. Al tenerla frente a ella, Olivia se agachó poniéndose a su altura.

– Hola, cariño, ¿sabes quién soy yo? —la niña negó con su cabecita.

– Mi vida, soy tu mamá. ¿No quieres darme un beso?

Y sin mediar palabra, la pequeña se soltó de la mano de su abuela y abrazó a su madre. Olivia la estrechó entre sus brazos sin poder dejar de llorar.

Luis los había seguido hasta la casa y solo la cruel voz de la madre de Jaime rompió ese momento:

– ¡No se te ocurra entrar aquí, esta es una casa decente!

– ¿Cómo de decente señora? ¿Tanto como la de dejar a un hombre a punto de la muerte en la misma calle, sin importarle su suerte? ¿O quizás tan decente como la de ser capaz de inventar mentiras para poder robar un bebé a su madre?

– Esta es mi casa, no quiero degenerados aquí —Jaime se volvió hacia su hermano.

– Por favor déjame que hable con ella, dame un poco más de tiempo, todo irá bien.

– ¡No Jaime, por tu maldita culpa nada volverá a estar bien!

Los primeros días fueron pasando, Olivia podía ver a la niña, aunque la madre de Jaime se negó en redondo a que entrase de nuevo en la casa, pero a ellos no les importaba demasiado ese problema, pasaban las tardes merendando juntos, o aprovechando la afición de Jaime por la fotografía, algo de lo que los tres disfrutaron mucho. Pero después de unas semanas, todo parecía haberse ralentizado. Jaime, por su trabajo, tuvo que volver a Francia, desde ese mismo momento la señora Rivera le prohibió a Olivia volver para ver a la pequeña. A la joven se le fueron acumulando los problemas, no conseguía personal para trabajar en las reformas de su casa. La gente del pueblo y sus alrededores, por miedo a la señora Rivera, no se atrevían a aceptar el trabajo y, por otro lado, toda su atención estaba puesta en su abuela que parecía encontrarse cada día más apagada. En una de sus continuas discusiones, Olivia intentaba mantener de nuevo la calma con su hermano para no darle la razón de lo que era evidente estaba sucediendo.

– ¡Oliva, abre los ojos, hemos vuelto seis años atrás en el tiempo! Estamos donde lo dejamos.

– Luis, no quiero volver a escuchar cómo te quejas, no te he obligado nunca a estar conmigo, si esto no te parece bien, la puerta está abierta.

– ¡No es eso Olivia, es que mira donde estamos viviendo, hace semanas que no trabajamos en nada y tampoco parece que encontraremos a nadie para que podamos comenzar con las obras!

—Tienes razón en eso, lo más importante ahora mismo es poder retomar nuestro trabajo. Pero mira, ya me han enviado los planos. Vamos a empezar por los invernaderos para las flores, allí mismo me gustaría hacer el laboratorio. Mañana voy a ir a Sevilla y voy a buscar a gente que no esté influenciada por la bruja y comenzaremos con todo.

– ¿Y seguir viviendo aquí? ¿Durante cuánto tiempo?

– Luis tengo algún dinero extra, ¿por qué no coges una habitación en el pueblo? Por lo menos dejaría de escuchar tus quejas.

– ¿Y por qué no alquilamos una casa allí mientras todo esto se pone en pie? Así podrías traer a la niña con nosotros.

– Porque estoy segura de que a la abuela le queda muy poco tiempo de estar entre nosotros y no me gustaría que muriese en un sitio extraño, ni que mi pequeña viviera estos momentos tan amargos. Ve tú. Te prometo que no me enfadaré.

– ¿Ves cómo yo tenía razón? Como nada sería diferente.

Olivia guardó silencio mientras veía como su hermano salía de aquella pequeña habitación. Tenía razón, nada había cambiado, todo por lo que había luchado durante esos años no había servido para nada. Solo se quedó llorando. Rogándole a Dios para que Jaime apareciese y la llevase lejos de aquel infierno, en el que no quería volver a vivir.

Dos semanas más habían pasado, ella tuvo razón y a los pocos días de su última conversación con Luis su abuela se apagó como una frágil vela que se queda sin cera. Por lo demás todo seguía exactamente igual. Hasta que una tarde escuchó el motor de un auto, al mirar vio a Jaime bajándose y ella corrió a su encuentro.

– ¡Mi vida, acabo de llegar!

– Cariño mío. No sabía cuándo volverías —los dos se abrazaron y se besaron como si no hubiese un mañana.

– Hablé con Carmen por teléfono hace unos días. Ella me ha contado todo lo sucedido, ¿por qué no me has llamado para decírmelo?

– No quería que te preocupases por mí, he intentado ir solucionando los problemas, pero todos se me han venido encima. Por si fuese poco, desde que te fuiste tu madre no

me ha dejado volver a ver a mi niña y tampoco he podido…— Jaime la silenció con un beso.

– Haz las maletas, recógelo todo y ponte preciosa, en cuanto estés lista vamos a ir a la finca, yo también quiero recoger todas mis cosas, algunas de mis cámaras y las fotografías. De camino aquí he visto a tu hermano, le he dicho que pase a recoger a la niña y que nos espere en la casa grande.

– ¿Pero qué dirán todos en el pueblo?

– Que hablen lo que quiera, a partir de hoy tu eres mi mujer ante los ojos de todos.

– Tú madre no lo permitirá.

– Déjala a ella de mi cuenta y ahora venga, date prisa. No quiero retrasar un solo minuto más nuestra vida juntos.

Olivia metió en un par de maleta todas sus pertenencias y se puso su precioso traje verde adornado con su más preciada joya, un broche de diamantes que se había comprado con los primeros beneficios que dio su empresa.

Al salir de la casa, vio a su hermano en el camino.

– Olivia, me ha dicho Jaime que vaya a por la niña. Dime tú ¿qué hago y qué vais a hacer vosotros?

– Vamos a retomar nuestra vida. Ve a por Julia está en la casa del pueblo, si la señora no te deja coger sus cosas déjalo todo. Pero por favor, cuídala mucho hasta que volvamos, no dejes que a ella le suceda nada, te lo ruego.

El joven asintió con su cabeza, mientras miraba como las personas que más apreciaba en la vida, se alejaban de él subidos en aquel coche.

CAPÍTULO 9

Los tres estábamos en silencio, escuchando como Luis, con lágrimas en los ojos, recordaba la última vez que había visto a sus hermanos. Carmina llegó hasta nosotros y al ver el silencio que se había instaurado, hizo un carraspeo con su garganta, obteniendo la atención de los presentes.

– Es ya un poco tarde para usted D. Luis ¿vamos a la cama?

El tío Luis había quedado exhausto después de relatar todos sus recuerdos y asintió con su cabeza.

– Se fueron juntos, eso fue todo —dije yo, mirándolos.

Mi abuela dio un largo suspiro, se dirigió hacia la mesa y tomó un sorbo de vino.

– ¡Venga, sentaros, vamos a cenar! Se está estropeando todo.

La velada fue agradable, aunque la historia que acabábamos del escuchar nos había dejado un poco apáticos. Así que la conversación giró acerca de cosas vanas e incluso salió el tema de la boda del sábado. Cualquier cosa menos volver a lo que nos había entristecido. Y en cuanto acabamos, mi abuela se retiró a acostarse, despidiéndose educadamente de Jorge y de mí con un beso.

Nosotros aprovechamos ese momento a solas y nos tumbamos en la hamaca del porche, aunque con perrita incluida.

Después de darme un largo beso, Jorge se quedó mirando las estrellas.

– Se ha puesto muy triste tu abuela ¿verdad?

– Todos nos hemos sentido así. Creo que en el fondo ella pensó que algo les había sucedido y que por ese motivo no habían vuelto. Supongo que cuando el tío Luis vio que no volvían, regresaría a Madrid con mi abuela a vivir con Albert.

– ¿Crees realmente que tu abuela era hija de Jaime?

– Sí, y en el fondo sé que ella también lo sabe. Pero le duele tanto pensar que ellos no la quisieron que por eso no lo reconoce.

Se abrazó a mi cuerpo y dio un suspiro.

– Qué bien se está aquí ¿verdad?

– De maravilla, y mejor con una compañía tan increíble —lo sentí sonreír—. Dime,

¿has podido dejar las cosas listas en tu trabajo para poder tomarte el día libre mañana?

– Ahá.

Lo miré esperando que prosiguiese hablando, pero viendo que lo único que hacía era sonreír mientras miraba las estrellas, insistí:

– ¡¿No me vas a contar lo qué vamos a hacer?!

– ¡Noooo! quiero que sea una sorpresa —empezamos entonces con nuestros juegos e intenté sacarle información haciéndole cosquillas y "juro por mi madre" que verlo reír de esa manera tan relajada me hizo sentir totalmente feliz. Para poder zafarse de mí, me besó tan fuerte que casi me corta la respiración y ese beso llevó a otros y a sus caricias, hasta que nuestros ánimos se calmaron, acariciando mi cara, se quedó mirándome y escuché como su vos me devolvía al momento—: En serio Olivia, no he sido más feliz en toda mi vida al lado de ninguna otra mujer.

– Que exagerado eres.

– No es exageración. Me levanto y me acuesto pensando en ti y lo peor de todo esto es que en mi oficina se creen que me he vuelto idiota, no puedo dejar de sonreír en todo el día.

– Eres genial y me haces sentir de maravilla. Escúchame, por favor no quiero que te enfades con lo que voy a decirte, pero no le pongas etiqueta a esto que tenemos. Vamos a pasarlo bien el tiempo que estemos juntos y punto —me separó de su cuerpo y levantó mi cara para que pudiese mirarlo a los ojos.

– Dime que no sientes tú lo mismo.

Apoyé la cabeza en su pecho evitando su mirada.

– Claro que me siento feliz a tu lado ¿es que acaso no se me nota? Pero ya te lo dije, en este momento no quiero atarme a nadie.

– Bueno, no te cierres. Después de lo que te tengo preparado para mañana no vas a querer separarte de mí en toda tu vida, te lo aseguro.

Di una carcajada tan grande al escucharlo que tuvo que silenciarme a base de besos de nuevo, para no despertar a todos los de la casa.

Estuve expectante durante toda la noche, era una mezcla de nervios e intriga, tenía tantas ganas de volver a estar con él, ojalá no nos hubiésemos separado aquella noche, así que a primera hora ya estaba lista esperándolo. Bajé hasta la cocina y allí me encontré con mi abuela.

– ¿Te vas?

– En cuanto llegue Jorge. Pero no me preguntes dónde, porque no ha habido modo de hacerle que me diga dónde vamos.

ya!

– Me gusta ese muchacho.

– Y a mí —escuchamos el motor de su coche entrando de camino a casa— ¡Ahí está

– Olivia, espera cariño.

– Dime abuela.

– Cielo, ten mucho cuidado —asentí con la cabeza y me despedí de ella con un beso.

Sabía que había sufrido tanto como yo con todo lo sucedido ese tiempo atrás y que a ella tampoco le había desaparecido el miedo, cada vez que nos enfrentábamos a algo nuevo.

No le di tiempo ni a que se bajase del coche, vi que mi abuela había salido detrás de mí, me volví y le dije adiós con la mano.

– Buenos días, preciosa —nos saludamos dentro del coche con un beso. Enseguida se interesó por si había seguido al pie de la letra todas las instrucciones que me había dado la noche anterior—. ¿Llevas tu documentación como te dije?

– Sí, la llevo.

– ¿Zapatos cómodos? —levanté mi pierna para que viese mis zapatillas de deporte—

¿Y bañador? —entonces le mostré el tirante de mi biquini (menos mal que me había dado por echarlo, por si mi abuela había preparado la piscina, porque lo que es en Sevilla poco mar iba a encontrar).

– Bueno, ya puedes decirme dónde vamos ¿te parece?

– No, antes dame otro beso —lo miré a los ojos y no pude remediarlo, el corazón pareció saltar dentro de mí, y lo besé. Lo besé con toda mi alma. Jamás nadie me había hecho sentir tan bien.

Arrancó el coche y ni siquiera insistí en que me dijese a dónde nos dirigíamos. Realmente, estando con él no me importaba. Pero mi sorpresa fue en aumento cuando lo vi llegar al aeropuerto de Sevilla. Bajamos hasta la pista pequeña, cuando vi la avioneta a la que nos dirigíamos me reí con todas mis ganas. Él me miró algo perplejo.

– ¿Qué sucede?

– Desde que las chicas me dijeron que pilotabas, me he preguntado cuanto tardarías en presumir de ello y dártelas de listillo delante de mí —me dio un empujón cariñoso en el brazo.

– Eres muy graciosa.

– ¡Venga, vamos! Si es una broma. Estaba loca por verte pilotar —me encantaba verlo sonreír con aquella timidez que no hacía nada más que confirmarme lo buena persona que me parecía—. Ahora sí, dime dónde vamos.

– ¿Has visitado alguna vez Tánger en Marruecos?

– No, no he estado nunca allí.

– Te va a encantar, ya verás.

Lo que realmente me encantaba era estar subida en aquella pequeña avioneta con su compañía, sus besos y su risa. Por primera vez, después de mucho tiempo, sentí desde allí arriba, que todo era pequeño, parecía increíble que apenas unas horas antes mis problemas me hubiesen parecido tan grandes y respiré aLiviada, como si nada valiese la pena tener porque preocuparse.

Sobrevolamos la ciudad, hasta llegar a la pista de aterrizaje del aeropuerto de Tánger. Al bajarnos un coche nos estaba esperando, un hombre me llamó la atención por lo alto que era y con un marcada acento francés nos recibió:

– Bienvenido M. Rivera, me alegro de volver a verlo.

– Lo mismo digo M. Abban. Olivia dale al caballero tu documentación.

En seguida saqué de mi bolsa mis documentos y se los entregué. El hombre se dirigió de nuevo a Jorge:

– En su correo me explicaba que solo era una visita de turismo durante el día de hoy. Entonces ya dejaremos para otra ocasión una de nuestras visitas “educativas”.

– Sí —lo miré, frunciendo el ceño. Pero él aprovechó que aquel extraño hombre estaba comprobando la documentación, me cogió por la cintura y me susurró al oído—: Está confundiéndome con mi hermano, te lo aseguro.

Lo miré por encima de mis gafas de sol y con expresión de “me lo creo” le respondí

escuetamente:

– ¡Ya!

Después de aquel pequeño “incidente”, nos dirigimos en el coche

hasta *la Maison Hassani* un *riad*, en la medina, cerca de la *Kasba*. En la misma puerta una mujer encantadora llamada *Najat*, saludó a Jorge como si de alguien de su familia se tratara y nos invitó a pasar. Mientras llegábamos hasta la terraza le dije en un tono algo irónico:

– No sé por qué me da la impresión de que no es la primera vez que haces este viaje.

– No seas mal pensada. Es verdad que he venido en muchas ocasiones, cuando era pequeño, con mi familia a pasar las vacaciones. Pero lo de las visitas "educativas", es siempre cosa de mi hermano, te lo prometo. Yo ahora me escapo aquí, solo cuando necesito descansar del mundo y poner mis pensamientos en orden, ya verás cómo te gusta tanto como a mí este sitio.

Subimos hasta la terraza de la azotea, y tal y como me prometió, nos tenían preparado un desayuno típico: con tortillas, una cantidad inimaginable de mermeladas, y té verde, todo preparado por ellos mismos. Aquel lugar tenía un encanto especial, con una decoración típicamente árabe, pero con comodidades occidentales. Cerca de la medina, adornado con el reposo que daban unas vistas tan relajantes de la ciudad.

– Había pensado dejar aquí la ropa para cambiarnos luego y así no tendremos que ir con los bolsos de un lado a otro. Ahora podemos dar una vuelta por la ciudad, antes que haga más calor y después bajar a la playa. Conozco una cala que te encantará y luego al atardecer voy a llevarte a uno de mis lugares preferidos en el mundo ¿te parece?

– Hoy me parece todo bien. Te dije que era tú día y podemos hacer todo lo que quieras.

– ¡Entonces vamos a olvidar todo lo que te he dicho, vamos a coger una habitación y nos quedamos todo el día aquí mismo!

Me reí con tantas ganas, que debí parecerle una exagerada. Pero no era exageración, era tan feliz que me nació dar aquella enorme carcajada. Se acercó a mí, silenciándome a besos. Cogió mi cara entre sus manos y sonriendo me dijo:

– Es que me encanta verte reír de ese modo. Es cuando de verdad te muestras tal y como eres, sin intentar aparentar ser nada más y sobre todo sin ver esa sombra de preocupación que a veces se reflejan en tus ojos.

– Ni yo misma me lo puedo explicar, te juro que cuando estoy contigo me siento justo como me gustaría estar siempre. Olvidándome de todo lo malo que pasó y con ganas de pasarlo bien a tu lado.

– Sé que no te gusta que te hable de mis sentimientos, pero Olivia, me estoy enamorando de ti como un loco.

– No puedo enfadarme cuando el hombre más maravilloso del mundo me dice algo así. Y hoy tampoco quiero pensar en nada más, me gusta saber lo que sientes por mí y por primera vez en mucho tiempo creo que puedo confiar en alguien.

Después de una preciosa sesión "terapéutica" de besos y caricias, dejamos las bolsas con la ropa que habíamos llevado para cambiarnos e hicimos un tour turístico por aquella enigmática ciudad.

Lo primero que visitamos fue la *Medina*, una de las más grandes del país, con sus calles estrechas, casas tradicionales, preciosos patios, jardines, un mirador con bonitas vistas al mar… Pero lo que más me llamó la atención del sitio era el particular bullicio de esa ciudad, que, a pesar del natural jaleo, la gente se paraba a hablar unos con otros, ojeando los productos que se vendían en los bazares al aire libre. Nadie parecía tener prisa por llegar a ninguna parte, el estrés era cero. Así que nuestra mañana de compras fue estupenda. Más tarde fuimos a comer a un curioso restaurante llamado "*Darna*", me gustó ver como de nuevo lo saludaban con cariño. En cuanto nos sentamos, Jorge quiso explicarme porque habíamos ido hasta allí:

– Quizás te hubiese gustado ir a alguno de los maravillosos restaurante de lujos de esta ciudad, pero perdóname la licencia de haberte traído aquí para comer, ya verás como no te importa en cuanto pruebes su comida.

– Desde luego, el sitio es lo de menos. Pero me intriga mucho que hayamos venido hasta aquí, es bonito, pero algo modesto para el nivel de vida que estoy segura tú acostumbras. Dime, ¿qué tiene de especial este sitio para ti?

– Para empezar, aunque sólo podamos comer el menú del día, vas a probar el mejor cous-cous de tu vida, y con la pequeña aportación que hacemos por el pago de la comida, contribuimos a realizar una función social, ya que se trata de un local regentado por una asociación de madres solteras (mujeres que, siendo honesto, no disfrutan de una vida demasiado cómoda en Marruecos).

Me pareció un gesto maravilloso y a pesar de un precio verdaderamente modesto, es verdad que comimos de maravilla. Pero todavía me pareció un hombre más especial cuando vi, que, con disimulo, les dio a las chicas una propina muy superior al precio que costaba la comida.

¡¿Decidme que más podía pedir?! ¡Si es que era totalmente completo!

Luego bajamos a refrescarnos a una de sus maravillosas playas. Como una niña pequeña no me atreví a bañarme hasta bien pasada una hora, esta vez de verdad hubiese sufrido un corte de digestión, no recordaba haber comido tanto en toda mi vida. Así que en cuanto toqué la arena, caí redondita "panza arriba", no le di tiempo a Jorge ni a un arrumaco y hasta me parece que ronqué…sí, creo que ronqué.

Ya recuperada del cansancio y la digestión conseguimos darnos el tan ansiado baño, aunque más que por el calor para calmarnos la temperatura corporal. Jorge me había vuelto a despertar a besos, y aunque allí no está para nada bien visto las muestras afectivas en público, nos metimos en el agua para poder acariciarnos sin demasiadas miradas indiscretas. Ya casi al atardecer, fuimos dando un paseo por la playa y llegamos hasta el lugar que para él era tan especial:

– ¿Qué te parece?

¡Era increíble! Desde dentro de aquella gruta se podía ver el atardecer más indescriptible que jamás podría haber contado. Las vistas eran maravillosas, eran un conjunto de luces naranjas y rosadas sobre aquel cielo, que contrastaban con el azul profundo del mar, dando la explosión de luces más inenarrables. Parecía un cuadro pintado por el mismísimo *Albert Bierstadt*. Por un momento quedé perpleja, sin palabras, no era capaz de articular sonido ante la belleza del paisaje. Hasta que ya por fin cogí aliento y tan solo me nació una exclamación:

– ¡Esto es precioso! ¿Dónde estamos?

– En la gruta de las columnas de Hércules: Cuenta Plutarco que, durante su estancia en ese límite del mundo conocido, Hércules (o Herakles, para ser exactos) separó Europa de África y mató al gigante Anteo, hijo de Poseidón y Gea, casando a la hija del fallecido **Tingi**, con su propio vástago. En el nombre de ella se adivina el origen de la actual y enigmática ciudad de **Tánger**, en Marruecos.

Creo que mientras lo escuchaba, ni siquiera parpadeé. Lo miraba tan embobada, como hacía unos segundos había mirado ese paisaje. Respiré profundo y todavía llena de fascinación le respondí:

– Te prometo que cada vez me sorprendes más, no eres para nada el tipo de hombre al que estoy acostumbrada, los chicos con los que he salido han sido siempre tan superficiales,

me parece tan bonito que estés pendiente a tantos detalles, pero ¿sabes? los que de verdad me gustan no son los que tienes conmigo, sino con los demás —agachó sus ojos, como si mis palabras lo avergonzasen. Cogí su cara con mis dos manos y lo besé en los labios profundamente, separé mis labios de los suyos y sonriendo proseguí—: No creo que jamás haya besado a nadie en un lugar más bonito.

– Yo en cambio, creo que lo que jamás he hecho ha sido besar a nadie tan increíble como tú.

Y abrazados, prácticamente en silencio, de ese modo en que las palabras sobran, porque te sientes tan a gusto al lado de la persona que va a tu lado que no necesitas más, llegamos de nuevo hasta el hotelito donde habíamos desayunado aquella mañana y donde dejamos las bolsas con nuestras pertenecías.

La hermana de *Najat* era quien estaba en el mostrador en ese momento. Al vernos, saludó de una forma encantadora a Jorge, dándole sus bendiciones. Él le respondió a su ritual:

– Gracias *Fatíma* por permitirnos entrar en vuestra casa.

– Sabes que es un placer teneros entre nosotros. Mi hermana les ha preparado la suite y sino han cenado aún, esta noche tenemos el mejor cordero con dátiles que hayan comido jamás.

– Cuanto lo sentimos, pero no teníamos pensado pasar la noche aquí —entonces me miró y se dirigió a mí— Por qué no teníamos previsto quedarnos ¿no es así?

Lo pensé durante un segundo, y pasar esa noche con él, en un lugar tan mágico, me parecía el mejor de los marcos para rematar ese día.

– No. Pero las cosas que ocurren cuando no están previstas son las que más me gustan —se dibujó de nuevo una preciosa sonrisa en su cara y se dirigió de nuevo a ella:

– Deme la llave de esa habitación y por favor ¿pueden subir la cena dentro de una media hora…o mejor, en una hora? —No pude aguantar la sonrisa, él se acercó a su amiga y en voz muy baja le dijo—: sé que no servís vino, pero si por casualidad tuvieseis una botella de ese, digamos…*Vega Sicilia* tan especial, que tienen para "cocinar", les quedaría eternamente agradecido.

La muchacha sonrió de una forma cómplice y asintió con su cabeza.

La habitación que nos asignaron no era muy grande, pero era preciosa. Tenía una cama redonda, limpia y abrigada, con una decoración autóctona y elegante. Mi sorpresa fue al entran en el baño, con una tina redonda enorme que invitaba a relajarse después de aquel maravilloso paseo por la Medina y los zocos.

En cuanto entramos me abrazó desde la espalda.

– Te prometo que la próxima vez que estemos juntos voy a llevarte al mejor hotel del mundo, debes pensar que soy un poco rata, en vez de llevarte a los sitios que tú mereces, mira donde te he traído —me volví y lo besé con dulzura en los labios.

– Este sitio es precioso, para mí lo más importante no son los lujos, la vida que a mí me gusta son las que hacen todas estas pequeñas cosas importantes, hemos ido a lugares que para ti significan algo y eso no tiene comparación con el mejor de los palacios —él sonrió, mirándome lleno de ternura y me besó del mismo modo—. ¿Qué te parece si vas preparando un espumoso baño, mientras yo aviso a mi abuela que vamos a pasar aquí la noche, para que no se alarme?

– De acuerdo. Pero no tardes.

– Menos de cinco minutos, te lo prometo.

Mientras él entraba en el baño, me asomé al balcón, desde allí se veía la ciudad e incluso el mar, el anochecer era relajante, sus luces, sus sombras todo invitaba a cerrar los ojos y pensar que estabas dentro de un cuento. Sentí el tono de llamada que daba mi teléfono y antes del tercero, mi abuela me contestó:

- Cariño, empezaba a preocuparme. ¿Dónde estás?
- No te lo vas a creer abuela, estamos en Tánger. Este sitio es precioso.
- ¡¿En Tánger?! ¿Se puede saber que hacéis tan lejos?
- Era la sorpresa que me tenía preparada Jorge. Y no puedes hacerte una idea del día tan maravilloso que hemos pasado.
- Entonces ¿Cuándo vais a venir?
- Vamos a pasar aquí la noche. Mañana a primera hora regresaremos.
- De acuerdo cariño. Tened mucho cuidado.
- Claro abuela, un beso, te quiero.
- Y yo a ti mi cielo.

Colgué el teléfono y quedé en silencio, recreando en mi mente

todos los momentos agradables vividos a su lado. Sonreí, miré hacia dentro de la habitación y pensé: ¡Y los que me quedan por vivir!

Pasé al baño. Él ya estaba dentro, con su dedo me indicó para que fuese a su lado. Recogí mi pelo con el pasador sobre la cabeza. De una forma lenta fui acercándome, me quité la camiseta, bajé mis shorts y poco a poco fui despojándome del biquini hasta quedarme desnuda.

– Eres lo más bonito que he visto en mi vida.

Sonreí y me metí en la bañera de espaldas a él, reposando mi cabeza sobre su pecho, (era obvio que mi pequeño estriptis le había excitado y "mucho", tuve que acomodarme un poco a un lado, sino quería que la fiesta empezase al momento).

– Esto es la gloria —cogió un poco de agua con la esponja y comenzó a derramarla sobre mi cuerpo —después de unos segundos de silencio, él me hizo una extraña pregunta:

– Preciosa, ¿tomas algún anticonceptivo?

Abrí los ojos al escucharlo, extraña pregunta después de todas las veces que habíamos hecho el amor.

– ¿Por qué me preguntas eso? Hasta ahora siempre hemos usado preservativo.

– Por eso te pregunto, quiero hacerlo contigo sin nada. Me volví, apoyándome sobre su cuerpo.

– De eso nada guapetón, no te voy a dar una sola pista si tomo algo o no, así estamos bien protegidos los dos.

Él sonrió y apartó un mechón de pelo de mi cara.

– Quiero sentirte sin ninguna barrera, de este modo no es lo mismo.

– ¡A mí me lo vas a decir! Pero Jorge, por supuesto que no dudo de ti, pero nunca se sabe, hay una cantidad horrible de enfermedades que se pueden transmitir por una tontería así y te marcan para toda la vida, es algo que me da pavor, y en cambio con una simple analítica se pueden prevenir muchos problemas.

– ¿Entonces me va a costar un análisis antes de hacerlo bien?

– ¡Yo puedo enseñarte los míos cuando quieras, tú hazte uno bien completo, y luego hablaremos!

– Entonces… lo de hacerlo ahora aquí dentro va a estar difícil.

– Todo es cuestión de imaginación, se pueden hacer muchas otras cosas ¿no te parece?

Él sonrió de un modo pícaro. Y me abrazó con fuerza, deslizando sus manos por mi cuerpo, hasta agarrarme con fuerza el culo.

– ¡Imaginación al poder!

Y poco a poco nuestro baño se convirtió de nuevo en uno de nuestros excitantes juegos de amor, donde, desde luego, ni nuestra imaginación ni nuestras bocas tendrían límites.

Cenamos más tarde y durante casi toda la noche nos amamos con ansias, sin saciarnos el uno del otro, casi diría con desesperación, su lengua no dejó un solo lugar en mi cuerpo sin acariciar, mis manos tenían la necesidad de apretar y sentir su carne.

Nuestro clímax llegaba de un modo brutal, haciéndonos sentir tan uno del otro, que no había límites que marcasen la pausa.

Creo que los dos sabíamos en el fondo que esa relación tendría un fin y queríamos apurar hasta el último de nuestros sentimientos.

Ya amaneciendo, lo escuché llamarme de nuevo:

– Preciosa, ¿estás despierta?

– Sí, solo estaba disfrutando de esta paz.

– No me extraña, con la guerra que has dado.

– ¡Ehh! —Le empujé, golpeándolo en broma— No he sido yo quien ha despertado al otro tres veces durante esta noche.

– ¡Pero tampoco ponías ninguna resistencia a comenzar de nuevo! —Me abracé con fuerza a su cuerpo y él respondió del mismo modo —. Conozco tu cuerpo de arriba abajo, ahora quiero saberlo todo sobre tu vida.

– Eso es una tontería, perderíamos la magia que da el no saber cada cosa del otro.

– Bueno, entonces cuéntame solo lo que sea más importante.

– Vamos a ver, así resumiendo: Nací en el seno de una familia con bastante buena posición, mi infancia fue muy feliz, más tarde me licencié con unas magníficas notas, he salido con algunos chicos, pero sin éxito. ¡Ahh eso sí! creo que las lecciones de vida más importantes me las dieron mi familia, mientras mi abuela y mi padre se empeñaron en enseñarme a vivir apreciando las cosas de la vida que se pueden conseguir sin dinero, mi madre y hermano me mostraron todo lo que se puede conseguir teniéndolo. Y así grosso modo eso fue todo.

– ¡Eso no es todo! Te has saltado muchas cosas importantes.

– No seas más bobo, ¿Qué más quiere que te cuente?

– Por ejemplo, lo de tu accidente.

– Jorge, déjalo. No quiero hablar de aquello, fui una estúpida, me avisaron un millón de veces del peligro y como siempre, no quise hacer caso a ningún consejo que me dieron. Pero te lo ruego, fue muy doloroso, no quiero recordarlo.

– Ni siquiera vas a contarme qué sucedió.

– Preferiría no hacerlo ahora, cuando esté preparada lo haré ¿de acuerdo?

Él asintió con la cabeza, y simplemente me abrazó. Yo cerré los ojos buscando su calor, solo recordar lo vivido, volvía a dolerme del mismo modo. Unos momentos después me besó en la frente y me sacó de ese estado de felicidad en el que me encontraba a su lado.

– Siento ser de nuevo el que estropee el momento, pero tenemos que volver a la realidad. Y mi realidad es que tengo que acudir a todas las reuniones que aplacé ayer, más las que tenía previstas para hoy.

– Te odio. Me ofreces el paraíso y me lo quitas de las manos en cuanto me descuido.

Él sonrió y me besó de nuevo.

– Hubiese preferido que me dijeses que me amabas, pero bueno, del amor al odio dicen que solo hay un paso ¿no? ¡Ahh antes que se me olvidé! Llamé a Joaquín — levanté un poco la cara, preguntándole por quien me hablaba—. Es el amigo que se casa el sábado, le dije que iría acompañado contigo.

—Jorge, aún no sé…

– Espera un momento cariño, no me regañes. Pero me resisto a pensar que te irás y no volveré a verte.

– Eso no tiene por qué ser así, es verdad que no nos podremos ver a diario, pero estoy segura de que buscaremos el modo de no perder el contacto.

Sentí como sonreía.

– Hace unos días te negabas por completo a replanteártelo y hoy ya piensas que habrá modo de seguir viéndonos ¿ves, te dije que te convencería? —Acoplé mi cuerpo al suyo y sentí como un pequeño gemido salía directamente de su garganta — ¿Esto qué es, para que me calle?

– Sí, y si dejas de decir tonterías tendrás mucho más.

– ¡Ohh, sabe Dios que no hay nada que me gustase más! Y te prometo que si pudiese no habría modo de detenerme, pero preciosa, sino asisto a esa reunión mi hermano me matará con sus propias manos.

Me separé de su cuerpo tomando aire y quedando bocarriba, yo mejor que nadie sabía lo agobiante que podía ser trabajar con la familia.

Se levantó y mientras se dirigía hacia el baño me quedé mirando su cuerpo. Era lo justo en todo, musculoso sin llegar al exceso, sus piernas bien formadas y su culo,

¡madre mía! Era totalmente perfecto.

Él se volvió al sentirse observado y me miró:

– ¿No me digas que eres una pervertida mirona?

– Sí, contigo me encanta serlo —entró en el cuarto de baño, riéndose con todas sus ganas.

Y como todo lo bueno acaba pronto, en poco tiempo estábamos de vuelta en nuestra realidad en el aeropuerto de Sevilla. Desde allí mismo cogimos su coche y de vuelta a la casa de mi abuela. Antes de despedirnos Jorge me preguntó:

– No sé con seguridad a la hora que terminaré hoy, ¿nos vemos a las ocho en mi casa para cenar?

– Si te soy sincera no me hace demasiada gracia esa cena con tu familia. Tu madre

me pareció un encanto, pero tu hermano…

– Mira, esto es como las tiritas, contra más rápido no la quitemos será mejor. Sino mi madre estará insistiendo hasta el último día para que vengas a casa y por mi hermano no te preocupes, dirá un par de estupideces y se acabó —hice un mohín con mi boca y él sonrió — me gusta cuando pones esa expresión de niña pequeña que no quiere hacer algo. Dime que vendrás, aunque sea con ellos, no aguantaré sin verte hasta mañana.

Aunque a desganas le contesté:

– Está bien, pero me tienes que prometer una cosa.

– Lo que tú quieras.

– Por muy estúpido que se ponga tu hermano, pasarás de todas sus tonterías y no discutirás con él.

Ahora fue él quien puso una expresión de disgusto en su cara.

– Lo intentaré, solo puedo prometerte que lo intentaré.

– Por lo pronto es suficiente. Ven, dame ahora un millón de besos para que no te pueda echar de menos el resto del día — y un millón no, pero uno que valió por todos ellos juntos, sí que me dio.

Ya dentro de casa, busqué a mi abuela por todos lados y de nuevo su perrita fue la única que me recibió, pasé hasta la cocina, por fin encontré a Carmela trasteando con las cosas de limpieza.

– Buenos días, ¿sabes por dónde anda mi abuela?

– Buenos días para ti también. Sí, está en el laboratorio del invernadero.

– ¿Todo bien por aquí?

– Bueno, Don Luis no anda demasiado bien, ayer tuvo que volver a visitarlo el médico. Cada día está más apagado.

– Pobrecito, son ya muchos años los que tiene. No sé si mi abuela hizo bien sacándolo de la residencia.

– Yo creo que sí, a pesar de todo, en sus momentos de lucidez, él es feliz aquí, en su casa y

con ella.

Pensé que quizás tenía mucha razón, era bueno para él pasar lo que le quedara de vida en un entorno conocido. Me dirigí hacia el laboratorio, y allí enredada entre sus frascos de aceites vi a mi abuela.

– Me encanta verte trabajando. ¿Qué estás haciendo ahora que huele tan bien?

– Ven, ponte un poco en tu mano, es una mezcla a la que también le he puesto azahar y jazmines. Las flores de esta tierra son la mejor esencia.

Olí la gota de aceite, su olor era soberbio. Lo unté en mi mano y además del aroma que desprendía, en unos momentos había dejado mi piel totalmente tersa.

– ¿Cuándo has creado esta fórmula?

– La he sacado de este viejo libro. De pronto se le iluminó una lucecita al tío Luis y de uno de sus baúles lo sacó, dice que era de mi madre. ¡Olivia, tiene unas fórmulas maravillosas, no puedes hacerte una idea, son como las nuestras pero mejoradas al cuadrado!

– Esa mujer era un genio.

Ella se quitó sus gafas y me miró. Cariño, estás preciosa.

– Y sin necesidad de ninguna crema, no creo que exista un potingue mejor para la piel que la felicidad plena.

Ella abrió sus brazos.

– Ven aquí y dame un beso enorme. Me importan “tres pitos” lo que su familia hiciera a la nuestra, él te hace feliz y no hay nada en el mundo que me importé más —me abracé con todas mis fuerzas a ella, y con nuestras mejillas pegadas le abrí mi corazón:

– No lo sabes tú bien, abuela. No se lo he querido reconocer, porque me da mucho miedo admitirlo, pero creo que me he vuelto totalmente adicta a él. Ya ni siquiera quiero volver al trabajo. Le dije a papá que acortaría mis vacaciones para preparar lo necesario para mi viaje. Pero no tengo ganas de ir, él también volverá pronto a Francia y quisiera apurar hasta el último momento de poder estar juntos. Por otro lado, no consigo que se vaya de mí este temor, mira si me estuviese equivocando de nuevo, con el otro también era todo perfecto al principio y luego fíjate como acabó.

– Nena, la vida se vive aprendiendo de los errores que cometemos. ¿Cuántos seres vivos has conocido que no se haya equivocado por lo menos una vez en su vida? A nadie ¿verdad? Y es porque ese ser no existe. Te equivocarás mil veces más, pero a la mañana siguiente te levantarás y el problema será cada vez más pequeño o le darás

menor importancia. Lo malo está en no intentarlo por miedo al fracaso, de ese modo no merece la pena vivir, ¿para qué?

– Tienes razón, siento que de verdad quisiera intentarlo con él.

– Pues adelante, cómete el mundo y enfréntate a cualquier cosa, no hay nada que te haga más fuerte que luchar por que tu vida esté llena de amor.

– Abuela, te quiero tanto.

– Y yo a ti, mi vida. Por eso voy a dejar en tus manos el mayor tesoro que me pudo dejar en herencia mi madre. Por favor ¿cuándo vuelvas a casa puedes llevar este libro a un restaurador? Me he pasado toda la noche copiando las fórmulas que están legibles, pero mira, la tinta se ha corrido y muchas de sus páginas se han pegado. No quisiera perder nada de lo que está escrito.

– De acuerdo, lo guardaré enseguida en mi maleta para que no se estropeé, en cuanto lo transcriban te lo enviaré. Ahora dime, ¿cómo convencemos a mi padre para que me deje quedarme hasta el domingo?

– Eso déjalo de mi mano, yo me encargaré.

Sonreí al escucharla, sabía que era la única capaz de manejarlo como si todavía fuese un niño pequeño y no el director general de una de las principales empresas de cosméticos del mundo.

– Y ahora, sino te hago falta, ¿te importa que me dé un baño y me acueste durante el resto de la mañana?

– Mucho insomnio me parece que estás tú sufriendo últimamente. ¡Vamos a ver si cuando salimos por ahí, dormimos un poquito más!

Sin poder aguantarme la risa le contesté:

– ¡Abuela!

Solo el olor de la comida me hizo despertar, estaba agotada, pero feliz, todo lo que había vivido en esos días era la mejor manera de cansarse. Me puse uno de mis vestidos ligeros y bajé hasta el comedor.

– ¿Quedan algunas migajas de pan para una pobre hambrienta?

– ¡Por fin se despertó la bella durmiente! ¡Sírvete un poco de puchero! —ya hacía algo de calor para uno de los famosos pucheros de mi abuela, pero aquello olía de maravilla y aquel caldo me devolvió a la vida.

– Nadie sabe hacerlo como tú.

– ¿Y cómo sabes que he sido yo y no Carmela? —entre cerré los ojos, mientras ella no podía aguantar su sonrisa. No hay nada mejor en el mundo que el sabor de la comida de nuestras madres.

– Abuela, la madre de Jorge me ha invitado a cenar esta noche —el ceño fruncido de mi abuela me hizo ver que no era la mejor de las ideas—. Tampoco parece que a ti te emocione demasiado ¿no es así?

– No es solo eso, ¿estará allí Bruno?

– Me temo que sí, está aún convaleciente.

– Solo te pido que tengas mucho cuidado con él.

– Si te soy sincera, esta vez te daré la razón, me da algo de miedo no saber manejarlo.

Ella cogió mi mano y la apretó con fuerza.

– Olivia, eres la mujer más fuerte que conozco. No te vas a dejar amedrentar por otro estúpido engreído ¿no es así?

– Algo parecido le dije a Jorge que hiciese con su hermano, pero ahora veo que dar consejos es lo más fácil del mundo cuando no somos nosotros los que sufrimos las consecuencias.

– Bueno cariño, otra opción es que declines esa invitación.

– Creo que eso le dolería. Pienso que lo mejor es asistir a esa cena con la mejor disposición posible y acabarla cuanto antes.

– ¡Esa es mi niña! Oye, hablé con tu padre, no le ha hecho demasiada gracia que no salieses hoy mismo para Madrid, pero al final ha accedido a que estés el lunes a primera hora en la oficina.

– Eres la mejor abu.

El resto de la tarde la pasamos las dos metidas en el laboratorio, desde pequeña la había acompañado tanta veces allí dentro, esa era de verdad mi vocación y no el aburrido mundo de las financias donde quiso mi padre que me desenvolviese. Llegaba la hora de ir a cenar, creo que me entretuve más de lo necesario porque me resistía a subir a arreglarme, las ganas seguían sin aparecer y tuvo que ser mi abuela quien me animase a subir a cambiarme.

– Cariño, son más de las siete.

– Espera, termino esta mezcla y ya voy.

– Olivia, déjalo ya cariño, por más que intentes retrasar el momento va a llegar. Sube y ponte tan guapa como tú sabes.

Di un par de patadas al suelo y poniendo cara de “berrinche” le contesté:

– No quiero ir Abu. Llámalo y di que me he puesto mala o mejor, que el pobre del tío se siente mal y me he ido con él al médico.

– ¡Olivia Arranz, haz el favor de no hacer pataletas y sube ya a tu habitación!

Dejé el bote que tenía en mis manos, casi arrastrando los pies y sin dejar de balbucear salí del laboratorio. Me probé prácticamente toda la ropa que había llevado, pero nada me convencía demasiado. Al final opté por un top a rayas azul y blanco y un pantalón acampanado blando, recogí mi pelo con una coleta alta y me maquillé de una manera suave, aunque antes de salir lo pensé mejor y cambié mi

pintalabios por un rojo intenso. ¡Qué “narices” iba a ir a por todas!

– Así está mucho mejor, se te ve preciosa

—Abuela, no recuerdo muchas situaciones tan incómodas como esta.

– Ya verás cómo al final todo va a ir bien. Tú sabes cómo ganarte a la gente. Le di un beso y de nuevo me abracé a ella.

– ¡Abu, no dejes que me vaya!

– ¡Venga, no seas más pesada! Estoy segura de que al final no tendrás ganas de volver a casa.

– Lo dudo, pero tienes razón, ¿verdad? tengo que irme ya —lo decía, pero mis pies no se movían, mi abuela tuvo que arrastrarme hasta la puerta para que saliese de su casa, puso las llaves del coche sobre mi mano y después de un beso en la mejilla me empujó para que me decidiese a irme.

Durante todo el viaje iba ensayando mi comportamiento y las palabras exactas que les diría para no “pecar” de listilla, ni parecer una tonta. No había vivido en muchas ocasiones las cenas familiares de mis ex, y las pocas que tuve, fueron… “pasables”, dejémoslo ahí. Y el peor de mis presentimientos se hizo realidad, Jorge no estaba esperándome y el que para mi sorpresa abrió la puerta de mi coche, nada más llegar, ofreciéndome su mano para ayudarme a salir, fue Bruno. Era un hombre realmente atractivo, elegante, esa incipiente barba para nada le hacía tener la cara aniñada que poseía su hermano y por supuesto, carecía de esa preciosa sonrisa que me volvía loca.

– Señorita, no me extraña que mi hermano haya perdido totalmente la cabeza por usted está preciosa Olivia.

– Muchas gracias, Bruno, pero por favor ¿le molestaría llamarme Livi? Todos mis conocidos lo hacen así —cortésmente me ofreció su brazo y me agarré a él para no hacerle un desaire.

– Perdone, me pareció que mi hermano cuando hablaba de usted con mi madre la llamó Olivia.

– Sí, pero porque él se empeña en llamarme de ese modo, pero yo prefiero que me digan Livi —en vez de dirigirnos hacia la casa, comenzó a andar camino a las cuadras—. Discúlpeme, ¿no vamos a entrar? Supongo que nos estarán esperando.

– ¿Le importa que caminemos un poco? Salía justo en este momento a estirazar los músculos, estoy cansado del maldito reposo y mi familia aún no ha llegado. Mi hermano quedó en pasarse al terminar su trabajo por la fundación para recoger a mi madre y traerla

a casa. Pero no se preocupe, todo estará listo para una suculenta cena, muchas veces creo que, si no fuese por Carmen, no hubiésemos sobrevivido ninguno en esta casa.

– Créame, realmente lo que menos me importa es cenar. Y me parece bien dar un paseo, estuve toda la tarde metida en el laboratorio con mi abuela probando unas nuevas fórmulas para unas cremas y necesitaba tomar algo de aire.

– Con razón huele usted de un modo tan maravilloso.

– Gracias de nuevo. Me apasiona ese mundo, mi padre siempre dijo que tenía una nariz mágica.

– Si tiene usted ese don para los olores, quizás la visita a las cuadras no haya sido la mejor de mis ideas.

– En absoluto, este sitio me gusta mucho, ya me lo mostró su hermano, a él le encanta —y recordando nuestra pequeña aventura de hacía unos días, también pensé que era uno de mis lugares favoritos.

– ¿Entonces supongo que le enseñaría el viejo laboratorio de mi bisabuelo? Estamos pensando en llevar todas las cosas a la casa grande del pueblo y hacerlo parte del pequeño museo que estamos creando allí.

– Es una bonita idea. Y sí, ya le digo que Jorge me enseñó todo esto. Realmente nosotros nos conocimos gracias a las fotografías que estaban aquí guardadas —me sentía segura a su lado mientras estaba con él al aire libre, pero hizo la intención de entrar en la vieja cuadra y todas mis alertas de peligro se pusieron en acción.

– ¿Por qué no volvemos a la casa? Quizás ellos hayan llegado ya.

Intenté detenerme, pero a pesar de que no soy una mujer pequeña, casi me perdía en su cuerpo, muy sutilmente comenzó a andar haciéndome retroceder unos pasos para evitarlo, y aunque era evidente por mi actitud que yo no quería seguir allí, continuó hasta que topé con una pared y me detuve, algo que le permitió acercarse a mí, más de lo que me hubiese gustado.

– ¿Acaso te da miedo estar conmigo? Te aseguro que no tienes por qué preocuparte, yo soy la versión mejorada de mi hermano. ¿Sabes?, me llamaste mucho la atención el día que llegué de mi viaje aún sin saber quién eras, en cuanto pude llamé al taller para saberlo, me sorprendió mucho que la vieja señora Candaus tuviese una nieta tan bonita, así que mi propósito para los próximos días era conocerte. Desafortunadamente mi frustración llegó a raudales al enterarme que mi hermano ya estaba saliendo contigo, fue entonces cuando te busqué en las redes sociales. Por cierto, guarda usted muy bien su intimidad señorita Arranz, creí que alguien así estaría siempre en las primeras páginas de sociedad — (si él hubiese sabido el trabajo que nos costó que todo el incidente vivido no transcendiese, no podría creérselo. Casi tuve que desaparecer por completo de cualquier cosa que tuviese una tecla) —. A pesar de que me fue difícil encontrar algo sobre ti, lo poco que vi me pareció muy interesante a la vez que muy enigmático. Aunque sobre todo pensé que eras el ser más bonito que había visto en mi vida. Me moría por conocerte y al verte la otra tarde se prendió la llama, ese rubor en tus mejillas y ese brillo en tus ojos me volvieron

loco, supe de inmediato que acababais de follar, los celos se apropiaron de mí cuando pensé que aún estarías llena de él —se acercó, rozando mi cara. El miedo se apoderó por completo de todo mi ser, era como si lo vivido años atrás hubiese vuelto a mi vida.

– Te…te lo ruego Bruno, no te acerques a mí.

– ¿Por? Vamos a ser sinceros, si lo que te atrae de Jorge es el dinero, yo tengo el mismo sino más, y por lo demás, la experiencia es siempre un grado. Solo te pido que pruebes, así luego podrás elegir —paseó sus manos por mi cuerpo, agarrándome por la cintura y me acercó a él con fuerza.

Yo, en vez de alejarme y defenderme, de nuevo mi cerebro me traicionó, dejándome totalmente paralizada. Sentí como sus labios besaron mi cuello, cerré los ojos con fuerza, totalmente en tensión, tenía ganas de llorar, pero hasta eso me impidió el miedo.

De pronto, un fuerte grito y un terrible empujón, hizo que se separara violentamente de mí.

– ¡¿Qué estás haciendo?! ¡¿Te avisé que no te acercases a ella?! ¡¿Dime, que coño estabas haciendo?!

– ¡Eh, para, para! ¡Tampoco ella ha puesto ninguna resistencia! ¿Quién eres tú, su nuevo caballero andante? ¡Te estaba haciendo un favor, tan solo estaba poniéndola a prueba! — pero Jorge no medió palabra y le dio un enorme puñetazo que hizo que su hermano perdiese el equilibrio, cayendo violentamente sobre la pared de madera, atravesándola incluso con su cuerpo. No fue suficiente, Jorge entró en aquella tronera que se había abierto, dispuesto a seguir con la lucha. Lo intenté detener, y ahora sí, como una estúpida las lágrimas no dejaban de brotar de mis ojos, aunque las palabras apenas salían de mi garganta. Cogí con mis dos manos su cara y casi en un lamento de súplica, le rogué para que no siguiese pegándole.

– ¡Por favor, Jorge, detente, te lo ruego déjalo en paz! Te juro que no ha pasado nada, por favor, créeme — en sus ojos podía ver los reproches que no salían de su boca, se volvió hacia su hermano para seguir enfrentándose a él. De pronto la furia de su cara se transformó en una mezcla de asombro y miedo.

– ¿Qué…qué es eso? Su hermano volvió la cara, intentando seguir su mirada y a pesar de su dolencia en la pierna, al ver lo que había a su lado, se incorporó solo de un salto.

– ¡¿Qué demonios?!

Apenas se veía dentro de aquel agujero, pero se podía apreciar con claridad la forma de un esqueleto. Jorge encendió la luz de la pantalla de su teléfono, y sí, pudimos ver con claridad de lo que se trataba, pero no era un solo cuerpo, sino dos. Me estremecí, todas mis sospechas se estaban haciendo realidad ¿Quiénes iban a ser sino ellos? Pero Bruno fue hacia su hermano al verlo marcar su teléfono.

– ¿Qué haces Jorge? ¿Qué vas a hacer?

– Voy a llamar a la policía —su hermano le impidió que marcase e intentando quitarle el teléfono de sus manos quiso aclarar primero de que se trataba todo aquello.

– Detente un momento. Vamos a pensar detenidamente qué vamos a hacer.

La situación era surrealista, me acerqué hasta los cuerpos totalmente momificados, pero sus ropas estaban prácticamente intactas.

– ¿Son ellos? ¿Vosotros creéis que son Olivia y Jaime? —Bruno se volvió hacía mí y casi empujándome intentó sacarme de allí.

– ¡Livi, vete a tu casa! Ya te avisaremos cuando aclaremos algo.

– ¡No, no pienso irme hasta que no me deis una explicación!

– ¡¿Qué demonios quieres que te expliquemos nosotros?! ¡Estos cuerpos llevan aquí una eternidad, no sabemos de quienes se tratan!

– Pues empezad por llamar a la policía de inmediato para que lo averigüen, desde luego no me voy a mover de aquí hasta que alguien me diga que son ellos.

– Bruno, ella tiene razón. Tenemos que avisar a la policía.

– Vamos a ver, escucharme los dos. ¿Qué vamos a lograr con que todo esto salga a la luz? Solo que el nombre de nuestra familia quede a nivel del barro, vamos a ser la comidilla de todos en el pueblo.

Me puse delante de Bruno y mirándolo directamente a los ojos le dije:

– ¿Sabes por qué ellos dos están muertos? —Puse mi cara frente a la suya— Solo por el honorable nombre de vuestra familia. Vais a llamar a la policía y de inmediato vamos a saber quién los mató. Después vamos a ver qué hacemos con toda esta situación.

Jorge cogió su teléfono y sin mirarlo lo escuché como hablaba:

> Sí, buenas noches. Soy Jorge Rivera, por favor necesito que una patrulla se pase por mi finca, hemos encontrado un par de esqueletos escondidos en nuestros establos…Sí, señor aquí le esperamos.

Hice el intento de revisar los cuerpos, pero Jorge no dejó que me acercara, impidiéndome poder cerciorarme de que realmente se trataban de ellos, aunque realmente tenía razón, por su estado hubiese sido imposible reconocerlos, tampoco pudimos hacer mucho más, puesto que en cuanto llegó la policía nos invitaron a salir de allí de inmediato.

Estaba sentada sobre una de las alpacas de heno que había bajo el granero, mientras ellos no dejaban de hablar en voz baja para evitar que los presentes los escuchásemos. Por sus gestos, Bruno parecía muy exaltado, mientras que Jorge no hacía nada, lo miraba serio, con sus manos metidas en el bolsillo. Su madre se acercó hasta mí con una taza de tila.

– Toma querida, bébetelo, te hará bien.

De verdad me estaba haciendo falta, entre los nervios que había pasado y el susto al ver los cuerpos estaba totalmente destrozada. Cogí la taza entre mis manos prácticamente temblando, mientras, ella tomó asiento a mi lado.

– Se acabó toda la leyenda que había alrededor de ellos. Asentí al escucharla, y bebí un sorbo.

– Va a ser un golpe terrible para mi abuela, y a su vez un alivio. Lleva toda su vida pensando que fue un estorbo para ellos y que por eso sus padres la habían abandonado.

Dio un suspiro al escucharme.

– ¿Qué pasará ahora?

La miré extrañada, realmente no sabía a qué se refería.

– Pues supongo que nada, ella ya está muerta, nadie pagará por este crimen.

– ¿Ella? ¿A quién te refieres?

– Pues a Francisca, la vieja señora de la casa.

– ¿Qué te hace pensar que pudo ser ella?

– ¡Escúcheme, aquella noche ellos estaban dispuestos a irse juntos! ¡Luis nos contó que se iban dejándolo todo atrás! ¿Quién sino ella tenía todo el interés que aquello no sucediera? Supongo que su hijo acaba de pronunciar las mismas, sino muy parecidas, palabras que ella diría aquella noche: *el nombre de nuestra familia quedará a nivel del barro.* Por eso los mató.

– Eran tiempos muy diferentes. Negué con la cabeza y le contesté:

– No. Aquí parece que ese tiempo se ha detenido.

Ella se fijó en sus hijos que seguían en la misma postura de discusión.

– ¿Por qué discutirán los muchachos?

– Hay varios motivos, y uno de ellos es que Jorge nos ha sorprendido mientras su hermano intentaba sobrepasarse conmigo —esa mujer me miró sorprendida y bastante escéptica.

– ¡Vaya!

La miré, en sus ojos había la duda de si realmente había intentado sobrepasarse o simplemente Jorge nos había descubierto a los dos en plena tarea.

– ¿Qué? ¿Cree usted que yo accedería a estar con su hijo mayor, estando, saliendo con Jorge?

– Bueno, Bruno es muy atractivo, y supongo que con un par de semanas que lleva usted aquí, tampoco se habrá usted encariñado mucho con mi otro hijo.

No podía creer lo que estaba escuchando, acababa de decirle que Bruno se había excedido conmigo e inmediatamente ella pensó que estaba liada con los dos.

Me levanté, no merecía la pena darle ninguna explicación. En ese momento uno de los detectives se acercaba hasta donde estaban ellos y yo me apresuré a llegar hasta él para escuchar lo que les decía:

– Señores, realmente se trató de un doble asesinato, ambos cuerpos presentan entrada de balas, pero no podré decirles nada más hasta que la autopsia no nos aclare algo más.

Me adelanté antes que ellos hablaran y me dirigí al inspector.

– Creemos saber que se tratan de mis bisabuelos, Olivia Martín y Jaime Rivera.

– Bien, si piensa que pueden ser alguien de su familia y no es mucha molestia, tomaremos algunas muestras para cerciorarnos mediante el A.D.N. que puedan tratarse de ellos.

– ¿Les importaría tomar esas muestras de mi abuela? Ella está viva y quizás los resultados serán más seguro.

– De acuerdo, ¿la avisará usted para que se pase por comisaria? Y así podrá despejar las dudas que nos vayan surgiendo.

– Sí señor, yo misma me encargaré de llevarla a primera hora.

Al poco rato una furgoneta se llevaba sus cuerpos metidos dentro de unas bolsas negras de plástico. No nos dejaron acercarnos a la zona, nos dijeron que al día siguiente unos inspectores se harían cargo de limpiarla para su próxima investigación.

Me dirigí a Jorge de una manera pausada, esperando que él diese el primer paso, pero seguía inmune a las súplicas que mis ojos le imploraban.

– Entonces, me voy a ir.

– Sí, será lo mejor.

– Jorge, puedo explicarte todo lo que sucedió.

– Olivia, déjalo. No quiero hablar sobre esto, si te parece bien mañana aclararemos toda esta

situación.

– De acuerdo.

Simplemente me fui. Él me miraba mientras me dirigía hasta mi coche. No quise que lo notase, pero no podía dejar de llorar. Al final había quedado como la mala, todos pensaron que fui quien provocó aquella situación entre su hermano y yo, exactamente igual que ocurrió en aquella otra ocasión.

– Cariño ¿ya estás de vuelta? ¿Cómo ha ido todo? —No podía hablar, la miré y por la expresión de mi cara, supo que no había salido bien— ¿Ha sucedido algo?

Me lancé a sus brazos, totalmente destrozada, apenas salían las palabras de mi garganta, no sabía que contarle primero. Ella me llevó hasta el porche, la brisa me ayudaría a calmarme.

– Abuela, han encontrado sus cuerpos.

– Nena, ¿qué estás diciendo? ¿Los cuerpos de quién?

– Jorge y su hermano comenzaron una pelea por mi culpa, como consecuencia cayeron sobre una pared que se rompió por el peso de ellos y…abuela, dentro del agujero que se hizo, había dos cuerpos. He quedado con la policía para que mañana te pases por comisaría, van a hacerte unas pruebas para estar seguros de que se trata de tus padres.

Ella se quedó perpleja, no dejaba de mirarme intentando asimilar toda la información.

– ¿Has podido ver sus cuerpos?

– Sí abuela. Por sus ropas pude ver que se trataban de un hombre y una mujer. La policía dijo que ambos tenían disparos de balas, pero que aún no podían decirme nada más.

– Dios mío Olivia, eso es horrible.

– Sí, pero algo podemos sacar en claro de todo esto, ellos no desaparecieron abandonándote, simplemente esa estúpida mujer les impidió, como en tantas ocasiones, que pudiesen ser felices juntos.

– ¿Por qué la culpas a ella? ¿Había algunas pruebas en su contra?

– No, pero ¿quién iba a ser sino? ¿Quién preferiría verlos muertos antes que dejaran su honorable apellido en boca de todos?

– Tienes razón, pero te juro que esto no va a quedar así. Voy a tomar las medidas oportunas. Si realmente son los cuerpos de mis padres alguien tiene que pagar por todo el sufrimiento de mi vida.

Me dolieron sus palabras, ella era siempre la “paz” de nuestra familia, pero mi miedo, más que por sus palabras, creo que fue por la idea de que en algo pudiese dañarlo a él.

– Abuela, vamos a calmarnos, mañana cuando todos nos hayamos relajado veremos las cosas de diferente modo.

– No creo que nada cambie, esa familia va a pagar por todo.

No quise alterarla más, así que entré en la cocina, intentando buscar entre sus hierbas algunas relajantes para hacerle un té, allí encontré un bote con pastillas con un

extraño nombre, miré la caja y su composición era algo parecido a nitroglicerina. Ella entró en la cocina y me vio con la caja en la mano.

– Abuela ¿qué es esto? No te conocía este medicamento, me dijiste que estabas bien.

– Olivia, déjalo, no es nada.

Me acerqué a ella con las pastillas en la mano.

– ¡Crees que soy idiota, estas pastillas son para los ataques de corazón! No nos has dicho que estuvieses enferma.

– Cariño, eso fue hace algún tiempo, las tengo solo por prevención.

– ¿Cuánto tiempo abuela? Por favor, no me digas que te sucedió hace dos años —ella me abrazó con todas sus fuerzas, levantó mi cara para que pudiese mirarla y entonces me dijo algo que me sorprendió mucho:

– No pude soportarlo Olivia, cuando me enteré de lo que te hizo, me sentí tan culpable que se me partió literalmente el corazón. Por aquel entonces tú estabas en el hospital y no quisimos decirte que yo estaba una planta por encima de la tuya ingresada, solo te hicieron creer que mi viaje había durado unas semanas más. Pero ya estoy bien, por favor no te preocupes, después de aquello no me ha vuelto a pasar, de verdad.

– Abuela —me abracé a su cuerpo sin dejar de llorar, no sabía si contarle ahora lo que me acababa de suceder, me daba miedo pensar que podía volver a hacerle tanto daño de nuevo.

CAPÍTULO 10

Nos acostamos pronto, ninguna teníamos ánimo para hablar, pero tampoco podía dormir. Por un lado, no dejaba de pensar sobre lo que le había sucedido a mi abuela “casi” por mi culpa. Me avisó un millón de veces que había algo en él que no le gustaba, que su forma de tratarme no era la correcta, no porque entonces me maltratase físicamente, al contrario, parecía el hombre perfecto delante de todos, su maltrato era más sutil, más en el sentido de cómo influía, sin que yo me diese cuenta, en mi voluntad. Mi abuela, compró otro pasaje para mí en aquel crucero, no solo para que la acompañase, sino para que pasase un tiempo pensando en aquella relación poniendo distancia entre los dos antes de seguir adelante con nuestra decisión de casarnos. Por otro lado, estaba mi relación actual, ¿qué pensaría Jorge de lo sucedido aquella tarde con su hermano? Después de haber pasado por una situación “parecida” un tiempo atrás. Y, sobre todo, mis pensamientos estaban en esa pregunta que no hacía nada más que dar vueltas en mi cabeza: ¿Por qué me había quedado paralizada sin saber responder a la situación? Creía que todas las sesiones de terapia me habían ayudado, pero no era así, de nuevo no supe responder a tiempo. El miedo había sido más fuerte que yo.

Me levanté en cuanto escuché movimiento en la planta de abajo, vi a Carmina y la saludé:

– Buenos días ¿sabes si se ha levantado mi abuela? No he querido mirar en su habitación por si seguía durmiendo, para no molestarla.

– Sí, está fuera tomando un café, no creo que haya dormido nada durante toda la noche.

– ¿Has hablado con ella? —ella asintió con la cabeza.

– Sí, mi madre también me contó todo el jaleo de ayer, es increíble, ¿verdad?

– ¡En su misma casa Carmina, ellos han estado allí durante todos estos años! ¡Es horrible!

– Sí que lo es. Si supieses la de veces que nosotros hemos jugado allí desde que éramos pequeños. Era el sitio preferido de Jorge y cuando descubrió el laboratorio se pasaba las horas dentro. Me da escalofríos con solo pensarlo.

– Y a mí también —seguí andando hacia el porche—. Voy a desayunar, tengo que acompañar a mi abuela a comisaria, quizás nos puedan aclarar algo.

—Buenos días abuela, ¿cómo te encuentras?

– Bien cariño. Sírvete un poco de café —cogí una taza y puse un poco de café dentro.

– Olivia, llevo toda la noche dándole vueltas a algo que me dijiste.

– ¿A qué abuela?

– Nena llegaste diciendo que ellos se pelearon por tu culpa. ¿Qué fue lo que ocurrió?

—Suspiré, sin saber bien que hacer— ¡Hija por favor, no soy una pobre enferma a la que no puedas contarle tus problemas, ya te dije que aquello sucedió una vez, estoy perfectamente! —Tomé asiento al otro lado de la mesa, frente a ella.

– Es que cuando llegué a su casa, Jorge y su madre no había llegado aún, pero Bruno estaba esperándome. Me invitó a dar un paseo mientras los esperábamos y de pronto intentó besarme y tocarme.

– ¡Maldita sea! ¿Pero qué tienen algunos hombres en la cabeza?

– Abuela como una estúpida me quedé inmóvil, no podía responder y en ese momento llegó Jorge. No puedes imaginarte como se puso, de verdad creo que le pegó a su hermano por no hacérmelo a mí. Debe pensar que soy una cualquiera.

– ¿No habéis hablado?

– No. Después sucedió todo aquello y cuando intenté hablar con él me dijo que ya lo haríamos hoy, pero le he mandado algunos mensajes y no me ha contestado.

– Como siempre te digo, cada cosa necesita su tiempo. Déjale su espacio, ya lo aclarareis cuando esté lo suficientemente calmado, en este momento podía decirte algo que de verdad no sintiese.

– Estoy de acuerdo contigo. No volveré a molestarlo hasta que él no me llame.

– Y ahora tienes que prometerme que en cuanto llegues a casa te pondrás otra vez en contacto con tu terapeuta. Esto no puede volver a sucederte, tienes que saber defenderte ante cualquier circunstancia que pueda acontecer en tu vida.

Tomé un sorbo de mi café con la mirada totalmente perdida en el horizonte, me di cuenta de que ella tenía toda la razón.

– Sí. Estoy convencida que sigue haciéndome mucha falta.

La mañana la pasamos prácticamente en comisaría. Tomaron declaración a mi abuela y luego fuimos a los laboratorios a hacer las pruebas para identificar los vínculos que los unían. Ella pidió ver los cuerpos, algo que yo vi innecesario. Era sufrir inútilmente, no podría identificarlos. Sorprendentemente el médico forense que había en el laboratorio accedió a hacerlo. Ella no lloró al verlos, ni si quiera

se afligió delante de sus cuerpos, solo rezó. Rezó por sus almas.

– No sé porque la ha dejado verlos doctor, no era necesario que pasara por este momento.

– Sí lo era señorita Arranz. Su abuela necesitaba comprobar que ellos habían aparecido, como también necesitará enterrarlos y saber que por fin descansan en paz.

Lo escuché atentamente, tenía razón, este era el momento por el que tantos años había esperado, el de poder tenerlos y confirmar que ellos la quisieron tanto como ella lo hizo. Tragué saliva y de nuevo me dirigí al médico.

– ¿Ha podido averiguar algo de su muerte?

– No se lo va a creer, pero estoy convencido que la misma bala los mató a los dos, por los orificios de entrada y de salida que presenta la mujer y los restos de sangre encontrados, yo diría que les disparó alguien mucho más bajo o que estaba en el suelo, sus cuerpos estaban juntos, la bala cruzó sus pulmones y entró de este modo en el corazón de él y ahí mismo ha seguido durante todos estos años. Me enseñó un dibujo, con una persona disparando desde el suelo, apuntando hacia arriba y de un solo disparo atravesando los dos cuerpos.

– ¡Dios Santo, eso significa que ella intentó salvarlo cubriéndolo con su cuerpo!

– Si no fue así, sería algo parecido —mi abuela estaba a mí lado, atenta al dibujo que me estaba mostrando el doctor, al escucharla los dos la miramos.

– Es terrible, debió suceder la misma noche que ellos decidieron dejarlo todo y empezar una nueva vida los tres. Aún me recuerdo sentada sobre aquella maleta, esperándolos junto a mi tío Luis, en la puerta de la casa grande. Las palabras de aquella horrible mujer debieron ser una pista cuando le dijo que nos marchásemos y que no volviésemos nunca más allí.

El doctor cubrió los cuerpos y los volvió a meter en aquella nevera. Abracé a mi abuela y le pregunté:

– ¿Estás bien?

– Sí cariño. No te lo vas a creer, pero es la primera vez en años que siento paz —mi abuela se giró hacia su derecha y mirando una bandeja se dirigió hacia el médico—: Doctor, ¿estos son los restos de las ropas que llevaban puestas?

– Sí señora.

– ¿Cuándo cree que podré llevármelos para enterrarlos?

– Tenemos que esperar los resultados de los laboratorios. Lo siento, no se los pueden llevar antes por si no fuesen las personas que ustedes creen.

– Son ellos doctor, no me hace falta ningún resultado para saberlo, este era el alfiler de corbata que llevaba mi padre.

Me sorprendió escucharla, ella era una niña pequeña cuando ocurrió todo. ¿Cómo podía guardar esos recuerdos en su mente?

– Abuela, ¿nos vamos? ¿Quieres que vayamos a tomar algo?

– Sí cariño, vámonos, tengo que organizarlo todo para el funeral.

Caminando fuimos hasta el restaurante donde cenamos la primera noche y aunque su comida tenía una presencia apetecible, ninguna de las dos comimos apenas. Yo tenía el teléfono al lado del plato y cada vez que recibía un mensaje mi corazón saltaba a la par de aquel timbre. Pero nada, solo eran mensajes del trabajo, de mi madre o de alguno de mis grupos de amigos.

– No te ha llamado ¿verdad?

– Verdad. No se ha dignado ni a contestar a uno solo de mis mensajes. Pero estoy pensando que es lo mejor, así será más fácil tener que volver a mi vida.

Para mi sorpresa, ella no me contestó, ni hizo alguno de sus perspicaces comentarios, así que pedimos la cuenta y de nuevo volvimos a casa, prácticamente en el mismo estado de ánimo con el que habíamos salido aquella mañana.

Durante toda la tarde, mi abuela estuvo al teléfono preparando el entierro, jamás pensé que se tomaría con tanta naturalidad algo tan doloroso. A última hora recibimos una llamada de comisaria:

- Sí dígame.
- Por favor, puedo hablar con la señora Candaus.
- Un momento por favor, la aviso enseguida.

Me di la vuelta y ella ya estaba allí. Nos miramos, mi abuela dio un suspiro, mientras yo le pasaba el teléfono.

- Dígame, soy Julia Candaus……Gracias, señor comisario.

– ¿Qué han dicho abuela?

– Las pruebas coinciden, son mis padres.

– ¿Ambos?

– Sí Olivia, mi ADN corresponde con el de los dos. Jaime era mi padre. Mañana mismo podremos enterrarlos.

Sentí tal presión en el pecho que me faltó el aire al escucharla. En cambio, ella volvió a descolgar el teléfono, llamó a la funeraria y ultimó los detalles para poder enterrarlos a la mañana siguiente.

Apenas éramos cinco personas en el funeral, el párroco del pueblo dijo su responso y por fin sus cuerpos, y mi abuela, consiguieron descansar en paz.

Ya de camino a casa, decidimos regresar dando un paseo, ella iba cogida de mi brazo, aspiró fuerte el aire y con una sonrisa en los labios comenzó con su conversación:

– No me has dicho si al final llamó ayer Jorge.

– No abuela, no lo hizo. Pero tampoco yo he querido insistir, ni siquiera le quise decir lo del funeral, estoy tan disgustada con su actitud que he preferido que las cosas sigan así, ya te dije que era lo mejor.

– ¿Estás segura? No es lo que tus ojos me dicen.

– No empieces abuela. Te conozco y cuando algo se te mete en la cabeza no hay modo. Hay muchas cosas que nos separan, su hermano, la distancia, este asunto del asesinato, todo es demasiado complicado. No quiero seguir adelante con la relación y punto.

– Y te vas así sin más. Sin aclarar las cosas con él, quedando tú como la culpable de las desavenencias entre ellos. Ya es hora de que el nombre de nuestra familia también merezca la pena salvaguardarlo. ¿No te parece?

– Quizás tengas razón y aunque no sea para seguir con él, si merece la pena poner al estúpido de Bruno en su sitio y no dejar que piensen que seguimos siendo esas personas a las que ellos podían manipular.

– Bien, ya no llegamos a la ceremonia de la boda, pero todavía estamos a tiempo para arreglarnos y asistir a la recepción.

– ¡Abuela ¿te quedan ganas de ir a esa fiesta?!

– Claro mi vida. No te creas que me he vuelto loca, intenta comprenderme: Estaba totalmente mentalizada, por el tiempo transcurrido, que se hubiesen ido o no, ya estarían muertos, ahora simplemente sé que por fin los tengo a mi lado.

¡Bueno se lo había tomado mucho mejor de lo que jamás había pensado! Muy al contrario del drama que habían organizado el resto de nuestra familia cuando se lo

contamos. Mi padre quería denunciar el caso y que después de setenta años la policía diese con el culpable, mi madre puso el grito en el cielo cuando se enteró de la austeridad que reinó en el entierro y mi hermano no dejaba de gritar ¡venganza!, pidiendo que nos resarciesen en cualquier modo posible. Al final tuvieron que aceptar que esa había sido la decisión de mi abuela y así se hicieron las cosas. Tal y como ella era, siempre medida, siempre razonable. (Aunque

esta última decisión de asistir a esa boda el mismo día del entierro de sus padres no me pareció lo más lógico).

Seguí sus órdenes, realmente estaba nerviosa, ¿cómo reaccionaría él al verme? ¿Les habría contado lo sucedido a sus primos y a las chicas? No quería ni pensar como me tratarían si se lo había llegado a contar, sabiendo que yo había vuelto a hacerle un daño tan grande a su amigo.

Bajé al salón ya arreglada, mi abuela hablaba con Carmina y las dos se quedaron mirándome.

– Cariño, estás preciosa. Ese vestido te favorece de un modo bárbaro.

– Tú también te has puesto muy guapa abuela y tú Carmina, estás guapísima ¿también vienes a la boda?

– Sí, Pepe, el alcalde, es primo de mi madre. Sonreí al escucharla.

– Carmina, ¿sabes si ya ha transcendido lo que ha pasado?

– ¿Te refieres a lo de los cuerpos? —Asentí— Me temo que sí, es algo que está en boca de todos.

Conociendo lo rápido que corrían los chismes, pensé que, si no me refería nada acerca de lo sucedido antes de encontrarlos, era porque de eso no se había hablado nada…aún.

La boda se celebraba en una de las haciendas cercanas, el sitio era precioso y el día lo acompañaba. Uno de los trabajadores de mi abuela nos llevó hasta allí. Ella salió primero del coche, pero yo me resistí a seguirla.

– ¡Vengaaa, vamos! ¿No me digas que otra vez vas a empezar con tus tonterías?

– ¡Es que me lo he pensado mejor abuela! ¡Mira, a mí me importa poco lo que piensen de nuestro apellido o cualquier cosa de esas que solo interesan a algunas mentes remilgadas! ¡No quiero ir y se acabó!

– ¡Vamos, sal ya, déjate de tonterías! Esto no lo hacemos por nuestro nombre, ni por nada de eso que has dicho. Piensa que lo haces por dejar las cosas claras, sin ningún malentendido de por medio entre los dos.

Salí del coche haciendo mohines con la cara, igual que una niña enfurruñada. La verdad de todo era que me daba miedo que al verme Jorge formara un escándalo delante de todos y por eso me resistía a adelantar acontecimientos.

El mismísimo Alcalde nos recibió a la entrada, mientras saludaba a mi abuela yo vi a las chicas hablando en el centro de aquel maravilloso patio, adornado exquisitamente con unas columnas de flores impresionantes. Susana me vio mirándola e hico un saludo afectuoso al verme, haciéndome señas con su mano para que me acercase. ¡Bueno, parecía que con ellas todo estaba bien! Me disculpé con mi abuela y con nuestro anfitrión y me dirigí hacia donde se encontraban.

Después de saludarnos las tres, me presentó a las otras personas que las acompañaban. Laura se interesó por mí, pero fue Susi quién empezó con las preguntas incómodas:

– Chica, nos han contado los cuerpos que se encontraron ayer en la finca de Jorge. ¿Tú estabas allí?
– Sí, fue algo muy desagradable.
– ¿Han podido averiguar quiénes eran?
– Eran los padres de mi abuela.
– ¡¿Los padres de tu…abuela?! ¿Pero qué hacían allí tus familiares?
– Susi, es una historia muy larga de contar, otro día con más tiempo lo haré ¿de acuerdo? — Las dos asintieron con la cabeza, con ganas de seguir sabiendo más— sonreí al ver sus expresiones y entonces decidí echarle valor y enfrentarme al “toro”. — ¿Sabéis por dónde anda Jorge?
– Está en los jardines de atrás, los novios lo llamaron para que se hiciera unas fotos con ellos.
– Voy a ver si consigo encontrarlo —Laura vino a mi lado y me agarró del brazo.
– ¡Espera voy contigo!

Me temía que ella supiese algo más que su amiga y por eso las ganas de acompañarme. Lo buscamos, pero aquellos jardines eran enormes, me habló de mil tonterías, hasta que no pudo aguantarse más e hizo la pregunta mágica:

– Livi, ¿os ha pasado algo a Jorge y a ti?
– ¿Por qué lo dices?
– Le pregunté por ti y me dijo que no creía que vinieses a la boda. Habéis discutido

¿no es así?

Antes de poder contestarle, cruzamos otro de los arcos de aquellos

jardines y allí, en el marco más romántico imaginado, estaba Jorge en plena escena de amor, con beso incluido, con su “adorada” Sandra.

– ¿Contesta eso a tú pregunta Laura?

Estaba claro, él ya había pasado página y ahí estaba yo queriendo darle explicaciones de mi inocencia. Me di media vuelta, no fuese a molestarlos, dispuesta a salir con la poca dignidad que me quedaba intacta. Pero Laura se vio en medio de ese jaleo, sin saber bien que hacer, intentó detenerme.

– ¡Livi por favor, no te vayas, seguro que esto tiene una explicación! —a su voz Jorge se dio la vuelta, después de los segundos que necesitó para reaccionar, vino tras de mí.

– ¡Olivia, espera! —no le hice caso y seguí andando, queriendo salir de aquel laberinto de setos— ¡Olivia, te estoy hablando, detente!

Lo hice, pero fue para darme la vuelta y decirle lo que tantas otras veces tuve ganas de decir a cada uno de los hombres que me habían hecho daño a lo largo de mi vida:

– ¡Hazme un favor a mí y al resto de la humanidad, olvídame y…y Jorge vete a la mierda!

Ni me pidió más explicación, ni yo se las di. Fui hasta dónde estaba mi abuela, ella al verme llegar de aquel modo se levantó estando a mi lado en dos pasos.

– ¿Qué ocurre querida?

– ¡Vámonos abuela, no hacía falta que viniésemos, él ya lo ha superado, por eso se le habían pasado las ganas de verme!

Y tal y como llegamos nos volvimos a marchar, pero ahora mi miedo se había convertido en pura rabia y coraje. En el mismo coche llamé al aeropuerto, aunque ya no había vuelos hasta el día siguiente a las ocho de la mañana, así que hice la reserva. Al bajarme fui directa al dormitorio para quitarme aquel vestido, que estaba empezando a odiar y a hacer la maleta. Ya con todo recogido y listo para mi partida a primera hora del día siguiente, bajé hasta el porche dónde mi abuela había preparado algo para que comiésemos. Tiré el teléfono sobre la mesa, cogí un trozo de pan y me lo metí en la

boca, no sabía por qué, pero tenía un hambre atroz y con la boca llena, sin poder sentarme, dando paseos arriba, abajo, quise contarle

con lo que me había encontrado:

– ¡¿Te lo puedes creer, abuela?! ¡¿Te lo puedes creer?!

– No cariño, no me lo puede creer, porque todavía no me has contado nada de lo que ha pasado.

– ¡Pues allí estaba yo, atormentada por lo sucedido apenas unas horas antes, pensando que el pobre andaría llorando por las esquinas y me lo encuentro de golpe y porrazo con esa… "petarda" de Sandra o como narices se llame! ¡Abuela, ellos se estaban besando! ¡¿No decía qué no quería ni escuchar hablar de ella?! ¡Pues hala, mira ya se le ha pasado todo el desamor que sentía y ya están juntos otra vez!

– Vamos a ver. Cariño, lo primero, siéntate, relájate y deja de darle esos bocados al pan. ¡Por Dios, pareces un troglodita! Piénsalo, es la misma situación que él se encontró, mira lo mal que te sentó a ti que te juzgara sin saber lo que había pasado de verdad.

Me puse de pie al escucharla.

– ¡No es lo mismo, abuela! ¡No es lo mismo!

– ¡Claro que no es lo mismo, la otra vez te ocurrió a ti! Por eso te duele tanto. —Tiré el trozo de pan sobre la mesa, di dos patadas al suelo y me di media vuelta. En ese momento sonó mi móvil.

Desde la misma puerta, vi que era la foto de Jorge.

– ¡No se te ocurra cogerlo! ¡Te juro que como lo cojas no vuelvo a dirigirte la palabra en todo lo que me quede de vida!

Ella levantó las dos manos e hizo un gesto de negación con su cabeza. Y me fui a

mi dormitorio "relinchando" como un caballo.

Eran las cinco de la mañana cuando ya estaba lista para irme, lo único que no encontraba por ningún lado era el móvil.

– ¿Es esto lo que buscas?

– ¡Oh, gracias a Dios abuela, no sabía dónde lo había dejado!

– Lo dejaste abajo, después del berrinche tan impresionante de ayer —sin querer los ojos se me fueron hacia el aviso de llamadas perdidas, vi que tenía cinco llamadas pérdidas de él.

– Esta vez no le cogí el teléfono.

De pronto rompí a llorar de una manera desconsolada, no me salían las palabras, eran tantos los motivos por los que me sentía apenada, que sentí como si el corazón se me hubiese partido en dos.

– Ya, mi niña. Ya es suficiente. Yo también te voy a echar mucho de menos.

– Es que me haces mucha falta.

– Cariño, cuando vuelvas de New York pasaremos unos días juntas ¿de acuerdo?

Asentí con la cabeza, a la vez que intentaba aguantar los sollozos que salían involuntarios desde mi garganta.

– Vuelve a casa conmigo abuela, te vas a quedar aquí sola de nuevo.

– Oh querida, no estoy sola. Está el tío, Carmina, mi trabajo y no te había dicho nada, pero tú abuelo llegará pronto.

– ¿El abuelo? ¿Aquí?

– Sí, le llamé para contarle lo sucedido y dijo que vendría lo antes posible.

– Dime que lo vais a intentar de nuevo.

– Quizás ya sea hora de sentar la cabeza.

– ¡Abuela, no sabes cuánto te quiero!

– No puede ser ni la mitad de lo que yo a ti, mi vida.

CAPITULO 11

¡Por fin ya estaba en mi casa! Mi madre había ido a esperarme ella sola al aeropuerto. No tuve que contarle nada, me conocía lo suficiente para saber que no había

vuelto con el mejor de los ánimos. Nada más entrar solté la maleta en la entrada y me

“tiré” en el sofá.

Mi madre la recogió del suelo, se sentó a mi lado, y después de unos segundos de incomodo silencio la escuché hablar:

– Cariño, te he llenado la nevera, cuando tu abuela me dijo que volverías hoy domingo, pensé que después de tantos días fuera, te haría falta algo de comida.

– Gracias, mamás, no tenías que haberte molestado, yo hubiese hecho la compra por internet.

– No sé qué manía os ha dado a tu generación por comprar de ese modo. No hay nada como ver los productos y tenerlos en tus manos para saber cuáles son los mejores — en vista que no le estaba haciendo el más mínimo caso, cogió mi mano y se interesó por como seguía nuestra relación en ese momento—: Nena, estás disgustada conmigo por cómo me porté

con tu abuela ¿verdad? Por eso estás tan fría.

– ¡Mamá, ¿quién se acuerda ya de aquello?! Fue una tontería. Estoy cansada, pero por todo lo que ha ocurrido. Han sido dos semanas vividas al máximo, es que han pasado tantas cosas, esa historia de los bisabuelos, ha sido muy dura para todos los que hemos estado allí.

– Sé que no debió ser agradable, pero estoy segura de que te ha pasado algo más ¿De verdad no quieres contármelo? —No quería decirle lo sucedido para que no se preocupase más de lo necesario por mí, pero necesitaba desahogarme fuese con quién fuese.

– ¿Recuerdas a Jorge?

– Sí, claro.

– Pues mamá, durante estos días hemos tenido algo más que una simple amistad, aunque como cada una de las historias de mi vida no ha terminado bien. De nuevo me hice muchas ilusiones y todo eso ha quedado en nada. Creo que voy a convertirme en una vieja solitaria, lo malo es que no voy a poder tener ni gato por culpa de mi alergia.

– No digas tontería cariño. Eres demasiado bonita para que ciento de hombres no pierdan la cabeza por ti —sonreí al escucharla, ella abrió sus brazos y yo busqué su regazo. Así nos quedamos durante unos momentos— ¿Quieres que te prepare algo de comer?

– No. Solo quiero tomar un baño y acostarme. Estoy agotada y mañana será un día de mucho trabajo, tengo muchas cosas que preparar para el viaje.

– Es verdad, no me acordaba del viaje.

– Mamá voy a hacerte una pregunta y quiero que seas sincera conmigo.

– ¿Sobre qué, cariño?

– Todo lo referente a las auditorias y los temas de números los lleva siempre Javi,

¿por qué ha querido papá que vaya yo en esta ocasión?

– Livi.

– Por favor, sé sincera, seguro que tú lo sabes —ella hizo una pausa, lo meditó y decidió contármelo:

– El abogado llamó a papá para decirle que “ese” hombre saldría pronto con permiso de la cárcel.

Suspiré al escucharla.

– Claro, ese era el motivo.

– Ese y qué vales lo mismo o más que tu hermano para hacer ese trabajo, ¿me has entendido? No quiero que pienses ni por un momento que solo te envía a ti para ponerte a salvo, sabes que si no estuvieses capacitada tu padre no te mandaría a hacer un trabajo tan importante.

– ¡Tienes razón mamá! Puedo hacerlo y además entre tú y yo, que ese tipejo salga una temporada es la mejor de las excusas para marcharme lejos.

– Esa es mi chica. Me encanta tu optimismo — ¡Mi optimismo decía! Si ella supiese el escalofrío que me dio al escucharla y las ganas de salir corriendo que me dieron, se

hubiese pensado mejor lo del “optimismo”—. Bueno, te dejo para que descanses, papá y Javi están en el torneo de golf y por lo que dice tu hermano van en muy buena posición.

– Dale muchos besos de mi parte a los dos. Ya los veré mañana en la oficina —pero antes que mi madre se marchase me acordé del libro que me dio mi abuela para restaurar—. ¡Espera mamá! —Ella se detuvo al escucharme, me levanté y lo busqué en el bolso— ¿Tú sigues en contacto con el restaurador de antigüedades de tu club, ¿verdad?

– Sí, ¿por qué?

– El tío Luis le dio a la abuela este libro, que perteneció a su madre, está lleno de unas fórmulas increíbles, ensayamos algunas y no puedes imaginar sus resultados. Copiamos unas pocas, pero mira, muchas páginas se han pegado por la humedad o la tinta se ha corrido en otros sitios. ¿Crees que podrán hacer algo?

– No tengo ni idea, dámelo y se lo llevaré a ver que pueden hacer.

– Por favor, que lo cuiden al máximo y si pudieses lograr que me escaneen las hojas que vayan limpiando para mandárselas a la abuela sería estupendo.

– De acuerdo cariño, lo intentaré. Ahora ve y descansa.

– Vale mami. Hasta mañana.

Se despidió con un beso, me quedé mirándola mientras esperaba el ascensor. Era tan increíblemente guapa y tan elegante que casi me dio un poco de envidia al mirar la “pinta” que yo llevaba, con unos simples vaqueros, una camiseta y mis inseparables zapatillas. Desde la misma puerta me lanzó un beso al que correspondí con otro y una sonrisa.

Volví a tumbarme en el sillón y cogí el teléfono. Un millón de mensajes, pero ninguno de él, fui directa a la galería de fotos con la firme intención de borrarlas todas en las apareciese. Pero en algunas salía junto a las chicas y me dio pena borrarlas, otras en nuestro viaje a Tánger ¡Dios eran tan bonitas, que decidí borrarlas otro día que no estuviese tan “ñoña”! ¡Pero su número sí lo borré, no fuese a darme la tentación de volver a llamarlo! En ese momento me sentía tan mal que hice mía la letra de una de las canciones de *David De María: “Tanta paz te lleves, como calma me dejaste”*.

La rutina volvió de nuevo a mi vida, el restaurador resultó ser un erudito en la materia en la recuperación de viejos manuscritos y conforme me llegaban las hojas limpias se las fui reenviando a mi abuela. Por otro lado, las largas jornadas de trabajo hacían que el tiempo pasara rápido y después de dos semanas todo lo vivido

empezó a ser solos recuerdos y poco más.

*****

Pilas, Sevilla.

– Doña Julia, por aquí la buscan.

La vieja señora Candaus, seguía moviéndose en el laboratorio como “pez en el agua”. Andaba enfrascada en las fórmulas que su nieta iba enviándole y después de hacer pruebas, las mejores las reenviaba a fábrica para su aprobación. Al escuchar la voz de su amiga y ayudante Carmina, se volvió para ver quien la interrumpía de su labor.

– Señor Rivera ¿a qué se debe el honor de su visita?

Jorge llevaba unos documentos en su mano y los dejó con brusquedad sobre la mesa de la abuela de Olivia.

– ¡Esto, muy señora mía! ¡Lo que pone en estos papeles es lo que me ha traído hasta aquí! —Ella los cogió. Mientras les echaba una ojeada en silencio, continuaba escuchando al muchacho, dejándolo así desahogarse— ¡Dígamelo, señora, ¿esta es la

forma que tiene su nieta de vengarse de mí?! ¡Dándome donde más puede dolerle a mi familia! Se ve que el golpe que sufrió en su accidente le tocó gravemente el cerebro, porque no veo normal que venga a estas alturas con unas peticiones tan irracionales.

Ella dejó los documentos sobre la mesa, se quitó sus gafas y lo miró.

– Olivia no ha tenido nada que ver en esto, de hecho, ha intentado ocuparse en tantas cosas a la vez para intentar no pensar en usted, que no creo que haya tenido tiempo ni de plantearse algo así. Además, estoy segura de que nadie le ha informado sobre la decisión que mi nieto tomó y que yo secundé, sino seguramente se habría puesto en contacto conmigo. Quiero que se siente usted y se calme, porque voy a explicarle varias cosas muy lentamente y deseo que las comprenda todas.

– ¡Estoy bien de pie, no es necesario que tome asiento!

– Entonces escúcheme: Mis abogados les han mandado este requerimiento porque tengo las pruebas que acreditan mi identidad. En ese documento no pido nada más que lo que por ley me corresponde. Como ya sabes, gracias a tu bisabuela mi padre no tuvo tiempo de dejar testamento, eso me hace ser automáticamente heredera a partes iguales con mi hermano. No veo nada anormal en mi petición, simplemente reclamo lo que es mío y se me ha negado durante toda la vida.

Jorge cada vez estaba más nervioso, no la dejó terminar de hablar,

interrumpiéndola casi con un grito:

– ¡Pero lo que ahora tenemos no era ni la décima parte de lo que pudo dejar Jaime en el momento de su muerte! —Se dio cuenta que su forma de hablar a aquella paciente mujer no era la correcta y suavizó el tono de su voz, preguntándole algo más calmado—:

¿De verdad Olivia no sabe nada de todo esto? —Ella negó con su cabeza. Él se dio la vuelta para no mirarla, preso de sus nervios con los dedos intentó masajearse el pelo para poder pensar un segundo. Tomó aire intentando relajarse, y de nuevo se dirigió a ella—: Disculpe que haya dicho esa tontería sobre el accidente que sufrió Olivia, sé que no es algo con lo que haya que frivolizar, pero es que estoy tan terriblemente enfadado con su actitud. Primero lo de mi hermano y luego no dejó que le explicara lo que había sucedido de verdad con Sandra.

– Lo estás porque no has dejado de quererla, igual que a mi niña le ocurre contigo, por eso todo esto os duele tanto. Tú eres un hombre sensato y no has venido aquí para reclamarme algo que sabes que es mío, sino para saber de ella.

– No se lo niego, me enamoré como un idiota, pero eso es precisamente lo que ella debió pensar de mí, que no era más que otro estúpido con el que podía jugar a su antojo.

– Las cosas no son de ese modo, estás tan equivocado. Entre las muchas que no sabes es que Olivia también ha llegado a quererte mucho y perdóname, pero realmente no sé a qué te refieres con lo del accidente. Olivia jamás ha sufrido uno.

– No es verdad, ella me lo dijo, incluso vi las cicatrices de su espalda.

– Pero no se las hizo en un accidente. Se las hicieron. Si hubieses visto su cuerpo hace apenas un año, entonces sí te habrías asustado, no puedes imaginarte las operaciones a las que se tuvo que someter para volver a recuperarse.

Totalmente aturdido, buscó con su mano, sin mirar, la banqueta que antes le ofreció Julia para sentarse.

– ¿Qué está usted diciendo?

– Si te dijese cuanto me duele solo recordarlo. Pero es hora de que las cosas se vayan aclarando entre los dos.

– ¿Pero…qué sucedió?

– Sucedió lo inimaginable: Por aquel entonces Olivia salía con “el hombre ideal” para todos. Sus padres estaban encantados con él, hasta Javi que siempre le pone un, pero a todo, le pareció el idóneo para su hermana. Pero yo no recibía esas buenas vibraciones, tanta amabilidad, esa sonrisa perpetua, me hacía sospechar que había algo detrás de sus intenciones. Algunas veces, cuando creían estar a solas, escuchaba como la regañaba por el simple hecho de hacer algún comentario, que según él era ofensivo para su persona, o el de haberle hecho la contra en alguna conversación, cualquier simple motivo que a él no le parecía bien era una causa para reprenderla, dejando su moral totalmente hundida y así

poder manejarla a su antojo. Insistía en ir con ella incluso a comprar su ropa, cambiando por completo su estilo a su antojo, llegó a controlar de una forma desmedida sus llamadas de teléfono, a quien podía ver y a quien no. Cuando yo se lo comentaba a mi niña, siempre me respondía igual: —*Ya se le pasará, es el capricho por la novedad, porque me quiere y no le gusta que salga con esta o aquella, es que cree que no influyen bien en mí, no te preocupes abuela* —me decía—. *En cuanto lo conozcas bien cambiarás tu forma de verlo*—. Pero no era así, todo iba a peor entre nosotros dos. Aquel hombre conocía mi animadversión hacia él y el sentimiento era reciproco, te lo aseguro. Así que un día llegó con la idea que quería casarse, lo tenía todo totalmente planificado, un magnífico ático, que desde luego pagaríamos nosotros, la más fastuosa de las bodas, que, por supuesto no dijo en ningún momento de costear él, y ciento de cosas que no voy ni a recordad. Mi nieta lo excusaba una y otra vez, culpando a lo enamorado que estaba. Fue cuando pensé que poniendo kilómetros entre

de los dos, tomaría conciencia de como aquel hombre anulaba su voluntad e intentaría volver a ser ella misma. Y la excusa de su nueva vida fue la que me llevó a convencerla que sería una de las pocas oportunidades que tendríamos de estar juntas las dos solas, sabes que ella no puede negarme nada y aceptó venir conmigo. Así que saqué los pasajes para el crucero que siempre habíamos planeado hacer juntas, Olivia estaba realmente ilusionada, y yo más, por fin había conseguido que se le impusiera, a pesar de como él insistió en que no fuese. Tanto fue el modo que llegó a prohibirle hacerlo, que fue entonces cuando Olivia se dio cuenta de la clase de hombre que era, puso las cosas en su sitio y rompió con esa relación totalmente tóxica. El día de nuestro viaje recibió una llamada de última hora del trabajo y tuvo que acudir a solucionar un problema, quedamos en vernos en el barco un poco más tarde. Un millón de veces la llamé, pero no contestaba, así que embarqué viendo que la hora se nos echaba encima y con la esperanza que llegaría a tiempo, pero en el último momento recibí un mensaje diciéndome que se había arrepentido y que no podía acompañarme. Jorge, no es que no quisiese venir, es que él la había secuestrado, no puedes ni imaginarte las aberraciones que le hizo, la torturó, la violó, la destrozó física y mentalmente. Casi una semana la tuvo encerrada, hasta que por fin mi nuera, empezó a desconfiar de los extraños mensajes que recibía de su hija diciendo lo feliz que se encontraba al lado de aquel mal nacido, pero en cambio nadie podíamos hablar con ella. Con la ayuda de un experto localizaron la señal desde donde su teléfono enviaba los mensajes y

dieron con el sitio donde la tenía prisionera. Cuando llegó la policía estaba medio muerta.

Jorge no podía hablar, la escuchaba atónito, era imposible que alguien le hiciese daño a un ser tan maravilloso como era aquella preciosa mujer. Necesitó unos momentos para reaccionar, por fin cogió algo de aliento y se dirigió de nuevo a ella:

– No es verdad, no puede ser verdad.

– Sí, hijo. Desdichadamente todo lo que te he contado es verdad. Por desgracia, en su maltrato ese hombre no solo la dañó a ella, nos hirió a todos: Sus padres viven en una paranoia perpetua, por eso continuamente necesitan estar en contacto con ella, su hermano no acepta a nadie, le ha dañado tanto que es incapaz de mantener él mismo una relación, yo estuve a un paso de la muerte, una angina de pecho al recibir la noticia estuvo a punto de costarme la vida y mi pequeña…Jorge, ella jamás pudo recuperarse por completo. A pesar de haber asistido a muchas sesiones de terapia, lo que sucedió la otra tarde con tu hermano es claro ejemplo que no ha funcionado como debiera. Ella no

respondió a su flirteo, sino que el miedo la paralizó, cualquier situación que le recuerde a lo sucedido la aterroriza y simplemente no pudo defenderse.

– Mi hermano quería demostrarme que yo no le interesaba a Olivia realmente, sino la fortuna de la familia, le salió bien con mi exnovia y quería demostrarme que ella buscaba lo mismo. Yo sabía que era imposible, no le hacía falta nuestro dinero, pero jamás me había dicho que me quería, no sabía si significaba algo para ella o solo era uno más, un juguete para entretenerse durante los días que iba a pasar aquí.

– Pues tú y tu hermano fuisteis, con perdón, unos “capullos”. Si no eras capaz de ver en sus ojos como se había enamorado de ti, quizás de verdad no merezcas volver con ella —Julia cogió los documentos que había traído Jorge y se los devolvió—. Sea como sea, en estos momentos ella estará cogiendo el avión hacia New York, por lo menos este tiempo sola la ayudará a recuperarse y a pensar en lo que de verdad desea. Por favor, te pido que le des su espacio. Mi consejo también sería bueno para ti, ahora es también tu tiempo para meditar si de verdad la quieres en tu vida.

El muchacho cerró los ojos y aspiró con fuerza. Tenía razón, había sido el peor de los estúpidos dejándola ir y ahora tendría que darle su tiempo para pensar.

CAPÍTULO 11

— Bien, ¿todo listo Chus?

Era un día de locos, por fin había llegado el momento de mi viaje, cogí mi bolso de mano y salí, prácticamente corriendo, de mi oficina, a la vez que mi ayudante lo hacía justo un paso detrás de mí.

– Sí. He enviado toda la documentación al correo de New York que me diste, aquí tengo tu pasaje de avión y pasaporte, el equipaje ya está en el coche que te llevará al aeropuerto, creo que no me falta nada.

– El alojamiento, ¿lograste reservar el apartamento que te comenté?

– Lo hice, pero Jean, el hijo de los Hamilton, me pidió que lo anulara, me dijo que no te comentara nada porque quería darte una sorpresa con eso. Por supuesto no lo hecho, pero tú me dirás.

Sonreí al escucharla.

– De acuerdo, anula la reserva, vamos a ver que sorpresa me tiene preparada (en el tiempo que habíamos tardado en preparar la documentación y todo el proceso que conllevó nuestro trato, estuvimos los dos en contacto continuamente, llegando afianzar nuestra amistad en muchos puntos, tanto laborales, como personales) —Por cierto ¿has mirado mi correo por si el restaurador ha mandado alguna hoja más en limpio del libro? Hace por lo menos cuatro días que no ha enviado nada.

– Lo siento Livi, no me dio tiempo.

– No te preocupes, cuando llegue al aeropuerto le echaré un ojo. Tú ocúpate que los poderes que me ha firmado mi padre lleguen a tiempo, vete directamente a la notaría y los recoges en mano, sabes lo tranquilos que son y sin eso no puedo empezar a trabajar.

– Enseguida me ocupo.

No había salido del hall de la empresa cuando escuché que alguien me llamaba:

– Señorita Arranz, un placer volver a verla.

La sangre se me heló en las venas al ver de quién se trataba.

– Bruno ¿qué hace usted en mi empresa?

– Se podría decir que he venido a ponerle la mía en bandeja.

– ¿Qué está usted diciendo?

– Me va a decir que es verdad que no sabe usted nada sobre la estafa que nos están haciendo su familia.

– No dice usted nada más que tonterías. Tengo mucha prisa ¿quiere aclararme a que se está

refiriendo o me voy?

– ¡No me lo puedo creer, entonces es verdad que no lo sabe! —puse los ojos en blanco empezando a desesperarme, él se dio cuenta que de verdad no sabía de qué me hablaba. Se acercó a mí y me reveló los motivos que lo había llevado hasta allí—: Su abuela ha pedido la parte de la herencia que, según ella, le corresponde.

– ¡¿Mi abuela?! ¡¿Está usted seguro?!

– Y tan seguro, aunque si solo hubiese sido eso, la cosa no estaría mal del todo. Pero además han pedido todos los intereses atrasados de estos setenta y cinco años, más daños y perjuicios. Cómo si nosotros hubiésemos tenido la culpa de algo.

– Estoy perpleja, de verdad que nadie me había dicho nada —el hombre que lo acompañaba, (supuse por su aspecto que sería su abogado), lo llamó:

– Bruno, llegamos tarde a la reunión.

Hizo la intención de despedirse de mí, pero lo detuve.

– Espera un momento por favor, deja que aclare un segundo lo que me acabas de decir. ¿Jorge sabe algo de todo esto?

– Por supuesto, hoy viajará a Francia para intentar que no cierren nuestra empresa, nos han bloqueado todas las cuentas bancarias hasta hacernos una auditoria, hay que buscar con urgencia un modo alternativo para financiarnos, así no tenemos manera de responder a los pagos tanto de proveedores como a nuestros trabajadores.

– Escúchame, Bruno, asiste ahora a esa reunión, pero no se te ocurra firmar nada, solo gana un poco de tiempo, voy a intentar solucionarlo. Creo saber quién está detrás de todo esto y estoy segura de que mi abuela no ha podido dar el visto bueno a algo así.

– Me sorprendes. Va a resultar que mi hermano tenía razón y no se equivocaba contigo —lo miré con ganas de preguntarle por él, de saber si seguía con ella, me moría porque me dijese si alguna vez había vuelto a pensar en mí, aunque me contuve. Él no había vuelto a intentar ponerse en contacto conmigo y empezaba a sospechar que ese debía ser uno de los motivos, estaría tan enfadado que ni se lo habría replanteado. La voz de Bruno me sacó de mis pensamientos—. Está bien, no me queda otra que confiar en ti. Ahora tengo que irme, tus directivos nos están esperando —asentí, mientras veía como entraba detrás de su abogado, entonces se dio la vuelta y de nuevo volvió a sorprenderme—: Livi, perdóname por haber sido un estúpido contigo aquella tarde.

– Aquello ya está olvidado. Es verdad que tenía que haberte dado una buena patada en las “pelotas”, pero ya pasó— entró dando tal risotada que todos se detuvieron a mirarlo, pero él tenía que decir la última palabra:

– Esto no acaba aquí preciosa, tú y yo tenemos una historia pendiente.

Ahora fui yo quien se echó a reír con ganas, aunque no pude remediarlo, me detuve y le di un buen repaso a su trasero. ¡No estaba mal, pero que nada mal!

En cuanto subí al coche que me estaba esperando en la puerta de la

empresa, cogí el teléfono y llamé a mi abuela:

- ¿Sí?
- Abuela, soy Livi.
- Sí cariño, dime.
- ¿Por qué nadie me ha dicho que habías solicitado la parte de la herencia de los Rivera que te corresponde?
- Supuse que tú hermano te lo diría, él se ha encargado de todo.
- ¡Ya! Y se ha encargado a lo grande. ¿Sabías que han embargado todas su cuentas, ha solicitado los intereses gananciales de estos setenta y cinco años atrás, y una serie de incoherencias que van a llevar, además de a toda su familia a la ruina, a la pérdida de todos los puestos de las personas que trabajan en sus empresas.
- ¡Para, por favor, para! Yo jamás le dije que hiciese algo así. Se ve que los genes de la tatarabuela todavía "furulan" por nuestro torrente sanguíneo.
- Se ve que sí, porque lo ha hecho y a lo bestia. La reunión debe estar empezando en este momento. Por favor entra por videoconferencia y detén esta locura.
- Olivia, ¿tanto te importa lo que les pueda suceder?
- Abuela.
- Sí. No hace falta que digas nada más —guardó silencio durante unos segundos, que me parecieron horas, entonces escuché un suspiro—. Bueno, al fin y al cabo, en cuanto te cases con Jorge la mitad de todo será nuestro. Porque eso sí, ni se te ocurra firmar una separación de bienes, he visto sus balances y nos superan en varios millones.
- ¡No digas tonterías abuela! Si ni siquiera ha vuelto a llamarme.
- ¿Y qué? ¿Es que acaso tienes los dedos afectados con alguna extraña enfermedad para no llamarlo tú? Supongo

que él también tendrá algo de orgullo.

¡Déjalo ya! Cuando te da la gana no quieres entender. Y hazme el favor de llamar al idiota de mi hermano y hacer que toda esta tontería termine ya.

Está bien, enseguida lo hago. Olivia, cariño ten cuidado en tu viaje.

De acuerdo abuela y recuerda que me prometiste que pasaríamos un tiempo juntas a mi vuelta.

No lo he olvidado mi vida. Un beso enorme Otro para ti.

Apagué el teléfono, recosté mi cabeza en el sillón y cerré los ojos. Todo marchaba bien excepto mi corazón, pareciera que me lo había dejado enterrado en Sevilla, en el mismo funeral de los bisabuelos. Estaba cansada y aunque intentaba que nadie se diese cuenta, me sentía triste. Ojalá estos días fuera me sirvan para empezar de nuevo de cero y poner mi vida en orden ¡otra vez!

Después de recoger las maletas salí del aeropuerto Internacional de la Guardia con la intención de buscar un taxi, pero no, entre las muchas personas que esperaban la llegada de los pasajeros sobresalía mi espectacular amigo con un letrero en el que ponía mi nombre. Lo saludé con la mano y una sonrisa al verlo, aquel muchacho era guapísimo, lástima que yo no fuese del "género" que le atraía, porque ahora sí me lo hubiese replanteado.

– Hi Jean, how are you? (Hola Jean, ¿cómo estás?)
– No, no. Nada de inglés, tengo que practicar mi español, sino cuando sea yo el que vaya a tu país no voy a entender nada.
– Estupendo, mucho mejor para mí. Ahora dime, ¿cómo va todo?
– Listo para empezar a trabajar mañana mismo —porque hoy lo he reservado solo para enseñarte mis lugares favoritos.
– Pues te aviso que vengo algo cansada, han sido muchas horas de viaje.
– Por eso vamos a empezar por dejar tus cosas, en mi casa, que a partir de ahora va a ser la tuya, y no quiero ninguna objeción al respecto. Le dije a tu secretaria que anulara el apartamento que querías alquilar — intenté disimular haciéndome la

sorprendida, pero él en plan mandón no me dejó contestarle—. Luego tomarás un baño y nos pondremos al día tomando una copa de vino, español, por supuesto.

Lo miré sonriendo.

– Por supuesto.

¡Dios Santo, cuánto me gustaba esta ciudad! Hasta saqué la cabeza por la ventanilla como una niña pequeña. Si por mí hubiese sido, cuando estuve estudiando aquí, no habría vuelto a mi casa. Con una sonrisa de "oreja a oreja", metí mi cabeza en el coche y miré a Jean al volante de aquel despampanante *Chevrolet Camaro*.

– ¿Qué miras?

– Se te ve guapísimo al volante de este coche.

– Te diría lo mismo, pero amiga no sé si habrán sido tantas horas de viaje o que estabas tan guapa el día de la fiesta que te veo muy apagada.

– Eres muy amable, porque apagada es poco. Estoy cansada, agotada, agobiada y podría seguir con doscientos adjetivos más sobre mi aspecto físico, además de todos los que podría nombrarte sobre mi estado anímico.

– Lo había notado en las conversaciones que hemos mantenido durante estos días, por eso le dije a tu asistente que se olvidara de alquilarte el apartamento que querías, ¿te parece bien?

– No quiero parecerte una desagradecida, pero seguramente estaré aquí por lo menos un mes. Voy a ser un incordio para ti.

– Al contrario, hace poco que lo dejé con mi pareja y la casa se me cae encima, el favor me lo haces tú a mí, necesito tener la cabeza ocupada para no seguir pensando.

– ¡Ohh lo siento Jean! ¿Llevabais mucho tiempo juntos?

– Casi dos años, lo peor es que ni siquiera sé porque ha sido, supongo que la monotonía habrá hecho efecto entre nosotros.

– Creo que va a ser una buena idea lo de tu apartamento, por lo menos mientras te queden botellas de vino, español, por supuesto.

– Por supuesto.

En algo más de treinta minutos llegamos hasta Manhattan, donde un magnífico *loft* de dos plantas nos estaba esperando.

Entré delante de él y me quedé paralizada en la misma puerta.

– ¡Madre mía, Jean es uno de los pisos más bonitos que he visto nunca! Pero ¿qué altura tiene este techo?

– Es que eran dos pisos, quitamos el suelo del salón del de arriba y prácticamente

derribamos todas las paredes. ¡Pero pasa de una vez, las maletas pesan!

– Perdona —dejó todas las maletas que yo había llegado y le ayudé cogiendo mi bolsa de maquillaje.

– ¡No es que quiera preguntarte si has pensado en quedarte a vivir aquí, pero llevas ropa para seis meses!

– ¡Eso no es nada para lo que me pienso comprar!

Y así entre risas y después de un maravilloso baño de espuma, en una de las bañeras más grandes que había visto, y acompañada con una copa de champan, empecé mi aventura americana.

El resto de la tarde la pasamos hablando e incluso llorando, cuando la ocasión lo precisaba, yo estaba hecha polvo, pero él no se encontraba mucho mejor y no hay nada como compartir las penas delante de una…o varias copas de vino. Más tarde nos arreglamos, nos apetecía pizza y es sabido por todos que la mejor la puedes comer en *Grimaldi´s,* luego cruzamos el puente y nos adentramos en el *Lower East Side*, donde la mismísima *Lady Gaga* dio sus primeras actuaciones y ya con los zapatos en la mano decidimos volver al apartamento. Nada más entrar me dejé caer en el sillón sin poder dejar de reírme.

– ¡Qué falta me hacía pasar un día así! Desde que estuve en Sevilla no me reía tanto. Jean se sentó a mi lado con una sonrisa en su cara también.

– ¡Ha sido genial! A mí me pasaba algo parecido, no había vuelto a salir de la ruptura y de verdad me hacía falta.

Me agarré a su brazo y puse la cabeza en su hombro.

– Jean vámonos lejos, a alguna isla desierta o algo así, vamos a olvidarnos de todos los problemas, de las empresas, de todo.

– ¡Ojalá pudiésemos! De verdad que muchas veces lo pienso y no habría nada que me gustase más, cerrar los ojos y olvidarlo todo.

– Tú tampoco lo has tenido fácil ¿verdad? ¡Venga cuéntame todos tus problemas y cuando digo todos son todos, empieza por donde quieras!

– Bueno, estamos en américa y aquí no es demasiado fácil descubrir que eres

“diferente” a los demás en plena adolescencia. El instituto no fue la mejor de las épocas,

¡al principio!, pero en seguida me puse las pilas, comencé con el *Keysi Fighting* y afortunadamente cambié mi vida.

– ¿Keysi qué? ¿Eso qué es?

– Quizás te suene más como KFM, es una técnica de defensa que se enfoca en movimientos cortos, rápidos y si te lo propones letales. Pero como te estaba contando, gracias a mis clases de defensa tomé confianza en mí mismo, por fin se fueron acabando las broncas, y mi vida comenzó a encaminarse, estudié dirección de empresa "*et voilá*", después de un millón de desengaños amorosos, aquí estamos, llevando adelante las empresas de la familia —Me quedé en silencio ¿y si él tuviese razón? En vez de tanta terapia, como le dije a Bruno: *una buena patada en las pelotas* me habría ayudado muchísimo—. ¡Ehh despierta! ¿Te has quedado dormida?

– Sabes qué estoy pensando que me encantaría conocer esa técnica de defensa ¿es muy complicada?

– Ven —se puso de pie y me ofreció su mano.

– ¿Estás loco?

– Para nada. Venga, hazme caso —me levanté y con un movimiento de hombros le pregunté ¿qué hacía? — Haz como si fueses a pegarme.

Me fui hacia él con la firme intención de darle una buena patada. Pero en dos movimientos ya estaba tumbada en el suelo con él encima de mí.

Los dos empezamos a reír, llevados un poco por el alcohol y otro poco por el batacazo tan impresionante. Por fin me dio un beso en la punta de la nariz y me ofreció su mano para que me levantara.

– Jean, ¿seguro que no te atrae el sexo femenino ni un poquito?

– Ni un poquito.

– Lástima, esta noche me hubiese sentado de maravilla. Nos levantamos del suelo y él me respondió:

– A mí también me hubiese sentado genial.

Así que en vista que el sexo, exclusivamente terapéutico, no iba a aparecer por ningún lado, decidimos acostarnos cada uno en su cama.

Los días fueron pasando entre trabajo y salidas nocturnas, pero lo mejor eran nuestras tardes de compras. En *Victoria's Secret*, salimos cargados de esas preciosas bolsas rosas, o el día que estuvimos en la tienda de *Jimmy Choo*, dónde me compré las sandalias más sexys que había visto en mi vida. ¡Estábamos pasando unos días maravillosos juntos, resultó ser un amigo genial! Además, me animé a acompañarlo a sus clases de defensa, parecía que con cada una iba reforzando mi autoestima. Aquel cambio de aire me estaba sentando estupendamente físicamente, pero que cada día lo echara

más de menos, seguía afectándome mentalmente. Ya, para colmo, una tarde al llegar a casa recibí una llamada de mi madre:

- Hola, cariño, ¿cómo han ido hoy las cosas?
- Bien mamá. Si todo sigue así volveré mucho antes de lo que estaba previsto. Quizás en esta misma semana podremos dejar firmados los contratos —ella quedó en silencio, entonces insistí—: mamá ¿sigues ahí?
- Sí cariño. ¿No habría forma de que te quedases unos días más?
- Supongo que sí. Pero no te entiendo, creí que papá quería que todo quedase listo lo antes posible para comenzar con la fabricación de la nueva gama de productos.
- Es que…
- Mamá me estás poniendo nerviosa, dime que está pasando.
- Es que “ese” ha salido de la cárcel con un permiso de quince días, hasta finales de la semana próxima no tiene que volver a entrar y yo no quiero que estés cerca, ni en el mismo continente a poder ser —ahora fui yo la que se quedó sin aliento. Estuvo a punto de matarme y ya estaba en la calle, además podría jurar que, de los dos, seguro que el único que sentía miedo era yo. Al notar mi silencio, ella insistió—: Nena ¿estás bien?

Llené de aire mis pulmones e intenté que no notase mi preocupación.

- Claro que sí mamá. Escúchame, no vamos a vivir toda la vida con miedo. Ese tipo tarde o temprano volverá a su vida, ya verás como no va a intentar ni acercarse a nosotras —ni yo misma me lo creía, pero parecía que si lo decía en voz alta parecería verdad. Estaba segura de que aquel malnacido no descansaría hasta acabar con mi vida, pero esta vez no iba a ponerle las cosas tan fáciles—. Escúchame mami, no te preocupes por nada yo estoy bien y todo va a estar bien.

Seguro que sí, mi vida. Si sé de alguna novedad ya te iré poniendo al día. Está bien, pero tú no te preocupes por nada ¿de acuerdo?

Sí, mi niña, por nada.

De nuevo me hacía la fuerte delante de los demás, pero la verdad es que no lo podía soportar, necesitaba tomarme un tranquilizante o entraría en pánico. Busqué mi bolso, lo vacié en lo alto del mostrador, con el temblor de mis manos era incapaz de abrir el bote. De pronto escuché como intentaban abrir la puerta y lo peor era que no podía moverme, recordé uno de los movimientos que había aprendido y al ver entrar a alguien en casa le di una patada que lo lancé al pasillo.

– Pero…pero ¿se puede saber qué ha pasado?

Casi sin aliento, el pobre Jean estaba tirado en el suelo, con mi pie marcado en su estómago.

– Perdóname, por favor perdóname, me dio mucho miedo. Ese tipo ha salido, creí que era él…

– ¡Por Dios, no sé de quién se trata, pero por su bien, más vale que no se acerque por aquí! —lo ayudé a levantarse del suelo. Estaba claro que a un hombre tan fuerte y grande no podía dolerle tanto, pero supongo que estaba haciendo algo de teatro. Cogió mis manos entre sus manos y algo preocupado me preguntó—: ¡Querida! ¿Pero qué te ocurre? estás temblando.

Nos sentamos los dos en el sillón, no sabía cómo contarle lo que me había ocurrido. Durante esos días nos habíamos abierto y contado todo sobre las personas de las que estábamos enamorados, pero no le había hablado nada sobre aquel horrible hombre y el daño que me había hecho durante los días que me mantuvo cautiva.

– Jean, es algo de lo que no me gusta hablar, es que hace un par de años sufrí algo así como un secuestro. Digo “algo”, porque quién lo hizo había sido mi pareja, cuando rompimos se lo tomó bastante mal e intentó convencerme con una especie de juego, hasta que dejó de serlo y se convirtió en un secuestro.

– ¡No puedo creerlo!

– Pues menos te lo vas a creer cuando te enteres que el tipo resultó ser un psicópata e hizo conmigo lo que le dio la gana. Cuando consiguieron rescatarme apenas me quedaba un aliento de vida. Te juro que pensé que no saldría de esa —me quité la camiseta y le enseñé las marcas que no habían conseguido eliminar aún de mi cuerpo—. No vayas a creerte que esto fue lo peor, tendrías que haber presenciado el juicio, hubo un momento en que yo misma llegué a creerme que había sido la culpable de todo aquello, incluso ese mal nacido

convenció al jurado que nosotros practicábamos juegos sados, que yo había estado de acuerdo con él y qué lo único que ocurrió es que se le fue “un poco” la mano.

– ¡Qué hijo de puta!

– Casi no lo cuento Jean, pero el mayor daño no fue a mi cuerpo, no te puedes imaginar cuanto mal me hizo aquí —le dije señalándome la cabeza—. Vivo atemorizada, soy incapaz de responder ante cualquier tipo de peligro.

– Eso no es verdad amiga. Fíjate en lo que acabas de hacer, a mi parecer te has defendido bastante bien.

Me quedé mirándolo y sonreí.

– ¡Es verdad Jean, por primera vez no me quedé paralizada!

– Mi estómago y yo diríamos que para nada. Y eso que solo llevas dos semanas dando clases, no quisiera comprobar como reaccionarás el día que lo domines —mi amigo me dio un beso en la mejilla y se puso de pie—. ¿Qué te parece si esta noche no salimos? Estoy bastante cansado y después de este recibimiento me muero por tomar un baño y relajarme.

– Sí, yo también lo prefiero. ¿Qué tal si para compensarte te preparo una estupenda tortilla de patatas?

– ¡Cariño, tú sí que sabes cómo conquistarme!

Después de cenar cogí el portátil y le di un repaso a mi correo personal. Con tanto jaleo vivido en esos últimos días no había tenido tiempo de revisarlo. Por fin había recibido noticias del restaurador, aunque me extrañó el “Asunto” con el que me lo enviaba: “*Carta para Julia”*. ¡Qué raro! Hasta el momento solo me había enviado las hojas restauradas con las fórmulas. Descargué el archivo que llevaba adjunto y leí su contenido:

“*Mi pequeña Julia, soy tu nuevo papá, Albert. Te escribo esta carta entre lágrimas en el mismo libro que cuando seas mayor pondré en tus manos para que sepas como trabajaba tu mamá. Ante todo, lo siento. Siento el dolor que estas letras te van a provocar. Te juro que por nada del mundo hubiese querido que lo que ocurrió esa noche hubiese pasado nunca, pero tienes derecho a saber lo que les sucedió a tus padres. Voy a contártelo, pero antes de nada volver a pedirte perdón de todo corazón.*

Tú tío Luis me llamó en cuanto tu madre llegó al pueblo, contándome en la miseria en la que iban a volver a vivir. Quise darle

algo de tiempo, confiaba tanto en ella que sabía lo capaz que era de cambiarlo todo. Pero las semanas iban pasando y por tu tío sabía que las cosas cada vez estaban peor. Solo quise alejarla de todo aquello porque

la amaba más que a mi vida, pero estaba claro que ella era esclava de sus sentimientos hacia ese hombre. Te prometo que intenté no inmiscuirme en su vida, pero la quería tanto, tanto, que no podía abandonarla a su suerte.

Aquella horrible noche fui hasta la casa donde me dijeron que vivía la familia de Jaime, allí encontré a su madre, me dijo que podría encontrarlo en la finca que tenían en el campo, quiso acompañarme para que hablásemos con él y convencerle que lo mejor para todos era que ella volviese conmigo a casa, estaba dispuesta a dejarnos que te llevásemos con nosotros. Llegamos hasta unos establos y allí los encontramos a los dos. Julia cariño, de verdad que jamás quise hacerles daño, empezamos a discutir, él no estaba dispuesto a que tu madre volviese conmigo, y en medio de la pelea saqué la pistola, solo quería asustarlo para que la dejase venir conmigo. Intenté agarrarla, pero ella me empujó y se escabulló de entre mis manos, me agarré a un broche que llevaba sobre su pecho, pero este cedió, Olivia se abrazó a él y yo con el impulso caí al suelo. Te vuelvo a jurar que no quise disparar, lo hice sin querer al golpearme en el suelo. Hija mía, aunque intento convencerme de que fue un horrible accidente, ellos murieron los dos por mi culpa. No me alcanzará la vida para pedirte perdón. Si Dios me da salud para poder ayudarte, prometo compensarte por su falta y si estas palabras las estás leyendo cuando yo ya no esté, habrás comprobado que así lo he procurado. Te quiero Julia, porque veo en tus ojos los de ella.

Albert Candaus.

*****

Creo que abrí la boca cuando empecé a leer el correo y terminé del mismo modo.

Jean llegaba hasta mí, con una camisa en cada mano.

– Dime, para la reunión de mañana, con ese guapísimo abogado que te has buscado, ¿cuál te gusta más, la blanca o la azul? —Al ver que yo era incapaz de responderle, insistió—: Livi, cielo, ¿es que sigues encontrándote mal?

– Peor Jean, me siento peor incluso que antes. ¿Recuerdas la historia que te conté de mis bisabuelos?

– Sí claro, menudo novelón.

– Pues hazme el favor de leer esto. Acaba de escribirse el final inesperado —dejó las camisas sobre el respaldar de la silla, cogió mi portátil y comenzó a leer el mensaje. En cuanto terminó su lectura me miró con los ojos abiertos de par en par y con una enorme exclamación me dijo:

– ¡Dios Santo, el asesino fue el padrastro!

– No me lo puedo creer. Voy a destrozar a mi abuela cuando se entere. Él y su tío Luis fueron la única familia que conoció antes de casarse. Ella adoraba al doctor Candaus, realmente fue el único padre que conoció.

– Pues no le digas nada, si la verdad le va a hacer más daño que la ignorancia, es mejor que siga en ella.

– Lo peor es que piensa que la asesina fue la madre de Jaime. Quiere vengarse de algún modo y por eso ha reclamado la herencia.

– Déjala que lo siga creyendo, qué más da. Al fin y al cabo, la herencia le pertenece y si no hubiese sido por esa bruja, ellos hubiesen vivido juntos todas sus vidas.

– Tengo que pensármelo, pero creo que tienes razón. Quizás la verdad le haga más daño incluso.

CAPÍTULO 12

Después de unos días de duras negociaciones, la firma de los contratos, por nuestra parte, sería a la mañana siguiente, pero aún quedaba la parte en la que ellos auditaban nuestra empresa. Por eso Jean tendría que viajar pronto a Madrid para comprobar “in situ” las inspecciones que se estaban llevando a cabo. Sabía por mi familia que mi maltratador aún seguía con su permiso y aunque lo suyo hubiese sido volver a casa con él, acordamos que lo mejor era que yo lo hiciese en la semana próxima. Mi amigo no quiso ni escuchar hablar que me fuese a un hotel sola durante el tiempo que estuviésemos separados, me plantó las llaves de su casa en la mano, llegando al acuerdo que él se alojándose en la mía.

El día había sido agotador y esa noche estaba tan cansada, que, aunque insistió que saliese a cenar con él y mi “guapísimo abogado”, con el que al parecer había logrado que surgiese la chipa, decidí no hacerlo y dejarlos solos.

Salí a la enorme terraza de su apartamento, me senté en uno de sus sillones de mimbre y decidí fumarme un cigarro, sabiendo que no tendría un millón de personas diciéndome que estaba haciendo mal. Cogí mi móvil para revisar los mensajes y sin darme cuenta volví a mirar las fotografías de mis días en Sevilla, había sido incapaz de borrarlas. Estaba tan embelesada mirándolas que cuando escuché el teléfono me asusté y descolgué sin mirar quien era:

- ¿Sí?
- Soy yo, por favor no cuelgues.
- Jorge… ¿de verdad eres tú?
- Sí Livi. Sé que no quieres volver a hablar conmigo, pero quería darte las gracias por lo que has hecho por nosotros.
- No tienes porqué, hablé con mi abuela y le conté el

despropósito que estaba haciendo Javi, sabía que ella no podía organizar algo así. Dime, ¿se han arreglado las cosas?

- Ya está todo aclarado, tú abuela solo ha pedido algunos recuerdos, el título de propiedad de vuestra casa y las tierras colindantes. Nada para todo lo que hubiese podido reclamar.

El silencio se hizo, pensé que no quería seguir hablando, pero yo necesitaba escucharlo.

- De acuerdo ¿eso era todo?
- No, me moría por escuchar tu voz una vez más. No cuelgues por favor.
- No pensaba hacerlo, yo también tenía muchas ganas de hablar contigo. De hecho, en este momento estaba mirando las fotos que nos hicimos juntos.
- Dios, ¿qué narices nos ha pasado? Soy incapaz de arrastrar de mi alma, no me siento vivo desde que te fuiste.
- Pues no lo parecía, si hubiese sido así me habrías llamado antes, he esperado como una loca noticias tuyas.
- Lo siento Livi, lo siento en el alma.
- Jorge, me gusta mucho más como suena Olivia de tus labios. - Te amo mi vida, te diré como tu prefieras, pero necesito verte.
- Sigo en Nueva York, ya está casi todo listo, aunque ahora ha surgido un problema en Madrid que me impide volver hasta la semana que viene.
- ¿Un problema?
- Sí, es algo de mi pasado que debería haberte dicho, pero me dio miedo hacerlo. Te prometo que cuando vuelva te lo contaré, aunque eso nos cueste una ruptura definitiva.
- No te preocupes, cariño. No creo que exista nada que pueda separarme de ti, por muy malo que haya sido, yo me ocuparé de todo. Nadie volverá a asustarte tanto como para no que no quieras confiar en mí.

Entonces, ¿crees que volverá a ver un nosotros?

Tenlo por seguro, nunca ha sido de otro modo desde un segundo después de conocerte.

¡Dios mío Jorge si tan solo me hubieses llamado hace unas semanas! No puedes imaginarte lo mal que lo he pasado.

Para mí tampoco ha sido fácil. He estado a punto de hacerlo un millón de veces, pero una mujer muy sabia me dijo: *que todas las cosas necesitan su tiempo*. Pensé que tú ahora lo necesitabas para poner las cosas claras en tu preciosa cabecita y ver lo que querías hacer con nuestra relación.

Sonreí al escucharlo y me recosté en el sillón. Mi abuela estaba haciendo su magia aún en la distancia.

También ha sido culpa mía. Esa misma, "sabia" mujer, me aconsejó a mí que

fuese quien llamara, pero este tonto orgullo, que no sirve para nada, me

impidió hacerlo. Por eso ahora me va a tocar contar los segundos hasta volver a estar contigo.

Cariño, cuando se quiere de verdad hasta el orgullo y el rencor se olvidan enseguida.

Tienes razón —quise quitar un poco de seriedad a la conversación, conocía su carácter y sabía lo difícil que estaría siendo esa situación—. ¡Pues esta vez no te va a ser tan fácil, te voy a hacer pagar por todos los malos ratos que me he llevado durante estos días!

Estoy dispuesto a aceptar cualquier castigo que me impongas con que me digas que me perdonas. Te quiero Olivia Arranz y vete preparando porque no sé cómo lo vamos a arreglar, pero esta es la última vez que pienso estar tanto tiempo separado de ti —escuché como alguien le hablaba, entonces volvió a ponerse al teléfono—. Nena, acaba de llegar un cliente que estaba esperando, no puedo

seguir hablando.

No importa. Jorge no puedes imaginarte lo feliz que acabas de hacerme. Ni tú a mí, ahora mismo soy otro hombre. Hasta pronto cariño, te quiero.

Me quedé un segundo en silencio y le contesté: Y yo a ti, mi vida.

¡No podía creerlo ¿ya estaba todo arreglado con él?! ¡Una simple llamada y volvía a latirme el corazón! ¡Qué estúpida había sido! Simplemente con haber cogido, cómo me dijo mi abuela, el teléfono, no habría estado sumida en toda la angustia de estos días atrás. Muchas veces dejamos que el orgullo sea el que dirija nuestra vida, esperando siempre que sea el otro quien dé ese primer paso y dejando pasar las cosas que de verdad nos importan.

Me fui a la cama, pero tenía tal nivel de adrenalina en mi cuerpo que no podía pegar ojo, otra vez aquel estúpido "error" de mi pasado, volvía a marcar mi presente llenándome de miedo e impidiéndome coger ese avión para estar en solo dos días, con la persona que más había amado nunca. Por otro lado, no me parecía mal del todo, que él sufriese también un poco, si tantas ganas tenía de verme, así nuestro reencuentro lo cogeríamos con más ganas. Me reía y de pronto se me saltaban las lágrimas, ¿cómo respondería cuando le contase lo que había vivido? A lo peor le daba repugnancia volver a tocarme, cuando supiese lo que ese hombre había hecho conmigo. Y así sumida en un mar de dudas me quedé dormida.

Un beso en la frente me despertó aquella mañana. Al abrir los ojos encontré sentado en el filo de mi cama, con una humeante taza de café, a mi amigo Jean.

— Buenos días, preciosa.

— Jean, no te he escuchado llegar, ¿ya estás vestido y todo?

— No, esta ropa es la de ayer. Es que acabo de llegar, por eso no me escuchaste.

Me incorporé para coger la taza y restregarme un poco los ojos para poder verlo bien.

— ¿Qué estás diciendo? ¿Has pasado la noche con Flyn? En ese momento él se tumbó sobre mis piernas.

— Y ha sido la mejor de mi vida. Ese abogado tuyo es el ser más maravilloso sobre la tierra. Esta noche ha debido pasar el cometa de los deseos porque es como si todos se me hubiesen cumplido a la vez.

— Yo creo que sí, que es verdad que ha pasado. Porque los míos también se han hecho realidad.

Incorporó su cabeza, apoyándola en su mano y con cara de extrañeza me miró.

— ¿Cómo? ¿Al final también saliste anoche?

Dejé la taza sobre la mesilla, cogí su cara con mis dos manos y lo besé en los labios.

— ¡No, pero me llamó!

Él sorprendido, hizo un gracioso movimiento de cabeza, abriendo exageradamente los ojos.

— ¿Quién te llamó? ¡Jorge ¿lo hizo?!

— ¡Sí! ¡Por fin lo aclaramos todo y quiere que volvamos a intentarlo!

— ¡Dios mío Livi, eso es maravilloso!

— Aunque el destino quiere reírse de nuevo de ti y de mí. Tú tienes que irte y yo no puedo hacerlo aún.

— ¡Pero sólo van a ser unos pocos días, luego todo nos va a ir genial!

— Jean me da tanto miedo, las cosas no suelen salirme también nunca.

— No vayas a ser, ¿cómo decís vosotros? pájaro de…

—…Mal agüero.

— ¡Eso es! Así que venga, una ducha que se lleve tus malos presentimientos y ponte guapísima, ¡hoy es la firma que sellará nuestro negocio y nuestra amistad! ¡Además de permitirme ver a primera hora al hombre más guapo del mundo!

Me reí con ganas al escucharlo, además me sentía tan feliz como él lo estaba, después de lo mal que lo había pasado durante esos días. El pobre no solo había arrastrado de su apatía, sino también de la mía.

Una hora después, nos encontrábamos los dos en la puerta de las oficinas de su empresa. Él con un elegantísimo traje negro, camisa blanca y una espectacular corbata del mismo azul seda que sus ojos y

yo con un sobrio pero elegante traje chaqueta beige bien ajustado y camisa de raso celeste (para ir a juego). La ocasión lo merecía, me dio un beso en la cara y entramos en medio de saludos de “Buenos días” de sus empleados. Aquel contrato iba a ser un cohete a propulsión para las dos empresas.

En el momento de la firma, además de mi abogado, también estuvieron presentes mi padre y mi hermano, vía internet por su puesto. Y por su parte su padre y sus directivos. Después de un brindis con champan decidimos irnos a comer juntos. Él día se alargó hasta la noche, dónde ya solo Flyn, él y yo decidimos tomarnos la “penúltima” en un karaoke.

De hacía un par de horas al momento de entrar en el local, empecé a notar algo nervioso a Jean, quizás no había sido tan buena idea acompañarlos y al final ellos hubiesen preferido estar a solas. Pero el ir hasta allí había sido idea suya, dijo que como despedida antes de salir a la mañana siguiente de viaje y por eso accedí a acompañarlos.

A la segunda copa que nos estábamos tomando y ya decidida a irme mientras ellos insistían elegir una canción para cantar, un camarero me trajo una carta.

Lo miré extrañada, por el “ruido” que hacía el cantante “amateur” de ese momento, no entendí lo que me decía, así que busqué algún remitente, pero estaba en blanco.

Jean se acercó a mí.

— ¿Qué es eso? —Hice un gesto, como que lo ignoraba— ¡Pues ábrelo!

Le hice caso, toda intrigada la abrí. Era una analítica, de pronto recordé la conversación con Jorge sobre el día que me preguntó si yo tomaba algún anticonceptivo para poder hacer el amor sin protección. Busqué el nombre al principio de la página y era el suyo. Miré a un lado y a otro ¿estaría él allí entre toda aquella gente? El estridente muchacho que estaba en el escenario terminó de dar “berridos” y escuché la melodía de una canción que me traía muy buenos recuerdos. Era la misma que tarareó Jorge el día

de nuestro viaje: “*Solamente tú”*. Miré hacia el escenario, solo con los acordes de una guitarra el local guardó silencio. Su voz comenzó a sonar, al mismo compás que la felicidad volvió a recorrer todos los poros de mi piel. ¡No podía creerlo, estaba allí, cantando para mí! Me fui acercando muy lentamente para recrearme en su voz, llenándome de él y de las palabras de amor que salían mediante esa preciosa canción de su boca. Llegué hasta el filo del escenario, no dejó de cantar, me dio su mano para que subiese, siguió con su dulce melodía, pegó su frente a la mía, levanté mis ojos. ¡Dios mío era real, mi sueño se había hecho realidad! Acaricié su cara, sus labios, en ese momento me abrazó con tanta fuerza que perdí el aliento, pero no me importaba, habría muerto en ese instante siendo el ser más feliz sobre la tierra y delante de más de doscientas personas, entre silbidos y aplausos, nos dimos el beso más sincero y lleno de amor que jamás había dado a nadie en mi historia.

Tuvimos que hacer hasta saludo de agradecimiento y sin dejar de reírnos los dos llegamos hasta donde estaban mis amigos.

— ¡Sois unos tramposos, vosotros sabíais que él estaba aquí, por eso insististeis tanto!

—Ellos no pudieron ocultar más su complicidad con Jorge echándose a reír al escucharme.

Después de las presentaciones, que hice entre besos, los dos decidimos salir a la calle, porque allí dentro era imposible entendernos.

— ¡¿Pero… se puede… saber… qué haces… aquí?! —Él me tenía sujeta por la cintura, sin dejar de interrumpir cada palabra que yo pronunciaba con un beso.

— Cariño, no pensaba quedarme allí esperando a que volvieses, sabiendo que estabas sola —puse mis brazos rodeando su cuello. Apenas prestaba atención a sus palabras, estaba feliz porque él estuviese conmigo y casi nada más me importaba.

— ¡Estás loco, por favor ¿no me digas que solo has traído ese equipaje?! —dije señalando la pequeña mochila que llevaba en el hombro.

— Cogí lo primero que tenía a mano y salí hacia el aeropuerto en cuanto colgué el teléfono, si necesito algo ya lo compraré. Pero no lo creo, porque te aviso que vamos a pasar todo el tiempo que estemos aquí, totalmente desnudos.

Di una enorme carcajada al escucharlo, e intenté volver a mi

postura de mujer

ofendida, así que me compuse y continué con mi “regañina”:

— Aunque hayas venido hasta aquí y en este momento me hagas la persona más feliz del mundo, te dije que de algún modo te castigaría por haberos comportado tú y tu

hermano como unos idiotas conmigo y no creas para nada que se me ha olvidado lo del beso con tu amiguita Sandra.

— ¡Stop, stop! ¡Eso no fue culpa mía, esa bruja me atrapó a traición!

— ¡Oh pobrecito! ¡Pude ver cuánto estabas sufriendo, pensé: Seguro que le está doliendo muchísimo besar a ese monumento de mujer! Y aunque sea verdad que te besó ella, reconoce que te has portado fatal conmigo.

Atrapó mi cara con sus manos y rozando nuestros labios me contestó:

— ¡Sí, tienes razón en todo, lo reconozco! Tenía que haber confiado en ti, haberte

llamado antes y…—lo interrumpí con un beso.

— Eso es lo que quería escuchar, así que ya está bien de disculpar, ahora es el momento de tu castigo. Tengo tu analítica y aunque has recorrido medio mundo para estar conmigo, no pienso ceder. Así que no te creas que esta noche vas a tener sexo conmigo.

— Quizás no tengamos sexo, pero te juro que tú y yo vamos a tener la mejor noche de amor que haya vivido nadie.

No podía dejar de sonreírle, nuestros amigos salieron del local buscándonos, ni siquiera los había visto, pero escuché como Flyn nos gritaba desde la puerta:

— ¡Venga, buscaros un hotel! —Los dos nos pusimos a reír como dos bobos, Jean se acercó hasta nosotros.

— Iros con toda confianza a casa —miró a Flyn y con una sonrisa en su cara, continuó—

: Ya buscaré un alma caritativa que se apiade de mí y me dé refugio esta noche.

Les di un beso en la cara a mis amigos y los dos nos apresuramos a detener un taxi para marcharnos.

Al llegar a casa nuestras manos parecían desesperadas, nuestros besos impacientes, creí que haríamos el amor en el mismo pasillo de entrada, pero tomé aire y conseguí detenerme.

— Espera un momento por favor —parecía no escucharme, mientras sus labios

se paseaban por mis pechos aún por encima de mi ropa. Cogí su cara para evitar que siguiese con sus caricias—. Me prometiste que esta noche haríamos el amor, si seguimos por este camino me parece que solo vamos a tener un mal polvo y rápido.

Por fin me había escuchado, sin hablar asintió con la cabeza, me miró a los ojos y acarició mi cara.

— Cariño, tenía tanto miedo de que me rechazases, me hice a la idea tantas veces que nunca volveríamos a estar juntos, que me parece mentira estar hoy aquí, contigo.

— Sea, como sea, es verdad que hemos vuelto y sabes que soy totalmente reacia a hacer planes, pero en este momento quiero pensar que, para siempre, así que tú me hiciste pasar unos días especiales antes y yo deseo hacer que esta noche sea inolvidable para ti. ¿Por qué no te das una ducha, mientras yo preparo algo para cenar? Quiero que siempre recuerdes esta velada.

— No me desagrada la idea, pero me gustaría mucho más que vinieses conmigo.

— Eso será luego, ahora dame un poco de tiempo para prepararlo todo.

— Está bien, tú ganas.

Mientras él entró a ducharse, corrí a la cocina, me quité la chaqueta y los zapatos. No teníamos gran cosa en la nevera, pero hice rápidamente una tortilla francesa con algo de jamón y verduras que encontré, cogí unos patés, quesos y algo de fruta, todo eso acompañado de una buena botella de vino sería suficiente. Estaba terminado de poner la mesa, cuando aún sin mirarlo noté su presencia al reconocer el olor de su colonia.

— Me encanta como hueles, pero voy a crear un aroma solo para ti —me abrazó desde la espalda y me respiró. Me estremecí al sentir su piel, lo miré de reojo y vi que solo llevaba sus vaqueros puestos ¡Dios y que bien le sentaban!

— ¿Y cómo crees que debo oler para volverte loca?

Cerré los ojos al escucharlo musitarme junto al oído. Acaricié mi mejilla con la suya y le respondí:

— No tienes que hacer nada más, ya me tienes totalmente rendida — comenzó a besarme el cuello y subió hasta el lóbulo de mi oído— para…por favor para

— ¿Por qué quieres que me detenga? —dijo a la vez que paseaba sus labios por mis hombros.

Casi no podía hablar, me estremecía cada vez que sentía su voz tan cerca de mi oído.

Intentaba responderle, pero su boca buscaba la mía.

—Llevas muchas horas sin comer…

— ¿Y?

— Y si no comes, no tendrás fuerza para…—apretó su pelvis contra mi culo.

— ¿Estás segura de que no tendré fuerza?

Entre risas me separé de su cuerpo, si lo seguía dejando hacer no iba a esperar a llegar a la cama y quería que aquella noche fuese perfecta. Cogí la botella de vino y el sacacorchos.

— Toma, ábrela, voy a por los panecillos —mientras iba hacia la isla de la cocina para cogerlos me volví a mirarlo, tenía sus ojos puestos en mí. ¡No cabía duda, adoraba a ese hombre!

Cenamos más que con comida, con caricias y risas, era como si nada de lo vivido ese tiempo atrás tuviese ya importancia, ahora lo único que valía la pena era nuestro presente. Hablamos durante horas, pero yo no me atrevía a romper un momento tan maravilloso contándole mi horrible experiencia. Nuestra excitación iba cada vez más en aumento, así que decidí enviarlo al dormitorio, yo quería ponerme imponente para él. Me duché y busqué uno de los conjuntos de lencería sexys que había comprado con Jean, dudé entre el gris perla, con un *wonderbra* que quitaba el hipo, o el negro con la sobrefalda de gasa que me hacía las piernas bien largas. Me decidí por el negro, dejaba mucho más a la imaginación. Él había dejado encendida solo la luz pequeña y había puesto música. Me detuve en la puerta, para poder exhibirme bien delante suya mostrándole la botella de champan que llevaba en mi mano. Me hizo una señal con su dedo.

— Ven aquí preciosa —No podía ocultar mi sonrisa y al compás de la canción de *Ed Sheeran, "thinking out loud"*, me fui acercando hasta él de un modo suave. Dejé la botella y me encaramé en la cama como una gata en celo sobre su cuerpo. Apartó un mechón de mi pelo y lo puso detrás del oído—. Eres el ser más bonito que Dios ha creado.

No me hizo falta mucho más para entregarme a cada uno de sus besos y sus caricias.

¡Dios Santo, volver a tener sus manos en mi piel, sus besos, su lengua recorriendo todos los puntos de placer, creí que jamás volvería a sentir del modo en el que él me hizo vibrar aquella noche! Me abandoné por completo de nuevo a cada uno de sus caprichos, porque en ese momento nada de mi ser me pertenecía, era toda y

completamente suya. Fue la noche perfecta para amarnos sin prisas, sin esperar ni dar más que amor.

Sobre las seis de la mañana me desperté, lo miré mientras dormía y acaricié su perfecto perfil ¿Cómo podía haberme vuelto tan loca por ese hombre en tan poco tiempo? Cogí mi batín de seda y salí a la terraza. Estaba empezando a amanecer en aquella ciudad que nunca duerme, y en la que en ese momento se respiraba paz. Al cabo de un momento sentí sus brazos rodeándome.

— ¿No puedes dormir?

Negué con la cabeza y busqué el calor de su cuerpo.

— Jorge tengo que contarte algo, pero no sé cómo hacerlo sin que después no te dé repugnancia volver a tocarme.

— Cariño, ya te dije que no podía existir nada en este mundo que me hiciese sentir algo así por ti.

Tomé aire y me di la vuelta.

— No sé cómo hacerlo, pero sé que tienes que sab…—puso su dedo en mis labios.

— Lo sé todo Olivia. Hablé con tu abuela y me contó lo que te había sucedido —me sentí traicionada por ella, no tenía que haberle contado algo tan personal, él se dio cuenta que no me gustó que se lo hubiese contado, entonces cogió mi cara entre sus manos y quiso darme su explicación—. Ella necesitó contarme lo ocurrido entre mi hermano y tú, y el único modo fue diciéndome cual era la raíz del problema. Mi vida, no te enfades con nosotros.

— Ya te dije en una ocasión que nunca podría enfadarme, aunque quisiera, con las dos personas que más amo en el mundo, pero creo que debí haber sido yo quien te lo contara para que comprendieras por qué durante todo este tiempo no quería hacer planes. Jorge, sé que mis días están contados, intento vivir todo lo rápido que pueda porque estoy segura de que en cuanto él pueda me quitará la vida.

— ¡Por Dios Olivia, no quiero que ni por un momento pienses que algo así pueda suceder, ahora estamos juntos, yo me ocuparé de todo, te juro que nada malo te sucederá!

Acaricié su cara y le sonreí, por mucho que mi abuela le hubiese contado, jamás podría hacerse una pequeña idea del martirio que aquel “ser” me hizo y me estaba haciendo pasar, sentía como si un reloj pasara rápidamente hasta llegar al momento que una alarma saltaría y todo habría llegado a su fin. Me di la vuelta y volví a mirar hacia aquel paisaje de cemento, él me abrazó por la espalda. Entonces

le dije:

— Ella no tenía que haberte contado nada ¿ves lo que ese tipo de horribles personas hacen? ahora te ha convertido a ti también en otra de sus víctimas, bienvenido a su espiral de miedo y paranoias.

— Quizás tengas algo de razón, al enterarme necesité de una forma desesperada saber cómo te encontrabas, para mí fue como si todo aquello te hubiese pasado solo hacía unos momentos.

Me di la vuelta y lo miré.

— ¿Y si era verdad que me querías y que aceptaste lo que me había ocurrido, por qué dudaste, por qué no me llamaste en ese mismo instante?

— Porque ella me pidió que dejase reposar nuestra relación, que hablase contigo cuando estuviese totalmente calmado y hubiese asimilado todo lo que me contó, que solo volviese a verte cuando no tuviese dudas sobre lo que sentía por ti, para no hacerte daño y ahora estoy más seguro que nunca de lo que siento —se puso de rodillas delante de mí y me mostró un anillo—: Por eso, a los pies de esta ciudad y con el sol naciente como único testigo de este momento. Quiero que sepas que te amo más que a mi vida y si tú me lo permites, quisiera pasar el resto de mi vida contigo. Olivia Arranz, ¿quieres casarte conmigo?

Lo miré, estaba confundida, pero el corazón comenzó a latirme tan rápido que creí que caería desmayada. Y casi sin darme cuenta comencé a afirmar con la cabeza, las lágrimas se amontonaban en mi garganta y me impedían hablar.

— ¿Eso es un sí? —Seguía asintiendo con la cabeza, sin poder hablar. Él se puso de pie y me besó, me tomó entre sus brazos y me llevó de nuevo a la cama, para continuar con nuestra locura de amor.

CAPÍTULO 13

Los meses fueron pasando y antes de darnos cuenta ya habíamos pasado nuestras primeras navidades los dos juntos, no podía creer que la felicidad se hubiese impuesto como norma en mi vida. Decidimos sugerirle a su hermano que él retomase los negocios de la familia en Francia, para que Jorge se hiciese cargo de la productora de aceites en Andalucía, cosa que Bruno aceptó sin poner demasiados problemas, puesto que el "motivo" de su "accidente" había vuelto a la carga, y su amiguita no estaba dispuesta a perder su novio sin conseguir nada a cambio. Afortunadamente la colaboración con las empresas de Jean habían sido todo un acierto y los negocios marchaban "viento en popa", así que tomé la decisión de coger las riendas de mi vida y decidí volver a estudiar, pero esta vez farmacia, para trabajar en el laboratorio con mi abuela, desarrollando las increíbles fórmulas que encontramos en el libro. A ella le conté lo de la carta que su padrastro le había dejado escrita, fue un momento doloroso, pero comprendió que fue un terrible accidente y ni siquiera le guardó rencor: "*es el destino, que cada uno tenemos marcado*", me dijo para consolarme ella a mí. También quisimos seguir adelante con las reformas que Jorge había comenzado en su finca, para construirnos allí nuestra casa, que, por cierto, estaba quedando genial. Mis padres no se opusieron a mi decisión, es verdad que Sevilla no estaba al otro lado del mundo, pero sí lo suficientemente lejos de Madrid, para no estar demasiado al alcance de "quien" todos sabemos, del que, por cierto, y gracias a Dios, no había vuelto a tener noticias.

Hasta esa tarde, que fui a Sevilla para la última prueba de mi vestido de novia en los talleres de unos de mis diseñadores favoritos, *Victorio y Lucchino*. La boda sería en tan solo una semana. Para ir a elegir el vestido se me ocurrió la descabellada idea que me acompañase: mi abuela, mi madre, su madre, las chicas. (Ya podéis imaginar cómo acabó todo. Sí en un auténtico caos), pero los diseñadores me escucharon y tomaron, al verme desesperada, la

decisión adecuada e hicieron justo el diseño que yo deseaba, creando el vestido más bonito que jamás había soñado. Así que en esta ocasión solo le pedí a Susi que me acompañase para dar el último visto bueno. Aunque había empezado los preparativos para la boda con tiempo de sobra, al final se me habían amontonado los retoques finales y los nervios los tenía a flor de piel, pero al ver aquella "joya" allí colgada, comencé a relajarme, pensando que todo terminaría saliendo a la

perfección. Estaba embelesada mirándolo, mientras esperaba a la modista, cuando recibí una llamada de teléfono.

- Sí, dígame.
- Buenas tardes, ¿hablo con la señorita Olivia Arranz?

Sonreí antes de contestar, miré mi precioso vestido y me entró ganas de decirle: "Sí, pero por poco tiempo". Aunque me contuve y contesté más formalmente.

- Sí señorita, soy yo.
- Le hablo desde el despacho de su abogado Marín Egorza. Le paso la llamada.

La sonrisa se me heló en los labios, nada bueno podía venir del despacho del abogado que me había llevado todo el tema de mi terrible secuestro.

- Livi, buenas tardes.
- Buenas tardes, Marín, dígame, ¿qué sucede? —quedó en silencio un momento que a mí me pareció eterno— Por favor, dígame, ¿para qué ha llamado?
- Voy a ser directo, desde luego para esto no hay rodeos. El motivo de mi llamada es para informarle que su expareja se ha fugado de la cárcel.

Me sujeté a la mesa que estaba a mi lado, me dio un mareo que poco me faltó para perder el conocimiento. Susana, se levantó y me sujetó para impedir que cayese redonda al suelo, lo que sí hizo mi teléfono. Me senté y casi en un ruego le pedí que me lo devolviese.

- Marín perdóneme, ¿puede repetírmelo?

Sí Livi, lo escuchó usted bien. Tenía que haber vuelto esta mañana de su permiso y no se ha presentado. La he llamado en cuanto me han avisado solamente para que usted esté alerta, eso no significa que él vaya a buscarla. Olivia, seguramente se habrá largado de España, no creo que usted corra peligro, ese tipo no es tan estúpido como para cometer el error de ir a por usted de nuevo, sabiendo que se puede enfrentar a una pena larguísima de cárcel cuando en tan solo dos años más estaría libre.

No lo conoce usted Marín, estoy segura de que sí vendrá por mí.

Colgué el teléfono sin despedirme siquiera, estaba totalmente aturdida. Susana no sabía lo que me sucedía, pero estaba segura de que algo malo acababa de ocurrir.

— Livi ¿quieres que volvamos en otro momento?

— Sí, por favor, Susi, vámonos.

Nos disculpamos con la modista, salía agarrada a mi amiga presa de un ataque de pánico, al llegar a la puerta me aterró dar el siguiente paso para salir a la calle.

— ¿Pero qué te sucede Livi? ¿No puedes andar? —Con la cabeza le indiqué que no podía moverme. En ese instante vimos como un coche se detuvo en la puerta. El miedo se apoderó de mí y caí al suelo, buscando refugio me acurruqué detrás de la pared. Susi salió y la escuché hablar con alguien, el pánico me impedía moverme.

— ¡Livi, mírame, venga bonita, vamos arriba! —no sabía ni quién era, pero su voz me dio confianza, él me tomó en brazos, me sacó de allí y me montó en su coche. Yo seguía tiritando con los ojos cerrados, pero cogió mis manos entre las suyas.

— Livi, dime que te ocurre. Venga bonita, relájate, dime que te ha pasado.

Lo miré, era Bruno y parecía asustado al verme en ese estado de nervios. Me abracé a él, rompiendo a llorar como una desesperada. Él se subió al coche y lo arrancó, comenzó a conducir, no le pregunté a dónde nos dirigíamos, porque quería que me sacase de allí y me daba lo mismo donde me llevase. A unos diez minutos de camino se detuvo.

— ¿Estás mejor?

— Sí, pero va a ser por poco tiempo.

— ¿Qué ha ocurrido? ¿Me lo quieres contar?

— Bruno, es algo muy personal.

— ¿Tanto como para no poder contárselo a tú próximo hermano putativo? — Sin saber cómo me nació una sonrisa al escucharlo.

— Eso no existe.

— ¡Pero, te he hecho sonreír! —cogió mi mano y la besó.

— Bruno, por favor no podría soportar una sola tontería tuya. Estoy demasiado alterada para aguantarte.

Soltó mi mano y sorprendentemente para mí acarició mi cara.

— Eres preciosa Livi.

— ¡Bruno, es suficiente!

— Discúlpame, por favor —sonrió al mirarme, y al ver lo enfadada que estaba volvió a preguntarme—: Dime a que ha venido ese ataque de nervios, creí que mi hermano y tú vivíais directamente en el paraíso.

— Él no tiene nada que ver. Es…—dudé si contarle lo que me estaba sucediendo, pero es que necesitaba desahogarme.

— Venga, confía en mí.

— ¿Te ha hablado tu hermano alguna vez lo que me sucedió hace tres años?

— No. Sabes que nosotros, últimamente, nos tratamos solo por asuntos de trabajo. Incluso me sorprendió que me llamaseis para asistir a la boda. Pero cuéntame ¿qué fue lo que sucedió?

Y lo hice, me abrí por completo a él contándole con “pelos y señales” todo lo que me habían hecho, ni siquiera con Jorge lo había hecho, supongo que en el fondo me daba miedo que mi novio lo supiese. Pero con él era diferente, creo que era su fuerza y su aptitud la que me invitó a explicárselo todo, sentí que podía confiar por completo. Mientras le hablaba su rostro permanecía impertérrito, el ver que no se alarmaba con mi historia me animaba a seguir contándole más. Cuando terminé agaché la cabeza, avergonzándome de lo sucedido, sin saber si él me creería u ocurriría igual que en el juicio, que cada uno dio su propio veredicto.

Bruno dio un suspiro y mirando hacia el frente volvió a preguntarme:

— ¿Y no tienes idea dónde ha podido ir para esconderse?

— Estoy segura de que vendrá aquí a por mí. Me juró que acabaría conmigo y

sé que lo va a cumplir. ¿Acaso crees que es una casualidad que haya desaparecido precisamente unos días antes de mi boda? Se ha debido enterar que me caso y no lo va a permitir, ese hombre es un psicópata, está obsesionado conmigo.

Puso el coche en marcha de nuevo, pero antes de salir andando me miró.

—Vamos a casa, si Susi ha llamado a Jorge estará a punto del infarto, deberías llamarlo y tranquilizarlo. Y por favor, relájate, en cuanto lleguemos vamos a peinar la zona con los hombres que trabajan en la finca y contrataremos a los mejores escoltas para que estén contigo día y noche, hasta que ese tipo aparezca.

Eso no iba a servir de nada, pero había tenido tiempo para prepararme para ese momento. Cogí el teléfono y llamé a Jorge, tenía ocho llamadas suyas perdidas. Él sí que había entrado en pánico total, por lo que le había contado Susi de mi estado y por saber que fue su hermano quién me había sacado de allí.

No sé si fueron los medicamentos o el aceptar la situación, pero el resto de la semana lo pasé relativamente tranquila. Estaba tan ocupada con los preparativos de la boda que apenas me quedaba tiempo para pensar. La casa de mi abuela parecía una verdadera fortaleza e incluso en el hotel dónde empezaron a hospedarse nuestros invitados habían puesto un equipo completo de vigilancia.

Y por fin llegó el gran día, el que siempre había soñado como el momento más feliz de mi vida, se había trastocado en el más agridulce. Al terminar de arreglarme me dejaron un momento a solas para que me relajara, yo no era la única que estaba nerviosa, en el ambiente se apreciaba con claridad el miedo que todos estábamos viviendo. Estaba poniéndome el velo bien delante del espejo, cuando escuché como tocaban a la puerta.

— ¿Sí?

— Livi, ¿puedo pasar?

Me extrañó escuchar la voz de Bruno, me di la vuelta y accedí a que entrase. Se detuvo a mirarme un segundo y entonces exclamó:

— ¡Dios Santo ¿se puede ser más bonita?!

Ignoré su tontería y me di la vuelta de nuevo para terminar de arreglarme.

—Bruno, no seas más tonto. ¿Qué estás haciendo aquí? Se supone

que no se puede ver a la novia hasta el momento de la ceremonia.

Se puso justo detrás de mí, sin apartar sus ojos de los míos. Miré su reflejo en el espejo, era un hombre realmente atractivo y ese aro de chico malo lo hacía aún más interesante.

— Eso es solo para el estúpido del novio. Del cuñado no se dice nada. Di un suspiro de resignación y me volví hacia él.

— ¿Y bien?

— Quería saber cómo te encuentras.

— Pues mal, parece que me han vestido directamente para amortajarme. Sé que está ahí afuera, esperándome para llevar a cabo su promesa.

Él se sentó en el sillón que había enfrente de mí, con una sonrisa pintada en la cara.

—Pues eres la casi muerta más bonita que he visto jamás — volvió a mirarme un instante y de pronto su rostro se tornó serio— Livi, sabes que haría cualquier cosa para protegerte porque estoy enamorado de ti ¿verdad?

— ¡No dices nada más que tonterías! ¿Esto qué es, otras de tus pruebas de fidelidad? Sonrió al escucharme.

— Pues con Sandra acerté de lleno. Sabía que esa arpía solo quería a mi hermano por su dinero y tuve que abrirle los ojos a la fuerza. Pero contigo fue distinto, estaba loco de celos desde el mismo instante que te vi con él. Cuando supuse que bajabais de las cuadras de haber estado juntos, lo hubiese matado en ese mismo momento. Estoy tan colgado por ti que ten por seguro que, si tú hubieses respondido a mi beso aquella tarde,

esta boda hoy sería tuya y mía —no sabía que contestarle, es verdad que siempre que podía tonteaba conmigo, pero yo había pensado siempre que era más por tocarle las narices a su hermano que porque le gustase de verdad, así que la noticia me cayó como un jarro de agua fría. Él acarició mi cara, sus ojos se clavaron en los míos, se acercó a mí y me besó con dulzura, saboreándolo, pero lo más sorprendente fue que yo accedí a ese beso. Se separó apenas unos centímetros de mis labios— Livi, no quiero ver en ti ni una sombra de preocupación nunca más, ese tipo ya está muerto.

Me separé de él con los ojos abiertos de par en par.

— ¿Qué dices Bruno?

— Que tenías razón, esta madrugada encontraron a ese tío apostado en uno de los cerros enfrente de la Ermita, los muchachos comenzaron a forcejear para detenerlo,

desgraciadamente, para él, cayó sobre el filo de la navaja de uno de los guardias de seguridad.

Tapé mi boca con las manos para no gritar, no me atrevía a preguntar, pero en un susurro le dije:

— ¿Jorge sabe algo de esto?

— Por supuesto que no, pero estoy seguro de que, para la tranquilidad de todos, recibirán de un momento a otro noticias de la policía informando que lo han encontrado muerto en un tren camino a Oporto, víctima de un atraco frustrado.

— Bruno, dime la verdad ¿tú habías dado la orden que lo mataran si lo encontraban? De nuevo se acercó a mí y acarició mi cara.

— Te lo acabo de decir, por proteger lo mío soy capaz de cualquier cosa. Pídemelo y en este instante desaparecemos los dos de aquí.

¡Estaba aturdida, confundida, por la cantidad de información que mi cerebro estaba recibiendo por instantes! En ese momento golpearon con fuerza en la puerta, llamándome con insistencia, era la voz de Jorge.

— Preciosa ¿estás ahí? ¡Nena ¿me escuchas?!

Limpié las lágrimas de mis ojos y miré a Bruno, si Jorge nos encontraba solos no sé qué haría.

— Sí cariño, pero por favor no entres —lo escuché reírse de una forma nerviosa, entonces me contestó:

— ¡Ya no hay mala suerte que valga! Olivia, acaba de llamar el inspector que llevaba el caso de ese mal nacido y nos ha informado que lo han encontrado. Se había fugado hacia Portugal y lo han hallado muerto en el tren. ¡Se acabó preciosa, tú pesadilla ya se

ha terminado! ¡Por fin este día va a ser lo que soñamos! — Me acerqué hasta la puerta, queriendo abrazarlo a través de ella y comencé a llorar— No, nena. Ni una lágrima más. Nada va a estropear ya nuestra vida juntos.

Miré a Bruno, que permanecía en silencio, viendo como toda esa situación evolucionaba. Me apoyé en la puerta y cerré los ojos.

— Ve para la Ermita Jorge, nos vemos allí en un momento.

— Sí, Olivia. No sabes el alboroto que hay armado. Tu familia está a punto de ponerse a saltar.

— No tardo nada, mi amor.

Bruno se acercó a mí y me dio un beso en la comisura de mis labios.

— Tómalo como mi regalo de boda —esperó un momento y se marchó de la habitación, dejándome a solas.

¡¿Pero qué acababa de ocurrir?! ¡¿Acaso me había vuelto loca aceptando sus besos y sus caricias?! Pero Dios mío había sido algo tan especial. Acaricié mis labios extrañando los suyos.

Mi padre tocó en la puerta y entró, venía a recogerme para llevarme al altar.

— ¡Oh, cariño, mira tú maquillaje! ¿Pero por qué lloras? Si ya ha terminado todo.

— Por eso mismo, no puedo creer que todo haya acabado.

— Venga arréglate un poco este desastre que has organizado en tu preciosa cara y vámonos, todos están locos por verte.

— Sí papá.

Intenté recomponerme de nuevo, y salí del brazo de mi padre hacia el encuentro con mi nueva vida. La música comenzó a sonar. Anduve por aquel pasillo, sin saber bien como me sentía, vi las caras aliviadas del miedo que hasta hacía un momento toda mi familia sentía. Pero no estaba bien, estábamos felices porque un ser humano había muerto. Miré a Jorge, me miraba de una forma serena, y a su lado su hermano, con sus ojos fijos en mí, dispuesto a llevarme lejos de todo aquello. ¡Señor, estaba tan confundida! Mil dudas se adueñaron de mí. Al llegar a su lado él apretó con cariño mi mano y musitó: — Estás preciosa—. La ceremonia comenzó:

—…Jorge Rivera de Soto, ¿tomas a Olivia Arranz Silva como tú legítima esposa?

— Sí, quiero.

—…Olivia Arranz Ferrer, ¿tomas a Jorge Rivera de Soto, cómo tu legítimos esposo? Miré a Bruno, parecía nervioso esperando mi respuesta. Busqué los ojos de Jorge,

pidiendo que me diese mi respuesta. Él solo me sonrió y de pronto todas mis dudas se

disiparon. *En la vida debemos buscar a esa persona que sepa darte tu espacio, tu tiempo, que respete tus decisiones, que no manipule. A quién debemos buscar para que recorra el camino a nuestro lado es a un "Compañero de vida".* Además, esa sonrisa

suya me volvía loca, y me daba la paz que su hermano jamás sería capaz de darme. Le sonreí y respondí:

— Sí, quiero.

FIN.